

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

---

**LAS FAVORITAS DE LUIS XV.**

---

LA DUQUESA

DE

**CHATEAURoux**

Y SUS HERMANAS

POR

**E. y J. DE GONCOURT**

TRADUCCIÓN POR

**LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS**

---

**Precio: SEIS PESETAS**

---

MADRID  
**LA ESPAÑA MODERNA**

Cuesta Sto. Domingo, 16

ESTABLISHED BY THE BOARD OF TRADE

WILLIAM W. B. II.

LA GAZETA

DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Y DEL TERRITORIO DE LA PATAGONIA

Y DEL DEPARTAMENTO DE LA BUENOS AIRES

Y DEL DEPARTAMENTO DE LA BUENOS AIRES

Y DEL DEPARTAMENTO DE LA BUENOS AIRES

Y DEL DEPARTAMENTO DE LA BUENOS AIRES

Y DEL DEPARTAMENTO DE LA BUENOS AIRES

Y DEL DEPARTAMENTO DE LA BUENOS AIRES

Y DEL DEPARTAMENTO DE LA BUENOS AIRES

LA DUQUESA DE CHATEAUROUX  
Y SUS HERMANAS

1163441  
DR  
431

## OBRAS PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta Santo Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

AGUANNO.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.

GIURIATI.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.

GRAVE.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

GROSS.—Manual del Juez, 12 pesetas.

KELLS-INGRAM.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

KOCHS.—Higiene general, 3 pesetas.

KRUGER.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

LOMBROSO, FERRI, GAROFALO y FIORETTI.—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

MARTENS.—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.

MAX-MULLER.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

MOMMSEN.—Derecho romano, 12 pesetas.

ROGERS.—Sentido económico de la historia, 10 pesetas.

STAHL.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

SUMNER-MAINE.—El Antiguo derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

WESTERMARCK.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

---

LAS FAVORITAS DE LUIS XV.

---

LA DUQUESA

DE

CHATEAUROUX

Y SUS HERMANAS

POR

E. Y J. DE GONCOURT

TRADUCCIÓN POR

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS

---

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta Sto. Domingo, 16

Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

431

---

ES PROPIEDAD

---

# LAS FAVORITAS DE LUIS XV

## LA DUQUESA DE CHATEAURoux

### Y SUS HERMANAS

#### I

Luis XV llega á la pubertad en el mes de Febrero de 1721.— Afición á la caza y hábitos montaraces del joven rey.—Su alejamiento de la mujer.—El duque de Borbón forma el proyecto de casar á Luis XV.—Estado informativo de las cien princesas de Europa en disposición de contraer matrimonio.—Las diez y siete princesas cuyos títulos examina el Consejo.—*Mademoiselle* de Vermandois y causas que impidieron que fuera reina de Francia.—María, hija de Leczinski, rey de Polonia.—Certificado de los médicos acerca de las aptitudes de la princesa para dar hijos al rey de Francia.—Declaración de su matrimonio hecha por el rey en su recepción particular de la mañana (1).—Contrato de matrimonio de Luis XV y de María Leczinska.—Esponsales por poderes de la princesa polaca en Strasburgo.—Llegada de la reina á Moret.—Celebración del matrimonio del rey en la capilla de Fontainebleau el 5 de Setiembre de 1725.—El rey enamorado de su mujer.—Despacho redactado por el duque de Borbón acerca de la noche de bodas de Luis XV.

Luis XV, nacido el 15 de Febrero de 1710, fué puer (2) corriendo los días del mes de Enero de 1721.

(1) *Petit lever*: recepción particular que se verificaba inmediatamente después que el rey despertaba y había rezado sus oraciones. Precedía al *grand-lever*, recepción celebrada en la cámara regia una vez peinado y afeitado el monarca.—(N. DEL T.)

(2) Diario y memorias de Mathieu Marais acerca de la re-

En el ejercicio cotidiano y apasionado de la caza, en la vida siempre al aire libre, expuesto á la lluvia al sol, á las heladas, el niño pálido y desmedrado había llegado á ser fuerte y musculoso. Á los catorce años y medio, Luis XV parecía un joven de diez y ocho (1).

Las selvas, repitiendo de risco en risco y de quebrada en quebrada los furiosos ladridos de los perros; los días enteros pasados sobre el arzón de la silla, sintiendo el maligno placer de cansar y destrozarse á su séquito; las sólidas y abundantes refecciones (2) después de la batida; el espectáculo de la jauría jadeante hundiendo los hocicos en los ensangrentados despojos venatorios que constituían su pitanza; los «altos» en el bodegón del Paray, cerca de Rambouillet, donde una

---

gencia y reinado de Luis XV, publicadas por M. de Lescure, t. 1.—Dice Marais: «El rey se ha alarmado mucho al verse atacado de una *enfermedad muy curiosa* que no había experimentado nunca: se ha sentido hombre. Creyendo estar muy malo ha declarado confidencialmente su dolencia á uno de sus servidores, el cual le ha dicho que esa enfermedad es un signo de salud. El rey, sin embargo, ha querido hablar de ella á Maréchal, su primer cirujano. Éste le ha manifestado que nadie á su edad debe afligirse por semejante mal ni quejarse de padecerlo. Llámase á esto, en broma, *la enfermedad del rey*».

(1) Villars dice en su diario: «El rey está más fuerte y más desarrollado á los catorce años y medio que cualquier otro joven á los diez y ocho.» En el consejo celebrado para tratar del regio matrimonio el duque pronuncia estas palabras: «Dios, para consuelo de los franceses, nos ha dado un rey tan robusto que hace más de un año pudiéramos esperar un delfín».

(2) Luis XV, en su juventud, comía de un modo asombroso. Narbonne comisario de policía de Versalles, cuenta que el lunes 22 de Julio de 1726, Luis XV, después de haber comido bien, fué á la Muette y allí bebió leche, comió higos, albaricoques, una liebre, y por último, una gran tortilla de tocino que él mismo preparaba. Luego volvió á Versalles y cenó como de costumbre.



alegría desenfrenada preparaba bromas feroces (1) de cazador de oficio; he ahí lo único que tenía atractivos para aquel adolescente real, incansable y vigoroso que huía de las mujeres *como de la peste* (2), y que evitaba hasta el mirarlas. El soberano y señor mostraba, en aquel tiempo, el salvajismo montaraz, el instinto bravío de un joven Hipólito.

Dijérase que Luis XV, aquel Luis XV que pronto hemos de ver apasionado y rendido ante los encantos de la mujer, llegaba á su mayor edad como rey de Francia, sintiendo la necesidad de alejarse de ella, experimentando por su sexo un singular horror y una repulsión invencible. Testimonios irrecusables hablan de las perversas costumbres nacidas y desarrolladas en la oscuridad de los guardarropas de palacio, de afrentosos tratos con los pajecillos, de vicios vergonzosos que por un momento hicieron temer que iban á restaurarse en Versalles los hábitos contra naturaleza y los *mignons* de la corte de los Valois (3).

---

(1) Ya hemos indicado en «Louis XV, enfant», publicado en los *Retratos íntimos del siglo XVIII*, la especie de malignidad instintiva que se observaba en la naturaleza de Luis XV. En 1724, Mathieu Marais nos lo presenta dando bromas molestas y crueles á todo el que tenía á su lado, cortando las cejas á sus caballeros y asestando una flecha en pleno vientre á M. de Souches.

(2) Frase de un contemporáneo recogida por Soulavie.

(3) En Junio de 1724, Mathieu Marais anota en su diario lo siguiente:

«El mismo día que el mariscal de Villeroy llegó á Versalles, se descubrió que el joven duque de la Trémouille, primer gentilhomme del rey, le servía de algo más que de gentilhomme y había hecho de su señor su Ganimedes. Este secreto amor se hizo público, y el duque fué enviado al colegio para que aprendiese á morigerar sus costumbres. Al día siguiente se acordó casar á este joven con Mlle. de Evreux, su prima hermana, hija del duque de Bouillon y de su primera mujer,

En el verano de 1724, se organizó un viaje á Chantilly (1) sin otro objeto que el de inspirar á Luis XV la afición á la mujer. Despertando sus sentidos y su ternura, esperaba la corte que se suavizara y humanizara el carácter agreste y anormal del joven rey.

---

La virilidad inquietante del monarca, unida á cortas pero violentas indisposiciones originadas, unas veces por su incontinencia en la mesa, otras por la fatiga de un día de caza, en que se había corrido sin descanso un ciervo y un jabalí, otras por el esfuerzo imprudente que el joven cazador hacía al derribar un árbol en el monte, decidieron al duque de Borbón, ya instigado por la opinión pública, á casar á Luis XV. Pensaba además el duque, como jefe de la casa de Condé, que si el rey llegaba á morir sin heredero, recogería la corona la casa de Orleans, con derechos á la sucesión (2). A pesar de la oposición de M. de Frejus, se acordó muy pronto en consejo romper con la corte de España el pacto, mediante el cual debía casarse Luis XV con la infanta María Ana Victoria, fundándose en que no teniendo esta princesa más que siete años, no podría dar hijos á Luis XV hasta pasados otros seis ó siete.

---

que había sido una Trémouille. El rey vió con simpatía el proyecto y sacrificó fácilmente sus amores.

(1) A propósito de este viaje, en el que se trataba de *avispar* al rey y en el que Mme. de la Vrillière, encargada de la comisión, llevaba consigo á la joven y linda duquesa de Epernon, dijo Barbier: «Esperemos que esto haga más tratable y galante al rey.»

(2) Recientemente habfan sangrado al rey en el brazo y en el pie, á causa de una indisposición que inquietó á la corte y que motivó estas palabras del duque: «No me volverá á suceder; si se cura, lo caso.»

Entonces se hizo una información especial respecto á las princesas en disposición de contraer matrimonio, trabajo que encontramos en los archivos nacionales con este título:

*Estado general de las princesas solteras de Europa, con sus nombres, casas, edad y religión.*

«Hay cuarenta y cuatro entre las cuales la edad mínima es de veinticuatro años; por consiguiente, no convienen.

Hay veintinueve cuya edad máxima es de doce; son demasiado jóvenes.

Hay diez cuya alianza no debe solicitarse, porque son de ramas secundarias ó tan pobres, que sus padres ó sus hermanos se ven obligados á servir á otros príncipes para subvenir á las necesidades de la vida.

Quedan diez y siete princesas, entre las cuales puede su majestad elegir, y cuya lista va adjunta, incluyendo en ella las observaciones.»

La lista de las diez y siete princesas es la siguiente: Ana, hija del príncipe de Gales, quince años; Amelia Sofía, hija del mismo, trece años; María Bárbara Josefa, hija del rey de Portugal, catorce años; Carlota Amelia, hija del rey de Dinamarca, diez y ocho años; Federica Augusta, hija del rey de Prusia, quince años; Ana Sofía, hija del tío paterno del rey de Prusia, diez y ocho años; Sofía Luisa, hija del mismo, quince años; Isabel, hija mayor del duque de Lorena, trece años; Enriqueta, hija tercera del duque de Módena, veintidós años; María Petrowka, hija del zar, diez y seis años; Ana, hija del mismo, quince años; Carlota Guillermina, hija del duque Saxe Eisenach, veintiún años; Cristina Guillermina, hija del mismo, trece años; María Sofía, hija del duque de Mecklemburgo-Strelitz, catorce años; Teodora, hija de Felipe, her-

mano del príncipe de Hesse-Darmstadt, diez y ocho años; Teresa Alejandrina *mademoiselle* de Sens, diez y nueve años; *mademoiselle* de Vermandois, veintiún años.

### Ana, hija mayor del príncipe de Gales.

El duque de Borbón, dando por averiguado que la princesa Ana abrazaría la religión católica, hizo una exposición de las ventajas é inconvenientes de este matrimonio: «Por esta alianza Francia contaría con el concurso de Inglaterra para contrarrestar los resentimientos de España, y en caso de que surgiera algún conflicto, obtendría la neutralidad de Holanda, por tener ligada esta potencia sus intereses con los de Inglaterra. Además, la cordialidad con el rey de Prusia sería más completa, por no poder separarse de Inglaterra este soberano.» Los inconvenientes eran estos: «1.º La desconfianza con que mirarían los católicos el matrimonio con una princesa que, á pesar de la abjuración, seguiría íntimamente ligada á su antigua fe. 2.º La necesidad de tener que renunciar para siempre á la protección que quizá algún día conviniera otorgar al caballero de San Jorge (1). 3.º La hostilidad de la corte de Roma, de cuyos buenos oficios no se podría prescindir para hacer comprender al rey de España la necesidad de casar á Luis XV. 4.º El apoyo que prestaría la reina en el caso de tener influencia sobre el gobierno, á sus correligionarios los jansenistas, causa de todas las desdichas que habían acaecido en los reinados de Enrique III y Enrique IV.»

---

(1) Bajo este nombre vivió en Francia el hijo de Jacobo II (monarca destronado de Inglaterra), protegido y proclamado rey por Luis XIV.—(N. DEL T.)

**Amelia Sofía, hija segunda del príncipe de Gales.**

Las mismas razones en pro y en contra de esta princesa que las expuestas al tratarse de su hermana mayor.

**María Bárbara Josefa, infanta de Portugal.—14 años.**

La mala salud de la familia de Portugal; las imaginaciones exaltadas y extraviadas de que daba la raza frecuentes manifestaciones, justificaban el recelo de que el matrimonio no diese los apetecidos resultados. Se temía que la princesa no tuviese hijos ó que los tuviese muy tarde; que los hijos muriesen; que esta alianza, en fin, infiltrase en la casa de Francia los vicios de sangre de la casa de Portugal.

**Carlota Amelia, princesa de Dinamarca.—18 años.**

Esta princesa era luterana, y se recordaba el precedente de una tía suya que no había querido ser emperatriz por no cambiar de religión. Además, aun en el caso de que abjurase, había que tener presente la posibilidad de un rompimiento con el zar y con Suecia, al obligarse Francia á mantener al padre de la princesa en el ducado de Neswick.

**Federica Augusta Sofía, princesa de Prusia.—15 años.**

Princesa luterana que estaba prometida al hijo mayor del príncipe de Gales por los últimos tratados entre Inglaterra y Prusia.

Las dos hijas del margrave Albrecht, tío paterno del rey de Prusia.—La mayor 18 años.—La menor 15.

Princesas calvinistas que no siendo más que primas

hermanas del rey de Prusia, no garantizaban á Francia el apoyo de éste, comprometido ya con Inglaterra en virtud del doble matrimonio que los dos soberanos habían realizado entre sus hijos.

**Isabel, princesa de Lorena.—13 años.**

El pasado ofrecía varios ejemplos de princesas de Lorena, reinas de Francia, y la historia abogaba en favor de la princesa Isabel; pero el duque de Borbón consignaba en sus observaciones, que las princesas de Lorena, reinas de Francia, habían ocasionado siempre la guerra civil; añadía que esta casa estaba íntimamente unida á la de Austria, y predecía el descontento de los duques y de los grandes del reino, amenazados de la preponderancia de los príncipes loreneses establecidos en Francia.

**Enriqueta, hija tercera del príncipe de Módena.—22 años.**

La princesa Enriqueta estaba descartada por ser hija de un príncipe demasiado humilde, y, sobre todo, de una casa en que se habían realizado muchos matrimonios desiguales.

**María Petrowka, hija mayor del zar.—16 años.**

Estaba acordado el matrimonio de esta princesa con el duque de Holstein-Gottorp.

**Ana, hija del zar.—15 años.**

La princesa Ana, cuya mano había ofrecido la zarina para el rey de Francia, era bien formada y

de muy agradable figura. Se rechazaba, sin embargo, á causa de la baja extracción de su madre, de la educación rusa y las costumbres bárbaras de su país, y especialmente porque se consideraba demasiado *nuevo* el linaje de los zares para mezclar su sangre á la de las antiguas familias reales de Europa.

**Carlota Guillermina y Cristina Guillermina, hijas del duque de Saxe-Eisenach.—La mayor 21 años.—La menor 13.**  
**María Sofia, hija del duque de Mecklemburgo-Strelitz.**  
**14 años.**

Tres princesas luteranas de escasa fortuna y nacidas de ramas secundarias.

**Teodora, hija de Felipe, hermano del príncipe de Hesse-Darmstadt.—18 años.**

Luterana, cuyo padre era el menor de una rama secundaria y su hermana madre del duque de Havrè, flamenco al servicio de España.

El duque habla de sus dos hermanas:

**MADemoiselle de Sens.—19 años.**

«Su figura deja algo que desear.»

**MADemoiselle de Vermandois.—21 años.**

«No pueden ponerse reparos á su figura.»

Sus costumbres responden á su educación. Sus predilecciones por una vida de austeridad y retiro son testimonio de su prudencia y religiosidad.

Es de carácter dulce y de claro entendimiento; su

edad, que pudiera parecer excesiva, la hace más apta para dar al trono herederos bien constituidos y quizá conviniera otorgar la preferencia para el matrimonio con el rey á una persona cuyo talento y carácter se conocen, en vez de elegir otra cuyas verdaderas cualidades se ignoran y que pueden dar motivo á arrepentirse de la elección.

En este punto del informe, el duque de Borbón declara que el nacimiento de *mademoiselle* de Vermandois no debe ser considerado como un obstáculo para su elevación al trono, puesto que desciende de Luis XIV en el mismo grado que el duque de Orleans, el cual podía llegar á ser rey de Francia.—El duque de Borbón añade: «En las diferentes conferencias y consejos que hemos celebrado para tratar del matrimonio de vuestra majestad, las personas consultadas no han encontrado otros obstáculos que los que se refieren exclusivamente á mi personalidad (1).

Después de un examen detenido del informe presentado por el duque de Borbón, fueron desechadas por el consejo quince princesas y no quedaron en candidatura más que la princesa Ana de Inglaterra y *mademoiselle* de Vermandois, que compartían las influencias puestas en juego para inclinar á una elección determinada el ánimo del rey.

Se celebró un consejo. M. de Frejus declaró que la princesa Ana de Inglaterra le parecía el partido preferible; pero añadiendo que el matrimonio del rey con

---

(1) Al informe del duque de Borbón, que no vacila en proponer de una manera tan clara para reina de Francia á su propia hermana, iba unida una *Memoria*, destinada particularmente al rey, y en la que, haciendo grandes elogios de la princesa, se recomendaba este matrimonio como el más conveniente, aun en el caso de que se invocaran razones de Estado,



una princesa de la casa reinante de Inglaterra tenía el inconveniente de obligar á Francia á la exclusión del caballero de San Jorge. En caso de que este matrimonio fracasara, M. de Frejus aceptaba la candidatura de *mademoiselle* de Vermandois. Villars y el mariscal de Uxelles opinaban como Fleury; el mariscal, sin embargo, demostraba cierta frialdad al apoyar á la hermana del duque de Borbón. Expusieron después sus opiniones M. de Morville, de Bissy y Pecquet, partidarios acérrimos de *mademoiselle* de Vermandois. El conde de la Marck declaró sin rodeos, que no se debía concluir trato alguno matrimonial con Inglaterra sino en caso extremo, y que su opinión era enteramente favorable al enlace del rey con una de las princesas menores de la casa de Condé.

Por aquellos mismos días se recibió la negativa del rey de Inglaterra, el cual, secretamente sondeado acerca del matrimonio de su hija con el de Francia, hizo saber oficiosamente que la constitución del Estado se oponía á que las princesas inglesas cambiaran de religión. La corte esperaba, pues, ver muy pronto á *mademoiselle* de Vermandois convertida en mujer de Luis XV y al duque de Borbón en cuñado del rey.

¿Qué causas impidieron que se verificase esta alianza, que engrandecía la casa de Condé, á pesar de las facilidades y plenos poderes que tenía el duque de Borbón y cuando todo parecía garantizarle el éxito del proyecto matrimonial?

Si hemos de dar fe al relato, un tanto novelesco, de Soulavie y de Lacretelle, la boda no llegó á efectuarse por un acceso de cólera y despecho de madama de Prie, querida del duque de Borbón. A última hora madama de Prie, que alentaba la esperanza de hacer de la esposa de Luis XV un instrumento de dominación

futura, tuvo la curiosidad de conocer á la mujer que se trataba de elevar al trono. Fué al convento, presentóse con un nombre supuesto á *mademoiselle* de Vermandois y le insinuó el alto destino que le estaba reservado, sin producir en la altiva dama el más leve movimiento de sorpresa ó de alegría. Así, pues, no había que esperar gratitud. Todavía se arriesgó madama de Prie en otra exploración más definitiva. Quiso conocer la opinión que la joven princesa tenía formada de ella, y pronunció en la conversación su propio nombre añadiendo algunas palabras de elogio. *Mademoiselle* de Vermandois la interrumpió, dejando adivinar todo el horror que sentía por *tan execrable criatura* y lamentando que su hermano tuviese á su lado á una persona que le hacía aborrecible á toda Francia. Madama de Prie se alejó del locutorio murmurando: «Está bien; no serás nunca reina:» Al regresar de la visita la astuta mujer ponderó al duque de Borbón la hermosura y el entendimiento de *mademoiselle* de Vermandois; pero encargó sigilosamente á Paris-Duverney que disuadiera al duque de un matrimonio que la perdería á ella y á sus protegidos. Duverney, inquieto por sí mismo, atemorizó al duque de Borbón con la hostilidad de M. de Frejus, al cual le desagradaba este matrimonio aunque no se oponía á él de una manera franca.

Insinuóle Duverney que *mademoiselle* de Vermandois, una vez reina, atendería únicamente los consejos de la duquesa su madre, que serían órdenes para ella. El príncipe débil, y algo asustado por las murmuraciones de los partidarios de la casa de Orleans, se decidió de pronto á dar una prueba de su *desinterés*, que causó la estupefacción de todos los que le creían solamente ocupado en conseguir el engrandecimiento de su casa.

---

Había, pues, que buscar otra reina; una princesa cuyo linaje no malograra los planes secretos y las ambiciones de Mme. de Prie. Paris-Duverney, que había conseguido que el duque de Borbón renunciase al matrimonio de su hermana con Luis XV, volvió á ser consultado, y él fué quien propuso para mujer del rey de Francia á la hija de un príncipe muy pobre (tan pobre, que Paris-Duverney le había prestado algún dinero en otro tiempo!

Estanislao Leczinski, destronado de su reino de Polonia, privado de sus rentas por confiscación de sus bienes, desposeído hasta de la pensión que le había señalado Carlos XII, y refugiado en la Alsacia, bajo la regencia, vivía con su mujer y su hija en Wissembourg sin más compañía que la de algunos oficiales de la guarnición y canónigos de la localidad, y en una miseria tal, que no siempre había pan en el ruinoso castillo que habitaba.

Su hija, muy virtuosa, pero tan mal equipada, que Mme. de Prie se vió obligada, más adelante, á proveerla de camisas, había sido prometida por su padre á un simple coronel, á M. Courtanvaux, después mariscal de Estrées, al cual el rey Estanislao sólo exigía para otorgarle la mano de María Leczinska el título de duque y de par. Fracasado este enlace por la mala voluntad del regente, Estanislao propuso en matrimonio á su hija al duque de Borbón, dejándole entrever la probabilidad de alcanzar el trono de Polonia. No habiendo recibido ni siquiera contestación del duque, y anhelando aquel excelente y desgraciado padre evitar á su hija los malos tratos de su madre, que no la quería, pensaba sondear al duque de Charolais y sucesivamente á todos los príncipes franceses. Cuando se dedicaba á estas infructuosas tentativas, Estanislao

recibió una carta del duque de Borbón, en la que le anunciaba la elección de María Leczinska. El príncipe, transportado de alegría, entró en las habitaciones de su hija, exclamando: «¡Ah, hija mía, arrodillémonos y demos gracias á Dios!» Creyó la princesa que su padre había sido restaurado en su trono de Polonia, hasta que Estanislao le dijo que era ella la que subía al trono de Francia.

Pero este asunto del matrimonio no se arreglaba tan fácilmente como el duque de Borbón deseaba. A pesar de estar prohibido hablar del matrimonio del rey bajo pena de encarcelamiento (prohibición extensiva á los cafés de Paris), los desocupados, eternos comentaristas de todos los sucesos, clamaban contra aquella princesa sin ilustración, sin crédito y sin dinero. Se recibió además una carta del rey de Cerdeña, que, como abuelo de Luis XV, se quejaba de no haber sido consultado, y declaraba que hubiera podido hacerse algo mejor y más conveniente que aquel matrimonio censurado por todo el mundo y que no daba una idea muy favorable del entendimiento del duque de Borbón. Concluía la carta con una amenaza al duque. Decíasele en ella que tal vez muy pronto tuviera que arrepentirse de lo que había hecho en contra de los intereses del rey.

Todavía sobrevino un incidente más grave. Advirtieron al duque de Borbón en una carta anónima, que la princesa padecía de accidentes, y que la reina, su madre, había consultado varias veces á una religiosa de Treves, que tenía fama de curar esa enfermedad. Preocupado con esta noticia el duque de Borbón, encargó al mariscal Dubourg que se informara por mediación de un hábil médico de Strasburgo de la constitución física de la princesa, y al mismo tiempo

encargó al señor Duphênix que procurara informarse acerca de la salud y temperamento de María Leczinska, poniéndose al habla con la religiosa de Treves y el primer médico del rey de Polonia.

Resultó que en las consultas hechas á la religiosa no había figurado para nada María Leczinska sino una señorita al servicio de su madre, y el duque se tranquilizó por completo con el siguiente certificado que garantizaba la perfecta salud de la princesa y su aptitud para dar un delfín á Francia:

«Los abajo firmantes, conforme á las órdenes con que su alteza serenísima nos ha honrado, certificamos habernos trasladado á la corte de su majestad el rey de Polonia para conocer acerca de la constitución de su alteza real, la princesa Estanislao, de su salud ó de sus enfermedades, en caso de que padeciere alguna. Después de haber tenido el honor de ver á su alteza real, examinado su busto y sus brazos, la coloración de su rostro y de sus ojos, declaramos que está bien conformada, no apreciándose defecto alguno ni en su espalda ni en sus brazos, cuyos movimientos son libres y regulares. Su dentadura es sana, sus ojos vivos y su mirada muy dulce. Respecto á su salud, M. Kast, médico de su alteza, natural de Strasburgo, nos ha declarado que desde hace dos años que tiene el honor de estar en la corte, la princesa no ha padecido más enfermedad que algún acceso de fiebre intermitente en dos distintas ocasiones y en ambas curadas con un sencillo purgante y régimen. La vida sedentaria de su alteza real y el mucho tiempo que pasa arrodillada en las iglesias, le han ocasionado algunos dolores en la región lumbar y producido una serosidad, despedida por los vasos lastimados á causa de la tensión de las

fibras musculares, pero que es, á nuestro juicio, puramente exterior, pues la menor fricción, el movimiento y hasta el calor natural la contrarrestan, no habiéndose presentado nunca durante el estío. Debemos añadir que el dicho señor Kast nos ha manifestado que la princesa está perfectamente reglada, siendo su período de buen color y no durando más que lo conveniente. De esto se puede juzgar por su semblante que, aunque algo alterado por los accesos de fiebre que recientemente ha padecido, la princesa no ha perdido su color natural, de lo que se deduce que las reglas se han normalizado.

En testimonio de lo cual firmamos el presente certificado el 12 de Mayo de 1725 en Wissemburgo.

Duphenix

Mougue, *médico*  
*inspector de los hospitales del rey.*»

Visto este certificado y después de retrasar algún tiempo el matrimonio por las atenciones que la corte de Francia creía deber á la de España, á pesar de que ésta había rechazado dos veces las cartas de Luis XV, el rey hizo pública su determinación de tomar estado, el domingo 27 de Mayo, anunciándolo á la corte por medio de M. de Gesvres, primer gentilhombre de cámara.

He aquí los términos en que el joven monarca declaraba su matrimonio: «Desposo á la princesa de Polonia. Esta princesa, nacida el 3 de Junio de 1703 es hija única de Estanislao Leczinski, conde de Lesno, antes estaroste de Adelnau, después palatino de Posmania y elegido rey de Polonia en el mes de Julio de-

1704, y de Catalina Opanlinski, hija del castellano de Posmania, los cuales tendrán su residencia en el castilla de Saint-Germain en Laye, y asimismo la madre del rey Estanislao Ana Fanabloruski, casada en segundas nupcias con el conde de Lesno, generalísimo de la gran Polonia.»

Después de esta declaración, el duque de Borbón escribía al rey Estanislao:

«27 de Mayo de 1745.

Habiendo declarado hoy el rey su matrimonio con la princesa María, hija de vuestra majestad, creo deber mio daros cuenta inmediatamente, á fin de evitar á vuestra majestad la incertidumbre en que pueda estar al ser interrogado por los que tengan el honor de hablar á vuestra majestad de este asunto. Ved, Monseñor, cómo se ha hecho público el matrimonio, quedando de esta manera desconcertados los que trataban de impedirlo.»

Tres días después, el 30 de Mayo, el duque de Borbón recibía una carta confidencial de Vauchoux, capitán de caballería, encargado de las negociaciones secretas del matrimonio. Vauchoux aseguraba al duque que los sentimientos de Maria Leczinska, educada por un confesor alsaciano, eran los de una joven que no conocía más doctrina que la del catecismo (1), y que esta pureza y simplicidad de espíritu, garantizaban á su alteza serenísima la gratitud de la princesa por su intervención en el matrimonio, haciendo fundadamente esperar que, una vez reina de Francia, no toleraría en su intimidad á personas que no fueran

(1) Tratábase de desmentir con esta noticia los rumores propalados en Francia acerca del supuesto dominio que ejercían los jesuitas sobre el ánimo de la princesa.

completamente adictas al duque. Vauchoux enviaba con esta carta medidas de la princesa para confeccionar faldas, guantes y zapatillas.—La princesa no usaba zapatos más que para bailar.

El duque de Borbón activaba los preparativos del matrimonio, y el 5 de Agosto, el duque de Antin, embajador extraordinario de Luis XV cerca de Estanislao, rey de Polonia, pedía en Strasburgo la mano de la princesa María.

María Leczinska respondió con estas palabras, que revelaban su emoción:

«Sólo tengo que añadir á la declaración de sus majestades, que ruego á Dios permita que yo haga la dicha del rey como él hace la mía, y que su elección contribuya á la prosperidad del reino, y responda á los votos de sus fieles súbditos.»

El 9 de Agosto estaba hecho y entregado en Versalles el contrato de matrimonio del rey redactado por La Vrilliére:

«En nombre de Dios Creador sepan todos que el muy alto, muy excelente y muy poderoso príncipe Luis XV, rey de Francia y de Navarra, queriendo contribuir á la dicha de sus pueblos y satisfacer sus votos unánimes, ha determinado asegurar desde ahora la sucesión al trono que de tal modo interesa á la tranquilidad del reino y á la de toda Europa. Como la serenísima princesa María—hija del muy alto, muy excelente y muy poderoso príncipe Estanislao, por la gracia de Dios rey de Polonia, y de la muy alta, muy excelente y muy poderosa Catalina Opalinska, su esposa, también por la gracia de Dios reina de Polonia—está dotada de todas las cualidades que pueden hacer feliz á su majestad y á sus súbditos: su majestad ha pedido á los serenísimos rey y reina, su hija, por



esposa y compañera; y con este objeto nombró comisarios para que, juntamente con los del rey Estanislao, redacten los artículos y estipulen las condiciones necesarias para llegar al cumplimiento de este matrimonio; cuyos artículos han sido firmados y decretados en París el 19 del mes último, según los poderes respectivos, por su majestad el 23 de dicho mes, y por el susodicho señor Estanislao de Polonia, en Strasburgo el 23 del mismo mes...

Las condiciones y contrato de matrimonio entre su majestad y la susodicha princesa María, han sido acordadas y decretadas como sigue: Con la gracia y bendición de Dios, los esponsales y matrimonio entre su majestad y la susodicha serenísima princesa María, se celebrarán por palabra de presente, según la forma y solemnidad prescritas por los sagrados cánones y constituciones de la Iglesia católica apostólica y romana, y en virtud del poder y comisión que serán dados al efecto por su majestad; todo lo cual ratificará y cumplirá en persona, cuando la susodicha serenísima princesa María llegue á su corte.

.....

Su majestad dará á la susodicha serenísima María, después de firmado este contrato, cincuenta mil escudos para sus joyas y galas y cuando la susodicha serenísima princesa llegue á la corte de su majestad, hasta valor de trescientas mil libras comprendiendo en esta suma las que antes le habrán sido entregadas, las cuales le pertenecerán libremente, después del cumplimiento del susodicho matrimonio, lo mismo que todas las galas y joyas que tenga y que serán propiedad exclusiva de la susodicha serenísima princesa, de sus herederos y sucesores ó de los que tengan derechos y causas.

Siguiendo la antigua y laudable costumbre de la casa de Francia, su majestad asignará y constituirá en favor de la serenísima princesa, en calidad de dote, veinte mil escudos de oro, pagaderos anualmente y asignados sobre sus rentas y tierras, de cuyos bienes y tierras así dadas y asignadas la susodicha serenísima princesa gozará por sí y mediante su autoridad y la de sus comisarios y oficiales y tendrá justicia como siempre se ha practicado. Además le pertenecerán la provisión de todos los empleos vacantes, según prerrogativa de las reinas de Francia, bien entendido, sin embargo, que dichos empleos no podrán obtenerlos sino personas de nacionalidad francesa...

Su majestad dará y asignará á la susodicha serenísima princesa para los gastos de su cámara y sostenimiento de su estado y casa una suma conveniente como corresponde á la mujer ó hija de un rey, asegurándosela en la forma y manera que se acostumbra en Francia para esta clase de asignaciones.

En caso de que sea disuelto el matrimonio entre su majestad y la serenísima princesa y que ella sobreviva á su majestad, la serenísima princesa gozará de completa libertad para residir en Francia, ó fuera del reino con libre elección del sitio, y de este derecho usará cuantas veces lo estime conveniente, con todas las atribuciones y acciones que le pertenezcan, disponiendo de su dote, sortijas, joyas, vajillas de plata, muebles, de cualquier clase que sean, con los oficiales y servidores de su casa sin que por ninguna razón ó consideración pueda ponerse impedimento alguno, ni retrasar su partida directa ni indirectamente... y para este efecto su majestad dará al rey Estanislao, de Polonia, para la susodicha serenísima princesa María, su hija, cartas de seguridad firmadas

por su propia mano y selladas con su sello y se las garantizará por él y por sus sucesores reyes en fe y palabra real.

Este contrato matrimonial ha sido redactado con ánimo de suplicar á nuestro Santo Padre el Papa, y asimismo lo suplican su majestad y el serenísimo rey Estanislao, de Polonia, que dé su aprobación y su bendición apostólica, prometiendo su majestad, en fe y palabra real, mantenerlo, guardarlo y observarlo inviolablemente, sin hacer ni permitir que se haga nada en contrario, directa ni indirectamente. Así como el susodicho conde de Tarlo, comisario procurador del rey Estanislao, en nombre de dicho rey y de dicha reina de Polonia y en el de la serenísima princesa María, su hija, estipulando bajo la autoridad paterna en virtud de poderes y procuración... han firmado de su puño y letra el presente contrato cuyo original queda en nuestro poder para que se expidan las copias necesarias en la forma acostumbrada. Hecho y fechado en Versalles el día 9 de Agosto de 1725, ante nos Consejero y Secretario de Estado y de las Comandancias de su majestad.—(Firmado).—Luis María Francisco de Borbón; Augusta, duquesa de Orleans; Luisa Francisca de Borbón; L. H. de Borbón; Carlos de Borbón; María Teresa de Borbón; Felipa Isabel de Borbón; N. de Orleans; Luisa Ana de Borbón; Luisa Adelaida de Borbón; Luis Augusto de Borbón; Alejandro de Borbón; María Victoria; Sofía de Noailles, condesa de Tolosa; conde de Tarlo; Philippeaux; Fleauriau.»

El 15 de Agosto, día de la Virgen, el duque de Orleans se desposaba en Strasburgo con María Leczinska, en nombre del rey de Francia.

Se celebraron festejos en Strasburgo, y el duque de

Antin dió un gran baile. En este baile madama de Prie, que se había ganado la voluntad de María Leczinska, fué invitada á bailar por el duque de Epernon —á ruego de la reina—antes que la princesa de Montbazon y la duquesa de Tallard, que era una Soubise.

Por fin, la reina, después de recibir los consejos de su padre, se puso en camino para reunirse al rey, que acababa de llegar á Fontainebleau.

Por aquella Francia, todavía sin caminos; en aquel año de lluvias torrenciales, que habían durado tres meses; en aquel tiempo de grandes esplendores y de grandes miserias, de lujo y de barbarie, fué el viaje tan terrible, que muchas veces creyó la mujer del rey de Francia que se ahogaba dentro de su coche, de donde se la sacaba á fuerza de puños y como se podía, con el agua hasta la cintura.

Por último, el 4 de Setiembre María Leczinska llegó á Moret. El rey salió á su encuentro, acompañado de todas las princesas, no permitiendo que se arrodillase en el cojín que se había colocado sobre el lodo del camino, y besándola en las mejillas con tal entusiasmo, que sorprendió á todos los que conocían la frialdad del rey con las mujeres, especialmente á los que habían escuchado de sus propios labios, dos ó tres meses antes, que no se le casaría tan pronto.

---

El 5 de Setiembre, María Leczinska llegó de Moret á las diez de la mañana, é inmediatamente subió á su gabinete tocador. Hecho su tocado, dirigióse al salón del rey, de donde partió el cortejo para la capilla, cruzando la galería de Francisco I y bajando la gran escalera de honor entre la doble fila de guardias y de suizos alabarderos.

En medio de la capilla se había levantado un estrado, en el que había un reclinatorio y dos sillones. Cubría el suelo un tapiz de terciopelo violeta recamado de áureas flores de lis, y con las armas de Francia y de Navarra.

En los bancos colocados al pie de las gradas del altar, hacia la derecha, al lado de la Epístola, habían tomado ya asiento los arzobispos, obispos y eclesiásticos nombrados por la asamblea general del clero para asistir á la ceremonia.

En un banco, á la izquierda del altar, estaban el conde de Morville y el de Saint-Florentin, á los que pronto se unieron los otros dos ministros y secretarios de Estado, el conde de Maurepas y el marqués de Breteuil, retenidos por sus funciones cerca del rey.

El canciller de Francia, revestido de su toga violeta forrada de raso carmesí, estaba sentado en su sillón de brazos sin respaldo, entre dos maceros, y detrás de él se agrupaban los magistrados con sus togas y birretes cuadrados.

Un público de grandes señores, de extranjeros, de damas en traje de corte, ocupaban las tribunas y las galerías levantadas entre los arcos de la capilla, cuyos antepechos estaban cubiertos con tapices bordados en oro y telas de brillantes colores.

El cortejo que había salido del salón del rey entró en la capilla al son de pífanos, tambores y trompetas.

Precedían á la comitiva real los heraldos de armas al frente de los cuales iba el marqués de Dreux, gran maestro de ceremonias; seguían los caballeros de la orden del Espíritu Santo, á cuya cabeza marchaban el abate de Pomponne, el marqués de Breteuil y el conde de Maurepas, grandes oficiales de la orden; detrás de los caballeros del Espíritu Santo, solos y so-

berbiamente ataviados, se presentaron el conde de Charolais, el de Clermont y el príncipe de Conti.

Por fin apareció el rey precedido del marqués de Courtanvaux, capitán de los cien suizos de la guardia, al cual seguía el duque de Villeroy, capitán de los guardias de Corps, que llevaba á su derecha al duque de Mortemart, primer gentilhombre de cámara, y á su izquierda al duque de la Rochefoucauld, gran maestro del guardarropa. Luis XV iba entre el príncipe Carlos de Lorena, caballero mayor de Francia y el comendador de Bernighen, primer caballero del rey, ambos llamados por razón de su cargo á dar la mano á su majestad. A los lados formaban los oficiales de los guardias de Corps y la guardia escocesa. El rey vestía un traje de brocado de oro guarnecido de botones de diamantes y sobre los hombros llevaba un manto de punto de España tejido también en oro.

Inmediatamente seguía la reina, ataviada con vestido y manto de terciopelo violeta sembrado de flores de lis; el cuerpo del traje tenía la forma de coraza, toda ella guarnecida de pedrería y broches de brillantes en las mangas. Cefía á su frente una corona de diamantes cerrada por una doble flor de lis. Acompañaban á María Leczinska los duques de Orleans y de Borbón, y llevaban la cola de su manto real, que tenía nueve varas de largo, la duquesa viuda de Borbón, la princesa de Conti y la princesa de Charolais, que á su vez eran acompañadas por la más alta nobleza de la monarquía, tres de cuyos ilustres miembros llevaban las colas de sus trajes.

Detrás de la reina marchaban la duquesa de Orleans, después *mademoiselle* de Clermont y más princesas y más damas ilustres que con sus respectivas comitivas y portadores de sus colas, formaban una

procesión que parecía no acabar nunca y que cerraban las damas de honor de las princesas de la sangre.

La reina y el rey se arrodillaron bajo el dosel, y detrás de sus majestades, en el estrado, se colocaron los príncipes y personas reales.

Salió entonces de la sacristía el cardenal de Rohan revestido de pontifical y acompañado del obispo de Soissons y del de Viviers en funciones respectivamente de diácono y subdiácono de honor.

El cardenal subió las gradas del altar é invitó al rey y á la reina por medio del heraldo de armas y del marqués de Dreux, á que se aproximasen, y allí, después de dirigirles una plática, les dió la bendición nupcial.

Recibida la bendición, el rey y la reina ocuparon de nuevo sus reclinatorios, donde el cardenal les llevó el agua bendita.

Comenzó la misa. El obispo de Viviers cantó la Epístola, el de Soissons el Evangelio, y después de haber dado á besar el libro al cardenal, diéronselo igualmente á besar á los reyes.

Después del Ofertorio, y mientras se incensaba, como es de ritual, el rey de armas se colocó al pie del altar con un cirio que contenía veinte luises de oro. El rey, bajando entonces de su reclinatorio, se arrodilló delante del cardenal, que estaba sentado en un sillón colocado sobre la grada del altar, besó el anillo de Su Eminencia y le entregó el cirio, tomándolo de manos del heraldo de armas.

Al terminar el *Pater*, los reyes se arrodillaron sobre una alfombra de terciopelo violeta sembrada de flores de lis, mientras el obispo de Metz y el anciano obispo de Frejus extendían sobre las cabezas de los

desposados un velo de brocado de plata, siguiendo en tal guisa el rey y la reina hasta finalizar las acostumbradas oraciones.

Acabada la misa, el cardenal de Rohan tomó de manos del cura de Fontainebleau el registro de matrimonios y lo presentó al rey y á la reina, ofreciéndoles la pluma para firmar. El abate de Pezè, limosnero del rey, presentó á su vez la pluma á los príncipes y princesas de la sangre, en tanto que á los solemnes acordes del *Te Deum* los heraldos distribuían las medallas acuñadas con motivo de la ceremonia.

Al regresar de la capilla, el duque de Mortemart, que había llevado aquella mañana á María Leczinska la corona de diamantes que lució la reina en la ceremonia, le entregó un cofrecito de terciopelo carmesí lleno de alhajas, las cuales la reina regaló por la tarde.

El rey que, desde el momento en que había visto á María Leczinska, no había tratado siquiera de disimular sus amorosas impaciencias, demostraba una alegría indescriptible, algo así como la satisfacción ruidosa de un adolescente en una hora de buena fortuna.

Antes del casamiento, mientras María Leczinska se ataviaba para la ceremonia, había enviado muchos recados, preguntando cuándo iba á terminar el regio tocado, que se prolongaba ya más de tres horas. Después de la celebración del matrimonio, se le vió todo el resto del día obsequioso, atento, siempre al lado de la reina y hablándole con vivacidad y galantería. Y por la noche esperaba con una impaciencia febril que su mujer se acostase.

Acerca de esta noche de boda nos permite hablar una carta del duque de Borbón al rey Estanislao. Estos detalles íntimos, estos secretos de alcoba, deben sernos



perdonados en gracia del interés que tienen para la historia.

«... No necesito describir á vuestra majestad la alegría y la complacencia de que el rey ha dado efectivos testimonios á la llegada de la reina. Todo lo que yo puedo decir á vuestra majestad es que los hechos han sobrepujado á mis esperanzas, y, si pudiera ser, á mis deseos.

»La reina ha encantado al rey; no acierto á expresar mejor el resultado de su primera entrevista... El rey ha pasado todo el día de ayer en las habitaciones de la reina, donde me hizo el honor de declararme que sentía un vivísimo afecto por su esposa, y vuestra majestad no lo dudará, si me permite llamar su atención acerca de un detalle, sobre el cual debiera guardar discreto silencio, y del que daré, sin embargo, cuenta á vuestra majestad, aunque sólo sea para probarle que no incurro en la lisonja cortesana al garantizar la grata impresión que ha producido la reina en el ánimo de su esposo. Sepa vuestra majestad que después de asistir el rey á varias diversiones, y presenciado una comedia (1) y una función de fuegos de artificios, su majestad se acostó con la reina, y siete veces, durante la noche, le ha dado pruebas evidentes de su ternura. El mismo rey al levantarse me envió, para decírmelo, á una persona de su confianza y de la mía, y apenas entré yo en las habitaciones de su majestad, me lo ha confirmado el rey con elocuentes muestras de satisfacción.»

---

(1) *L'Anfitrión* y *Le mariage forcé*, de Molière.

## II

Casa de la reina.—Título de azafata otorgado á la suegra de madama de Mailly.—Retrato físico de María Leczinska.—La mujer; su carácter.—La juventud de Luis XV.—El rey y el duque de Borbón celebran una entrevista por mediación de la reina.—El duque en desgracia.—Real despacho remitido por M. de Frejus á la reina.—Rencores del primer ministro contra la reina.—La reina obligada á solicitar su permiso para cenar con sus damas.—Enfermedad de María Leczinska y desvío del rey.—No encuentra la reina en sus salones ni un cortesano para su partida de *lansquenet*.—Luis XV, alejado de su mujer, frecuenta la sociedad de las damas jóvenes de palacio.—*Mademoiselle* de Charolais.—*Mademoiselle* enamorada del rey.—La condesa de Toulouse.—La pequeña corte de Rambouillet.—Frialdad de relaciones entre el rey y la reina.—Las manías de la reina.—La reina cansada de sus deberes de esposa y de madre.

En aquel mes de Mayo había sido montada la Casa de la reina y escogidas las damas de la nobleza, con las cuales iba á ser condenada María Leczinska á pasar largas horas de fastidio en la prisión real del palacio de Versailles.

La subintendencia y jefatura del consejo que se destinaba á la joven princesa de Conti, fué definitivamente otorgada á *mademoiselle* de Clermont, hermana del duque de Borbón. La provisión de los otros cargos había suscitado mil cábalas y mil intrigas; sin embargo, la gran batalla se libró al tratarse de hacer el nombramiento de dama de honor de su majestad, para cuyo cargo parecía llamada por sus méritos personales, la duquesa de Saint-Simon; pero las enemistades que contra ella había concitado el terrible duque y los lazos que unian á la duquesa de Saint-Simon y

á su marido á la casa de Orleans, dieron por resultado su exclusión. Y á despecho de M. de Frejus y de sus esfuerzos por alejar de la intimidad oficial de la reina á *las desvergonzadas de la regencia*, el rey nombró dama de honor, en consideración á sus *raras virtudes*, á su cara prima la mariscala duquesa de Boufflers, cuyas escandalosas aventuras, pasadas y presentes y el conocido y probado libertinaje de las damas á su servicio, le habian valido el apodo de *madama Pataclín*, nombre de la superiora del hospital general donde iban á parar las mujeres de mala vida.

El nombramiento de azafata de la reina recayó en la condesa de Mailly, cuyo titulo reproducimos:

«En el día de hoy, Mayo de 1725, estando el rey en Versalles y teniendo en consideración el celo y dignidad con que la señora condesa de Mailly ha servido en calidad de azafata á la delfina su madre, y en vista del deseo que Francia manifiesta desde la mayor edad del rey de ver asegurada por medio de alianza matrimonial la tranquilidad de que el reino al presente goza; y habiendo determinado su majestad elegir esposa y constituir desde ahora la Casa de la reina, su futura compañera, cree no poder hacer mejor elección para el cargo de azafata que confiriéndoselo á la misma persona que tan dignamente lo ha desempeñado. Al efecto, su majestad ha otorgado á madama Ana María Francisca de Sainte-Hermine, condesa de Mailly, el cargo de azafata de la reina, su futura esposa y compañera, para que pueda usar y disfrutar los honores, autoridad, privilegios, gajes, pensiones, estados, derechos, beneficios, rentas y emolumentos que le pertenezcan y que estén prescritos por los estatutos de la Casa de la susodicha reina, tales como los han disfrutado las azafatas de las reinas de Francia. Y

manda su majestad al tesorero mayor que dichos gages, libramientos y pensiones sean pagados á la susodicha condesa de Mailly, á partir de hoy, en la forma acostumbrada para esta clase de pagos, sin que haya necesidad de otra orden ó documento que el presente para que sea cumplida la expresa voluntad de su majestad el rey...»

---

Este título es instructivo; nos revela un hecho que los contemporáneos parecen ignorar, y es que Luisa Julia de Mailly, la primera querida de Luis XV, no era azafata de María Leczinska al casarse ésta con el rey de Francia. Me parecía muy extraño, antes de conocer este título, que se hubiese confiado uno de los cargos más importantes de la monarquía á una joven de quince años y soltera. Hoy ya no cabe duda; el nombramiento recayó en la que había de ser su suegra, que se lo trasmitió á Luisa Julia de Mailly, quizá al año siguiente al casarse con su hijo.

Las doce damas de palacio, que con *mademoiselle* de Clermont, la duquesa de Boufflers y la condesa de Mailly completaban el servicio de la reina, eran: madama de Prié, madama de Nesle, cuyas aventuras galantes con Du Mesnil eran públicas, la mariscalda de Villars, las duquesas de Tallars, de Béthune, de Épernon, y por último, madamas de Gontaut, de Egmont, de Rupelmonde, de Matignon, de Chalais, de Merode, señoras todas de reputación muy dudosa y discutida.

En la alta servidumbre de María Leczinska figuraba, en calidad de gran limosnero, M. de Frejus, que había de ser muy pronto el mayor enemigo de la reina.

Seguían á estos altos dignatarios, todas esas personas que desempeñaban en la monarquía de aquel tiempo mil distintos oficios cerca de las personas reales.

Había entonces una primera camarista y doce camaristas ordinarias. Los médicos eran: médico mayor, médico ordinario y médicos de cámara; boticario de cámara y boticario general de palacio, jefes de cocina, cocineros, pinches, abastecedores, guardavajillas, criados de guardarropa, lacayos de estribo para las carrozas y literas, portasellos y otros muchos funcionarios de escalera abajo. Sería muy difícil hacer la enumeración detallada de los oficios y atribuciones de la servidumbre de María Leczinska, que ocupa en el estado oficial manuscrito de la Casa de la reina más de cien páginas. Encontramos entre las pensiones concedidas después de morir la reina: una pensión para el encargado de servirle el café, otra para la camarista que limpiaba las porcelanas del tocador y otra para el guitarrista que cuidaba y templaba las violas é instrumentos de cuerda usados por su majestad.

---

María Leczinska, en los numerosos retratos que la representan, carece de esa nobleza de rostro que distingue á las grandes damas y que requería el esplendoroso *marco* de Versalles; pero la princesa polaca tenía una cara agradable y graciosa, muy celebrada por sus contemporáneos, y de la que habló Voltaire en una carta. Su figura, sin majestad, era, en cambio, amable y sencilla; respiraba bondad y alegría franca y sana. Era una figura plácida con el reposo y el aire algo reflexivo de la mujer virtuosa. En el rostro de María Leczinska, que había temido perder la corona

del cielo al aceptar la corona de Francia, no había impreso la virtud su austeridad y la devoción su sello adusto.

La salud, la tranquilidad de la conciencia y el contento de la vida, se reflejaban en aquella cara iluminada por una dulce malicia, por una sonrisa que hacía pensar en las inocentes libertades de María Leczinska cuando en la intimidad hacía reír estrepitosamente á sus damas «su Semana Santa» como las llamaban en la corte.

La reina, aparte de algunas vivacidades que la hacían por algunas horas la mujer más desgraciada del mundo y en penitencia de las cuales buscaba en seguida el medio de hacerse perdonar, tenía el carácter más bondadoso, más igual y más sociable que imaginar se pueda. Era graciosa, entretenida y ocurrente en su conversación; hacía observaciones muy oportunas y sabía disculpar una galantería escabrosa cuando el atrevido conocía el arte de atenuarla con el ingenio. ¿Quién ignora la anécdota en que fué protagonista M. de Fressan?

Se hablaba delante de la reina de los *houssards* (1) que, en sus correrías por las provincias, se aproximaban á Versailles.

La reina dijo: —¿Y si yo me encontrara con ellos y mi guardia me defendiera mal?

—Señora—contestó uno—vuestra majestad correría gran peligro de ser *houssardée*.

—Y vos, M. de Fressan, ¿qué haríais si llegara ese caso?

---

(1) Bandas de húngaros. Unidos á los creatos, panduros y kalpaches pusieron varias veces en grave aprieto á los generales franceses en 1741 y 42.—(N. DEL T.)

—Defendería á vuestra majestad aun á riesgo de perder mi vida.

—¿Y si vuestros esfuerzos resultaran inútiles?

—Señora—contestó M. de Fressan—me sucedería como al perro que defiende la comida de su amo; después de haberla defendido lo mejor posible, se deja tentar y acaba por comer con los *usurpadores*.

Y la reina, no sólo no se enfada, sino que no puede reprimir la sonrisa que le causa el atrevimiento.

Desgraciadamente, una timidez excesiva perjudicaba á los atractivos de la reina; era púdica como sus virtudes. La cristiana se sobreponía á la mujer y á la esposa, y á un tiempo velaba los encantos de su espíritu y de su corazón. Sólo en el círculo reducido de algunos amigos que no la intimidaban, aparecía tal cual era. Necesitaba para arriesgarse á la más ligera coquetería, para entrar en plena posesión de sí misma, la calma y el sosiego de los salones en que se reunían personas de edad madura, en que las voces se amortiguaban, en que el buen sentido se imponía, en un reposo, en fin, que se armonizaba perfectamente con su espíritu reflexivo y sus hábitos de tranquilidad. Allí era donde encontraba su bienestar y su libertad de acción esta reina cuyo espíritu tuvo siempre, como su rostro, el sello de la madurez de la vida.

Sucedió, pues, que Luis XV, que inspiraba á María Leczinska un exagerado temor, no llegó nunca á conocer á su mujer. El rey no vió en María Leczinska más que una pobre *pintora* sin ninguna disposición para la pintura, una aficionada á la música que tocaba muy medianamente la viola, una lectora de libros serios que no comprendía, una beata, una provinciana anodada bajo el peso de la corona real de Francia, una reina, en fin, que no aportaba á la vida común ningun-

na de las agradables iniciativas de la mujer y que sólo llevaba al matrimonio una obediencia absoluta y un gran respeto de todos sus deberes. Balbuciente y temblorosa en su papel de reina, como una solterona salida de la celda conventual y extraviada en Versalles, ignoraba, á juicio del rey, hasta las caricias y coquete-rías de su sexo, ocupada siempre en agrupar en torno suyo todas las venerables cabezas calvas de la corte, y en imponer en palacio el reinado del fastidio, llenán-dolo de cuchicheos seniles, de voces cascadas y ale-jando de él todo lo que pudiera encontrar un eco sim-pático en el corazón del joven rey.

Era un marido singular aquel recién casado, aquel soberano en plena juventud á quien, fuera de la caza y de los perros, nada interesaba ni divertía, y cuyo espíritu trataba en vano de fijar el cardenal, entrete-niendo en mil cosas diversas sus facultades, desde el cultivo de las lechugas al estudio de la colección de antigüedades del mariscal De Estrées, desde las labo-res de tornero á las minuciosidades de la etiqueta pa-latina, y del torno á la tapicería... Jamás se pudo con-seguir que se aficionara á nada ni que empleara en algo su imaginación y su tiempo. Figuraos á un rey de Francia, al heredero de la regencia, refugiado en los rincones de un Escorial y envuelto en sus heladas som-bras; un joven en la flor de su vida y en los albores de su reinado, aburrido, cansado, lleno el corazón de tedio por el mundo y de horror al infierno; horror que frecuentemente dejaba entreveer su voz alarmada y temblorosa. Sin amistades, sin preferencias, sin calor, sin pasión, indiferente á todo y no ejecutando más acto de soberanía que dictar las invitaciones para sus ce-nas, Luis XV aparecía en el fondo de sus habitaciones de Versalles como un niño grande, retraído y triste,



que se vengaba de su propio mal humor cultivando cierta malignidad sarcástica en su alma árida y fría. Añadid á todo esto una predisposición marcadísima por la soledad y una voluntad irresoluta unida á necesidades físicas imperiosas cuyos frecuentes accesos hacían recordar á los primeros Borbones y tendréis á Luis XV á los veinte años. Tal era el soberano, en el cual existía ya una vaga aspiración á los placeres, y el deseo y la esperanza inquieta de poseer á una mujer apasionada, inteligente ó al menos *divertida*. Anhelaba, sin confesárselo á sí mismo, unos amores que le distrajesen de sus pertinaces tristezas, que le librasen de la monotonía de su vida, que espoleasen su pereza para intentar la satisfacción de un capricho, que le despertaran de su letargo aunque le aturdieran un poco y le lanzaran á las violencias de la pasión y á los desenfrenos de la alegría; en suma, buscaba el rey el olvido de su personalidad regia, lo que la reina no le ofrecía; he aquí lo que solicitaba del adulterio Luis XV; he aquí lo que siempre buscó el monarca en él.

Durante los primeros meses que siguieron al matrimonio, no se hablaba de otra cosa en Versalles que de las complacencias, las asiduidades amorosas, las *coucheries* regulares y cuotidianas del rey con la reina.

Luis XV comparaba á María Leczinska con la reina Blanca, madre de San Luis, y decía á los cortesanos que querían hacerle admirar alguna mujer de la corte: «Encuentro todavía más bella á la reina.» Pero aún no había pasado un año cuando un acontecimiento político vino á entibiar las relaciones entre los esposos.

María Leczinska, naturalmente agradecida al duque de Borbón, al que debía la corona de Francia, se había dejado, además, subyugar por las muestras de

simpatía y de afecto de madama de Prie, la cual entraba con entera libertad en las habitaciones de la reina y la vigilaba al mismo tiempo que inspiraba sus acciones, sus palabras y sus cartas. Era madama de Prie dueña absoluta de la débil y tímida princesa, que no hacía otra cosa que ejecutar y refrendar las órdenes de la favorita del duque. La reina se resistía un poco, comprendiendo, por lo que el duque y su querida la obligaban á hacer, que ella era un medio, un instrumento entre sus manos para minar la influencia y destruir el favor de que gozaba M. de Frejus. A pesar de que el rey lo disimulaba, María Leczinska sabía ya que Luis XV no quería al duque, que madama de Prie le inspiraba una invencible antipatía y que el monarca estaba completamente dominado por su preceptor. Cuando la reina trataba de resistirse á las exigencias del duque, éste la acusaba de ingratitud y la reina lloraba; tales escenas repetíanse con frecuencia. Por fin, un día, el duque obligó á la desgraciada princesa á proporcionarle una entrevista particular con el rey. Con un pretexto cualquiera Luis XV fué llamado á las habitaciones de la reina. María Leczinska quiso retirarse, pero el duque de Borbón consiguió que asistiese á la entrevista. Entonces el duque comenzó á leer en voz alta una carta de Roma, una carta del cardenal de Polignac, que era una requisitoria en regla contra M. de Frejus. El rey escuchó con enojo la lectura. Para justificar la carta quiso el duque exponer los hechos. El rey daba claras muestras de impaciencia. Advertido el duque del descontento del monarca, le preguntó si había tenido la desgracia de disgustarle.—Sí.—¿Puedo contar con la benevolencia de vuestra majestad?—No.—¿Es sólo M. de Frejus quien goza la real confianza de vuestra majestad?—

Sí.—Y el rey, rechazando al duque que se había arrojado á sus pies, salió colérico contra su mujer, que le había tendido aquel lazo.

Entre tanto, M. de Frejus, que se había dirigido á las habitaciones de la reina encontrando cerradas las puertas por orden del duque, se había retirado á Issy, mientras que el rey, violentamente agitado por lo sucedido, se encerraba en su cámara sin querer hablar con nadie... El duque de Mortemar, tomando partido contra la casa de Condé, consiguió una orden que obligaba al duque de Borbón á llamar á M. de Frejus, y al día siguiente el preceptor del rey reaparecía triunfante en la corte.

Desde aquel día, la desgracia y caída del duque no eran más que cuestión de tiempo. M. de Frejus, sostenido solapadamente por el duque de Orleans, el príncipe de Conti, el duque de Maine y el mariscal de Villars, tenía además de su parte á los Noailles y á la condesa de Toulouse, que en las cortas pero frecuentes visitas con que Luis XV empezaba á favorecerla, iba logrando una seria influencia en el espíritu del joven rey. En un consejo celebrado en Rambouillet, donde, desde hacía algún tiempo, se dirigían directamente los correos de Alemania, España y Saboya, el extrañamiento del duque quedó acordado, y el 11 de Junio de 1726 el duque de Borbón recibía inopinadamente la orden de marchar á Chantilly, prohibiéndosele al mismo tiempo ver á la reina. Madama de Prie era desterrada á sus tierras de Normandía.

La desgracia del duque de Borbón y de madama de Prie, reflejóse inmediatamente en la reina, á la cual el rey pareció abandonar á los rencores de M. de Frejus. La entregaba, por decirlo así, á su enemigo con este despacho real, del que fué portador el futuro pri-

mer ministro: «Os ruego, señora, y si es necesario os ordeno, que hagáis todo lo que el obispo de Frejus os dirá en mi nombre, como si fuera yo mismo.—Firmado, Luis.» Desde este día, el viejo y rencoroso obispo, escudado con los plenos poderes del rey, dirigió todos sus esfuerzos á conseguir la anulación de la reina y de la esposa, privándola de toda influencia y mediación en el acostumbrado reparto de favores, mermando su autoridad en el gobierno de su Casa, regateándola el dinero hasta la mezquindad y haciéndola sufrir toda clase de molestias, de humillaciones y pequeñas venganzas que la reina soportaba con su dulce resignación de siempre. La reina, que es muy caritativa, agota sus fondos; pues Fleury ordenará á Orry que la entregue cien luises, la cantidad que el intendente da á su hijo cuando no tiene dinero. La reina de Francia quiere cenar con sus damas en Trianon ó en otro sitio; pues tendrá que pedir permiso á Fleury, y Fleury se dará casi siempre el gusto de rehusarlo, alegando que tales cenas constituyen un despilfarro...

Dos meses después de la caída del duque de Borbón, en el mes de Agosto de 1726, María Leczinska cayó enferma, y tan gravemente, que se le administraron los últimos sacramentos. El rey demostró una cruel indiferencia durante la enfermedad, y el 27 de Setiembre, el día en que completamente restablecida, la reina llegaba á Fontainebleau para reunirse á su marido, Luis XV, en vez de salir á su encuentro, fué de caza, cobró dos ciervos y no regresó al castillo hasta las nueve de la noche.

Los desdenes del rey, su desprecio visible, su falta de consideración, minaban poco á poco el respeto que era debido á la reina, á la cual trataban los cortesanos como á una princesa sin importancia alguna en la

monarquía. El marqués de Argenson nos presenta á María Leczinska en Versalles, abandonada de sus damas, no encontrando siquiera, cuando los domingos quiere jugar al *lansquenet*, un caballero, entre los de la corte, que le haga la partida. Y vemos á la pobre reina paseándose en sus habitaciones, siempre desiertas, quejarse del desaire con estas dulces y tristes palabras: «Dicen que no quiero jugar al *lansquenet*; ya veis que no es que *yo* no quiera, sino que *ellos* se niegan.»

Todas estas humillaciones hacían que la reina estuviese disgustada, triste, llorosa y en situación poco á propósito para retener al rey... Luis XV empezó á frecuentar la sociedad de mujeres jóvenes y alegres, entre las cuales llevaba la voz cantante *mademoiselle* de Charolais.

Había en la figura, en el aire de esta princesa de la casa de Condé, algo de la movilidad del pilluelo, del granujilla. Su cara, que debía conservar siempre la frescura de los diez y seis años, tenía una encantadora expresión de malicia, y era tal la gracia picaresca de sus ojos que denunciaban bajo el antifaz al *enfant terrible*, esa deliciosa figura de mujer que no ha faltado nunca en los grandes esplendores y tristezas de Versalles, y cuya principal misión consistía en alterar y romper la etiqueta, en desarrugar el ceño á la majestad, haciéndose perdonar la irreverencia con su aturdimiento alegre y comunicativo.

Los versos, las canciones, hasta *las salidas de tono*, todo lo aprovechaba el espíritu malicioso y travieso de *mademoiselle* de Charolais con la audacia y despreocupación de un chicuelo, para triunfar de las graves costumbres palatinas, de la seriedad de la corte, llevando á todas partes la animación, la familiari-

dad, el bullicio, improvisando pasatiempos, animando las cenas, disponiendo como una *Locura* descarada y encantadora las extravagancias, las bromas, los enredos de Carnaval; y todo esto al lado del trono, en medio de los graves negocios del Estado.

Más á propósito para aturdir que para enamorar seriamente, mezclábanse en ella la fantasía de los Mortemart y la altivez de los Condé, dando á sus audacias y á sus graciosas inconveniencias cierto sello de buen tono, de distinción que las atenuaba y disculpaba. Caprichosa, fantástica, voluble, atormentada hasta la desesperación por unas negras tristezas de las que se libraba bruscamente con una broma, con una salida de tono escabrosa ó con una jugarreta arriesgada, *mademoiselle* de Charolais debía sorprender y llamar la atención por las contradicciones de su naturaleza, á un marido joven á quien aburría la inmutable serenidad de su mujer.

La princesa figuraba siempre en primer término en todas las diversiones atrevidas y escandalosas; jamás faltaba á las excursiones nocturnas; aquellas excursiones en que el rey, que empezaba á lanzarse á las aventuras, abordaba en las calles de Versalles á la hermosa dueña del *Cheval-Rouge*, en tanto que *mademoiselle* de Charolais, con palabras de un libertinaje jocoso, trataba de calmar á *la víctima* que no cesaba de gritar: «¡Al ladrón! ¡Al asesino!»

*Mademoiselle* de Charolais, que desde los quince años había tenido innumerables amantes y que echaba hijos al mundo cada doce meses, casi con absoluta regularidad, considerando el hecho como un incidente sin importancia alguna, se *apasionó* momentáneamente por el rey, encontrando muy gracioso y muy picante seducir á Luis XV y ser la primera que lo impulsara

al adulterio. Para conseguirlo empleó todo género de coqueterías, llegando hasta ponerle en el bolsillo estos versos:

Tenéis un humor *agreste* y seductora la mirada.  
¿Será posible que á vuestra edad seáis indiferente?  
Si el amor quiere instruiros, ceded, no os opongáis.  
Vuestro imperio ha sido fundado mucho después que el suyo.

Pero el rey, tímido todavía, no hacía caso de estas *insinuaciones* que aunque le divertían le asustaban. Su espíritu no había desechado aún el miedo á las mujeres de la regencia que le había sabido inspirar con sus cuentos el viejo Fleury.

---

Otra mujer había que intimidaba mucho menos al joven rey que aquella endiablada princesa de Charolais; esta mujer era la condesa de Toulouse.

La condesa de Toulouse era una hermosura espléndida, de ojos negros, mirada llena de dignidad y sonrisa dulce y apacible. Su rostro no conocía el colorete y toda su agradable persona tenía un aire de tranquilo y devoto recogimiento. El salón de madama de Toulouse era la pequeña corte de Rambouillet, un refugio aristocrático, un recuerdo de la galantería de otra época y de la corte de Luis XIV. Allí se rendía culto á la proverbial cortesía francesa, á los modales exquisitos y refinados, al respeto á la mujer, á la moderación en todo, hasta en el armónico diapason de las conversaciones. Las buenas tradiciones de las costumbres sociales, observábanse todavía en aquel salón donde el trato conservaba su elegancia, su animación, su alegría comedida. Era aquel un círculo de personas escogidas en la paz dichosa, en las dulzuras epicúreas

de un mundo reducido, selecto, que disfrutaba beatíficamente de la existencia. La misma *mademoiselle* de Charolais al entrar en el salón de madama de Toulouse, se plegaba, se acomodaba á aquel ambiente y no era más que una princesa un poco jovial que llevaba los placeres delicados, los pasatiempos elegantes á aquella corte donde eran discretos los murmullos, suaves las palabras, reposados los galanteos y en torno de la cual parecían vagar todavía sombras de pasadas grandezas y magnificencias que sólo allí podían evocarse y encontrarse. Involuntariamente el joven soberano comparaba este salón con la corte sencilla y triste de la reina de Francia, y el amor se despertaba en él, un amor lleno de timideces y de escrúpulos religiosos; pero favorecido por el místico perfume de aquella hermosa y escultural devota á quien conmovían y turbaban los rendimientos y platónicos homenajes del rey que era entonces el hombre más guapo de su reino.

A la vez que aumentaban las distracciones galantes y las tentaciones, que no eran á la sazón más que un aprendizaje de la inmoralidad libertina, el amor de Luis XV por la reina, aquel amor tan vivamente manifestado en los primeros días de vida conyugal, iba como toda pasión física, menguando y desvaneciéndose con el tiempo.

Las relaciones del matrimonio, que siempre habían sido de una exagerada seriedad, tomaron desde el suceso del mes de Julio de 1726 un carácter poco cordial y harto embarazoso. La falta de confianza, de efusión, de expansión recíproca que los mismos criados habían sorprendido en las entrevistas más íntimas del rey y la reina, se manifestaba más claramente de día en día. El rey disimulaba cada vez peor su frial-



dad. La reina lloraba y no trataba siquiera de ocultar sus lágrimas, y la corte veía con regocijo que aquella esposa *sin atractivos y sin recursos* no sabría nunca reconquistar á su marido, ni sería jamás un obstáculo para las intrigas. En efecto; María Leczinska no era una de esas mujeres diestras en el arte de reconquistar su felicidad con las seducciones lícitas en el matrimonio, ni hacía nada para apoderarse de aquel corazón que se apartaba de ella. Dejaba que los lazos se rompieran, sin combatir, sin protestar; se encerraba y refugiaba en su tristeza; pedía sus inspiraciones exclusivamente á la resignación y hasta cifraba cierta coquetería en envejecerse, en secar las fuentes de su corazón. Llegó á suprimir en su tocado hasta el alfiler y adorno propios de una mujer joven y á abismarse en las lecturas espirituales y á rodearse á todas horas de una sociedad grave y severa.

En este matrimonio, en que la separación, el divorcio moral comenzaba, las cosas más insignificantes, las manías más inofensivas eran motivo de contrariedad y de mayor alejamiento. La reina mortificaba los nervios de aquel rey tan fácilmente excitable con cualquier puerilidad; el miedo á los espíritus, la necesidad de ser arrullada, tranquilizada, entretenida con un cuento como los niños en su cuna, y tener siempre á su alcance una mujer para poder asir su mano en los instantes de loco terror; las cien vueltas que daba por su cámara buscando su perra... Otras veces era el almohadón acolchado con que se abrigaba aquella princesa friolera, lo que sofocaba al rey y le hacía abandonar el lecho de su mujer.

En fin, María Leczinska que había dado á luz el 27 de Abril de 1727, dos niñas; el 28 de Julio de 1728, otra niña; el 4 de Septiembre de 1729, un delfín; el 30

de Agosto de 1730, un duque de Anjou, y el 23 de Marzo de 1732, la cuarta niña; al sentirse de nuevo embarazada y fatigada de su oficio de madre fecunda, recibía las caricias de su marido con el desabrimiento que inspiraba esta queja: «¡Siempre acostada, siempre embarazada y siempre pariendo!»

---

### III

La corte acecha con impaciencia la primera infidelidad del rey. — *L'Œil-de-Bœuf* (1) y la antecámara. — Teme Fleury que la reina recobre su influencia. — Suposiciones de los cortesanos. — El rey brinda á la salud *de la desconocida*. — La reina niega al rey el débito conyugal. — Bachelier descubre el rostro de madama de Mailly. — Retrato físico de madama de Mail y. — Rancia nobleza de la familia de los Nesle-Mailly. — Contrato de matrimonio de Luisa Julia-de-Mailly-Nesle, con su primo hermano. — Sus relaciones con el marqués de Puissieux. — Sus amores secretos con el rey desde 1733. — El rey cena con madama de Mailly en Compiègne, el 14 de Julio de 1738. — Madama de Mailly es una querida muy barata y sin ambiciones. — Las cenas en los *petits-appartements* (2). — Temperamento atrabiliario de Luis XV.

La corte, desde *L'œil-de-Bœuf* hasta la antecámara, hombres y mujeres, los políticos, la alta servidumbre, la intriga, la ambición, todas las pasiones humanas

---

(1) Llamábase *L'Œil de-Bœuf* á una segunda antecámara que comunicaba con los salones de Versalles. Siendo una pieza muy oscura, los arquitectos mandaron abrir en el muro un hueco en forma de ojo de buey, para darle luz. De aquí el nombre. Esta antecámara es famosa en la historia de Versalles. Allí se reunían los cortesanos—dice Touchard la Fosse en sus *Croniques pittoresques et critiques de L'Œil de Bœuf*—antes de ser recibidos en audiencia por el rey. Los vicios, las pasiones, las ridiculeces de la corte y del pueblo, reflejábanse en la antecámara como en un espejo, y no había escándalo ni aventura galante que allí no se supiera y comentara. —(NOTA DEL T.)

(2) Llamábanse así las habitaciones del ala izquierda de Versalles. Son tan célebres en la historia galante de los reyes de Francia, que prefiero no traducir el nombre. Creo, además, impropio traducir «gabinetes», como han hecho algunos. —(N. DEL T.)

que no tienen otro objetivo que el interés personal, acechaban, expiaban detrás de las puertas los menores signos de indiferencia y alejamiento entre el matrimonio, calculando cuando se romperían los ya débiles vínculos que unían al rey y á la reina, y ansiando que llegara el momento de que una favorita llevara la revolución á Versalles, torciendo el curso de las influencias y cambiando el gobierno.

Todos los elementos hostiles al cardenal de Fleury, todos los que no se lucraban contenidos en sus codicias por la economía del viejo ministro, todos los que se creían oscurecidos y condenados á la inacción por la política burguesa de aquel hombre de Estado acérrimo partidario de la paz; la servidumbre que veía escatimados sus gajes, los ambiciosos detenidos en su carrera, sin porvenir, sin campo de batalla donde desplegar su ingenio ó tentar fortuna, alentaban con la esperanza de que el rey se decidiese al adulterio.

Cualquier tentativa galante, cualquier menuda intriga amorosa, tenía el amparo decidido y la complicidad de los Gesvres, los Epernon, los Richelieu. Humillados por el fracaso de su conspiración de los *Marmousets*, ciegos de ira y rencor, dejábanse guiar secretamente por Chauvelin, el ministro en desgracia, inculcaban un escepticismo burlón en el espíritu del rey y por medio del ridículo, de la ironía sutil, de la libertad de costumbres, contrarrestaban las lecciones y minaban la autoridad del cardenal, inspirando á Luis XV la falta de respeto á su preceptor.

Era absolutamente indispensable que el rey se dejara seducir. Convenía á los agitadores, á los impacientes, á los que soñaban con grandes acontecimientos, á la actividad casi genial de aquel mariscal de

Belle-Isle que esperaba del apoyo de una favorita, fascinada de asociarse á las glorias marciales, la realización de ideas y de proyectos que estremecían á Fleury y sobresaltaban la timidez del rey.

Figuraban también en esta conjura de la corte los hermanos Tencin, cuya influencia era ya grande aunque hábilmente disimulada y que veían en el adulterio del rey un medio excelente de apoderarse de su voluntad, de acercarse á su persona y compartir su poder, aprovechándose de la debilidad del monarca que parecía consentir y legitimar todas las tentativas de fortuna. Y estas concupiscencias estaban apoyadas y favorecidas por mujeres que se tenían por muy piadosas y que hacían gala de su ultramontanismo; por madamas de Armagnac, de Villars, de Gontaut, de Saint-Florentin, de Mazarin, por los molinistas más intransigentes y hasta por la casa de Noailles, dispuesta á prestar su concurso para el triunfo de Tencin en odio á Chauvelin á quien envidiaban y temían recelando que pudiera recoger la herencia del cardenal Fleury.

En fin, aun en la servidumbre de escalera abajo pero cerca de la persona del rey, velaba y trabajaba una influencia, oculta todavía, pero ya poderosa. Los ayudas de cámara, reducidos por Luis XV á sus funciones y servicios domésticos, mantenidos en su posición ínfima en una corte en que el rey guarda la fidelidad conyugal, esperaban que la galantería y la disipación, haciendo olvidar sus deberes al regio amo, le obligara á descender hasta ellos, á necesitar de sus servicios y de su discreción, y, como es consiguiente, á pagarlos.

¡Cosa singular! Estos planes, de los cuales nadie podía dudar seriamente que en el fondo tendían á la caída del ministerio y del ministro, contaban no quie-

ro decir con el apoyo, pero sí con la aquiescencia del propio cardenal, con la única y expresa condición de ser consultado cuando llegara el momento *de elegir* para poder asegurarse la neutralidad de la persona escogida. No se habían borrado de la memoria del cardenal los antiguos agravios de la reina; recordaba todavía con amargura la tentativa de María Leczinska para volver al duque de Borbón á la gracia del rey, y no olvidaba el agradecimiento demostrado siempre por la princesa polaca á los hombres que la habían colocado en el trono. Veía el cardenal en una querida una garantía contra la reina, que muy bien pudiera recobrar su perdida influencia en el ánimo de su marido y reconquistar su corazón aprovechándose de una hora de devoción ó de misticismo del monarca. De este modo, hasta los mismos á quienes la conjura amenazaba conspiraban por la infidelidad del rey.

Y no era solamente la corte de Versalles, era su mismo pueblo el que impulsaba al rey á buscar querida, brindándole su complicidad, animándole afectuosamente, como si acostumbrado por la raza de los Borbones á las espléndidas glorias de la galantería, Francia no pudiese comprender á un soberano joven sin su Gabriela, ¡como si en los amores de sus amos encontrase su vanidad halagada y su orgullo nacional satisfecho!

Aquellas esperanzas, aquellas pasiones, aquella general expectación, aquella impaciencia febril por comprometer al rey, se mantenía, se escitaba con una noticia, con un anuncio, con un indicio, y todos estaban resueltos no sólo á facilitar, sino á precipitar los amos del rey proclamándolos por adelantado. La corte pronunciaba los nombres de la condesa de Toulouse, y de *mademoiselle* de Charolais. No había límite para

las murmuraciones, las imposiciones, los atisbos. Se escudriñaba todo, se recorría todo, se fijaban las miradas hasta en las damas de la reina, tan próximas á la persona del rey, y algunas tan asequibles á cualquier deseo, tan duchas en la práctica de las costumbres libres de la época. La misma reina, aquella santa mujer, ¿no había tenido que resignarse á soportar como dama de honor á la mariscala de Boufflers, cuya fama andaba en lenguas de toda Francia, y como azafata á aquella madama de Mailly, cuyas aventuras con M. de Puisieux eran públicas? ¿No figuraban entre las doce damas de su palacio las de Nesle, de Gontaut, la mariscala de Villars, las duquesas de Talard, de Bethume, de Epernon, de Egmont de Chalais, dignas todas de que la corte les hiciera el honor de envidiarlas, de considerarlas sospechosas y de incluirlas en el número de las queridas *possibles* de Luis XV?

Pronto empezó á hablarse vagamente de un brindis del joven soberano; y las personas que estaban en el secreto, los cortesanos que disfrutaban de la intimidad del rey, referían en voz baja los incidentes de una cena en la Muette, en la que el monarca, después de haber bebido á la salud *de la Desconocida*, había roto su vaso invitando á los comensales, lo mismo á los que se sentaban á su mesa que á los presididos por el duque de Retz, á que le imitaran. Hubo gran curiosidad por conocer á *la Desconocida*. Entre los convidados de una y otra mesa, dividíanse las opiniones y se vacilaba entre la duquesa joven, *mademoiselle* de Beaujolais y madama de Lauraguais, nieta de Lassay y nuera del duque de Villars-Brancas. El rey no reveló su secreto.

Un ministro sabía algo más que los cortesanos. En

sus paseos matinales por el bosque de Boulogne, había descubierto las huellas recientes de un carruaje que había cruzado la avenida de Madrid, siempre cerrada por vallas, y que conducía á la residencia de *mademoiselle* de Charolais en la Muette. Pero estas suposiciones eran muy vagas, y se prestaban al error y á la confusión, por ser muchas las mujeres que frecuentaban la sociedad de *mademoiselle* de Charolais. Seguía, pues, *la Desconocida* siendo *desconocida*, tanto para el ministro como para los cortesanos, entre los cuales, sin embargo, no faltaba quien hubiese observado que no se podía pronunciar delante del rey el nombre de madama de Mailly, sin que el rey se ruborizara. Bruscamente, cuando más impenetrable parecía el misterio, Luis XV desechó sus habituales melancolías, presentándose ante su corte como rejuvenecido y con el aire satisfecho de un hombre contento de la vida. El rey empezó á demostrar una sed inextinguible de placeres, un ansia febril de divertirse, de emplear su alegre actividad y de comunicarla á los demás, sin concederse tregua ni reposo. Dividía los altos de sus jornadas entre Rambouillet, residencia de la condesa de Toulouse, Bagatelle, donde habitaba la mariscalda de Estrées, y Madrid, donde vivía *mademoiselle* de Charolais; amenos retiros, encantadoras viviendas, pequeñas cortes de la galantería, de las ternuras delicadas, de los placeres refinados, de la elegancia y el ingenio, que parecían puestas en el camino del rey como etapas y estaciones encantadas de un Decamerón francés.

Unas veces el rey sorprendía con su presencia á París presentándose en el baile de la Opera y asombrando á todos con su animación, con su alegría casi infantil, haciendo gala de una graciosa desenvoltura,



nueva para la corte, y organizando bulliciosas cenas que se prolongaban en medio de mil bromas y mil locuras hasta las altas horas de la noche. Cuando de regreso en palacio entraba en la cámara conyugal excesivamente animado por los vapores del champaña é impregnado del olor de los manjares, la reina no disimulaba su repugnancia, y prolongaba intencionadamente sus oraciones hasta que el monarca se dormía...

Por fin, una noche sucedió lo que la corte preveía y esperaba. Bachelier, el ayuda de cámara del rey, al anunciar á la reina que su majestad se disponía á visitarla, la reina le respondió que sentía mucho no poder recibir á su majestad. Bachelier volvió dos veces por encargo del rey, y tuvo que transmitir al soberano la misma respuesta. De la indignación, de la cólera del rey, hábilmente excitada por Bachelier, resultó lo que el astuto servidor anhelaba: el rey declaró «que jamás volvería á rogar á la reina el cumplimiento de sus deberes conyugales». Al siguiente día los intrigantes, envalentonados por lo sucedido, rompieron todo freno á su discreción. Al dirigirse madama de Mailly á *los petits appartements* para pasar la noche, Bachelier, que la conducía, separó como por torpeza el capuchón que ocultaba su rostro, para que pudiesen conocerla dos de las damas de la corte.

Era madama de Mailly, en el año de 1738, una mujer de treinta años, en cuyos hermosos ojos negros de mirada enérgica, que á veces llegaba hasta la dureza, ponía la pasión en los momentos de ternura, un resplandor suave, acariciador, incitante que animaba á los amantes tímidos. En su fisonomía, en el óvalo delicado de su cara morena, en sus menores rasgos físicos había ese sensualismo, ese encanto *picante* que seduce y

enardece á la juventud. Era una de esas hermosuras provocativas, de mejillas encendidas, cejas espesas, mirada brillante llena de reflejos como un rayo de sol teñido en la púrpura del ocaso; una de esas mujeres, de las cuales nos han dejado *el tipo* los pintores de la regencia en todos sus retratos, mal velada la garganta por ligeros tules, la estrella en la frente, teñido de colorete el rostro, la sangre ardiente, los ojos bañados en luz y grandes como los de Juno, el porte atrevido, el tocado muy libre... figuras de mujer que se destacan del pasado, graciosas, atrevidas, arrogantes como las diosas de una bacanal. Añadid á todas estas cualidades que madama de Mailly era inimitable en el arte de realzar su hermura. Ninguna mujer en la corte conocía como ella el secreto de adaptar las modas á su belleza ni de combinar más hábilmente sobre aquellas desnudeces mitológicas de la época las ligeras gasas que sin velar los naturales encantos de la mujer les prestaban el incentivo del pudor...

El buen gusto, la pulcritud refinada, el culto á su hermosura presidían también el tocado nocturno de madama de Mailly. No se acostaba nunca sin haberse peinado y adornado con todos sus diamantes. La hora de sus grandes coqueterías y seducciones era por la mañana, cuando reclinada en su lecho, esparcida sobre la almohada su cabellera desrizada por el sueño y resplandeciente de joyas, daba audiencia á sus proveedores, á *sus gatitos*, como ella les llamaba. Así adornada y sonriente, teniendo ante su vista las mil alhajas que Lemagnan hacía brillar ante sus ojos y que valían dos ó tres millones, acariciando las ricas telas que se amontonaban sobre la alfombra, la Mailly recordaba aquellos cuadros de la escuela veneciana que representan á una mujer entre telas, brocados y

joyas arrojadas por la imagen de la Tentación á los pies de la soñadora que se despierta...

El rostro de madama de Mailly decía claramente lo que era la mujer. Sensual, apasionada, feliz, orgullosa de haber conquistado, al declinar de su juventud, al rey de Francia, «hermoso como el Amor», se mostró decidida y resuelta á todos los *preliminares*, á todas las facilidades, á todas las empresas de seducción y hasta de violencia que nos revela Soulavie con detalles verdaderamente bochornosos. Pero es justo decir que del mismo modo estuvo siempre dispuesta á esa adhesión, á esa abnegación, á esos sacrificios de que son capaces las mujeres cuando aman á un hombre más joven que ellas ó de su misma edad.

Bajo aquella altivez, bajo aquellas apariencias de bacante, de hembra que no retrocede en sus atrevimientos amorosos ni ante la necesidad de violentar al rey para seducirle, latía, por extraño contraste, un corazón enamorado que ocultaba las ternuras, las delicadezas y el sentimentalismo de una La Vallière.

---

Los de Mailly pertenecían á una antigua é ilustre familia militar. Su origen se remontaba á mediados del siglo XI, á Anselmo de Mailly, tutor del conde de Flandes y gobernador de sus estados, que perdió heroicamente la vida en el sitio de Lille, legando su recuerdo caballeresco como un emblema para aquella noble raza, uno de cuyos vástagos, perpetuando y honrando con el ejemplo la gloriosa tradición de familia, había muerto en 1668 á los treinta y seis años de edad en el sitio de Filisburgo. Después, durante la regencia, vióse caer en el libertinaje y rodar en el escándalo al heredero de aquel gran nombre, y al resto de

aquella ilustre familia que bajo el blasón de las puertas de sus palacios, grababa orgulosamente este lema: «*Hogne qui voudra.*» El último descendiente, Luis III de Nesle, sólo se distingue en la historia por haber asombrado con la variedad de sus trajes al zar de Rusia cuando el autócrata estuvo en París.

Luis de Nesle y su mujer, *mademoiselle* de la Porte-Mazarin, habían hecho alarde de todas las vergüenzas, de todos los desórdenes, de todas las bajezas que arrastran y hunden á una familia gloriosa en el lodazal donde se extinguen las razas agotadas.

El marqués de Nesle, padre de todas estas señoritas de Nesle, amadas por Luis XV, vivía «á mesa y mantel» con los comediantes y las comediantas.

Amante de *mademoiselle* de Seine en la época de sus altercados con la Balincourt, tomó tanta parte en ellos, que unos cuantos burlones atribuían á la actriz una carta en la que decía que no podía enviar á dirimir la contienda al duque de Gesvres «la flor de los héroes del reino», porque sus acreedores no le dejaban salir más que los domingos.

*Y la carta escrita desde... en Flandes á los señores de la Academia Francesa, decía verdad al menos, respecto á los acreedores.*

El viejo aristócrata, que disfrutaba una renta de 50.000 libras, había sufrido el embargo de sus bienes, incluso parte de los vinculados, por reclamaciones de Felipe Doremus, vecino de París. En embargos sucesivos perdió las 70.000 libras de renta que le producían los bienes que había salvado hasta entonces de sus acreedores. Acosado por todo el mundo defendiase de la miseria como Dios le daba á entender, acudiendo á los medios más desesperados, entre la rechifla y la ironía del público agravada con noticias como la si-

guiente, esparcida á los cuatro vientos: «El crédito del señor marqués de Nesle está tan agotado que tiene que poner él mismo su puchero á la lumbre.»

La hija mayor del marqués de Nesle, Luisa-Julia-de Mailly-Nesle, que nació el 16 de Marzo de 1710, el mismo año que Luis XV, se casó el 31 de Mayo de 1726 con Luis, conde de Mailly, señor de Rubempré, su primo hermano.

He aquí el contrato de matrimonio que he tenido la suerte de encontrar en los Archivos Nacionales: «Contrato entre el muy alto y poderoso señor conde de Mailly, capitán-teniente de los Guardias Escoceses y la alta y poderosa *mademoiselle* Luisa-Julia-de Mailly:

«Presente el MUY ALTO y muy poderoso señor, monseñor Luis, conde de Mailly, caballero señor de Rieux, Rubempré, Brutelle, Lamothe, Manneville y otros lugares, capitán-teniente de los Guardias Escoceses del rey, comandante de la Gendarmería Francesa, hijo del difunto muy alto y poderoso señor, monseñor Luis, conde de Mailly, señor de los susodichos lugares, mariscal de campo de los ejércitos del rey; y de la muy alta y poderosa señora madama Ana-María-Francisca de Saint-Hermine, al presente su viuda, azafata de la reina, habitando el susodicho señor conde de Mailly, en su palacio sito en la calle de Vaugirard, parroquia de San Sulpicio, por sí y en su nombre... De una parte:

El muy alto y muy poderoso señor, monseñor Luis de Mailly, caballero de las órdenes del rey, marqués de Nesle y de Mailly en Boulonois, conde de Bohain, señor de otros muchos lugares; y la muy alta y muy poderosa señora madama Armanda-Felicía de Mazarín, su esposa, dama de la reina, autorizada por el susodicho marqués de Nesle para los efectos consiguientes en nombre de la alta y poderosa *damoiselle*

Luisa Julia de Mailly, su hija mayor, hace constar su consentimiento.—Vive en la corte y en París, en su palacio, calle de Beaune, perteneciente á la susodicha parroquia de San Sulpicio... De otra parte...

Y estando conforme el muy alto, muy poderoso y muy augusto monarca Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, y la muy alta, muy poderosa y muy excelente princesa María, reina de Francia, la muy alta, muy poderosa y muy excelente princesa María de Baden-Baden, duquesa de Orleans, el muy alto y muy poderoso príncipe Luis de Borbón... han reconocido y confesado haber hecho entre sí los contratos de matrimonio, donación y convenio que siguen, á saber: que los susodichos señor marqués y señora marquesa de Nesle han prometido dar en matrimonio á la dicha *damoiselle* Luisa-Julia de Mailly, su hija mayor, con su consentimiento, al dicho señor conde de Mailly, quien por su parte promete tomarla por mujer y legítima esposa, obligándose á celebrar su matrimonio por ante nuestra Santa Madre la Iglesia lo antes que pueda verificarse.

Los bienes de los susodichos señor y *damoiselle*, futuros esposos, serán comunes, fueren muebles gananciales ó inmuebles, según uso y costumbre de París, y se someten voluntariamente á esta su futura comunidad y al cumplimiento del contrato de matrimonio, aunque fijen su residencia y adquieran bienes en otros países de costumbres y leyes contrarias, las cuales serán expresamente derogadas y recusadas en este caso que se concreta.

No se reconocerán, sin embargo, las deudas contraídas ó hipotecas hechas antes del matrimonio por uno de los contrayentes, y si hubiese alguna, sería pagada y solventada con los bienes del causante.

Con motivo del matrimonio, el susodicho marqués de Nesle dona á la dicha *damoiselle*, futura esposa, la cantidad de ciento sesenta mil libras que le serán entregadas después del óbito del señor marqués, en bienes y efectos de su sucesión, al pago de cuya suma compromete é hipoteca todos y cada uno de sus bienes presentes y futuros. Y mientras el susodicho marqués viva se ha comprometido y obligado á pagar todos los años, á partir de hoy, al dicho señor y *damoiselle*, futuros esposos, la suma de ocho mil libras.....

Promete asimismo, dicho señor de Nesle, contribuir á la casa y sostenimiento de los dichos señor y *damoiselle*, futuros esposos, con dos ayudas de cámara y dos servidores, sea cualquiera la residencia matrimonial, lo mismo en París que en otro punto: y esto se estipula para un plazo mínimo de diez años, estimándose los alimentos y gastos de servidumbre en cinco mil libras anuales que se consideraran como parte de la dote de la susodicha *damoiselle*, futura esposa.....

El señor futuro esposo ha asignado y asigna á la *damoiselle* futura esposa, la suma de ocho mil libras anuales en concepto de dote, que empezará á disfrutar la interesada desde el día del óbito de dicho señor esposo sin necesidad de solicitarla y sin intervención judicial alguna.

El cónyuge superviviente podrá disponer, antes de las particiones y según el inventario, de los efectos de la comunidad que eligiera ó bien de la suma de veinte mil libras; si el que sobrevive es el esposo, dispondrá además de sus ropas, armas, caballos y carruajes; si es la esposa, podrá incautarse de los muebles y demás objetos de su cuarto, vestidos, ropa blanca, sortijas, joyas, diamantes y otras pedrerías que sean

de su uso particular y adorno de su persona, cualquiera que fuese su valor.

Por la amistad que dicho señor futuro esposo tiene á la *damoiselle*, futura esposa, el señor futuro esposo le ha otorgado y otorga por el presente contrato y por medio de donación *inter-vivos*, irrevocablemente y en la mejor forma que en derecho hubiere, los bienes, tierras y heredades que le pertenecen, sean muebles é inmuebles, fuere cual fuere su naturaleza; y lo mismo los que puedan pertenecerle el día de su muerte en cualquier país que se encuentren y á cualquier título que sea; en caso de que al morir el susodicho futuro esposo quedasen hijos ó nietos del futuro matrimonio, se entenderá anulada y sin efecto la donación. . . . .

Así ha sido convenido y respectivamente estipulado, prometido y aceptado entre ambas partes, las cuales, para hacer cumplir estas disposiciones donde fuere necesario han nombrado y constituido su procurador general y especial al portador de este documento para su ejecución. . . . .  
El dicho día treinta de Mayo del año mil setecientos veintiséis. »

A pesar de las ostentosas apariencias, de los nombres, tierras y señoríos que desfilan triunfalmente en este documento, y del señalamiento de rentas, consignaciones y beneficios que ni existían ni fueron nunca pagados, la unión del primo y de la prima fué, según la expresión de un contemporáneo, el matrimonio de *la faim et de la soif* (1).

En virtud de este contrato matrimonial, la joven-cita de diez y seis años llegó á ser la mujer de un li-

---

(1) *Del hambre y de la gana de comer*, diríamos nosotros acudiendo á un dicho de los más usuales.—(N. DEL T.)



bertino muy enamorado por entonces de la hija de un espadero, á la que pretendió hacer su esposa, no decidiéndose á casarse con su prima hasta que por orden del rey fué su querida encarcelada.

Unida así á un marido que vivió desde los primeros días fuera del hogar apenas formado, sola, sin hijos, y teniendo siempre ante los ojos los ejemplos poco edificantes de las damas de la reina, madama de Mailly empezó á rodar por la pendiente y dieron comienzo sus relaciones con el marqués de Puisieux. Duraban éstas todavía cuando sobrevino la intriga cortesana que había de arrojar á Luis XV en brazos de la de Mailly; intriga que no se remonta á 1732, como ha dicho Soulavie, sino que data de 1733, según lo afirma el duque de Luynes en esta nota, escrita el 8 de Diciembre de 1744: «He sabido hace unos días que las relaciones del rey con madama de Mailly comenzaron en 1733; lo sé de una manera indudable; en aquel tiempo nadie lo sospechaba. En efecto; estas relaciones, conocidas solamente por Bachelier, por *mademoiselle* de Charolais y por la condesa de Toulouse, fueron tan secretas, que Argenson, generalmente bien informado, supone que empezaron en el año de 1736. Eran tan poco conocidas, que en 1735, Puisieux, mantenido á distancia, pero siempre enamorado, al recibir inesperadamente un nombramiento para Nápoles (refrendado por Chauvelin, que quería dejar en completa libertad á la de Mailly), al avistarse con su antigua querida y decirle galantemente que no partiría si ella no se lo ordenaba, se asombró al oír que aquella mujer, en cuyo corazón no se juzgaba Puisieux sustituido, le deseaba tranquilamente «un buen viaje.»

Poco á poco, en los años siguientes, fueron divulgándose los amores del rey con madama de Mailly. Los

cortesanos se contaban unos á otros que después de la cena en los *petits appartements* de Versailles, el rey pasaba dos horas en el guardarropa, donde le esperaba madama de Mailly, conducida por Bachelier al lugar de la cita. También se hablaba, durante las jornadas de Fontainebleau, de cierta habitación situada debajo de la cámara del rey, y de la cual tenía la llave el mismo Luis XV. Estaba próxima esta estancia á la de madama de Mailly. El secreto, hasta entonces tan bien guardado, dejó de serlo en el otoño de 1737, época en que los amores reales inspiraron un *couplet*, que fué añadido á la canción de la *Bequille du père Barnaba* (1).

En fin, el año siguiente, durante la estancia de la corte en Compiègne, el rey declaró sus amores «públicamente», si la expresión se me permite, cuando, sin recatarse de nadie, pasó en casa de madama de Mailly la noche del 14 de Julio de 1738.

Madama de Mailly era una querida encantadora y sin exigencias, que tenía, aparte de estas cualidades, una reconocida por todo el mundo: la de entretener y comunicar su alegría, condición inestimable en las queridas de los reyes á las cuales es muy difícil á veces contentar y divertir. Su gracioso charloteo, su lenguaje pintoresco y atrevido, su causticidad heredada de los Nesle, su jovialidad aumentada por la sa-

(1)

Notre monarque en fin  
Se distingue á Cythère;  
De son galant destin  
L'on ne fait plus mystère  
Mailly, dont on babille  
La premier éprouva  
La royale béquille  
Du père Barnabá!

tisfacción de un amor correspondido, daban á su trato una amenidad deliciosa.

Un 3 de Enero, día en que se celebraba la misa de *requiem* por los caballeros de la orden del Espiritu Santo fallecidos durante el año, ceremonia á la cual asistía Luis XV en *perruque naturel*, alguien vió á madama de Mailly sentada junto á la puerta de la habitación del rey y tan desolada y abatida, que aproximándose á ella le preguntó si estaba enferma. Madama de Mailly le contestó que no; pero que el rey la había citado para que le viera en *perruque naturel* y que temía haber llegado tarde...

Luis XV agradecía esta humildad de su cariño y apreciaba el especial cuidado que su querida ponía en agradar á las personas de su intimidad, tratando siempre de satisfacer los menores caprichos de su amante y hasta procurando adivinarlos. Tenía además la de Mailly, á los ojos del soberano, el mérito de su desinterés; pedía muy poco para ella y para los suyos; demostraba un gran respeto, no exento de temor, al cardenal de Fleury y no inquietaba por su propia insignificancia y su falta de ambición ni á la corte ni al pueblo. Esta mujer de tan excelentes cualidades, no podía, sin embargo, vencer un defecto—y no es una calumnia de la historia:—le gustaba demasiado el champaña—la misma afición habían tenido sus abuelos cincuenta años antes—y con el vaso en la mano era capaz de hacer frente á un Bassompierre.

Con madama de Mailly los *petits appartements* de Versailles se animan hasta la licencia. El ruido, la alegría desenfadada, el chocar de los vasos, es constante. Aquellas habitaciones cuya puerta secreta comunica con la estancia del rey, son el templo donde el arte derrocha sus inspiraciones y el placer sienta sus

reales; santuarios misteriosos del amor, mágicos rincones de Versalles en los cuales os presentan las alegorías de la época al *Sophi*, el rey, y á *Rétima*, madama de Mailly celebrando sus fiestas nocturnas en honor de Baco y de Venus, rodeados del coro sagrado de mujeres hermosas y cortesanos galantes. Todo es exquisito y selecto en aquellas regias bacanales; los vinos son los más añejos, los de mejor cepa; la mesa se enorgullece con los succulentos, con los *divinos* manjares de Montier (el antiguo cocinero del duque de Nevers, cuyo arte supremo ha inmortalizado la Regencia en sus canciones), y con las ensaladas, los entremeses y lastrufas que *mademoiselle* de Charolais adereza y prepara á la vista del rey. A veces, el mismo monarca pone en los asados sus manos augustas, divirtiéndose en dar vueltas sobre la lumbre á las cacerolas de plata auxiliado en sus ensayos culinarios por el príncipe de Dombés... Y á una fiesta sucede otra fiesta; unas veces eran aquellas veladas íntimas en que *Sevagi*, *Zelinde* y *Fatme*, el conde, la condesa de Toulouse y *mademoiselle* de Charolais, prestan cierta decencia á la orgía, dándole un carácter de elegancia y buen tono; otras, se celebraban las grandes bacanales en que la querida del rey, llegando á todos los desenfrenos y contagiando á los demás de su locura, se lanzaba á las mayores intemperancias de la embriaguez, hasta que la trémula luz del alba ponía término á la saturnal alumbrando el escándalo y dispersando á los cortesanos ebrios y á las mujeres estremecidas todavía por los delirios de la noche...

Estos excesos, estas vigiliás, este abuso del vino, tenían quizá en Luis XV una explicación fisiológica. El rey, sobre cuya infancia pesa ese *spleen*, frecuente en las degeneraciones reales, tiene un carácter atra

biliario que desde muy joven le produce bruscos accesos de violencia y de hipocondría que le hacen intratable y le convierten en enemigo de la humanidad. Se le ve en Fontainebleau—1733—quedarse todo un día en la cama, sin querer ver ni oír á nadie madama de Pompadour tendrá que luchar heroicamente, años más tarde, para vencer las negras melancolias del rey, para distraerle de sus lúgubres ideas, para ahuyentar de su imaginación el pensamiento fijo de la muerte, para conllevar su propensión casi maniaca á todo lo desagradable: á las conversaciones acerca de las dolencias más crueles, de las operaciones quirúrgicas más dolorosas y de las grandes miserias humanas, gozando con impresionar y alarmar á los viejos, á los aprensivos y á los enfermos. Hay en la naturaleza del rey un exceso de bilis y humores malsanos que sólo contrarrestan momentáneamente la fatiga de la caza y las violentas distracciones de la orgía.

En 1793 se publicó un estudio fisiológico de Luis XV; libro muy curioso por la época en que fué escrito. El autor, sacando gran partido de las observaciones de Sauvage acerca de los efectos que produce en las especies animales la sucesión de cópulas entre individuos de la misma familia, atribuye las manías, la irresolución y la timidez de Luis XV á una enfermedad moral, ó á un desorden del sistema nervioso.

---

## IV

Bachelier, ayuda de cámara del rey.—Sus servicios.—Bachelier desea una querida real, desinteresada y sin grandes ambiciones.—El rey se siente mortificado por la belleza insignificante de su querida.—Las tribulaciones de madama de Mailly. Su padre y su marido.—La veleidad del rey.—Enfermedad de Luis XV en el invierno de 1738.—Madama Amelot; la linda burguesa del Marais.—Privilegios de la favorita.—Los cuarenta luises de la primera cita.—Las camisas de madama de Mailly y su penuria después de la caída de Chauvelin.—*Mademoiselle* de Charolais y madama de Estrés tratan de gobernar al rey, valiéndose de madama de Mailly.—Mal humor de la favorita.—¿Cuándo os deshacéis de vuestro viejo preceptor?

Bachelier, el ayuda de cámara del rey, era todo un personaje. Bien avenido con su vida regalada y egoísta, con un buen humor invariable y equilibrado por una sólida renta de cincuenta mil libras; propietario feliz de la hermosa finca de la Celle, que el mismo Luis XV honraba con sus visitas; dueño del amor de una linda muchacha, *mademoiselle* de Traverse, hija de Barón, con buenas amistades y buenas piernas para recorrer los rincones de París á la husma de chismes y cuentos con que entretener al regio amo, Bachelier, educado en la discreción y en la prudencia por el cardenal de Fleury, era el hombre más seguro en su puesto cerca del rey, y el más á propósito, por su carácter y su experiencia, para el desempeño de esos domésticos menesteres que proporcionan cierta influencia y establecen entre el amo y el criado una provechosa familiaridad. Había tenido, además, la suerte de encontrar un subordinado concienzudo, hecho á

su imagen y semejanza; un ayuda de cámara, de categoría inferior á la suya, que le reemplazaba en sus cortas ausencias, y que, diestramente aleccionado, sabía ponderar al rey el amor y la adhesión de Bachelier. De regreso éste, terminaban los servicios del suplente cerca de la persona real, y de nuevo se ponía á las órdenes del dichoso propietario de la Celle.

Otras prendas y otras cualidades adornaban al ayuda de cámara de su majestad. Bachelier hablaba poco y parecía pensar mucho; para alternar, cuando era oportuno, en la conversación del rey, aprendió algo de geografía y algo de política, y tenía, sobre todo, el instinto de adivinar á qué lado iba á inclinarse la balanza del favor del rey y el acierto de comprender que tal ó cual influencia estaba *en baja*. Entonces, con una fácil habilidad, maniobraba sin vacilaciones, se desprendía de las amistades inconvenientes, y, siempre cauto, se aseguraba el porvenir. Siguiendo esta táctica, abandonó á Chauvelin para entregarse al cardenal, pero conservó secretamente sus relaciones con el canciller desterrado en Bourges; y atento siempre á su propia tranquilidad y medro, supo imitar la conducta de los ayudas de cámara Beringhen y Fouquet-Varenne no demostrando nunca preferencias y ocultando sus ambiciones, para pasar—como pasaba—por un «buen hombre» sin orgullo, modelo de complacencia y de llaneza. Jamás se permitió un alarde de altanería, ni se jactó de su posición; y conociendo el difícil arte de amoldarse á las circunstancias, alentaba sin distinción todas las ilusiones, teniendo una sonrisa para los planes del mariscal de Belle-Isle y una lágrima para las penas de la reina, á la cual halagaba con la esperanza de que el corazón del rey volve-

ría á pertenecerla. Bachelier, verdadero soberano de los *petits appartements* de Versalles, el único palaciego, quizá, en quien Luis XV tenía confianza, aparentaba no tener otra ambición en la corte que la de merecer el afecto de su amo, cerca del cual empezaban sus servicios apenas el rey abría los ojos. La tranquilidad, el bienestar de todos, era la sola aspiración que Bachelier solía expresar en voz alta, preocupado siempre, con la solicitud del hombre honrado, de armonizar los intereses, de reconciliar á la opinión popular con palacio y de hacer que su cargo y sus funciones no alarmasen á nadie.

Tal era el aspecto exterior de Bachelier; pero, en realidad, el astuto ayuda de cámara esperaba con impaciencia, no por reprimida y disimulada menos vehemente, que una intriga galante le permitiese á él, Bachelier, conducir por su propia mano al lecho del rey una querida de cierto rango, pero sin gran belleza para subyugar al hombre, sin grandes ambiciones para dominar al monarca; una mujer, en fin, capaz de una pasión desinteresada y un agradecimiento sumiso que garantizase á los mediadores el justo precio de la tercería.

En Noviembre de 1737 antes de ser declarada madama de Mailly querida oficial de Luis XV, Bachelier, alarmado quizá por la expectación que el suceso producía (tanta que no se había visto en Fontainebleau tal afluencia de cortesanos desde los tiempos de Luis XIV), es posible que se uniera al cardenal de Fleury para contrarrestar aquella peligrosa influencia cuya solemne consagración se anunciaba.

---

Madama de Mailly no era feliz en su papel y en su



posición de favorita. Luis XV, humillado en su amor propio de amante al ver que sus cortesanos, lo mismo los amigos que los enemigos de su querida, los extranjeros y hasta el mismo marido de la Mailly, se asombraban de que pudiese amar á una mujer sin juventud, sin belleza y desde luego de encantos muy inferiores á otras mil hermosuras de Versalles, vengaba en su amante las mortificaciones de su vanidad herida. Acobardado y avergonzado ante la publicidad creciente de sus amores, estribillo de todas las coplas, tema obligado de la murmuración cortesana que ni siquiera se recataba del rey (hasta el punto de que una noche se vió obligado Luis XV á gritar á Flavacourt: «¡Querrás callarte!»), el soberano atormentaba á su favorita, haciéndola víctima de su orgullo herido, abrumándola con una palabra dura, humillándola con galantería burlona y depresiva respecto á la insignificancia de su belleza.

Además, aquel rey *cominero* que se entrometía en todo, hasta en las interioridades domésticas de las personas que le rodeaban, en su método de vida, en sus gastos, en los mil pequeños detalles de un hogar, y que se sentía mortificado indirectamente por las disensiones de familia, por los desaires que á madama de Mailly hacían sus parientes, encontraba á cada instante y con los más fútiles motivos ocasión de disgusto y sobrada materia para los más fastidiosos reproches. El marqués de Nesle, cuyos pleitos y procesos interminables eran la *comidilla* de París, provocativo, indiferente al escándalo y asistiendo con insolencia al espectáculo de su propia ruina, publicó una *Memo-ria* injuriosa para los magistrados y jueces que intervenían en los procesos y litigios, insultó al relator Maboul y hablaba á voz en grito y con cínica altanería

de *aquel miserable proceso y de sus miserables acreedores*. Madama de Mailly trataba de aconsejar á su padre la moderación; pero sus advertencias eran siempre mal acogidas por el marqués, que no se recataba para decir que su hija era una p... y continuaba escandalizando y escribiendo cartas en que amenazaba con su venganza á todo el mundo, y especialmente á los magistrados. Tal conducta ocasionaba mil disgustos al rey, que no tenía decisión ni para alejar de París al marqués, ni para encargar del arreglo de sus embrollados asuntos á una persona competente. No era esto, por otra parte, lo que convenia al cardenal, que deseaba una orden en regla de Luis XV, un castigo público para el marqués, que hiciese exclamar á las gentes: «¡El preceptor del rey es ahora más dueño que nunca de la voluntad de su discípulo; ha conseguido que azoten al padre de su querida!» Las hijas del marqués de Nesle, fueron en vano, á pedir públicamente al cardenal el perdón de su padre, y éste se vió obligado á salir desterrado para Caen, donde hizo su entrada el incorregible y arruinado marqués seguido de Mlle. de Seine, su querida, y de cuatro pajes que constituían toda su servidumbre. Cuando el rey empezaba á tranquilizarse respecto al padre de su querida, el marido fué preso por francmasón.

El reposo de madama de Mailly estaba de continuo comprometido, no sólo por la frecuencia de estos disgustos de familia, sino por el carácter voluble del rey. No le bastaba á Luis XV el amor de su querida; sentía la tentación y el apetito de todas las mujeres, sin fijarse en una determinada. Era el bello enamorado inconstante de todas las novelas de la época, el galán que, revoloteando como las mariposas, de flor en flor, no pierde una ocasión ni desaprovecha una coyuntura.

Temperamento ardiente, largo tiempo contenido, buscaba, aleccionado ya en el desorden durante aquellas alegres cenas de los *spetits appartements* de Versalles, más que los encantos del amor la violencia de los placeres. En Luis XV apareció el libertino, el truhán, como le había llamado una máscara de la Opera acosada demasiado vivamente por el rey que abusaba de su buen humor prevalido de su disfraz. Madama de Mailly temía siempre verse abandonada de pronto por un capricho de su real amante.

Casi en los mismos instantes en que madama de Mailly era, digámoslo así, reconocida como querida oficial del rey, se hablaba de licenciosas y bajas aventuras con mujerzuelas de infima estofa proporcionadas por Bachelier á la incontinencia del soberano. Corrió á la sazón por París el rumor de que su majestad había tenido un grave *tropiezo* con la hija de un carnicero de Versalles ó de Poissy. La cosa fué tan seria, que los cirujanos sustituyeron á los médicos y Luis XV fué visitado varias veces por la Peyronié. Hubo momentos, corriendo los días del mes de Enero de 1738, en que la postración y abatimiento del rey fueron tales, que la necesidad de una regencia empezó á ser discutida por los cortesanos en todos los rincones y corrillos de Versalles.

Restablecido Luis XV de su dolencia y escarmentado para algún tiempo del *amor* de ciertas mujeres, una amiga íntima de madama de Mailly, madama de Beuvron, «ingrata como Lucifer», estuvo á punto de arrebatarle al rey.

Relegada madama de Beuvron al olvido del serrallo, fué sustituida por madama de Amelot, mujer del nuevo ministro, que tenía fama de hermosa entre las burguesas parisienses. El rey, en una de las cenas celebradas

en los *petitis appartements*, se prendó de su timidez, muy semejante á la suya, y durante muchos días no se ocupó más que de la tímida burguesa. Madama de Amelot tuvo el honor de hacer esperar á Luis XV, al cual se le ocurrió un día decir á su séquito: «Vamos á buscarla á su casa para dar un paseo en coche.» Y esperó á la puerta con todo su acompañamiento un cuarto de hora largo. La corte veía ya á la mujer del ministro elevada á querida oficial del rey, y madama de Mailly, apenadísima y celosa, hacía correr la voz de que madama de Amelot era una hermosura del Marais de la cual se burlaba su majestad como de su boticario Imbert á quien, por broma, llevó un día de caza hasta que lo dejó aspeado y molido. Pero la burguesa del Marais, deseosa de que su marido conservase el cargo, rehusó toda lucha con la gran dama haciéndola humildemente la corte y solicitando su favor y su protección.

Torturada por los celos, madama de Mailly atormentaba y hostigaba sin cesar al rey. ¿Recelaba que alguna mujer le interesaba? Pues no se daba por satisfecha hasta que lograba arrancar á Luis XV una palabra de desdén hacia la hermosura sospechosa ó una frase de burla para su tocado. Acechaba al rey, le asediaba, amargaba su vida con una persecución constante, espía á las puertas de los *petits appartements* para que ninguna mujer cenase con el rey en ausencia de ella, y, en suma, este espionaje absorbía de tal modo su atención y la ocupaba tan por completo, que no aparecía por las noches en las habitaciones de la reina.

A pesar de todo, y no obstante los desaires y las infidelidades de Luis XV, madama de Mailly se paseaba en el lujoso tren que arrastraban los magníficos caballos atigrados, regalo reciente del rey, y mientras las otras

damas iban en carretela, ella ocupaba la góndola real; en carnaval formaba invariablemente parte del cortejo de *peregrinos* ó *murciélagos* que acompañaban á Luis XV en original y alegre mascarada á los bailes de la Opera; en las cenas sentábase al lado de Luis XV, y si asistían princesas de la sangre, ocupaba el segundo lugar á la derecha del monarca; cuando había partidas de juego, las mesas presididas por el rey y la Mailly estaban casi juntas, y tenía siempre en la capilla un puesto reservado para oír misa. Madama de Mailly gozaba, en suma, de todas las inmunidades y preeminencias de que han solido disfrutar las favoritas de los reyes; en cambio nunca tuvo un escudo en su bolsa. El marqués de Argenson cuenta—y su relato tiene cierta autoridad—que en su segunda entrevista con el rey, madama de Mailly le habló de su pobreza, que realmente era grande. El rey le dió los cuarenta luises que llevaba en el bolsillo. Volvió por segunda vez á ser generoso; pero á la tercera solicitud, el rey, lo mismo que un pajecillo temeroso de ser amonestado por su despilfarro, declaró que tenía muy poco dinero y muchas obligaciones que no siempre podía satisfacer... y los dos amantes se lamentaban: madama de Mailly de las exigencias de sus acreedores y el rey de la tacañería de Fleury, que le regateaba hasta lo indispensable para sus gastos.

El guardasellos Chauvelin, cómplice de Bachelier en la intriga que llevó al lecho del rey á madama de Mailly, interesado también como el ayuda de cámara en tener sometida mediante determinados servicios á la querida de Luis XV, hizo que insinuasen al rey un medio muy expedito de arreglar el asunto, sufragando los gastos de la querida sin que el cardenal se enterase. Ofrecíase Chauvelin á proporcionar las sumas

necesarias, de los fondos secretos del ministerio de Negocios Extranjeros, y causó á todos gran sorpresa el momentáneo esplendor de la de Mailly. Pero esta combinación vino pronto á tierra. En el mes de Febrero de 1737, caía Chauvelin, y el cardenal, rencoroso por la simpatía que madama de Mailly demostraba por el ministro en desgracia, entorpecía y contrariaba las escasas liberalidades del joven y avaro Borbón, hasta tal punto que madama de Mailly no pudo pagar cierta noche cinco escudos que perdió jugando al cuatrillo. Murmuraban sus amigos que sus camisas se transparentaban de puro *finas* y que las desechaba con más agujeros que una criba, y compadecían de todo corazón á aquella querida de un rey peor pagada que la de un ganapán.

---

Por si no eran bastantes sus aficciones y penurias, tenía esta pobre mujer que soportar, además, los malos consejos de dos mujeres peligrosísimas.

La Charolais, cuya casa de Madrid comunicaba con la Muette, donde la de Mailly iba á reunirse con Luis XV las noches que éste dormía fuera de Versalles, había conseguido entrar en la intimidad del rey, al cual causaban ya menos alarma que en los primeros tiempos sus atrevimientos y sus inconveniencias. Aprovechando el favor del soberano é inducida por su amante Vaurreal, obispo de Rennes que acechaba la ocasión de sustituir á Fleury, *mademoiselle* aspiraba nada menos que á gobernar al rey valiéndose de su querida. Unióse á la Charolais para el éxito de esta empresa la mariscal de Estrées que aportaba á la conspiración los consejos y la experiencia de su amante el cardenal de Rohan. Aquellas dos mujeres, alec-

cionadas por los dos grandes personajes de la Iglesia, trataban de despertar la ambición de madame de Mailly, la excitaban á solicitar del rey que la declarase públicamente su querida, que la otorgara un título de duquesa, que le exigiese bienes y riquezas... y la mariscalca de Estrées, explotando hábilmente la afición que la favorita tenía á su finca de Bagatelle, le propuso que se la comprase para tener sobre la Mailly la fuerza y la autoridad de un acreedor.

Las dos mujeres trataban por todos los medios de separarla de Bachelier presentando al ayuda de cámara como un obstáculo para sus futuras grandezas, como una voluntad que le cerraría todos los caminos, procurando siempre dominarla y someterla en provecho propio. Sí; no negaban que Bachelier la ayudase á salir de su pobreza y hasta quizá le proporcionara un mediano pasar; pero había declarado que no consentiría jamás—¡Dios le libre de ello!—que se renovasen los escándalos del reinado anterior, que gobernase en Francia una favorita y que algún día ocupasen los bastardos adulterinos el lugar que corresponde á los príncipes de la sangre después de usurpar todas las dignidades del Estado.

Este complot se hizo abortar, encargando á un abate, antiguo amante ó antiguo confidente de la mariscalca de Estrées, que procurara hacer hablar á ésta; y una vez logrado el propósito, el mismo abate la hizo comprender que, comprometiéndose demasiado en semejante intriga, corría el peligro de perder el favor de su majestad.

A su vez madama de Mailly, temerosa del enojo del rey y arrepentida de su conducta, juraba no volver á ser juguete de sus dos amigas.

Llegó á hablarse en la Corte de la desgracia y del

inminente destierro de la princesa de Charolais; pero el rey, que se aburría en Versalles, volvió á frecuentar su casa y á comer en Madrid, visitando por la tarde á madama de Estrées en su finca de Bagatelle. De este modo volvieron las dos mujeres á soliviantar á la favorita. Aunque casi indiferente á su penuria «y defendida contra su cabeza *de chorlito* por cierto sentimiento de honradez», madama de Mailly, sugestionada por los malos consejos y no pudiendo sustraerse á la idea de la injusticia de su suerte, no conseguía evitar ó disimular su mal humor, y atormentaba con frecuencia al rey, colérica unas veces y otras despreciativa y mortificante.

En aquellas horas *negras* de su querida ¡pobre rey! Madama de Mailly le perdía todo respeto, y los cortesanos se asombraban de ver poseída repentinamente de tan furiosa locura á una criatura tan dulce. Si perdía en el juego—era muy desgraciada jugando—y Luis XV trataba de consolarla, ella exclamaba con acritud: «No es extraño, estando vos ahí.» Pero donde el mal humor de la favorita no se contiene por nada ni por nadie; donde reparte sus dentelladas de jabalí, que dirigidas al cardenal hieren al rey, es en las cenas de *Lucienne*, en Clermont. En aquellas cenas que duran hasta el alba, y en que el champaña se desborda; en las que el cardenal es escarnecido, difamado y vilipendiado; en las que, según una frase de la época, «le tienen atado de pies y manos mientras comen y beben», y en que los convidados se burlan de sus amores seniles, de su chochez, de su constante ligereza de vientre, madama de Mailly es la que más se ensaña con el viejo sacerdote y la que repite constantemente como un estribillo después de cada arañazo al primer ministro y dirigiéndose al rey: «¿Cuándo os deshacéis de vuestro preceptor?»



*Mademoiselle* de Nesle, pensionista de Port-Royal.—Proyecta en el convento gobernar al rey y á Francia.—Madama de Mailly siente la necesidad de tener á su lado en Versalles un confidente de su familia.—Mlle. de Nesle se instala en la corte en Mayo de 1739.—Su fealdad.—Su carácter bullicioso y audaz.—Luis XV confiesa á madama de Mailly que ama á su hermana tanto como á ella.—Matrimonio de Mlle. de Nesle con M. de Vintimille, sobrino del arzobispo.—Celebración del matrimonio en Septiembre.—El rey presenta la camisa al recién casado.—Las complacencia de madama de Mailly.—Madama de Vintimille aleja á su hermana de Mlle. de Charolais y le impone la amistad de la condesa de Tolosa.

Vivía recluida, á la sazón, entre los cuatro muros de Port-Royal, en la paz y en el retiro de un convento, en un mundo tranquilo de ideas austeras ó apacibles, piadosas ó novelescas, una jovencita, en cuya mente bullían los más atrevidos pensamientos, no con la vaguedad de una aspiración confusa é impaciente, sino con la firmeza de un proyecto deliberado, del cual esperaba el triunfo de sus audaces sueños y de sus grandes ambiciones. Su imaginación se remontaba sin miedo á las mayores alturas, y el papel de soberana de Francia no asustaba á aquella precoz calculadora que contaba friamente para su elevación con la retirada de Fleury, con la caída del ministerio, con la conquista del corazón del rey y con su poder absoluto sobre la corte. Dijérase que las amargas lecciones de la experiencia, el conocimiento de la humanidad, la ciencia de la vida y sus ejemplos, habían madurado y envejecido el espíritu y endurecido el corazón de aquella joven, ayer todavía una niña, de aquella Felicidad de

Nesle en cuyos planes de engrandecimiento futuro entraba ya quizá la idea de suplantar á su hermana madama de Mailly. Eran sus esperanzas como un presentimiento, como una adivinación maquiavélica que iluminaba su destino hacia el cual marchaba de frente, sin titubear. Todos sus proyectos se fundaban en el estudio del carácter del rey, mejor dicho, en presunciones de una exactitud sorprendente. Ella no le conocía, pero por los ecos de la murmuración que llegaban hasta el convento, reproducía los rasgos de su rostro, analizaba sus costumbres, penetraba en aquel espíritu sin voluntad, en aquel temperamento fácil á todas las sugerencias, en sus melancolías, en sus laxitudes, en sus abandonos...

Una amiga de su edad á quien confió en cierta ocasión sus ambiciones, quedó asombrada, confundida y casi convencida al oirla decir con pasmosa seguridad: *Iré á la corte; viviré al lado de mi hermana, el rey me verá, el rey será mi amigo y yo gobernaré á mi hermana, al rey, á Francia y á Europa.* Y hablaba de las fáciles victorias que desde luego obtendría sobre el ánimo del rey, poniendo en juego esos mil recursos de que disponen las mujeres; sería orgullosa y humilde, obstinada y dócil, celosa y confiada; sabría poner término á una escena violenta, con un arrepentimiento dulce y una reconciliación oportuna; se impondría, en suma, al rey, conservando siempre por la energía y el contraste, ese ascendiente, sin el cual ningún reinado de amor es duradero.

No se hacía ilusiones respecto á su belleza, sabiendo que no era mucha; pero contaba con la vivacidad de su entendimiento, más *personal*, más original que el de su hermana, y con la influencia creciente que todo espíritu superior ejerce sobre la timidez y la pe-

reza de los seres que le rodean. Todos los días escribía á su hermana solicitando que la llevase á su lado, invocando su bondad, excitando su cariño con mil graciosas niñerías de hermanita mimada, interesando tal vez desde aquellos instantes al propio rey, que probablemente conocería aquellas encantadores efusiones y aquella picaresca travesura de colegiala. Madama de Mailly no resistió á las súplicas mucho tiempo, y la jóven salió del convento para ir á Versalles.

La favorita, necesitaba, más que nunca, tener á su lado una persona en cuyo afecto y en cuyos consejos poder confiar. Al hacerse públicas sus relaciones, tanto tiempo ocultas, sus inquietudes habían aumentado, pues contaba muy poco con la energía del rey para sostenerla contra la voluntad del cardenal y defenderla del menor de sus ataques. Madama de Mailly estaba, además, angustiada, oprimida, digámoslo así, bajo la protección abrumadora de su amiga *mademoiselle* de Charolais, á la que, no sólo no quería, sino que temía, y con la que nunca se franqueaba á pesar de aquellas apariencias de una intimidad cordialísima.

El único y verdadero amigo que quizá tenía en la corte, el ayuda de cámara Bachelier, le había aconsejado «que no se fiase de nadie», y madama de Mailly seguía el consejo. Pero esta mujer irresoluta, sin voluntad, deseaba con toda su alma, en medio de su aislamiento, los consuelos de una persona de su familia con quien poder hablar y á quien poder consultar; necesitaba, en una palabra, un confidente fiel que la comprendiera y la guiara.

*Mademoiselle* de Vintimille había sido siempre la hermana predilecta de madama de Mailly; la cual sintió crecer su afecto hacia ella cuando al romper sus

amistades con la duquesa de Mazarín, que se había valido de mil artimañas, amenazas y hasta malos tratamientos para arrancarla el secreto de sus amores con Luis XV, vió que era la única de las señoritas de Nesle que, en medio de su precaria situación, supo mostrarse indiferente y desdefiosa con la duquesa.

*Mademoiselle* de Vintimille, una vez fuera de Port-Royal, se consagró en cuerpo y alma al papel de confidente carifiosa de su hermana; no se apartaba de ella un instante, no visitaba á nadie más que con ella y vivía en el mayor retraimiento. Aquella abnegación, aquel sacrificio incondicional y constante, hacía que la gratitud pusiera á cada momento en los labios de madama de Mailly el nombre de su hermana Felicidad, tributándola todo género de entusiastas alabanzas, hasta tal punto, que el rey tuvo curiosidad de conocer á aquella criatura modelo de abnegación á la que juzgaba ya como mujer de gran entendimiento, por lo que de ella contaba madama de Mailly.

Luis XV quiso conocerla y admitirla en su intimidad.

Sin embargo, la instalación de *mademoiselle* de Nesle en Versalles no era definitiva en Diciembre de 1738; todavía se retiraba, de cuando en cuando, á su convento y había tenido muy pocas ocasiones de ver al rey: una en casa de *Mademoiselle*, otra en casa de la duquesa de Toulouse en una partida de *cavagnole* entre madama de Antin y Madama de Mailly; el rey que había sido prevenido de que iría *Mademoiselle* de Nesle, dió orden de que le avisaran de su llegada y la hizo sentarse. En Mayo de 1739, fué cuando abandonó el convento para no volver y vivir con madama de Mailly hasta el día de su casamiento, y el 8 de Junio fué presentada al rey con quien cenó por primera vez.

Debiendo Mlle. de Nesle acompañar á la corte en su jornada á Coupiègne, *Mademoiselle* se apresuró á ofrecer una habitación á la invitada del rey; pero no convenia á la orgullosa joven estar bajo la protección de nadie, y rehusó el ofrecimiento diciendo á su hermana: «que puesto que el rey deseaba que tuviese el honor de acompañarle, tendría su majestad la bondad de ordenar que le preparasen alojamiento». Esta solicitud, dirigida directamente al rey, agradó á Luis XV.

Los cortesanos no veían en *mademoiselle* de Nesle una querida *posible* de su majestad. Lo que primero les saltaba á la vista era un cuello muy largo colocado sin gracia sobre los hombros, un cuerpo hombruno, unos movimientos varoniles, una piel morena, unas facciones parecidas á las de madama de Mailly; pero más duras, sin aquel rayo de bondad, de apasionada ternura, que iluminaba el semblante de la querida de Luis XV.

Tan pronto como entró en la corte la hermana de madama de Mailly, puso en juego todos los resortes de su carácter audaz y graciosamente alocado. Para realizar sus proyectos no vaciló en aprovecharse de la sorpresa del rey, que, acostumbrado á las lisonjas se intimidaba un poco ante las burlonas y atrevidas, irreverencias de *mademoiselle* de Vintimille. Incitaba al rey con la ingenuidad aparente y la coquetería de otra Charolais; pero con más constancia, con más aplomo, con una malicia que encantaba al rey, quizá porque reconocía en ella rasgos de su propio carácter y de su malignidad epigramática. Aquella colegiala no tardó en hacerse tan agradable, tan necesaria al rey, que no podía su majestad pasarse sin ella; parecía

que no encontraba agradable la conversación y la sociedad más que al lado de la bulliciosa joven, que esparcía el regocijo y el contento en torno suyo. *Mademoiselle* de Nesle procuraba por todos los medios dar á aquella simpatía la «solidez» de una costumbre, no dejando al rey reflexionar sobre sus sentimientos, teniéndole siempre bajo la acción de su capricho, discurriendo fiestas, alegres esparcimientos, arrastrándole en un torbellino de actividad que no necesitaba fingir porque estaba en su naturaleza.

*Mademoiselle* de Nesle fué pronto indispensable en todas las cacerías y cenas de Luis XV, y en el mes de Octubre, en una expedición real á Fontainebleau, fué instalada en las habitaciones de los Villars. Madama de Mailly empezó á darse cuenta de que el rey elegía para estos viajes las semanas en que ella estaba de servicio al lado de la reina, advirtiéndole, además, que Luis XV parecía otorgarle solamente un resto de ternura y de caricias. Las burlas, las malignidades, las jugarretas del rey, que un día llegó á cortar y estropear una labor de su querida, enfados bruscos y comparaciones poco galantes, en que llevaba su hermana la mejor parte, en suma, todas las consecuencias de la infidelidad del rey, preparaban lentamente á madama de Mailly para la confesión que había de arrancarle todas sus ilusiones: el rey llegó á decirle «que amaba á su hermana tanto como á ella».

El reconocido interés que Luis XV demostraba á la joven, y la fundada presunción de que su majestad *protegería* al hombre que la tomara por esposa, hacían que la mano de *mademoiselle* de Nesle fuese muy codiciada, no obstante la fealdad de la antigua pensionista de Port-Royal. En el mes de Julio de 1739, hallándose la corte en Coupiègne, se trató del matri-

monio de Felicidad de Nesle con el conde de Eu, y se hablaba de un segundo proyecto, fracasado porque el mariscal de Noailles se resintió de que no se hubiera contado con él para nada; y quizá también por los recelos del cardenal, poco propicio á que entrase en la intimidad y favor del rey tan poderosa familia. En fin, *Mademoiselle*, que figura como mediadora en el casamiento de la hermana de madama de Mailly, decidió al arzobispo de París, dejándole entrever la posibilidad de conseguir el cardenalato, á que pidiese la mano de Felicidad de Nesle para su sobrino M. de Luc, que debía tomar al casarse el nombre de Vintimille.

La noche del 14 de Setiembre de 1739, madama de Mailly daba parte á sus amigos, en Marly, del matrimonio de su hermana, anunciando que el rey la concedía 200.000 libras, la primera vacante de dama de honor de la Delfina, y entre tanto, una pensión de 6.000 libras y aposento en Versalles en el ala que antiguamente se llamaba *la rue de Noailles*.

El matrimonio y el banquete de boda se verificaron el domingo 27 en el palacio del arzobispado. Desde allí trasladáronse los recién casados á *Madrid*, la casa de *Mademoiselle*, donde cenaron.

El rey fué expresamente desde la Muette á visitar á los señores de Vintimille, haciendo al marido el alto honor de presentarle la camisa en el momento de acostarse, gracia que Luis XV no había concedido todavía á nadie. Soulavie, que supone al rey en relaciones con *mademoiselle* de Nesle desde Junio de 1739, da á entender, pero sin apoyar su opinión en datos autorizados, que el rey ocupó aquella noche el puesto del marido, y que éste durmió en el lecho de Luis XV en la Muette.

Al día siguiente el rey asistió también al tocado de la desposada en *Madrid*.

Tres meses después de aquel matrimonio, el día 1.º del año de 1740, el rey, al cual había regalado madama de Mailly dos magníficos jarrones de porcelana de Sajonia, no sólo no devolvió el obsequio á su querida, sino que dedicó su único presente á madama de Vintimille.

La condescendencia de madama de Mailly, la resignación humillante con que soportaba y compartía el amor infiel de Luis XV, ofrecían el más repugnante ejemplo de cobardía y de complicidad. Madama de Mailly *pasaba por todo*, temerosa de que el rey se desprendiese de ella en el momento que la considerase como un obstáculo. ¡Pobre mujer que, inclinando la cabeza bajo las palabras más crueles y devorando la injuria de ser tolerada, recogía del corazón del rey lo que su hermana le dejaba á modo de limosna! Y sin embargo, una sola palabra bastará para su disculpa: «Amaba.»

Sin embargo, madama de Mailly no se sometió en un día. Durante algunos años se asiste al doloroso aniquilamiento de aquel corazón, al suplicio de todos los instantes que se revela por las brusquedades, los enfados, las terquedades infantiles ¡única venganza de aquella débil y enamorada criatura contra el hombre que ya no la ama! madama de Mailly se privaba de jugar para que el rey no jugase; vestida y dispuesta para salir, se negaba de pronto á acompañar al rey en trineo.

Una noche que el rey empezó á cenar antes que ella bajase, no hubo quien la decidiera á sentarse á la mesa, y cenaba en una mesita en otra habitación. A los caprichos sucedían las impacencias; tardaba el



rey en responder á una pregunta suya, y exclamaba: «Si una mujer tardase tanto en parir, se moriría.»

Se observa en esta pobre de Mailly, durante casi todo el tiempo de su triste favor, la turbación de su cerebro y como una especie de locura producida por aquellos amores amargos y malditos. Y sin embargo, se constipa el rey, y madama de Mailly es la que invariablemente le prepara su tisana; se disgusta el rey porque no le agrada un traje, y ella corre á París, compra una hermosa tela, hace que trabajen toda la noche, y asombra al rey cuando, al levantarse al día siguiente, se encuentra en su tocador un traje flamante...

Ante aquel corazón destrozado, incapaz de rencor, ante aquella resignación que no tenía más desahogos que los arranques de mal humor, y quizá ante la súplica humilde de no ser despedida, madama de Vintimille, que se había preparado para una lucha desesperada, tuvo que cambiar de plan.

Dueña absoluta del ánimo del rey, no temía dejar á su hermana cerca de él. Todas sus precauciones se reducían á alejar de madama de Mailly á aquellas personas que pudieran decidirla á tomar alguna resolución. *Mademoiselle* de Charolais, que había hecho de la voluntad de madama de Mailly un instrumento dócil, fué eliminada de las cenas, y lo mismo su hermana *mademoiselle* de Clermont. Las exigencias de ésta para que su amante Vaurreal llegase al ministerio de Negocios Extranjeros, dieron motivo á madama de Vintimille y pretexto al rey para hacer que cayese en plena desgracia. Desembarazada de estos obstáculos, madama de Vintimille hizo que su hermana estrechase sus relaciones de amistad con la condesa de Tolosa, con los Noailles, con aquellos, en fin, cuya ambición no le era desconocida, pero de cuya fidelidad y adhesión estaba segura.

## VI

El conde de Gramont obtiene el mando del regimiento de Guardias, por recomendación de Mme. de Vintimille.—Muerte del duque de la Trémouille.—El duque de Luxemburgo protegido por las dos hermanas.—El cardenal amenaza con retirarse á la vida privada.—Carta dictada á madama de Mailly por Mme. de Vintimille.—Fleury, sobrino del cardenal, es nombrado primer gentilhombre de Cámara.—Los protegidos de las dos hermanas.—El mariscal de Belle-Isle.—El duque y su hermano.—Su fraternidad.—Proyectos de desmembración del imperio de María Teresa.—Luis XV es arrastrado al partido de la guerra por las favoritas.—Belle-Isle es nombrado embajador extraordinario y ministro plenipotenciario en la Dieta de Francfort.—El cardenal se ve obligado á enviar á Bohemia á M. de Maillebois.—Chauvelin.—Su pasado mundano y galante.—Su carácter.—Chauvelin desterrado á Bourges.—Su influencia secreta en los sucesos políticos.—Chauvelin, jefe del partido de *las personas honradas*.

En los primeros días del mes de Mayo de 1741, la corte tuvo ocasión de apreciar, en dos distintas é importantes ocasiones, la influencia que madama de Vintimille ejercía sobre la voluntad del rey con motivo de su embarazo.

Muerto el primer duque de Gramont, el conde de Gramont que se vanagloriaba de ser amigo de las dos hermanas, les rogó que intercediesen por él para heredar los cargos que desempeñaba su hermano. Madama de Vintimille hizo que madama de Mailly lo recomendase tan eficazmente al rey, que Luis XV otorgó al conde Gramont el gobierno del Bearn y de Navarra y el mando del regimiento de Guardias, prescindiendo de los candidatos que figuraban en la lista presentada por el cardenal. Hasta

entonces aquella lista había sido una fórmula por parte de Su Eminencia, pues el cardenal no ignoraba que el rey elegía siempre la persona indicada por él. En este nombramiento, hecho por primera vez á espaldas del cardenal, madama de Vintimille no obedecía tanto á una predilección particular hacia el conde de Gramont, como al deseo de acostumbrar á Luis XV á gobernar, á ser el amo, á ser rey.

Durante aquel mismo mes, otro fallecimiento afirmaba, más ostensiblemente todavía, el secreto influjo de madama de Vintimille en las resoluciones del rey. El día 23 murió de viruela el duque de La Trémoille, dejando un hijo de cuatro años de edad. El rey se negaba á conceder á un niño el cargo de primer gentil-hombre; pero, indeciso como siempre, no se atrevía á nombrar, como era su deseo, á M. de Luxemburgo. Entre tanto, la duquesa de La Trémoille solicitaba el cargo para su hijo, los Bouillon para el principito de Tarento y el cardenal que lo ambicionaba para su sobrino, y que sabía que las dos hermanas se interesaban por el duque de Luxemburgo, no se atrevía á solicitarlo temeroso de un fracaso y de un nuevo triunfo de madama de Vintimille.

En esta perplejidad, su eminencia seguía en Issy, completamente inactivo y sin dar á conocer su pensamiento. Maurepas, que ya con motivo del nombramiento del conde de Gramont, había tratado públicamente con el mayor desprecio á las dos hermanas, fué á buscarle á su retiro y le hizo presente que aquella ocasión era decisiva, que si no obtenía el cargo para su sobrino, su crédito se hundiría para siempre y que era, en fin, necesario emplear los ruegos y hasta las amenazas... A consecuencia de esta visita el cardenal escribió al rey una carta, modelo de hipocresía, en la

que, haciendo valer el astuto clérigo lo mejor que pudo las *peores* razones que encontró en favor del pequeño Trémouille, suplicaba á su majestad que no diese el cargo á su sobrino, colmado ya de favores, con perjuicio de aquél.

El rey, que estaba en Rambouillet, comprendiendo la falta de sinceridad del cardenal, ni siquiera le contestó. Por la noche, á su regreso de Versalles, Luis XV encontró una segunda carta de Fleury; era muy extensa, y su lectura produjo al rey tanto despecho, que el mal humor se le escapaba en *bufidos* de cólera durante la cena. Antes de ésta ya habían reparado los cortesanos en el avinagrado gesto del rey durante su visita á la reina, advirtiéndole también que su majestad se había olvidado de dar á besar su mano á *Mesdames*, como era su costumbre. Cuando se quedó solo con madama de Mailly, Luis XV le leyó la carta del cardenal. Su Eminencia no mencionaba el cargo de primer gentilhomme de cámara, objeto del litigio; trataba simplemente de su edad, de sus achaques, que no le permitían desempeñar á conciencia sus funciones; se quejaba de que su cabeza se entorpecía por la noche, y terminaba, en fin, su carta, solicitando la venia real para retirarse. El rey, que comprendía el juego del cardenal, desahogaba su ira con violentas recriminaciones y querellándose amargamente de haberse equivocado al creer que el cardenal era adicto á su persona, cuando no pensaba más que en conservar su influencia, aprovechándose de la necesidad de sus servicios para arrancarle aquel destino. Pero no se saldría con la suya; el rey estaba decidido á dejar que se retirara y no conceder á su sobrino el cargo de primer gentilhomme. Luis XV no cesaba de repetir: «Yo creía en su afecto; yo creía que era ajeno á todo interés y

ambición, y que si en algunas ocasiones se mostraba celoso de su autoridad, era sólo para emplearla en mi servicio.»

A todas estas quejas amargas, á todas estas palabras de cólera, que indirectamente solicitaban un consejo, madama de Mailly no respondía nada. Cogida de improviso la tímida é indecisa criatura, no sabía qué partido tomar ni á qué resolución inclinar el ánimo del rey. Estaba muda, asustada; temía que el cardenal la arrastrase á ella en su caída y en su desgracia. Y sucedió que á media noche, cuando el rey se retiró, madama de Mailly corrió á casa de su hermana. Escuchóla atentamente la Vintimille, y le dijo sin vacilar:

—*Escribid inmediatamente al rey, y pedidle que otorgue la plaza á M. de Fleury.*

—*Estoy muy turbada para escribir una carta*—replicó madama de Mailly.

—*Coged la pluma, yo dictaré*—respondió la Vintimille.

La Vintimille dictó á su hermana una carta en la que pedía con insistencia al rey que no pensase más en M. de Luxemburgo y lo sacrificase todo con tal de retener al cardenal que era útil y necesario en las circunstancias presentes. Dicho esto, madama de Vintimille añadía que, si á pesar de todo, la decisión del cardenal era irrevocable, no se desesperase su majestad, sino que se hiciera cuenta de que el cardenal había muerto, con lo cual forzoso sería perderle y pensar en otros hombres dignos de su regia confianza. Y á continuación la hermana de madama de Mailly preparaba por adelantado la caída del ministerio, pasando revista á los ministros. El intendente le parecía un hombre honrado, pero demasiado duro, demasiado aborrecido, de inteligencia limitada, á propósito, todo

lo más, para el arreglo de la Hacienda; Maurepas, un talento cultivado, flexible, pero de una indiscreción tan notoria que no se le podía confiar nada; Amelot, Breteuil, Saint-Florentin, personalidades insignificantes de las cuales no valía la pena ni siquiera de hablar. Había que buscar fuera del ministerio... Esta carta, en la cual adivinó fácilmente el rey la inspiración de la Vintimille, devolvió la tranquilidad de espíritu á Luis XV. Sintióse, además, profundamente agradecido al ver que la Vintimille sacrificaba á su reposo, el interés que tenía por el duque de Luxemburgo, apresurándose á prescindir de sus resentimientos y de sus odios para conservar en el poder al cardenal.

Al día siguiente por la mañana, el rey, á poco de levantarse, dijo al duque de Fleury: «Os otorgo el cargo de primer gentilhombre de cámara». Entonces el cardenal llegó á las más cómicas hipocresías. Al comunicarle su sobrino la noticia del nombramiento, le gritaba: «¡Encerraos en vuestras habitaciones; voy á buscar al rey y á devolverle el cargo!» Y al replicarle su sobrino que el rey le había otorgado el nombramiento delante de todo el mundo, y que ya había recibido numerosas felicitaciones, el cardenal se decidió á echarse á los pies del rey, al cual tomó por testigo de que nunca había solicitado la gracia. En la cámara de la reina pidió permiso para sentarse «porque no podía sostenerse», y habló, como de una gran contradicción, del favor dispensado por el rey á su sobrino; á lo cual le replicó la reina «que no comprendía la causa de que el cardenal se afligiese tanto...»

Cuando fueron madamas de Mailly y de Vintimille á felicitar al cardenal, éste palideció, enrojeció, se turbó, quiso acompañarlas, á lo cual se opuso mada-

me de Mailly. El cardenal dejó entonces escapar esta frase que revelaba el convencimiento que tenía de la influencia de madama de Vintimille y el temor que su valimiento le inspiraba:—«Si no es por vos, será por madama de Vintimille.»—*Vuestra Eminencia se chancera*, respondió irónicamente madama de Mailly.

---

Madama de Vintimille, procurando á su favor sólidos cimientos, preparaba secretamente el advenimiento al poder de dos hombres en los cuales cifraba entonces la opinión pública su única esperanza y de los cuales quería hacer la Vintimille los ministros de su próximo reinado; Chauvelin y el mariscal de Belle Isle.

El mariscal de Belle-Isle, el caudillo adorado, el hombre político admirado, el administrador, el diplomático hábil, el personaje espléndido, sin tacha, dueño de los corazones y rodeado de la popular aureola, aquel Pompeyo, en el cual existía un fondo de bambolla y charlatanería, habíase visto precisado á luchar con ahinco para salir de la oscuridad en que tuvo Luis XIV á la familia de los Fouquet: Belle-Isle era nieto del famoso superintendente.

Empezó á darse á conocer bajo la Regencia. Su hermano y él habían unido su presente, su porvenir y su fortuna; y este hermano, más joven, dotado de cualidades que al mayor le faltaban, formaba, en la sombra, parte de su ser, como el genio modesto, el espíritu moderador de su ambición y de su carácter. Los dos Belle-Isle prestaban á Dubois y á Argenson los múltiples recursos de una inteligencia flexible, las iniciativas y los planes de una imaginación inagotable dispuesta siempre á todo. Después se les vió consolidar su reputación bajo el ministerio del Duque por su

tacto en los asuntos de Estado, por los éxitos que el hermano mayor obtuvo en la campaña de Alemania, por sus ideas atrevidas, por su tenacidad en sostenerlas contra todo y contra todos hasta verlas triunfar, por su popularidad en el ejército, y por la audacia con que habían sabido derrotar la política del cardenal de Fleury.

Desde entonces los Belle-Isle se impusieron. Los hermanos unidos se completaban el uno al otro. Monsieur de Belle-Isle ponía las ideas, la reflexión, la constancia, la solidez, la insinuación, la persuasión y la inventiva. El duque tenía el genio de un gran actor; daba brillo á lo que su hermano imaginaba, y alcanzaba el éxito. No carecía de nada de lo que seduce al público, de lo que arrastra á las multitudes. Era uno de esos hombres huecos pero *sonoros*, nacidos para ser lo que más se acerca á un gran hombre verdadero: una gran *figura*. Atraía y apasionaba, y mientras la palabra de su hermano sólo ganaba á los individuos, la suya conquistaba las muchedumbres. Los dos poseían el arte de encontrar amigos dispuestos á sacrificarse por su gloria, el arte de inspirar entusiasmo, de infundir absoluta confianza en sus planes y en sus obras á la corte y al pueblo, y avanzaban sin desmayar hacia la realización de aquellos planes y de aquellas obras, siempre unidos, mostrando, en medio de una sociedad dividida por el interés y devorada por el egoísmo, la fraternidad de dos espíritus gemelos confundidos en una sola voluntad y en una sola ambición.

Estos dos hombres, representaban el partido enemigo de Austria, el partido de la guerra, la oposición al cardenal, á la política de paz «á toda costa», que cifraba su honor en tener cerradas las puertas del templo de Jano. Culpaban al cardenal de haber salvado



con sus escrúpulos y pusilanimidades á la monarquía austriaca por tres veces: en 1730, después del establecimiento de la Compañía de Ostende; en 1734, después de la toma de Philisbourg y de aquella campaña de Italia que no dejaba al emperador más que Mantua; en 1739, cuando Fleury encadenó á Turquía, victoriosa y dispuesta á conquistar el Austria. La muerte de Carlos VI (20 de Noviembre de 1740) y las complicaciones que probablemente originaría la Pragmática Sanción, parecieron á los Belle-Isle circunstancias propicias para que Francia, llevando á la práctica los proyectos de Richelieu, concluyera de una vez con aquella casa de Austria, cuya espada y cuyos derechos estaban á la sazón en manos de una mujer.

Al concebir esta idea fué cuando Belle-Isle intimó con madama de Mailly, haciéndola participe de sus planes, hablándola con entusiasmo del desmembramiento de Austria, del reparto de las provincias de María Teresa, á la que sólo se le dejaría un pequeño Estado, devolviendo á los bohemios y á los húngaros la monarquía electiva que la casa de Austria había hecho hereditaria. Belle-Isle, con el ardor y la elocuencia de su palabra, deslumbraba á madama de Mailly, haciéndole participar de sus ilusiones y ver como cosa facilísima el despojo de Austria y la oportunidad de aquel *arreglo* de Europa.

Hablaba el mariscal de entablar desde luego negociaciones en el Norte y enviar 150.000 hombres al Mediodía de Alemania para asestar el golpe de acuerdo con el rey de Prusia. Presentaba á la querida del rey un cuadro de Europa, según el cual todo nos favorecía prometiendo á nuestra agresión la alianza de los unos y la paciente neutralidad de los otros; le mostraba á Inglaterra ocupada en reconstituir el princi-

pio monárquico, en poner coto á la desmoralización propagada por el ministerio corruptor de Walpole, temerosa de una guerra naval con España, inquieta por el electorado de Hannover, disgustada ante la falta de iniciativa de su rey; sujeta, en fin, por todo género de obstáculos que paralizaban su acción. El mariscal hacia después un rápido examen de Rusia, agitada en aquellos momentos por divisiones intestinas y teniendo que separar la vista del resto de Europa para atender á las turbulencias de los suecos. Belle-Isle aseguraba á la Mailly que Francia podría contar con la alianza de Prusia necesitada de apoyo para realizar la invasión de Silesia. A Prusia se le otorgarían las provincias austriacas que eligiera; España también prestaría su concurso, aprovechando la ambición de la mujer de Felipe V, que no contenta con haber impuesto en Nápoles á D. Carlos, pensaba en Toscana ó en el Milanesado para el otro infante. El mariscal demostraba elocuentemente á madamas de Mailly y Vintimille que sería cosa hecha la alianza del Piamonte si se dejaba á éste «redondearse» á expensas de Austria; y acababa la brillante exposición de sus planes señalando el levantamiento probable de los turcos y el poderoso auxilio que daría á Francia el Elector de Baviera á cambio del ofrecimiento de la corona imperial. Nada olvidaba, en suma, Belle-Isle para deslumbrar la imaginación y halagar el orgullo de las dos favoritas. Sólo pedía un plazo de seis meses para el feliz éxito de sus planes. ¡Y cuánta gloria para el rey, que rompería la cadena á que le tenía sujeto el cardenal!... ¡y qué honor para las dos hermanas haber contribuido á la empresa! ¡Y qué gratitud la del rey y la del pueblo!

El cardenal de Fleury se defendía apelando al respeto que debían merecer los compromisos de la mo-

narquía con la Pragmática Sanción, compromisos puestos á precio y pagados mediante la cesión de Lorena á Estanislao con reversión á la corona de Francia. En vano recordaba la palabra del rey al advenimiento de María Teresa, su promesa hecha al príncipe de Lichtenstein *de no faltar en nada á lo pactado*. Todos sus esfuerzos se estrellaban ante la influencia de las favoritas, seducidas por los grandiosos planes y las esperanzas halagadoras de Belle-Isle. Madama de Mailly, á la que dejaba la Vintimille la parte más ardua de la lucha, reservándose la dirección, exclamaba que el cardenal no era más que «*un viejo chocho capaz de perder al Estado*», y aunque la autoridad de madama de Mailly declinaba desde que compartía con la Vintimille el corazón del rey, siendo además grande su repugnancia á mezclarse en asuntos de Estado, aún tuvo fuerza—de tal modo la había sugestionado Belle-Isle—para sobreponerse á su indolencia y para arrastrar á Luis XV al partido de la guerra.

Esta victoria de las favoritas y de Belle-Isle, operaba una especie de revolución en la política, por lo menos en la política del cardenal. Feury acudió primero á la astucia, luego transigió con los planes belicosos y hasta pareció que se prestaba á secundar el golpe de gracia que se quería dar á la monarquía austriaca. Pero siempre cicatero, siempre preocupado del regateo, restaba al partido de la guerra los indispensables recursos, encantado además en esta ocasión de dificultar el proyecto de un enemigo que la gloria podía hacer todavía más peligroso y de preparar la derrota de Belle-Isle no concediéndole más que 40.000 hombres de los 150.000 que pedía.

Sin embargo, madama de Mailly, hizo que Belle-Isle fuera nombrado embajador extraordinario y plenipo-

tenciario del rey de Francia en la Dieta de Francfort para la elección de emperador, consiguiendo también que se le encargase de un largo viaje por Alemania, con la misión de atraer á los electores y príncipes del imperio al partido de Francia.

Incitada la favorita por madama de Vintimille, sostenía en la corte la influencia de Belle-Isle, poniendo en juego todos sus medios y tratando de enardecer la apatía del rey con las susceptibilidades nacionales, afirmando que era necesario vengarse de María Teresa y de todas las afrentas que Austria había inferido á Francia, y preguntando en voz alta en el salón de Choisy: «—¿Permitiremos que nos apaleen á su gusto sin tratar siquiera de vengarnos?»

Entre tanto Belle-Isle hacía su excursión por Alemania, y, animado por las cartas de madama de Mailly, estrechaba nuestros lazos de amistad con Baviera, ganaba dos electores para el partido de Francia, quebrantaba la voluntad de un tercero, y trataba de atraer al rey de Prusia, mientras el cardenal, envuelto en aquella revolución de ideas sostenidas por madamas de Mailly y Vintimille y el partido de Belle-Isle, procuraba engañar á María Teresa con la ambigüedad de sus respuestas. Y cuando, por una parte, la insuficiencia del ejército concedido á Belle-Isle, y, por otra, la terquedad del elector de Baviera, hicieron que las tropas francesas quedaran encerradas en Bohemia en vez de entrar en Viena; cuando el heroísmo de María Teresa, la defección de Prusia, la doble política del cardenal, que parlamentaba en secreto con la reina de Hungría, y las discordias entre los generales, hicieron abortar la campaña y los proyectos de Belle-Isle, las dos favoritas no pudieron contener su indignación contra el cardenal y le acusaron de haber

comprometido al mariscal y traicionado al ejército francés con sus vacilaciones y sus tacañerías. El cardenal, asustado, quiso contrarrestar estas inculpaciones y desembarazarse del ejército de Bohemia negociando ocultamente la paz. Madama de Mailly descubrió este proyecto é hizo que se lo puntualizaran en una carta que dejó abierta sobre su mesa para que el rey pudiese leerla. El cardenal, á pesar de su resistencia en el consejo, se vió forzado á sostener al elector de Baviera y hacer que marchase Maillebois á Bohemia.

Protegiendo á Belle-Isle, las dos hermanas halagaban el espíritu nacional, ese espíritu de conquista que siempre ha embriagado á Francia; necesitaban un héroe que con su popularidad las amparase. El favor que las hermanas dispensaban á Chauvelin era muy diferente por su carácter y su objeto; tratábase de lisonjear otro sentimiento de la opinión pública, y para conseguirlo maniobraban hábilmente procurando vencer las antipatías del rey hacia la persona del ex canciller y la hostilidad de los Noailles, celosos de la influencia de Chauvelin y de su partido.

Aquel Chauvelin, al cual dispensaban madamas de Mailly y de Vintimille una secreta protección, aquel hombre al cual sus enemigos reprochaban su origen plebeyo (había nacido en una salchichería, tienda, por lo demás, de rancia *nobleza*, puesto que databa de 1543), había sido aplastado á su entrada en el mundo por la superioridad abrumadora de su hermano mayor; superioridad que le obligaba, si no quería hacer un papel desairado, á esmerarse en su educación y á poseer toda clase de atractivos sociales. Y en efecto; Chauvelin no tenía rival en los ejercicios corporales; era excelente jinete, hábil bailarín, diestro esgrimidor de

espada, gran jugador de tresillo, y de conversación fácil y amena. El *hermoso Grisenoire* encontró además tiempo para ser un hombre de Estado.

Una salud á toda prueba, una voluntad de hierro, una constancia asombrosa en el trabajo, le dejaban, en medio de una vida disipada y mundana, el tiempo y la inteligencia necesarios para esa segunda educación que aviva las facultades y abre á las ideas nuevos horizontes.

Abogado notable, marido de la hija de un rico negociante retirado, algo pariente de Beringhen y del duque de Aumont por los Louvois, avisado y experto, sabía poner en juego y, por supuesto, á favor suyo, tantas y tan diversas influencias, que el regente decía bromeando que todos le hablaban de Chauvelin y *hasta las piedras le repetían su nombre*.

Sin empleo durante la regencia, buscó la sombra del cardenal Fleury y apoyado cerca de Su Eminencia por el mariscal De Uxelles, Chauvelin supo hacerse indispensable al cardenal por su ciencia del derecho público, aprendida en los manuscritos de monsieur de Harlai. Pronto fué el confidente y el brazo derecho de Fleury, que le nombró ministro de Negocios Extranjeros y guardasellos.

Al cabo de algunos años, Chauvelin, cuya política, apoyada en los planes de Belle-Isle era «demasiado *grandiosa*» para los procedimientos reposados y vulgares del viejo Fleury, empezó á trabajar para crearse secretamente un partido, buscando apoyo en la casa de Condé para contrarrestar la influencia de la de Tolosa, atrayéndose á los Noailles, á Bachelier, el ayuda de cámara del rey, y á madama de Mailly, cuyos gastos le hemos visto pagar con el dinero de los fondos secretos del ministerio. Hasta había intentado com-

prar al fiel Barjac, poniendo precio á su probada adhesión al cardenal Fleury. En los momentos en que era divulgada su inmensa codicia y la de su mujer en la comedia *Los Ambiciosos*, fué desterrado á Bourges.

Sin embargo, Chauvelin, caído y desterrado, siguió siendo en Bourges una fuerza, un partido, una idea. Había dejado en París amigos entusiastas y la opinión fundaba sus mejores esperanzas en el regreso del proscrito.

En medio de las turbulencias y agitaciones de aquella época, en apariencia tranquila y apacible, en realidad de lucha terrible para las conciencias, frente á la Iglesia entregada á todas las violencias y profundamente perturbada por los distintos bandos, ante el escándalo de las discusiones sobre la bula *Unigenitus*, ante el espectáculo de las conciencias divididas en partidos, jesuitismo, molinismo, jansenismo, sulpicianismo, Chauvelin representaba la tolerancia, una tolerancia favorable á los perseguidos.

Chauvelin era partidario del parlamento, que era el centro del jansenismo. Siendo ministro Chauvelin, la opinión estaba segura de que no se sustraería al Parlamento la facultad de conocer de los asuntos eclesiásticos, para conferírsela á una comisión ministerial, como se trataba de hacer. El mismo Parlamento que, enardecido por la voz elocuente del abate Pucelle, cobraba ánimos para hacer frente al porvenir, y preparaba las audacias del tercer Estado, veía en la vuelta de Chauvelin una esperanza y una victoria.

Siempre activo y hábil, Chauvelin sostenía sus numerosas amistades escribiendo desde su destierro infinidad de cartas, ocupándose de los asuntos de política exterior, penetrando desde Bourges en los secretos del ministerio. Bien quisto de las mujeres, insinuante

cortés, graciosamente afectuoso, Chauvelin llegó á hacerse popular por la honradez de sus costumbres, por la sencillez de su vida en Grosbois, por el raro ejemplo de su fidelidad conyugal, por sus largas vigili-as de trabajo, por la autoridad que adquiría en sus labios esta frase: «el bien público», que desde entonces empezó á hacer su camino en el mundo. El estado de los espíritus y las cualidades de Chauvelin contribuyeron á dar el primer lugar en las simpatías de la opinión pública al ministro en desgracia; al cual las dos hermanas apoyaban, sin darse cuenta quizá, del impulso de la opinión á que obedecían, y que las sumaba, tal vez sin pretenderlo, al partido *de las personas honradas*.

---



## VII

El castillo de Choisi.—Vida interior.—Luis XV sólo pasa en Versalles un día á la semana.—Tentativas de madama de Vintimille para acostumar al rey á gobernar su casa y su reino.—Sus chanzas á propósito de las consultas de Luis XV á su ayuda de Cámara.—Laborioso embarazo de la favorita.—Madama de Vintimille es atacada de fiebres persistentes.—Cólera del rey ante el obstinado silencio de la enferma.—Regreso á Versalles.—Madama de Vintimille da á luz un hijo.—Muerte de la favorita (9 de Setiembre de 1741).—El populacho de Versalles escarnece su cadáver.—Madama de Vintimille distingue de sus hermanas por su inteligencia y cultivado espíritu.—Estilo elegante de sus cartas.

Por aquellos años el rey adquirió el castillo de Choisi, propiedad de los herederos de la princesa de Conti, en torno del cual empezaron á levantarse, como á la sombra de la realeza, esas innumerables casitas y deliciosos retiros aristocráticos de las cercanías de Versalles y de París, puntos de cita de los cazadores y de los amantes, verdaderos nidos donde se refugiaban el placer y el amor.

Era el pequeño castillo de Choisi una encantadora residencia muy á propósito para librar al rey de la severa etiqueta de Marly, permitiéndole las libertades y las distracciones de la vida privada.

Todo hacía de aquel castillo un nido de enamorados. Sus muros se levantaban junto á las márgenes del Sena cerca del bosque de Sénart, entre los árboles frondosos y la mansa corriente del río, al pie de un florido ribazo bañado en sol. Las comodidades interiores satisfacían al más exigente y además hicieron muchas reformas; fáciles comunicaciones, puertecillas

secretas, un comedor alegre y elegante, artísticas esculturas, hábiles combinaciones de colores, profusión de espejos, todo el *confort* de que rodeaban la vida el buen gusto, el lujo y los refinamientos de la época.

Al rey le agradaba mucho Choisi. En el castillo daba rienda suelta á sus aficiones de arquitecto y á sus iniciativas de propietario. Gozaba viendo trabajar á los obreros, dirigiendo las reformas, señalando los árboles que se debían cortar para despejar de obstáculos los magníficos puntos de vista. El monarca hacía la vida de un particular permitiendo la libertad de la vida del campo á las personas que le rodeaban. De este modo Choisi proporcionaba á los palaciegos de la antigua corte de Luis XIV la sorpresa, el asombro de ver colocarse junto al rey, junto al amo, al gobernador del castillo; á su séquito sentarse en sillas de respaldo; á las mujeres pasear en traje de casa, y, á veces, con gran escándalo del duque de Luynes, con peinador y sin tontillo. Los días en que el rey no cazaba se oía misa á las doce, se almorzaba á la una, á las tres se jugaba en las habitaciones de las damas, donde el rey se presentaba sin ceremonia á las siete y media, y á las ocho se cenaba; jugábase después una *cavagnole* de diez cuadros, que terminaba generalmente antes de las once.

¡Deliciosas mañanas dignas del picaresco pincel de un Baudonin, aquellas en que su majestad iba de habitación en habitación, de lecho en lecho, despertando á las damas, sorprendiéndolas en sus nidos de rasos y encajes, imitando burlescamente sus coqueterías ó sus pudores, haciendo, en suma, lo que se llamaba *la ronda del rey!*

Madama de Vintimille, soberana indiscutible de los reales sitios, alma y vida de las jornadas de la corte,

no permitía al rey que pasase más de un día en Versalles, ni que concediese al cardenal más de un cuarto de hora por semana.

El viejo Fleury, despechado y furioso, deseaba con impaciencia que la corte se trasladase á Compiègne, donde tendría al rey tres meses bajo su férula, anunciando, por adelantado para aquella época el destierro de la Vintimille. Pero, de pronto, el rey declaró, cenando una noche en Choisi, que no iría aquel año á Compiègne, declaración que todo el mundo interpretó como una nueva victoria de la favorita y la señal más evidente de haber cesado la influencia del cardenal sobre el ánimo de su real pupilo.

Entonces se demostró el arte exquisito de madama de Vintimille para distraer al rey y el empeño que ponía en enseñarle á tener voluntad.

Es muy posible que madama de Vintimille acariciase el proyecto de preparar á Luis XV para el gobierno del Estado, empezando por acostumbrarle á administrar su casa y á ejercer la autoridad particular y doméstica. Se la ve afanosa de interesar al rey en ciertos detalles menudos, haciendo, por ejemplo, que despida á Lazuze que le robaba su vino de champaña y decidiéndole á resolver asuntos de poca importancia, despertando aquella perezosa voluntad, imponiéndole un verdadero aprendizaje. Ella le anima y le ayuda y el rey le agradece aquellas distracciones que van familiarizando su timidez con el ejercicio de una iniciativa que le divierte. Al mismo tiempo que le educa, madama de Vintimille emancipa á Luis XV, le aparta suavemente de las influencias y de las lisonjas interesadas de los que le rodean y se burla sin temor de todos, no vacilando en atacar al mismo Bachelier: «*Cómo, Señor, ¿vais á consultar también esto con vuestro*

*ayuda de cámara?* Las frases epigramáticas con que madama de Vintimille pica á diario el amor propio del rey, tienen á Luis XV en guardia contra las confianzas, que ponen al amo, aun quando sea soberano de Francia, á disposición de sus lacayos.

Distrayendo así al rey, haciéndole contraer nuevos hábitos de actividad é independencia, madama de Vintimille no tardó en hacerse dueña de su voluntad. Luis XV sonreía y se prestaba á sus planes, á sus amistades, á su política, que siempre tendía á la caída del cardenal y á la formación de un ministerio, compuesto de hombres animados de un espíritu de fuerza y de energía, que supieran inspirarse en el engrandecimiento de la patria, acabando con la política rutinaria y vulgar del cardenal Fleury. Sin embargo, aun estando segura de su dominio sobre el rey, madama de Vintimille avanza con discreción y cautela, sin dejarse llevar de sus impacencias; es la mujer dueña de sí misma, incapaz de hacer *las calaveradas* de su hermana; la mujer que había tenido el tacto y la calma suficientes para sacrificar á Fleury su interés por M. de Luxemburgo. La favorita no quería apresurar nada ni arriesgar nada contra el cardenal; soñaba con una desgracia absoluta, irremediable, y meditaba á conciencia su plan, al mismo tiempo que sentía en sus entrañas un hijo de Luis XV, segura prenda de su dominación futura.

Poco á poco, madama de Vintimille hacía de Choisi, de aquella residencia de placer, un Versailles, en el que acostumbraba el rey á estudiar los asuntos de Estado, á celebrar entrevistas políticas y consejos.

El embarazo de madama de Vintimille fué muy laborioso, ocasionándole muchas molestias y sufrimientos. En el mes de Marzo, teniendo el rey que ir por dos

días á Choisi, trató de oponerse á que la favorita le acompañara, temeroso de que el viaje la fatigase demasiado, pero madama de Mailly, instigada por su hermano, dijo á Luis XV, bromeando, que él no podía impedir que se *hiciera la corte* al rey, añadiendo que se alojarían en el pueblo, y que al menos podrían verle durante el día.

En el mes de Mayo, madama de Vintimille cayó enferma en Marly, y hubo que sangrarla. El rey la asistía y la acompañaba constantemente.

Al comenzar Agosto, durante otra jornada en Choisi, madama de Vintimille, que entraba en el octavo mes de su embarazo, fué atacada por unas fiebres que hicieron preciso sangrarla tres veces seguidas. El rey partió de Choisi muy preocupado, dejando acompañada á la enferma por su hermana, MM. de Coigny, de Ayent y de Meusse, y durante el tiempo que permaneció en Versalles, recibió cuatro correos diarios de madama de Mailly.

El rey estuvo en Versalles tres días, y el 13 de Agosto volvió á Choisi, donde encontró á la enferma algo mejorada, pero todavía con fiebre. Luis XV le participó que le había señalado las habitaciones de M. y Mme. de Fleury para cuando se instalase en Versalles; madama de Vintimille contestó al rey que creía que la semana próxima estaría en disposición de hacer el viaje.

Madama de Vintimille, que sufría recargos de fiebre todas las tardes, tenía las desigualdades de carácter, las impacencias, las tristezas que sienten todos los enfermos jóvenes que temen morir. Luis XV le preguntó una vez el motivo de su mal humor, si le dolía algo, si tenía algún disgusto. A todas estas cariñosas interrogaciones, madama de Vintimille sólo contesta-

ba: «que no se sentía en su estado normal». Insistió el rey, pero la enferma no le dió respuesta. En un acceso de cólera por aquel obstinado mutismo, Luis XV no pudo contenerse y dijo á la mujer amada: «Yo sé, señora condesa, el remedio que habría que emplear para curaros: cortaros la cabeza, cosa que hasta os sentaría bien, porque tenéis el cuello de masiado largo; además sería conveniente sustituir con sangre de cordero la vuestra, que es bastante *rabiosa*.»

No tuvo más importancia esta salida de tono que un simple disgustillo de enamorado que en nada amenguaba la pasión de Luis XV. Al día siguiente de esta escena se vió al rey muy atareado en escoger el carruaje más cómodo para trasladar á madama de Vintimille, probar él mismo una litera y un *vis-à-vis* y asegurarse de su buena elección haciendo subir á madama de Mailly y al conde de Noailles, optando, finalmente, por el *vis-à-vis*.

Madama de Vintimille entró en Versalles el 24 de Agosto, acompañada de numeroso cortejo de amigos, instalándose en el acto en sus habitaciones, donde el rey pasaba la velada. Los días siguientes el rey hizo que le llevaran la cena al cuarto de madama de Vintimille.

El viernes, 1.º de Setiembre, el rey permaneció en las habitaciones de su querida. Madama de Vintimille empezó á sentir los dolores de parto, pero lo ocultaba. A las cinco los dolores aumentaron, y entonces ordenó que se llamase á su hermano y á M. de Meuse. Bourgeois, el comadrón, que había sido avisado, no encontró carruaje para trasladarse á Versalles. En vista de que no llegaba, asistió La Peyronié á madama de Vintimille. Esta dió á luz un hijo que el arzobispo

se apresuró á bautizar. M. de Vintimille (1) asistió á la ceremonia, bien que á su tío costóle no poco trabajo conseguirlo.

El rey pasaba todo el día junto al lecho de la enferma y hacía que le llevasen allí la comida. Ya había tenido por la mañana en sus brazos al niño, poniéndole después sobre un almohadón de terciopelo carmesí, palpándole y mirándole con curiosidad y placer de padre, tratando de encontrar en las facciones del recién nacido los rasgos de su propia fisonomía. Decíase que ningún hijo de la reina había emocionado tan vivamente al rey, y que el hijo de la Vintimille despertaba en él sentimientos de paternidad que nunca había conocido. Los cortesanos hacían cálculos en voz baja acerca del gran porvenir que la suerte reservaba á madama de Vintimille, cuya existencia había estado tan amenazada ocho días antes.

Luis XV se ocupaba personalmente de todas las atenciones y cuidados que habían de devolver la salud á la enferma, ordenando que se echara gütano en el ala derecha de palacio, y que no corriesen las fuentes para evitar las molestias del ruido.

La fiebre persistía y de nuevo volvió á cundir la alarma. Madama de Mailly no se apartaba del lecho de su hermana.

El día 7 el rey sólo se separó unos instantes de la enferma para celebrar consejo y despachar con el cardenal.

El 8 por la noche hubo consulta de médicos. Se llamó á Sylva, de París, y á Sénac, de Saint-Cyr. Al observar la intensidad de la fiebre, los dos médicos acorda-

---

(1) El marido de la querida del rey, que como recordarán los lectores, tomó el nombre de Vintimille al casarse con felicidad de Nesle. (N. DEL T.)

ron sangrar en el pie á madama de Vintimille. El rey, que no pudo excusar su presencia á un banquete de corte que se celebraba aquel día, apresuró la comida, y terminada ésta, subió corriendo á las habitaciones de madama de Vintimille. A media noche sangraron á la enferma en presencia del rey, que se retiró á las dos, tranquilizado por la mejoría que se iniciaba. Pero á las tres de la mañana, madama de Vintimille fué acometida de terribles y violentísimos dolores que la hicieron pensar con horror en un envenenamiento. Pidió un confesor y no tuvo tiempo de recibir los últimos sacramentos; murió en brazos del sacerdote á las siete de la mañana.

---

Todo fué horrible en aquella muerte; el cuerpo abierto, mal recosido, desnudo, abandonado en aquella habitación en que todo el mundo entraba, sacado después de palacio, donde no era permitido tener en capilla ardiente ningún cadáver, arrojado, finalmente, en el fondo de un coche de alquiler. Aquel cuerpo, aquella cabeza, no tenían nada de humano; el rostro parecía una siniestra caricatura de la muerte, la boca, que había exhalado el último suspiro en una convulsión, estaba crispada, abierta; el esfuerzo de dos hombres no bastaba para cerrarla. Y entre tanto, aquellos restos macabros y ya podridos de madama de Vintimille, servían de escarnio y risa al populacho de Versalles.

---

De aquellas cinco señoritas de Nesle, madama de Vintimille había sido la de cerebro mejor organizado, la de inteligencia más clara. A poco de establecerse en



Versalles domina y gobierna á su hermana, la saca de su humillante oscuridad, la impulsa á tomar un partido en las intrigas y combinaciones políticas entre las cuales vivía perezosamente, le arranca su timidez y le presta alientos para luchar por sus amigos y para defenderlos; de aquella mujer que no era más que la querida sumisa del rey y la servidora de todos, hace una fuerza con la cual tienen que contar siempre el cardenal y los ministros. Desde que se ve amada por Luis XV, madama de Vintimille le libra, á su vez, de la tutela del cardenal y le cura de su apocamiento de espíritu; le saca de la nada á que lo reducen sus ministros, despierta en el joven monarca la voluntad de gobernar, de reinar; y de aquel rey niño que no se divierte á los treinta años más que con puerilidades impropias de su edad, trata de hacer un soberano, se esfuerza por inculcarle grandes pensamientos y redimir su espíritu de la esclavitud de lo pequeño y de lo trivial. Quizá aquella «resurrección» momentánea del joven soberano, de la que se atribuye todo el honor á madama de Chateauroux, se debió á que ésta imitó, plagió, por decirlo así, las tentativas iniciadas por la más joven de las señoritas de Nesle, los atinados consejos, las seductoras violencias ejercidas sobre el ánimo de su apático amante por madama de Vintimille. La caída de Amelot, la gestión directa del rey en el ministerio de Negocios Extranjeros, no serán sino la prolongación de la influencia de madama de Vintimille, el resultado de las lecciones de emancipación dadas al rey de Francia por aquella mujer inopinadamente arrebatada á la vida. Y en cuanto á la resolución del rey de ponerse á la cabeza de su ejército en 1744, jacasó no sé hablaba ya del mismo propósito en 1741 cuando, en pleno favor de madama de Vintimille, quiso el rey to-

mar el mando de las tropas de Flandes? ¿No se trató de preparar secretamente el viaje del rey? ¿No se había comentado esta frase de Luis XV á su cocinero de Choisi: «*Payot, tendrás valor para acompañarme á la guerra*, frase que demuestra que el rey se disponía á marchar á la frontera? Si; lo poco que hizo Luis XV en su oficio de rey, durante todo su reinado, lo debe á la inspiración propia de la favorita, de la cual no podrá decirse como de madama de la Tournelle, que debió sus ideas á una madama Tencin ó á un Richelieu, sin poner otra cosa de su parte, cuando no aceptaba las iniciativas de sus consejeras, aceptaba una mezquina oposición y una terquedad femenil.

Pero lo que más sorprende en la gran señora mezclada en la política, en aquella mujer tan diestra en el arte de dominar, es el ansia de saber, el culto á la inteligencia, de que tan escasas andaban sus hermanas y los cortesanos de *Ceil-de-Bœuf*. Hay en aquella dama de Versalles, en aquella espiritual mujer de las cenas íntimas, un temperamento literario exquisito, que se manifiesta en sus cartas, algo enigmático y melancólico, un estilo personal, refinado, elegante, gracioso, que demuestra una profunda afición á las letras.

Júzguese por estas dos cartas, de las cuales la primera fué escrita por la Vintimille dos días después de su matrimonio.

*«Fontainebleau 29 de Setiembre de 1739.*

*¡Cuánto agradezco á M. de Rupelmonde el placer que me ha proporcionado con vuestra carta! ¡Creéis necesario, para decidiros á escribirme, tener muchas*

cosas que contarme? Pues sabed que el más insignificante recuerdo de amistad, siendo vuestro, me llena de alegría. ¿A qué insistir en que no tenéis nada que decirme? Vuestra carta me ha encantado. ¡Qué dichosa sería yo si todos los días, al despertar, encontrara una semejante! ¿Me preguntáis lo que hago, lo que digo, lo que pienso? Respondiendo á lo primero, os diré que voy de caza tres ó cuatro veces á la semana; los demás días me quedo sola en casa; de modo que no hablo ó no digo nada que valga la pena, y ya tenéis aclarado el segundo punto. Respecto á la tercera pregunta, os aseguro que jugáis el principal papel, porque pienso en vos con mucha frecuencia. Creo que no sois vos la única que hace castillos en el aire; me veo muchas veces al lado vuestro, en vuestra linda casita, en vuestra tertulia de los jueves, donde reináis sobre todos nosotros. Adiós, reina mía. ¡Qué feliz sería yo si estos sueños fueran verdad! ¡Mi única ambición es verlos realizados, y quizá os sorprendáis cuando os diga que no pierdo la esperanza! Adiós; dadme noticias vuestras con frecuencia, y creed que nunca las daréis á nadie que os ame más tiernamente.»

«Fontaineblau 7 de Octubre de 1739.

Sois tan amable de noche como de día; el insomnio os sienta perfectamente y no os ocultaré que no me da mucha lástima esa pequeña molestia de que os quejáis con tal de que no se repita demasiado. Me halaga en extremo que para entreteneros hayáis pensado en escribirme. Todas las atenciones que tenéis conmigo me encantan. Aunque siempre somos propensos á tener mucho amor propio, os digo francamente que no creo poseer las

*buenas cualidades que me atribuíis. Cuando leo vuestras cartas me figuro que sueño y os confieso que temo despertar porque es muy agradable verse alabada por quien conoce el mérito. Lo único que me hace creer en mi buen sentido es la conciencia que tengo de haber sabido apreciar vuestras cualidades á poco de veros por primera vez. Quizá es este el mérito que tengo para que me alabéis y para justificar la buena opinión que de mí misma formo á veces. Lo demás lo atribuyo á la amistad que profesáis, á alguien de quien no ignoramos los sentimientos.*

*Me reprocháis que no os dé noticias; es que no las hay; nuestras excursiones de la Rivière tienen pocos lances. Las princesas han formado parte de las expediciones á pesar de sus disgustos con la dueña de la casa. No iremos á Choisi durante la jornada de Fontaineblau; si ocurriese algo nuevo os lo avisaría, no por la posta, sino por Grillon ó monsieur de Rupelmonde, que es el encargado de entregaros esta carta. ¡Cuanto os agradezco, amiga mía, que habléis de mí con esas señoras y con el presidente!*

*Estoy muy satisfecha de deberos su estimación y su amistad; mucho placer me causaría poderlas ver con frecuencia; ya sabéis que me parecen muy amables. Acertáis al pensar que no soy completamente dichosa. Antes de conoceros, creía ser feliz; pero, después, me faltáis vos, y la distancia que nos separa es una sombra en mi vida, un grave disgusto que no acierto á expresar. Sacaréis la consecuencia, y con razón, de que os debo al mismo tiempo una gran parte de mi dicha y otra igual de mi desgracia. Me satisface que os llamen de Bretaña, pero pienso al mismo tiempo que falta mucho tiempo todavía para fines de Noviembre.*

*Os extraña, decís, que las personas que simpatizan*

no se unan; pero eso para siempre; no sé en qué consiste, como no sea en la verdad del dicho, de que no se puede ser completamente feliz en esta vida; yo creo que el destino influye mucho en ella. En fin, no quiero pensar en todo esto ni pierdo la esperanza de estar contenta algunos días, es decir, pasarlos con vos. Me habláis de madama de Chatelet y yo me muero de deseo por verla. Ahora que me habéis hecho su retrato estoy segura de conocerla á fondo; agradezco que me hayáis dicho lo que pensáis de ella y me agrada decidirme por vos. Trataré de verla y hablaremos del rey de Prusia si es que ella se digna escucharme, porque temo parecerle demasiado tonta.

Adios, amiga mía, estaréis cansada de mi charla. Leed mi carta por la noche; seguramente os hará el efecto del opio, pero, por favor, no os durmáis antes de concluir, ó, por lo menos, prometedme leer las últimas líneas. Quiero que sepáis que es grande mi cariño y que podéis contar conmigo como con vos misma. ¡Ojalá pueda demostrarlo! Mi hermana me encarga mil afectos para vos. Acordaos de mi en Bretaña.

---

## VIII

Las puertas de L'Œil-de-Bœuf permanecen cerradas durante todo el día de la muerte de madama de Vintimille.—Tristeza del rey.—Viaje á Saint-Leger.—Luis XV repasando las cartas de la muerte.—El rey se alegra de sufrir dolores de reuma en expiación de sus pecados.—Las habitaciones de M. de Meuse.—Cenas lúgubres en los *petits appartements*.—*Mademoiselle* de Charolais no consigue entrar de nuevo en la intimidad de madama de Mailly.—Influencia de la condesa de Tolosa y los Noailles sobre el rey.—Los rencores de madama de Mailly contra Maurepas.—Aversión del cardenal de Fleury por el mariscal de Belle-Isle.—El mariscal es nombrado duque hereditario por mediación de madama de Mailly.—Su carta de recomendación en favor de M. de Meuse.—Su delicadeza en cuestiones de dinero.—Anécdota de las pieles de la zarina.

La pena inconsolable, desesperada, que causó á Luis XV la muerte de madama de Vintimille, demostraba en el hombre y en el amante una sensibilidad hasta entonces desconocida.

Por la mañana, La Peyronie, que, oponiéndose á las instancias de madama de Mailly, se había negado á despertar á Luis XV mientras aún vivía la moribunda, entró el primero en la cámara del rey. El rey le pidió noticias de la enferma. La Peyronie le contestó que eran muy malas.

Por el tono con que fué dada la respuesta, el rey comprendió la verdad, y volviéndose del otro lado, se ocultó entre las cortinas de su lecho después de haber dado orden de que se dijese la misa en su cámara.

La reina, que fue á verle, como acostumbraba hacerlo todas las mañanas, tuvo que volverse dos veces á sus habitaciones sin conseguirlo. El mismo cardenal

no logró que le franqueasen la entrada y sólo pudo introducirse unos minutos con el limosnero, al concluir la misa. Barjac, encargado de entregar al rey un paquete que acababa de llegar por el correo de Francfort, se vió en mil apuros para hacer que llegase á sus manos. Los gentiles hombres de cámara no consiguieron entrar, y aquel día las dos puertas de *L'Ceil-de-Bœuf* estuvieron cerradas hasta las cinco de la tarde. El rey se levantó á esa hora y bajando á las habitaciones de la condesa de Tolosa, donde encontró á madama de Mailly, hizo que ésta le siguiese, y acompañado de ella y de MM. de Ayen, de Noailles y de Meuse, partió en carruaje para Saint-Leger, huyendo, por decirlo así, de Versailles, sin avisar cuándo volvería.

El rey, que había salido de Versailles sin guardias, sin servidores, sollozando y llorando, apenas si pudo probar bocado el sábado y domingo; el lunes consintió en ir de caza, pero estaba tan ensimismado y tan abatido, que cuando se le pedía la orden para empezar el ojeo no respondía.

En la casita de campo de Saint-Leger, en medio de aquel pequeño círculo de amigos donde el monarca se despojaba de su majestad, Luis XV, libre de las homilias del cardenal sobre las flaquezas humanas y de los consuelos torpes y poco sinceros de la reina, no tenía que ocultar sus lágrimas y daba rienda suelta á su dolor. El rey se abismaba en su pena; encontraba una alegría cruel, una satisfacción dolorosa, en renovarla y avivarla; parecía alimentarse y vivir del recuerdo de su querida, y perseguía su sombra en todo lo que le hablaba de ella, en todo lo que la muerte respeta de una mujer que no existe. Se abismaba en la lectura de sus cartas; trataba de reconstituir día por día el

tiempo pasado, se obstinaba en encontrar un eco perdido de aquella pasión, en aspirar el perfume que se desvanecía, yendo de reliquia en reliquia para volver con más desconsuelo á la cajita donde guardaba las *dos mil* cartas de madama de Vintimille, á la urna que conservaba las cenizas de sus amores. En largas conversaciones, balbuciente de emoción, hablaba el rey de las cartas y papeles de la muerta y honraba la memoria de su querida diciendo que no había visto nunca en ella más que los sentimientos generosos de un gran corazón... «nada que no fuese justo y conveniente». Entonaba Luis XV una alabanza no interrumpida en honor de la abadesa de Port-Royal, dignidad á la que había sido elevada madama de Vintimille, esforzándose amorosamente, casi piadosamente, en destruir la universal reputación de maldad que había dejado la difunta condesa.

Durante el mes de Setiembre hizo el rey varios viajes á Saint-Léger, y cuando estaba en Versalles, donde siempre permanecía poco tiempo, pasaba la mayor parte de las horas en las habitaciones de la condesa de Tolosa en compañía de madama de Mailly.

Lo brusco de la muerte de madama de Vintimille, su misterio, su horror, las sospechas de envenenamiento, el cadáver escarnecido, aquel fin miserable que un Dios vengador parecía ofrecer á las ironías del hombre para hacerlo más ejemplar, más terrible, habían herido la imaginación exaltada del joven rey. Aunque madama de Mailly solía decirle frecuentemente *que todo eso del infierno era un cuento de viejas*, el miedo á los castigos del cielo y el horror al infierno que atormentaba al rey desde hacía dos años—el tiempo que no practicaba sus devociones ni celebraba la piadosa



ceremonia de tocar á los enfermos(1)—llegó á dominar por completo el ánimo supersticioso del soberano. Se esforzaba por vivir con madama de Mailly como *monsieur le Duc* con madama de Egmont, es decir, sin trato carnal, como no fuera incidentalmente, sin premeditarlo, pecadillo fácil de perdonar, como decía Argenson. El rey oía misa con gran recogimiento y no hablaba más que de religión y de lecturas espirituales. Refería sus dolores físicos con cierto placer, y un día los cortesanos se asombraron oyéndole decir, después de un largo silencio: «No me importa que mi reuma me haga padecer, y si conocierais la razón, no desaprobárais lo que digo: sufro en expiación de mis pecados.»

---

El dolor del rey encontró un consuelo y un alivio en el dolor de madama de Mailly, la mujer que sabía inmolar de tal modo su dicha por la felicidad de su amante, que lloraba con lágrimas sinceras á la que había sido su rival, y visitaba diariamente su tumba en la iglesia de los Recoletos.

En el mes de Octubre, el rey, de regreso en Versalles, de donde no salía más que para alguna partida de caza en la Muette, preguntó un día á M. de Meuse, cuya habitación en palacio era muy triste y con una sola ventana al patio, si le gustaría cambiar de aposento. M. de Meuse contestó que siempre recibía con gratitud los beneficios del rey.

—Voy á daros un departamento encima de mi galería—dijo el rey.

---

(1) El rey ponía sus manos sobre el rostro de los enfermos pronunciando esta frase: *Dieu te guerisse, le roi te touche.*

M. de Meuse se deshizo en demostraciones de gratitud y declaró que su reconocimiento era aún mayor por haberse dignado su majestad señalarle habitaciones tan próximas á la regia cámara.

—Pero haré cerrar la comunicación—añadió Luis XV.

Luego hablaron de la distribución del departamento. Se trataba de una pequeña antecámara, de un comedor, de un cuarto muy claro, de un gabinete, de una cocina, etc., etc.

—Se amueblarán estas habitaciones—dijo por fin el rey;—tendréis una cama; pero no os acostaréis en ella; tendréis un sillico, pero no lo usaréis; dispondréis de la llave, y cuando vuelvan de campaña MM. de Luxemburgo y de Coigni, podréis recibirlos en vuestra nueva habitación; os advierto además que tendréis que comer en ella... ¿Qué platos queréis que os sirvan en la comida?...

M. de Meuse, que empezaba á comprender, exclamó alegremente, que le gustaba *tratarse* bien y que no le desagradaría una buena sopa, un trozo de vaca, dos entradas, un asado y dos entremeses.

—Tened en cuenta—añadió el rey—que yo iré á cenar algunas veces. ¿Cuánto pedís?

A esta pregunta M. de Meuse se quedó perplejo temiendo pedir demasiado ó quedarse corto, y volviéndose hacia madama de Mailly, le dijo:

—Señora condesa, ayudadme.

Madama de Mailly y M. de Meuse calcularon á conciencia, hasta que M. de Meuse, apremiado por el rey, declaró que creía poder soportar el gasto con mil doscientas ó mil quinientas libras al mes.

La habitación dada en estas condiciones iba á ser, en efecto, para madama de Mailly, en cuya compañía

quería el rey refugiar su pena, huir en el mismo Versalles, de la corte y de la vida oficial de palacio.

El departamento situado encima de la galería, que muy pronto madama de Mailly llamará «*mon petit appartement*», se componía de un comedor que comunicaba con los gabinetes del rey, de un corredor en el que había, á un lado una repostería y una cocina, y al otro dos piezas, una para la camarera y otra de desahogo; de una alcoba con lecho cubierto de preciosas telas y amueblada por un tapicero de París, y de un gabinete con mucha luz, donde el rey solía trabajar durante algunas temporadas después de comer.

Más adelante se hicieron varias reformas; se tomó parte del patio de la condesa de Tolosa para construir una nueva escalera que daba á una de las antecámaras, y todavía se ensanchó el pequeño departamento, improvisando, mediante ligeras reformas, un salón para recibir. En él jugaba madama de Mailly las tardes en que el rey no salía de caza ó en que se quedaba trabajando de seis á nueve con el cardenal.

La asistencia de la mesa era muy sencilla. Un criado servía al rey las viandas y otro los vinos, y el ayuda de cámara de madama de Mailly ejercía las funciones de *maitre d'hôtel*. No había más que tres docenas de platos de la vajilla de plata, y Montier, el antiguo cocinero de los gabinetes encargado del gasto, era muy económico.

A las cenas del *petit appartement* que los días de caza se verificaban á las siete, asistían, M. de Meuse todos los días, con frecuencia el duque de Ayen y el conde de Noailles, y una vez por semana el duque de Villeroy ó el de Richelieu. La única mujer que se sentaba á la mesa era madama de Mailly. El rey seguía sumido en la mayor tristeza. Solía suceder que apenas

probado un plato rehusaba los demás, cayendo en una negra melancolía, en una especie de sopor del que sus convidados no podían sacarle aunque dijesen las cosas más alegres.

Así transcurrían aquellas extrañas y lúgubres cenas en las que, á cada instante, el ruido de los vasos, las risas y la conversación quedaban como apagadas por los alardes devotos del rey, que ayunaba «para no pecar de todas maneras», y reprimía brusca-mente la sonrisa que apuntaba en sus labios para abismarse en sus remordimientos y volver al tema de los entierros; y si en aquel momento sus ojos se encontraban con los de madama de Mailly prorrumpía en sollozos y brotaban sus lágrimas, viéndose obligado á levantarse de la mesa perseguido por la obsesión de la muerte de madama de Vintimille, en la que veía algo más terrible que el tránsito natural: el horror supremo de la muerte sin sacramentos, sin reconciliarse con Dios...

Dijérase que los temores y las debilidades de otro Enrique III aterrorizaban la conciencia de aquel rey del siglo XVIII, mezclando, á los actos de contrición, las lágrimas de amor...

---

De aquella intimidad, de aquellas lamentaciones en común, de aquel sensualismo fúnebre, madama de Mailly sacó una ventaja: reconquistaba un poco de su perdida autoridad sobre el corazón del rey. Los días que madama de Mailly estaba de semana con la reina, Luis XV suspendía sus excursiones. Madama de Mailly era la que hacía la lista de invitados y transmitía las invitaciones directamente, incluso á los príncipes y á las princesas,

Ante este indudable renacimiento «de crédito», las mujeres que antes habían dirigido la voluntad de madama de Mailly trataron de apoderarse nuevamente de aquel espíritu apocado y débil, sin dirección desde la muerte de madama de Vintimille. *Mademoiselle*, distanciada por ésta, buscaba la manera de acercarse á la favorita y consiguió formar parte de algunas expediciones á la Muette; pero era recibida con cortés frialdad sin que madama de Mailly la proporcionara nunca la ocasión de una conversación particular. En uno de los viajes á Choisi, el lindo castillo que tan dolorosamente impresionaba al rey recordándole á madama de Vintimille, *Mademoiselle* tuvo la desgracia de disputar demasiado en la partida de juego con motivo de la pérdida de un escudo. Al día siguiente, para contentar á su antigua amiga, le regaló un magnífico juego de *cavagnole*. Pero el regalo no sirvió de nada. Madama de Mailly no quería sujetarse de nuevo á los caprichos de la princesa. Al subir un día, en la Muette, á la carroza del rey en presencia de *Mademoiselle*, se oye decir á madama de Mailly: *Me alegro que me haya visto ocupar sola la carroza; así comprenderá que me puedo pasar sin ella.*

A la sazón, la voluntad de la Mailly y el favor de su amante, pertenecían por completo á los Noailles, á la condesa de Tolosa. «Estos Noailles», como dice el marqués de Argenson, eran buenos para todo. Según el viento que soplaba, según los cambios en los sentimientos é ideas del soberano, ya se pusieran de moda el libertinaje ó la actividad física, la religión y las devociones, sacaban como de un inmenso almacén de accesorios y presentaban en la escena de Versalles, libertinos, ateos, cazadores, devotos y devotas cuando les iba llegando el turno. Así, pues, en aquel mo-

mento, para aquella lúgubre pareja de enamorados, que la corte esperaba ver de un día á otro leyendo juntos el breviario, no había mejor confidente que aquella princesa devota, sin colorete, que pasaba dos horas en la iglesia, inclinada, bajo la luz de la vela, sobre su devocionario. Además, la piadosa y previsora amiga de la favorita, muy al corriente de lo que duran los afectos terrenales, iba siempre acompañada de la joven señorita de Noailles, á la que miraba la corte como destinada á recoger la herencia de madama de Mailly, introduciendo además en la intimidad del rey y de la favorita, á otra de sus protegidas, la linda y seductora madama de Antin.

---

Sintiéndose dueña del corazón veleidoso de Luis XV por el momentáneo marasmo del rey, y apoyada por aquella coalición de todos los Noailles, agrupados, en aquella ocasión alrededor del soberano, madama de Mailly se abandonaba un poco, no ponía sordina á la violencia de sus antipatías y dejaba transparentar sus odios hacia los enemigos que tenía en el ministerio.

El anciano De Meuse, que era teniente general y conservaba sus bélicas aficiones, se lamentaba discretamente una noche de aquella asiduidad molesta, de aquella violencia diaria, de aquella servidumbre que le imponía la amistad del rey, obligándole á comer con él y con madama de Mailly todos los días, ó solo con la favorita cuando su majestad iba de caza. Por fin, De Meuse recordó á Luis XV la promesa que le había hecho hacía un año de colocarle en activo servicio. El soberano le contestó que había mudado de parecer; después, viéndole consternado por su negativa,

añadió: «No hay que tomar un aire tan triste. Estoy persuadido de vuestra buena voluntad, pero, ¿qué queréis hacer en un destino activo? Ya no sois joven, tenéis mala salud; ¿ambicionáis acaso ser mariscal de Francia? Pues yo puedo haceros duque, y par y caballero de la orden. Estad, pues, tranquilo y no os aflijáis de esa manera.» Algunos días después el relato de esta conversación familiar, reservada, llegaba á oídos del rey, de labios del cardenal, exornada y aumentada con cosas que el rey no había dicho y que comprometían á Luis XV. El rey dió sus quejas á De Meuse, en presencia de madama de Mailly, la cual, declaró que ella había sido la causante de aquellas habladurías, porque habiendo oído á la condesa de Tolosa bromear con De Meuse porque no iba á la guerra, y habiendo visto salir á éste muy apenado y sin contestar á la condesa, ella no pudo contenerse y contó á madama de Tolosa las quejas de M. de Meuse y la contestación del rey. Añadió madama de Mailly que el juez de Froulay había escuchado la conversación, y que siendo amigo de Maurepas, le había contado la confidencia.

Con este motivo, madama de Mailly maltrató de palabra á Maurepas, y dando rienda suelta á sus resentimientos, se entregó á una verdadera *ejecución* del ministro. El rey trataba de defenderle, sosteniendo que su ligereza no se extendía á los asuntos graves; que había cosas que nunca las habían sabido más que él y su ministro, lo cual era una garantía de la discreción de Maurepas.

«¡Es verdaderamente extraordinario, replicó colérica madama de Mailly; se necesita estar loco para no haber guardado en esta ocasión el secreto!»

En aquel año de 1742, madama de Mailly llegó á ejercer gran influencia; era casi un poder. Breteuil le comunicaba las noticias de Alemania, enviándole un correo al mismo tiempo que el cardenal recibía otro en Issy. Heredera de la política de su hermana, siguió protegiendo á Chauvelin y al mariscal de Belle-Isle, y su autoridad sobre el rey, favorecida por la intimidad en que vivían, es tan grande, que madama de Mailly cree por un momento segura la vuelta de Chauvelin. El correo estaba preparado para partir, cuando en el último instante el rey se confía al cardenal que tuvo la habilidad de llamar al ministerio á De Argenson y al cardenal de Tencin, viéndose de nuevo la favorita burlada por la astucia del viejo Fleury.

Pero si madama de Mailly no pudo conseguir la reposición de Chauvelin, tuvo la suerte de mantener en su puesto, contra las malas artes del cardenal, al mariscal de Belle-Isle, pensando, como su hermana, elevarlo un día al cargo de primer ministro, alentada en este propósito por la condesa de Tolosa, que se había hecho una *bélisienne* tan apasionada, que estuvo á punto de enemistarse con sus sobrinos.

Madama de Mailly combatía, luchaba, aprovechándose de los frecuentes cólicos del cardenal que le obligaban á guardar cama en Issy. Pero el astuto anciano—que, por alarde, había dicho misa en la capilla el día que cumplió los ochenta y nueve años—después de beberse algunos vasos de agua de Valls, se erguía de repente sobre sus delgadas piernas, dejaba su pasito menudo y tembloroso; su cara, momificada y terrosa, se animaba, se rejuvenecía; su cuerpo, disminuido de ordinario en más de cuatro pulgadas, recobraba su talla, y con sus largos cabellos blancos flotando al viento, cruzaba cuando menos se le esperaba las galerías de



Versalles, y penetrando en las habitaciones del rey, deshacía en una hora el trabajo de toda una semana de la favorita.

Tuvo madama de Mailly la desgracia de que el cardenal sintiera bruscamente celos del mariscal de Belle-Isle. Fleury le hubiera ahorcado de buena gana. Seducido un momento por su elocuencia y su reputación de grande hombre, y quizá, más que por nada, por creer que, en el fondo, Belle-Isle era el mayor enemigo de Chauvelin, no tardó el cardenal en sentir una envidia mezquina por el hombre, cuya elevación de ideas y planes atrevidos desconcertaba su política sin grandeza. Cuando Su Eminencia comprendió que M. de Belle-Isle era amigo de las gentes que estaban en secreta inteligencia con Chauvelin y comprobó su independencia de carácter, y la protección de que era objeto por parte del rey y de la favorita, le tomó la misma aversión que á Chauvelin en los meses anteriores á su destierro.

Así, pues, en el ánimo del cardenal estaba decretada «la desgracia» de Belle-Isle; y debiendo llegar el mariscal, de Alemania, el 3 de Marzo por la noche, y habiendo prevenido al cardenal que tenía necesidad de verle inmediatamente, el cardenal aplazó la audiencia con el pretexto de que el mariscal vendría muy cansado y debía reposar del viaje. Al saber este aplazamiento, que no era otra cosa que una negativa, madama de Mailly se presentó en casa del cardenal, y á pesar de la oposición de Barjac, forzó la entrada y permaneció en el despacho de Su Eminencia hora y media. El viejo Fleury que, al pronto, adoptó cierto tono de galantería con la favorita, se iba poco á poco enfadando, y se enfadaba y gritaba mientras que el pobre Barjac, casi atropellado, rabiaba en la antecá-

mara. Por fin, madama de Mailly, á fuerza de rogarle, de adularle, de importunarle, arrancó al cardenal la promesa de recibir á Belle-Isle al día siguiente.

La entrevista fué muy fría; duró minuto y medio, y luego, al salir Belle-Isle de la audiencia del cardenal, el rey apenas le dirigió algunas palabras.

Varios días después, en un consejo celebrado en Issy—al cual, dicho sea entre paréntesis, el mariscal llegó tarde, dando motivo á que enviasen un recado á su casa preguntando «si estaba en la Bastilla»—M. de Belle-Isle observó en los ministros, especialmente en M. Maurepas, una hostilidad apenas disimulada. Entonces aquel hombre que acababa de prestar grandes servicios en Alemania, que había puesto la corona imperial en la cabeza del elector de Baviera, aquel soldado, aquel diplomático que Argenson compara «á Gulliver, encadenado y atormentado por pigmeos», se querelló amarga y coléricamente, con despreciativa altanería, de las calumnias lanzadas contra él, del vilipendio con que le trataba el ministerio, del descrédito y del deshonor con que se pretendía herirle, concluyendo por declarar que no tenía ya la autoridad necesaria para servir al rey.

A madama de Mailly, después de aquel primer paso dado en favor de Belle-Isle cerca del cardenal, y que quizá salvó al mariscal del destierro ó de la Bastilla, se le puso en la cabeza obtener un desagravio completo que permitiese á su amigo trabajar útilmente en el servicio del rey. El miércoles 14 de Marzo la favorita hablaba al duque de Luynes de este asunto, afirmando que, por interés del rey y del Estado, era preciso desagraviar á Belle-Isle y que no veía para ello más obstáculo que la voluntad del cardenal, á quien el rey guardaba siempre ciertas consideraciones. Y madama

de Mailly hablaba á todo el mundo de este proyecto, es forzándose en preparar la opinión y en buscar su concurso.

Al día siguiente de esta conversación de madama de Mailly con el duque de Luynes (15 de Marzo de 1742), el mariscal de Belle-Isle era declarado duque hereditario.

Esta gracia, que la querida del rey proclamaba en alta voz ser obra suya, era una victoria sobre Maurepas, y casi casi una derrota del cardenal, que al acostarse aquella noche dijo, refiriéndose al flamante ducado con cierto tono de disgusto: «Madama de Mailly estará muy contenta.»

Esta protección de madama de Mailly fué constante y decidida. Luchando por Belle-Isle, se olvidaba muchas veces la favorita de defenderse ella misma. En medio de los sobresaltos de su amor, trabajó siempre por mantener al mariscal en la gracia del rey y por afianzar su crédito en la opinión pública. Cuando de los cuarenta mil hombres enviados á Alemania, Praga no nos devolvió más que ocho mil en el mes de Octubre de 1742, madama de Mailly obligó al rey, que no había dirigido la palabra á Beauvau en una cena de los gabinetes, á hablarle, en una comida de corte, de los errores de Broglie y del genio de Belle-Isle, y estas palabras del amo, pronto conocidas de la corte y del pueblo, no solamente son aprovechadas por la favorita para disculpar al mariscal, sino que con ellas alienta á sus amigos y casi compromete al rey á seguir utilizando los servicios de Belle-Isle y á procurarle medios y recursos para sus planes.

Tal era la mujer; y su deseo de ser agradable á las personas que amaba, produjo el milagro, durante sus relaciones con Luis XV, de que aquel tímido monarca

se pusiera en contacto con las gentes. Cuando madama de Mailly sabe que alguien está disgustado por el silencio del rey, se desespera y no se da por satisfecha hasta lograr que su amante desagravie al descontento con unas cuantas palabras: «Es necesario—decía—que nadie tenga quejas del rey.»

Este afán de ser útil á los demás, se encontrará en pocas personas como en madama de Mailly, y se manifiesta á cada instante y en mil diversas ocasiones. Madama de Mailly se interesa por su padre y por sus hermanas, que le corresponden con negra ingratitud; por sus amigos, por sus conocidos, por los desgraciados á quienes sólo recomienda su propia desventura. Recibió un día un memorial de una señorita de Nogent, hija de un hermano de la mariscal de Biron; *mademoiselle* de Nogent había sido encerrada en un convento. La lectura del memorial de aquella señorita, que era rica, inspiró á madama de Mailly la idea de que sería un buen partido para el caballero de Choiseul, pobre segundón hijo de M. de Meuse, y en el acto se pone en camino para París, visita á madama de Biron y le comunica su pensamiento; desde allí se dirige á casa de la mariscal de Estrées y hace que la acompañe al convento. *Mademoiselle* de Nogent no tiene gana de casarse pero le pide su libertad, y madama de Mailly no descansa hasta que consigue que vuelva á su hogar la recluida.

Este vehemente deseo de complacer se manifiesta siempre en sus cartas; hasta en sus más insignificantes recomendaciones pone el corazón entero, y su apremiante insistencia sólo puede compararse á su caprichosa ortografía (1).

(1) He aquí una carta de la favorita. No la traduzco porque pierde toda su gracia, el estilo y la ortografía.

*Ille vaquent par la mort de M. dentin (d'Antin) la place de capitaine des matelot sur le canal, que je désirait fort pouvoir obtenir pour qui, pour une homme qui a surement mérité toute autres chose, puis que cest pour monsieur le marquis de Meuse, l'état de ses affair fait qu'il se retourne de tout les costés, ne pouvant avoir mieux, il se contente de peu; je mintéresent, ont ne peux pas davantage à tout ce qui le regarde; et tout les plaisir qu'on peux luy faire je me les tient pour fait à moy même. J'ayme mieux vous escrire que de vous ennuier verbalement. Je conte beaucoup sur vous pour cette petite affair. Compte aussy sur ma reconnoissance et sur le plaisir que j'ay de vous asurer que personne na l'honneur destre plus sincerment, monsieur, votre très humble et très obeissante servante,*

*Mailly de Mailly.*

*Ce mardy.*

La bondad, el buen corazón, la constancia en la amistad, su deseo de complacer, son las virtudes de madama de Mailly; pero posee además la querida del rey, otra cualidad sobresaliente: el desinterés, la delicadeza en cuestiones de dinero, llevada á tal exageración, que le hiere hasta la idea de que alguien sospeche que ha recibido el más insignificante regalo.

Acerca de este particular, hay una anécdota muy curiosa:

M. de la Chétardie, amigo de madama de Mailly, nombrado embajador en Moscovia, cerca de la zarina, fué á despedirse de la favorita y á ofrecerle sus servicios por si en algo pudiera serle útil en su nuevo destino. Madama de Mailly, que no tenía amistades en

aquel lejano país, se limitó á darle las gracias; pero acordándose que de Rusia enviaban á Francia las mejores pieles, rogó á M. de la Chétardie que le comprase algunas y dos tapices de Persia, recomendándole que todo ello no costase más de seiscientas libras, por no ser bastante rica «para permitirse ciertos lujos».

M. de la Chétardie llegó á Moscovia, donde fué muy bien recibido por la zarina, y no encontrando más que pieles muy ordinarias, y habiendo sabido que las más hermosas las acaparaba la emperatriz, habló del encargo que le habían hecho al duque de Biren, duque de Courlande, favorito de la emperatriz. El duque le preguntó para quién eran las pieles, y M. de la Chétardie nombró á madama de Mailly; pero añadiendo que no podía gastar más que determinada cantidad. El duque le dijo que no se ocupase de aquel encargo; que él lo haría. Habló á la zarina, y su majestad imperial, deseando hacer á la favorita un presente digno de su regio amante, escogió dos pieles; tasadas, la una, en 80.000 libras, y la otra en 60.000, y doce magníficos tapices de Persia. «Vuestro encargo está hecho—dijo el duque de Courlande á M. de la Chétardie;—yo mismo he ordenado empaquetarlo, y no hay más que enviarlo á Francia.»

M. de la Chétardie, que ignoraba lo que el paquete contenía, preguntó al duque de Courlande el precio de las pieles y los tapices, á lo que el duque contestó que no valía la pena, y que la zarina deseaba hacer á madama de Mailly aquel pequeño obsequio.

Amelot recibió el paquete con una carta que decía: «Respecto al paquete que se os ha dirigido, os ruego lo entreguéis á madama...» No se consignaba el nombre, y Amelot, preocupado, habló un día al rey después del consejo en presencia de los ministros. Maurepas dijo,

probablemente con mala intención: «Quizá sea para madama de Mailly, que conoce á madama de la Ché-tardie y le habrá dado algún encargo; hay que aclarar este asunto.»

Por la noche el rey, en la cena de los gabinetes, y habiendo prevenido antes á sus íntimos, empezó á bromear con madama de Mailly, diciéndole «que recibía regalos de las cortes extranjeras y que se lo tenía muy callado». Madama de Mailly, que no sabía nada, púsose muy seria al escuchar las primeras palabras del rey, y después se enfadó diciendo en voz alta delante de los comensales «que ella no era ni mujer ni hija de ministro», aludía con esta frase á madama de Maurepas y de Amelot, y á madama de Fulvy, cuñada del intendente, de las cuales se decía que cobraban primas sobre las mercaderías de las Indias, que imponían ciertos tributos á los barcos del rey, que... y acabó declarando que cuando llegase el paquete lo tiraría al río.

## IX

El rey hastiado de madama de Mailly.—Entra Richelieu en la intimidad del rey.—Richelieu trabajando en contra de la favorita.—El rey admira en Petit-Bourg la hermosura de madama de la Tournelle.—Matrimonio de María-Ana de Mailly Nesle con el marqués de la Tournelle.—Devoción del marido.—Aparición de madama de la Tournelle en la corte, en 1740.—Inquietudes de Fleury.—Conversación entre el cardenal y la duquesa de Brancas.—Maurepas enemigo de las queridas.—El ministro trata de evitar que el rey se enamore de madama de la Tournelle y hace á ésta el amor.

Al cabo de algún tiempo de esta triste vida al lado de aquella mujer que envejecía, el fastidio volvió á apoderarse del rey; los lazos comenzaron á aflojarse. Madama de Mailly retardaba la ruptura con sus ruegos y sus lágrimas, pero su amante le hacía pagar muy caros aquellos plazos, humillándola y zahiriéndola cruelmente.

Por fin, el fatal desenlace que ansiaba el rey, sin tener la fuerza de voluntad necesaria para romper sus relaciones, se precipitó con la presencia en Versalles de un hombre que empezaba á tener cierto ascendiente sobre el ánimo del soberano.

Era este personaje un joven cortesano, que no había entrado todavía en la intimidad de Luis XV; pero en las contadas veces que había sido invitado á las cenas, supo captarse la simpatía del rey por la viveza y animación de su palabra, por sus indiscreciones amoratorias y hasta por cierta aureola de escándalo que empezaba á formarse alrededor de su nombre. La princesa de Charolais, antes que madama de Vintimille la alejase



de la intimidad de su hermana, había puesto en guardia desde el primer instante, á la favorita, contra el recién llegado: el duque de Richelieu. Sostenida en su animosidad contra el duque por antiguos rencores del corazón, y no perdonando á Richelieu la poca importancia que había concedido á su amor, la princesa no se cansaba de advertir á madama de Mailly, el peligro que había en dejar que entrara en la intimidad del rey un hombre que erigía en principio la inconstancia, un ambicioso impaciente por ganarse la confianza del rey y ser el primero en las regias confidencias; una especie de ministro de los amoríos. Madama de Mailly —que no ignoraba esto—trataba con gran frialdad al duque, y una intriga bastante bien fraguada contra su crédito naciente en la corte, hizo que el rey estuviese á punto de desterrarle. Pero los motivos aducidos por madama de Mailly desaparecieron, y Richelieu volvió á la corte furioso contra la favorita y resuelto á introducir en la intimidad del rey una mujer que más tarde se le sometiera á él, Richelieu, por agradecimiento; y había de tener esta mujer, por de contado, un carácter más personal, menos susceptible á las impresiones exteriores que el de madama de Mailly.

Richelieu se unió á madama de Tencin para lograr la proyectada sustitución, y ambos pasaban revista á las mujeres de la corte, pesando escrupulosamente las probabilidades de éxito que daban la hermosura, el entendimiento, la juventud ó la gracia de las damas que podían llegar á ser queridas del rey; calculando, al mismo tiempo, la docilidad, la gratitud probable de cada una de ellas y el dominio más ó menos completo que ejercería sobre el ánimo del monarca. Después de haber dudado mucho, su elección recayó en una mujer, que sin necesidad de grandes esfuerzos por parte de

estos dos enemigos de madama de Mailly, podría hacer pasar al rey de la admiración al amor. Era esta belleza la misma que había hecho exclamar á Luis XV al verla por primera vez en Petit-Bourg, en casa del duque de Antin: «¡Dios mío, que hermosa es!»

La mujer así admirada por Luis XV era una hermana de madama de Mailly, cuyo retrato, pintado en 1740 por Nattier, había dado al mismo tiempo gran renombre al artista, y la palma de la belleza entre las damas de la corte á esta otra señorita de Nesle.

Llamábase la hermana de madama de Mailly, María Ana de Mailly-Nesle, y se había casado el 15 de Junio de 1734, á la edad de diez y siete años, con el marqués de la Tournelle. *Mademoiselle* Ana de Nesle, que había aportado al matrimonio nueve mil libras en sesenta acciones, se casó con un hombre que poseía en los alrededores de Autun tierras que venían produciendo cincuenta y dos mil libras de renta. La historia de estas tierras de la Tournelle es muy curiosa. La renta, procedente en su totalidad de la venta de maderas, era cincuenta años antes, de cuatro ó cinco mil libras solamente. M. de Vauban, amigo del abuelo de M. de la Tournelle, visitó una vez la finca y se asombró de que diera tan escasos rendimientos cantidad tan grande de madera. Examinó el terreno detenidamente, hizo un estudio completo, y descubrió que sin necesidad de mucho gasto se podía abrir un pequeño canal que condujese á un río, bastante caudaloso para poder transportar la madera. M. de la Tournelle encargó el secreto á Vauban, compró los bosques vecinos á los suyos, hizo abrir el canal y en 1734 quedaba asegurada una renta de cincuenta y dos mil libras.

El marqués de la Tournelle era un joven muy de-

voto, muy caritativo, que vivía en sus tierras, viéndosele, por consiguiente, muy pocas veces en Versalles. Malas lenguas contaban que estaba perdidamente enamorado de su mujer, y que era amor perdido, porque el joven marqués no había podido cosechar ciertas dichas perfectamente naturales en el matrimonio.

En Marzo de 1740, en la época culminante del favor de madama de Mailly, instigado, sin duda, por su mujer, que se aburría de la vida de provincia, el marqués solicitó y obtuvo la plaza de teniente coronel del regimiento de infantería de Condé.

Entonces empezó á verse de vez en cuando en la corte á madama de la Tournelle, cuyo nombre no se encuentra hasta esa fecha en las memorias del duque de Luynes más que al hablar de una carrera de trineos en el mes de Febrero de 1739. En Mayo de 1740, la hermana de madama de Mailly asistía á casi todas las cenas de los *petits appartements*.

Durante el reinado de madama de Vintimille ni siquiera se habla en la corte de madama de la Tournelle, y no se la vuelve á ver hasta cinco meses después de la muerte de su hermana. Entonces reaparece y asiste al baile dado por el delfin el martes de Carnaval de 1742, disfrazada de china.

---

Por poco que hubiera trascendido la impresión producida á Luis XV por la mujer que encontró en Petit-Bourg, por la invitada de las cenas durante el mes de Mayo de 1740, por la china del baile de máscaras del Carnaval de 1742, el cardenal se enteró de todo, así como de los esfuerzos de Richelieu por avivar la pasión del soberano, y estaba Su Eminencia sinceramente desolado al comprender el plan imaginado para perder

al rey. El podía haber cerrado los ojos ante la primera falta de su discípulo, que la juventud misma disculpaba; pero no podía ver con paciencia que comprometiese su porvenir en una serie interminable de escándalos, entregándose en cuerpo y alma al libertinaje.

Richelieu era para el cardenal el genio malo del rey, y le espantaba el posible estrago de su obra. Adivinaba el anciano sus proyectos, sus éxitos futuros, y tenía como el presentimiento de lo que llegaría á ser la conciencia de Luis XV dirigida por aquel hombre. Además, á los ojos del sacerdote, del cristiano, madama de Mailly era la mejor de las queridas, la que, en medio del inevitable escándalo, tenía más prudencia y más atenuantes para su culpa; el ministro, el hombre de Estado, no podía olvidar tampoco que aquella mujer era la que en la privanza se había mostrado menos insolente, reservándose personalmente escasa participación en el poder. En suma: el cardenal sabía que á madama de Mailly le bastaba reinar en el corazón de su amante. Y todo lo temía Fleury de un cambio de persona.

Por lo pronto Richelieu había inspirado á Luis XV la resolución de sustituir á su querida; más tarde alentaría las veleidades del rey llevándole al desenfreno y debilitando sus principios religiosos. Además, á las inquietudes espirituales del cardenal había que añadir otros sobresaltos y otros temores de índole menos elevada. Otra mujer se apoderaría de la voluntad del rey, y Fleury no podría manejar á la nueva querida tan fácilmente como á aquella pobre madama de Mailly.

Los pensamientos íntimos, las secretas inquietudes del sacerdote y del político, nos son además conocidos

por una conversación entre el cardenal y la duquesa de Brancas, amiga íntima de Richelieu, madre del que muy pronto será cuñado de madama de la Tournelle.

«Pasemos á mi gabinete—le dijo en cierta ocasión el cardenal—estaremos más cómodos y tendremos tiempo de hablar.»

Una vez sentados frente á frente, ambos interlocutores muy violentos, el cardenal empezó á hablar de M. de Richelieu y del abate de Vaurreal, hasta que decidiéndose á abordar el tema nombró á Petit-Bourg, y pronunció el nombre de madama de la Tournelle.

Su Eminencia dejó escapar un profundo suspiro y después de un corto silencio exclamó: «¿Con que se trata de perder al rey? ¿Y cuándo, cuándo se realizarán esos planes?»

La duquesa trató de sortear tan brusca interpelación buscando una evasiva, pero el cardenal, cogiéndola las manos y volviendo á suspirar, añadió:

—Es inútil el disimulo, señora duquesa; el rey quizá está enamorado de madama de la Tournelle; pero lo seguro es que si no lo está aún, conseguirán que se enamore.

—¿Y cómo puede pensar Vuestra Eminencia—respondió la duquesa—que yo esté al tanto, no sólo de lo que ocurre, sino de lo que pueda ocurrir?

—¡Ah, señora duquesa, no nos engañemos! os hablo afligidísimo y con el corazón en la mano; es preciso que seáis sincera conmigo. El duque de Richelieu no ha madurado el proyecto de arrojar á madama de la Tournelle en brazos del rey sin habéroslo confiado...

—¡Os juro que no sé ni una palabra!

—¿Ni una palabra?

—Como os lo digo.

—¿Sinceramente?

—Tanto, que no creo que M. de Richelieu haya hablado al rey de nada de esto.

—¿Estáis segura?

—Lo estoy; y hasta creo que á M. de Richelieu le molestaría mucho que el rey rompiese los lazos que le unen á madama de Mailly.

—¿Es posible? Eso me haría formar una excelente idea de vuestro amigo.

—Y seriais justo. Por mi parte, si queréis, me comprometo desde ahora á no decirle nada de vuestras inquietudes: ya veis si estaré segura de que no necesita tomar precauciones contra nadie.»

Entonces el cardenal habló con aire de resignación, en estos términos:

—Yo temía al duque de Richelieu mucho más que á otro cualquiera; lo que me decís no acaba de tranquilizarme por completo respecto al rey; pero acepto vuestra promesa; no hagamos que el duque sienta la tentación de castigar mis sospechas cambiándolas en realidades. Que no sepa nada de lo que hemos hablado; así habrá tiempo de tomar ciertas medidas. ¡Ah, si supierais qué conveniente es que madma de Mailly posea el corazón del rey! Sería funesto arrebatárselo y es indispensable evitarlo á todo trance. Por muy culpable que esto parezca á los ojos de Dios, hay que confesar que hizo bien la mariscála de Villeroy facilitando y protegiendo estos amores. Quizá encontréis este lenguaje impropio de un sacerdote pero... ¡si supieseis cómo he gemido al pie de esta cruz, cómo la he regado con mis lágrimas apretándola contra mi pecho, cómo he maldecido mi falta de poder sobre el corazón del rey! ¡El rey posee, por lo menos, las virtudes de madama de Mailly; no tratemos de arrebatárselas... ¡me quedan tan pocos años de vida...!

Cuando se despidió el cardenal, la intrigante duquesa, que había mentido impudentemente, comparó á Su Eminencia con Tartufo, no en casa de Orgón y en la cocina de madama Pernelle, sino con un Tartufo cardenal y primer ministro. Fleury, á quien las vacilaciones y reticencias de la duquesa no habían tranquilizado por completo, y que, por detalles posteriores, confirmó la existencia de una intriga de Richelieu para llevar á la hermana de madama de Mailly al lecho de Luis XV, confió á M. de Maurepas la misión de desacreditar á madama de la Tournelle cerca del rey. Maurepas aceptó y desempeñó á conciencia su papel, que él hubiera tomado por iniciativa propia á no dárselo el cardenal. Este singular ministro que había cimentado su favor valiéndose de artes puramente femeninas, del chiste, del epigrama, de la murmuración, de los versos, de la chismografía, Maurepas, cuya ciencia de gobernar consistía en agradar y divertir, y que conservaba su influencia utilizando los mismos medios que las mujeres, tenía celos de ellas, tratándolas como á sus rivales y considerando los amores del amo como una humillación, como un desaire á su talento.

Su vida ministerial ofrece frecuentes ejemplos del rencor, del desprecio que le inspira el sexo femenino, al cual envidia con toda su alma viéndole conquistar tan fácilmente el corazón del rey. Pero, en este caso, Maurepas sirve al cardenal por otra circunstancia ajena á su vocación natural y á su temperamento. Envanecido con su influencia, miembro el más poderoso de su familia, siente antipatía y aversión invencibles por aquellos de sus parientes, pobres y oscuros, dispuestos á brillar más que él, y le estimulan en su egoísmo las ruines pasiones de su mujer, conocida por su mala lengua con el mote de *madama de Pique*. El

ministro declaró á Richelieu una guerra sin cuartel, empleando un doble juego para vencer á la temida favorita, fuese quien fuese. Maurepas malograba la intriga; tendía todo género de lazos; apelaba á todas las astucias; dejaba caer, como al descuido, una frase sobre la insaciable codicia de madama de Mazarino, sobre el carácter altanero de madama de la Tournelle, y sobre la ambición de las dos mujeres. En casa de madama de Mazarino, aprovechando su parentesco y su confianza, marcaba á la tía y á la sobrina la conducta que habían de seguir, alardeaba de su amistad, de su buen deseo, de su celo por serles útil, brindándoles generosamente apoyo, autoridad, consejos, á pesar de todo lo cual tenía buen cuidado de mantenerlas alejadas de la corte.

Llegó un momento en que para desempeñar mejor la comedia y engañar á las dos mujeres, fingió hábilmente una violenta pasión por madama de la Tournelle. Se complacía en impacientarla, en asediarla, sintiendo una alegría irónica en perseguir con su amor á la joven, enamorada todavía del duque de Agénois, hasta el punto de haber rechazado la mano del príncipe de Soubise. Por fin, cansada de las impertinencias del ministro, madama de la Tournelle, á la cual habían asegurado que el amor de Maurepas no era peligroso, le confesó que en amor «le gustaban los peligros». Y pronunció esta frase con tal desprecio, que Maurepas, por vengarse, le refirió las amorosas atenciones, las vehementes ternuras que consagraba el rey á madama de Mailly, despertando quizá imprudentemente en la joven sus adormecidos deseos.

---



Muerte de madama de Mazarino.—Anécdota de la silla de manos.—Madamas de la Tournelle y de Flavacourt, aposentadas en Versailles.—Madama de la Tournelle solicita la plaza vacante de dama de la reina.—Oposición del cardenal, y sus esfuerzos secundados por Maurepas, para evitar el nombramiento.—Generosidad y dimisión imprudente de madama de Mailly en favor de su hermana madama de Lauraguais.—Madama de la Tournelle y sus cartas al duque de Agenois.—El rey es un enamorado muy tímido.—Su conversación con el duque de Richelieu.—Sufrimientos de madama de Mailly.—Sus esfuerzos para no ser desoñida por el rey.—*Mi sacrificio se ha consumado*.—El rey se declara á madama de la Tournelle.—Madama de Mailly se aleja desesperada de Versailles.—Carta de madama de la Tournelle á Richelieu.—Condiciones exorbitantes impuestas por la nueva favorita.—Madama de Mailly en el palacio de Noailles.—Sus tristezas.—Visita del duque de Luynes á madama de Mailly.

En el mes de Setiembre de 1742 murió madama de **Mazarino**.

Encontrándose madama de la Tournelle sola, con una fortuna insuficiente para sus necesidades, para el decoro de su nombre y para la vida de París, privada de los recursos de la amistad y del bienestar de la casa de su protectora y en una situación difícil por su estado de viuda, rogó á Maurepas, heredero de madama de Mazarino que tratase de obtener del rey alguna gracia para ella. Maurepas le contestó que no podía solicitar gracia alguna del soberano sin prevenir al cardenal y, que antes de pedir nada á Su Eminencia debía madama de la Tournelle empezar por recluirse en un convento.

Hay otras versiones que atribuyen á Maurepas aún

mayor grosería. Como heredero de madama de Mazarino, procedió al desahucio de las dos hermanas, madamas de la Tournelle y de Flavacourt, conminándolas á que abandonasen el palacio Mazarino.

No sabiendo dónde refugiarse, sin padre, sin madre, sin protectores, ausente en el ejército el marido de madama de Flavacourt, las dos hermanas se encaminaron á la corte; y mientras madama de la Tournelle, encolerizada, desahogaba su ira contando la indigna conducta de Maurepas, su hermana, madame de Flavacourt, se hizo llevar en su silla de manos al patio de Versalles, y despidiendo á sus servidores se quedó tranquilamente dentro de la litera esperando que la Providencia decidiría su destino sacándola del aprieto, y con una gran fe en los buenos oficios del cielo. No se asombró, por consiguiente, cuando la Providencia abrió la portezuela de la silla y la saludó. Era el duque de Gesvres. Aturdido el duque, le preguntó cómo y por qué estaba allí; escuchó la historia de la dama y corrió á referírsela al rey, el cual la encontró tan divertida que inmediatamente aposentó en palacio á las dos hermanas.

Esta curiosa leyenda de la instalación de las dos hermanas en Versalles, no es más que un cuento encantador, inventado en sus últimos años por madama de Flavacourt y contada por Soulavie, que la cree bajo su palabra. Pero estos lances de comedia no suceden ni en las cortes. Dejemos á la novela la aventura de la silla de manos de madama de Flavacourt.

---

Volvámos á la verdad, que es menos romántica.

Madama de Mazarino, cediendo á las exhortaciones de su confesor, se había reconciliado en su lecho de

muerte con madama de Mailly, y seguramente la encomendó á madama de la Tournelle y de Flavacourt. madama de Mailly, con su bondad natural, con el cariñoso interés por su familia de que da constantes muestras sin que logren entibiárlas las más negras traiciones, protegió desde el primer instante á sus dos hermanas, que se instalaron en Versalles, según dice el duque de Luynes, en cuanto murió madama de Mazarino, en cuya casa vivían.

Madama de Mailly cedió á madama de Flavacourt sus habitaciones del ala nueva de palacio, y madama de la Tournelle se instaló, aconsejada por Richelieu, que tenía ya sus planes, en las del obispo de Rennes. que daban al patio de los ministros, cerca del patio de los príncipes.

La muerte de la duquesa de Mazarino dejaba una vacante de dama de la reina. Era natural que madama de la Tournelle la solicitase, y que madama de Mailly, cumpliendo los ofrecimientos que acababa de hacer á la duquesa momentos antes de morir, apoyase la petición de su hermana.

Preocupado el viejo cardenal con esta petición, estaba muy perplejo. Preveía que aquella plaza otorgada á madama de la Tournelle, sería un triunfo del partido de Richelieu, y que el rey no resistiría mucho tiempo á la tentación, si á diario se le presentaba, brindándole ocasiones á cada instante. No ignoraba Fleury que el rey empezaba á interesarse por madame de la Tournelle, y que la muerte de madama de Mazarino le había servido de pretexto para escribir á la protegida de la duquesa una carta «muy atildada y muy tierna».

Además, cuando por una de esas dilaciones que formaban parte de la política del viejo Fleury, el carde-

nal estuvo una semana sin hablar al rey de la petición de madama de la Tournelle, Luis XV, tan poco aficionado á interrogar, le preguntó el objeto de la visita que aquélla le había hecho; y cuando Fleury, después de manifestar al rey que la Tournelle deseaba ser dama de la reina, preguntó al soberano si quería que se la pusiera en la lista de las damas que solicitaban aquel honor, Luis XV respondió sin vacilar: «Sí; ya he hablado á la reina.» Por último, el rey, al observar que el nombre de la Tournelle figuraba el último en la nota del cardenal, lo borró y lo volvió á escribir á la cabeza de la lista, diciendo á Fleury, como si por primera vez le diera una orden: «La reina está conforme en darle la plaza.»

Aunque el rey había expresado tan claramente su voluntad, manifestándola de un modo completamente nuevo para el cardenal, Fleury no perdió la esperanza. De acuerdo con Maurepas, buscó una salida hábil que quitase á la petición toda probabilidad de éxito, sin que ellos aparecieran en abierta oposición con los deseos del rey. Y ambos hojeaban en los archivos de los ministerios datos y precedentes, por si les sugerían alguna idea respecto á la plaza que había dejado vacante madama de Villars al ser nombrada azafata por muerte de madama de Mazarino. Empleados y secretarios repasaban los nombramientos anteriores, tratando de encontrar en ellos algún antiguo derecho, alguna sombra de privilegio, algún compromiso de reversibilidad, no importa á favor de quién, que se pudiese oponer con apariencia de legalidad á la instalación oficial de madama de la Tournelle en Versalles.

Desgraciadamente para los ministros, la mariscala de Villars, en favor de la cual se encontraba una cláusula en el nombramiento de la duquesa de Vi-

llars, rehusó entrar en aquella pequeña conjura, y no quiso ó no se atrevió, á pesar de las instancias de su familia, á cerrar el paso á las señoritas de Nesle. Derrotados en esta primera escaramuza, Maurepas y Fleury apelaron á una carta del marqués de Tessé, recordando una palabra dada por el cardenal, hacía tres años, prometiendo la plaza á una señora de Saulx, cuya candidatura hicieron que apoyase la misma reina, aquella pobre reina, juguete del rey y de los ministros, que después de haber pedido la plaza para madama de la Tournelle, la solicitaba para madama de Villars, y últimamente se atrevía—á instancias de Maurepas—no sólo á recomendar por escrito á la protegida del cardenal, sino á decirle á madama de la Tournelle *en su cara* que, á pesar de su buen deseo de tenerla en palacio, si el rey le daba á escoger daría la preferencia á madama de Saulx.

El rey no dejó la elección á la reina.

Diez días después de la muerte de madama de Mazarino, madama de la Tournelle era nombrada dama de la reina, y la misma María Leczinska se vió obligada á comunicarle la noticia por conducto de su dama de honor.

Esta fué para la corte la noticia «de la mañana» del 20 de Setiembre; la noticia «de la tarde» fué la cesión hecha, por madama de Mailly, de su plaza de dama con todos sus gajes y sin indemnización alguna, en favor de su hermana, madama de Flavacourt.

---

Ciertas virtudes de madama de Mailly rayaban en tontería. La bondad de su corazón le impedía ver que sus hermanas la explotaban con la más refinada de las astucias, haciéndola víctima de su cariño á la fa-

milia y de la especie de maternidad á que se había comprometido ante Dios, creyéndose obligada á sacrificarse con una generosidad imprudente que llamaba la atención de todo el mundo.

Las dos hermanas habían hecho entrar á Richelieu en esta conjura de la ingratitud, y era el duque quien la dirigía, valiéndose de su íntima amistad con madama de Mailly, cuyo favor y confianza había logrado, por fin, captarse. Conociendo su buena fe, su credulidad á prueba de traiciones, exaltaba la natural bondad de su corazón ponderándole el cariño y el reconocimiento eterno de madama de la Tournelle, y excitando continuamente los deseos, en ella habituales, de ser agradable al rey. Las hermanas y Richelieu tuvieron además en esta comedia un habilísimo auxiliar: Argenson que llegó á explotar el amor de madama de Mailly convenciéndola de que debía sacrificarse por el rey, cuya gratitud no tendría límites, y cuyo amor, aunque en una forma nueva y más elevada, aumentaría ante el sacrificio y la nobleza de alma de su querida.

Asediada de este modo aquella pobre mujer y no ignorando las secretas impaciencias del rey por ver establecidas en la corte á las dos hermanas, escribió una carta al cardenal presentando la renuncia del cargo en favor de madama de Flavacourt. La carta, cuyo borrador había sido dictado por el rey, fué nuevamente leído después de escribirlo madama de Mailly, y no se remitió á su destino hasta que el exigente amo dijo «que estaba bien».

Enviada la carta, madama de Mailly fué á ver al cardenal, que se asombró ante aquella especie de suicidio resignado y tranquilo en medio de una corte egoísta y ambiciosa, y fingiendo que no la comprendía, exhortó á madama de Mailly á que no hablase á la reina de su

determinación, concluyendo por decirle que su opinión era contraria á la renuncia.

Maurepas fué todavía más franco y no vaciló en decir á madama de Mailly: «No conocéis, señora, á vuestra hermana madama de la Tournelle; cuando hayáis renunciado en favor suyo vuestro cargo, lo mejor que podéis esperar es que os arroje de la corte».

A pesar de estas palabras de Maurepas y del parecer de otras muchas personas, la favorita persistió en su resolución y el 21 de Setiembre la corte presenció un curioso espectáculo: madama de Mailly y sus hermanas dando gracias al rey y á la reina «por sus muchas bondades».

Seguramente influyó en esta inmolación obstinada, en este sacrificio que no logran evitar los más juiciosos consejos, la percepción dolorosa del amor del rey por madama de la Tournelle y el incomprensible rebajamiento de la mujer que ama y teme que la separen del ser amado.

Se cuenta que en la época culminante de todas estas intrigas para suplantar á la favorita—intrigas en las que el mismo rey parecía poner el interés de su nueva pasión—un día, estando de caza Luis XV, madama de Mailly mandó llamar á su hermana, y cuando ésta entró en la habitación, la favorita, acongojada y llorosa primero, sujetó después de improviso á madama de la Tournelle por los hombros, y mirándola cara á cara, exclamó: «¡Será posible, hermana mía!» A lo que contestó madama de la Tournelle, quizá conmovida en aquel instante por la grandeza y la sinceridad de aquel dolor desesperado: «¡Imposible!» Un «imposible» que tranquilizó por muy pocas horas á madama de Mailly.

Realmente la abdicación hecha en favor de su her-

mana, significaba para madama de Mailly, en caso de que el rey la abandonase, la pérdida de un retiro, de un refugio en la corte, quizá su sentencia de destierro. Y todo esto entraba probablemente en los planes de Richelieu.

---

Ya está, por fin, madama de la Tournelle instalada enVersalles. A su partido le quedan tres cosas que hacer y tres victorias que ganar, dando la batalla á madama de Mailly, al rey y á la misma madama de la Tournelle. Es preciso evitar que madama de la Tournelle se apasione por el rey; es necesario decidir al rey á que haga en persona la conquista de madama de la Tournelle, y es, por último, indispensable arrojar de Versalles á madama de Mailly.

Las ambiciones de madama de la Tournelle, sus sueños de grandeza, las primicias del favor, la embriaguez que debía inspirarle el papel de querida del rey, no habían logrado extinguir en su corazón el amor vehemente, sincero, que sentía por el duque de Agenois. Era demasiado lista para no comprender que debía olvidarle, y sin embargo, no le olvidaba. Richelieu acudió en su auxilio. Envió al lindo duque, que era sobrino suyo, al Languedoc, con objeto de *someterle*, y *exponerle* á las coqueterías de una hermosa muchacha previamente aleccionada por él y seducida por la promesa de una gran posición en París, aparte el honor, que redundaría en provecho suyo, de haber conquistado á un Agenois. Los *preliminares* de esta aventura dieron motivo á una correspondencia en la que Agenois, seguro del secreto y de la ignorancia en que estaba madama de la Tournelle, se comprometió demasiado, con la facilidad y el agradecimiento de un



hombre galante que encuentra el medio de pasar agradablemente el tiempo en el rincón de una provincia. El rey puso ante los ojos de madama de la Tournelle las frases amorosas del enamorado duque, subrayándolas y comentándolas con crueles burlas respecto á la fidelidad del «irresistible» Agenois, y consiguiendo que la Tournelle pusiera término á aquella flaqueza de su corazón, á la que había tenido la debilidad de acostumbrarse. Sólo volvió á pensar en Agenois para tratar de recuperar las cartas que el duque tenía en su poder.

*«Siempre se me olvida —escribe á Richelieu—hablaros de vuestro sobrino. Al uniros al ejército de Broglie vais á encontraros con él. No le hagáis ninguna confidencia, por insignificante que os parezca. Me consta positivamente que no os ha perdonado ni os perdonará nunca; podrá poner os buena cara, pero no os fiéis. Me molesta tener que deciros esto, pero creo que sé lo que digo, y que el mal sería para vos. Temo que tengáis la intención de contarle todo lo que ha pasado sin omitir nada; guardaos de hacerlo, os lo ruego encarecidamente. Podéis decirle que no sois vos el que ha intervenido en este asunto, y que no habéis sabido nada hasta que el rey os lo ha relatado; pero os vuelvo á rogar que evitéis los detalles. Os hablo sinceramente; tiene cartas mías, que quisiera recoger antes de que él venga á París, porque no me asombraría que M. de Maurepas y su madre METIESEN LAS NARICES en este asunto; son gentes muy capaces de hacerlo. No creo que vuestro sobrino les entregará mis cartas; pero, en fin... más vale tenerlas para evitar un momento de despecho. Si vos no queréis encargaros de pedírselas, el señor príncipe de Conti podía hacerme este favor. Remitídmelas separadamente aprovechando varios correos y dirigidas siempre á mi hermana...»*

Quedaba por realizar una obra más difícil que la de avivar los rencores de madama de la Tournelle, y la de supeditar á su ambición todas sus demás pasiones. Era preciso conseguir que el rey, aquel rey perezoso, tímido, incapaz de una iniciativa, acostumbrado á que le sirvieran en todo, incluso en sus amores, halagado por sus victorias y fáciles conquistas, educado en la idea de que sus placeres eran también de derecho divino y que se le debía el tributo del amor ó de la complacencia, se decidiese á tomarse el trabajo de amar, de agradar, de desempeñar su papel de enamorado como en otra época lo habían hecho sus ilustres abuelos. Y puesto que quería poseer una hermosura altiva y caprichosa, con la dignidad ó la habilidad necesaria para no dejarse conducir al lecho del rey de la mano de un ministro, justo era que la hiciera la corte, que procurara merecerla mediante los esfuerzos y las solicitudes de ese noviciado de amor que toda querida exige, antes de serlo, como un homenaje y una prueba.

Pero apenas comprometido á desempeñar su papel, empezó á faltarle la paciencia, y un día sorprendió á Richelieu con esta brusca y colérica interpelación: «Habéis querido que escribiera y he escrito dos veces; supongo que no me aconsejaréis que escriba la tercera... Estoy resuelto á pensar en otra...»

El rey preguntó en seguida á Richelieu qué le parecía Fulana, qué opinaba de Mengana, y ya puede comprenderse lo que diría Richelieu según el soberano iba citando nombres.

El rey exclamó asombrado:—«¿Pero qué clase de mujeres son esas?»

—Mujeres galantes, muy lindas y muy molestas al cabo de veinticuatro horas.

—Habrá que pensar—dijo el rey—en una mujer que me guste, aunque me inquiete un poco... ¿Conocéis también á madama \*\*\*?

—¡Ah, lo que es á esa, sí!—respondió Richelieu.—Me ha hecho demasiadas picardías para que la olvide; se parece mucho á madama de Prie...

—No hablemos más—contestó el rey al oír el nombre de aquella mujer abominable;—pero ¿qué hacer? ¡Madama de la Tournelle ni siquiera me ha contestado!

—Es que madama de la Tournelle—dijo entonces Richelieu con cierta elocuencia—no se parece en nada á madama de \*\*\*; es que siendo hermosa como los amores, merece ser conquistada y no debéis esperar, señor, que vuestros generales hagan por vos esta conquista; si vos no la rendís, no esperéis que os la rinda nadie. Lo principal en amor es ser joven y apuesto como vuestra majestad, y sobre todo amable. Francisco I, Enrique IV, Luis XIV se tomaron el trabajo de agradar; para vuestra majestad la tarea es muy sencilla; una querida no es una cartera, y si vuestros ministros llevan la suya á vuestros consejos, dudo mucho que consigan llevar á madama de la Tournelle para arrojarla en vuestros brazos. Hay que agradarla y empezar por declararse á ella.»

Fácil es adivinar los sufrimientos, las torturas de la infortunada de Mailly durante aquellos días en que Luis XV, devorando su despecho, reprimiendo á duras penas su impaciencia y asombrado de encontrar, por primera vez, un obstáculo en su camino, iba sacrificando poco á poco su orgullo á la vanidad de madama de la Tournelle convirtiéndose en un amante,

cada vez más humilde, á medida que iba siendo un rey cada vez más enamorado. Durante las seis semanas que duraron aquellas rebeldías, aquellos combates, y por último, las capitulaciones de madama de la Tournelle, la de Mailly soportó el tormento horrible de asistir á los menores incidentes de la lucha, observando cómo crecía la pasión del rey, irritada por la resistencia, adivinando, percibiendo, con su exquisita sensibilidad de mujer, los desalientos, las esperanzas, las menores alternativas del corazón del soberano. Fué un cáliz apurado gota á gota. Ninguna amargura, ninguna humillación faltó en aquella agonía del amor tan dolorosa como quizá no la haya sufrido nunca la querida de un rey. Luis XV fué implacable con madama de Mailly; no le evitó ni la vergüenza de las palabras duras que ponen término á los más vulgares amorios. Cansado de su cadena pero sin fuerza para romperla, Luis XV se vengaba de su propia irresolución y de sus impaciencias con la crueldad de los hombres débiles hastiados de un yugo que no se atreven á sacudir. En Versalles y en Choisi repitió el eco esas frases groseras, brutales, con que se abofetea á la mujer á quien van dirigidas; y como la pobre de Mailly se obstinaba en devorar las afrentas, en perdonarlas, en amar hasta el fin asida siempre á una última esperanza, la resignación de su amor llegó á inspirar tedio invencible al rey; más aún, odió por aquella mujer que nunca se daba por despedida. Continuaban las comidas y las cenas, pero cada vez más tristes, más silenciosas. A veces una exclamación, una palabra del rey, hacía prorrumpir en sollozos á madama de Mailly.

Ante la sinceridad de aquella desesperación, había instantes en que el rey sentía remordimientos y se avergonzaba de sus violencias, impropias de su carác-

ter y hasta de un hombre bien nacido. Pero cuando madama de Mailly creyó haber reconquistado la indulgencia, la caridad del rey, Luis XV la desengañó sin piedad, declarándole que estaba locamente enamorado de madama de la Tournelle, que no había sido suya, pero que lo sería, y que, por lo tanto, no era posible que la amase á ella.

En el alma de esta mujer—ella misma lo confesará más tarde—que se había entregado al rey impulsada solo por su extrema miseria, pero en cuyo corazón el amor floreció al cabo de dos meses aumentando luego con los años, mezclábanse en aquellos instantes las ternuras supremas de la mujer que envejece y se siente amada por última vez, y la humildad de la cortesana que ama por la primera vez de su vida. No tenía amor propio, no se avergonzaba de su rebajamiento, se abrazaba á su propia cruz, asegurando que todo lo permitiría y á todo cerraría los ojos con tal de que no se la arrojase, de que no se la despidiese. Y pedía esta gracia postrera como hubiera pedido aire para vivir.

El amo respondió: «Es necesario que os alejéis hoy mismo.» Y madama de Mailly, arrastrándose suplicante á los pies de Luis XV, prolongaba la entrevista, se asía desfallecida á los más fútiles pretextos, á todo lo que pudiera retardar el cumplimiento de aquella sentencia que condenaba su desdichado amor, para no alejarse todavía.

El rey, enternecido por sus lágrimas, por la humildad de aquel dolor, por aquel sacrificio ofrecido en holocausto de su gloria y quizá también dominado por el temor del escándalo, concedió algunos días de respiro á madama de Mailly á pesar de los compromisos contraídos con madama de la Tournelle.

Las horas que todavía pasó en Versalles y durante

las cuales le estaba permitido ver á su amante, aquellas últimas y tristísimas horas, tuvo madama de Mailly que conquistarlas diariamente. La víspera de su partida, el 2 de Noviembre, vióse durante la mañana trasladar los muebles de sus habitaciones próximas á los gabinetes del rey, y nadie ignoraba en la corte que aquella tarde las ocuparía madama de Flavacourt. La pobre mujer supo encontrar acentos tan desgarradores para retardar unas horas más su desgracia, que el rey, no teniendo valor para hacer que se cumplieran sus órdenes, las revocó y permitió que su querida durmiera aquella noche en el palacio de Versailles.

---

Richelieu, que, en estos últimos tiempos había dejado «correr» los sucesos esperando que aquel amor en ruinas llegase á su término fatal, lentamente, sin precipitaciones, para que la ruptura envenenada por la impaciencia, las frases crueles y el hastío del rey hicieran imposible una reconciliación, Richelieu empezaba á inquietarse de la tranquilidad de madama de la Tournelle, de su excesiva calma, de su pereza para entrar en posesión de su papel de querida del rey, y apoderarse de la voluntad de su amante. Las alarmas y los manejos de los ministros, las simpatías despertadas por la desesperación de madama de Mailly, la conmiseración de la corte, las amistades que se agrupaban formando un partido, en torno de aquella desgracia que conmovía los corazones, decidieron á Richelieu á poner mano en los asuntos de madama de la Tournelle y á apresurar el desenlace. El duque consiguió que ésta recibiera en su presencia al rey á media noche. Convenida la cita y verificada, Richelieu lo dió todo por definitivamente terminado. En seguida fué á visi-

tar á madama de Mailly, y fingiendo gran desolación y solicitud, le pintó con vivos colores la ingratitud del rey y el respeto que á sí misma se debía, tuvo amargas ironías para aquel soberano que la abandonaba y añadió que madama de Mailly realizaría un sacrificio sublime renunciando para siempre á su amante. Después se ofreció á acompañarla á París en cuanto ella se lo indicase.

«*Mi sacrificio se ha consumado—exclamó madama de Mailly;—me moriré; pero esta misma noche saldré para Paris.*»

En cuanto el duque se separó de madama de Mailly dirigióse á las habitaciones del rey, y sin darle tiempo para reflexionar—como no se lo había dado á la favorita para resistir—le anunció bruscamente el viaje de su querida y la cita arrancada á la Tournelle. En seguida, con extraordinaria locuacidad, y antes de que el rey se repusiese de la doble sorpresa, le advirtió de la necesidad de guardar el secreto de aquella cita nocturna, le puso al corriente de los patios que tenían que atravesar, le instruyó acerca del modo de burlar á los espías de Maurepas, y le habló del disfraz que tendría que ponerse, disfraz que ya estaba preparado en las habitaciones del duque.

Poco después de media noche, Luis XV entraba en las habitaciones de Richelieu. En ellas encontró grandes pelucas, como las que usaban los médicos, varios trajes negros y capas. Y ya tenemos á Luis XV y á su confidente disfrazados, dirigiéndose con misterio y cautela á las habitaciones de madama de la Tournelle, que escucha por primera vez una declaración *en per-ruque carrée*. La novedad, el carácter novelesco y un poco bufo de aquella entrevista, contribuyeron á que fuera menos embarazosa y á que el rey disimulase

mejor la timidez de enamorado que sentía ante aquella orgullosa criatura. El rey salió de las habitaciones de madama de la Tournelle encantado de aquella nueva y picante manera de hacer la corte, y satisfecho como un niño de «su aventura».

Después de la visita de Richelieu á madama de Mailly, y antes de la cita nocturna, hubo una comida íntima á la que asistieron el rey, monsieur de Meuse y la favorita, pronta ya á alejarse de Versalles.

Ningún testimonio, ningún libro, ninguna carta de la época proporciona datos acerca de aquella comida. Sólo se sabe que madama de Mailly salió de su «*petit appartement*» anhelante el pecho, llenos de lágrimas los ojos, desesperada, casi loca, andando sin darse cuenta de nada. El rey la siguió, trató de consolarla con frases dulces murmuradas cariñosamente á su oído, y exclamó, por último, al despedirse de ella: «hasta el lunes».

¿Quiso el rey autorizar con esta frase á madama de Mailly para que volviera á Versalles? ¿Impidió su vuelta madama de Chateauroux? No; aquella frase fué sencillamente un lazo con que el rey pretendió engañar el dolor y adormecer la desesperación de su querida.

---

Arrojada madama de Mailly de Versalles, su hermana, madama de la Tournelle, escribía á Richelieu, que había partido para Flandes:

*«... He enseñado al rey vuestras cartas y le han divertido mucho. Me asegura que no ha dicho nada á madama de Mailly respecto á que hayáis sido vos el que ha mediado en este asunto, sino que él os había revelado lo que ocurría y que le habíais acompañado á mis*



habitaciones. No necesito deciros cuánto se habla de todo esto. Vos debéis sostener que os enterasteis cuando la cosa estaba ya muy adelantada: esta declaración la encuentro conveniente, incluso para mí; así, nadie tendrá derecho á sospechar que he buscado ciertas ventajas ni que mis amigos me han ayudado cuando, en realidad, nadie pensaba en esto. Seguramente, Meuse os habrá referido el trabajo que me ha costado conseguir que se largue madama de Mailly. Por fin logré que se le diese orden de no volver hasta que se la llamara. ¿Quizá creeréis que este es asunto concluido? Pues nada de eso. Ahora está traspasado de dolor (1) y no me escribe una sola carta en que no me hable de ella, pidiéndome que procure su vuelta y asegurándome que se conformará con verla alguna vez sin acercarse á ella. En este momento recibo una carta en la que me dice que si le rehúso esta gracia me verá muy pronto libre de ella y de él: sin duda quiere convencerme de que se morirán de pena los dos. No entrando en mis cálculos que ella vuelva porque no me conviene, pienso sostenerme. Como no me he comprometido, de lo cual os aseguro que estoy muy satisfecha, él decidirá entre ella y yo... Preveo, querido tío, que todo esto me proporcionará serios disgustos. Mientras viva el cardenal estaré atada de pies y manos y he pensado atraerme á ese pícaro viejo yendo á buscarle; quizá le conquiste aparentando confianza en él... merece reflexionarse. Ya os figuraréis que todo el mundo está pendiente de nosotros, con la vista fija en el rey y en mí... Respecto á la reina, ocioso creo deciros que me pone cara de perro: está en su derecho. Voy á deciros las señoras que irán á Choisi: MADEMOISELLE de la Ro-

---

(1) El rey.

*che-sur-Ion, madamas de Luynes, de Chevreuse, de Autin, de Flavacourt y vuestra muy humilde servidora. EL no se atrevía á ir á Choisi: yo soy la que le he decidido. Las habitaciones de madama de Mailly no las ocupará nadie; yo me aposentaré en las que llaman vuestras, es decir, si á M. Dubordage se le ocurre, porque el rey no dirá una palabra. Sé que el rey os ha escrito que el asunto estaba terminado. Ahora me encarga que os diga que no es así. Sabed, para que os expliquéis la rectificación, que cuando él os escribió esperaba que fuera aquella noche, pero yo puse algunas dificultades y os confieso que no me arrepiento.»*

---

Toda la carta anterior es de madama de la Tournelle; la historia presenta pocos documentos en los que una mujer se pinte de cuerpo entero con tanta crudeza. No hay retrato que valga lo que estas confidencias. Es la mujer sin pudor, ingrata, de una sangre fría asombrosa que hace cínico alarde de la ferocidad de su corazón y de la aridez de su alma. Parece que empuja á su hermana cogiéndola de un brazo y arrojándola de Versalles con esas palmas que tienen la soez energía de las expresiones del populacho. ¡Y qué desfachatez en su implacable serenidad! No se turba ni se conmueve por nada ni siquiera por el dolor egoísta del rey. Mientras en torno suyo no hay más que lágrimas y penas, ella razona, calcula, intriga con una naturalidad que espanta: «*Pienso sostenerme...*» «*He puesto algunas dificultades, de lo cual no me arrepiento*»; bastarían estas frases para dar una idea exacta y completísima de su carácter. Se la ve ir retardando la concesión de sus favores para obtener todas las ventajas. No le conviene empezar como madama de Mailly avi-

niéndose á compartir los ahorros del bolsillo particular del rey, á mancharse las manos con el puñado de luises con que pagaba Luis XV las primeras citas de su hermana, á alquilar sus alhajas y á recurrir á la bolsa de Villars y de Luxemburgo. No quería tampoco que le ocurriese lo que á su hermana que, después de muchos años de amor y de favor, se había visto obligada, para recibir las visitas del rey, á pedir prestados los candelabros y las fichas de plata para el juego á su vecina. Madama de la Tournelle aspiraba á otras generosidades que las que se apuntaban en la cuenta de los fondos secretos del ministerio de Negocios Extranjeros.

Además, aparte de estas pretensiones pecuniarias, la Tournelle prepara más altas exigencias; era necesario que su amor sirviera á su orgullo. Unas relaciones furtivas, un escándalo disimulado, la impondrían la humillación del secreto, y ella pretende exhibir con altanería sus victorias de favorita. Madama de la Tournelle no tardó en dar á conocer al rey sus *soberbias* condiciones. La despedida de madama de Mailly no le bastaba, sino que quería ser la querida oficial con las prerrogativas de una Montespan sin reducirse como la de Mailly á ocupar su «*petit appartement*», á cenar con el rey y á tolerar la economía hasta en la mesa. Había de ser la suya una casa montada con todo lujo para poder recibir en ella al rey de una manera regia, y era indispensable que se le otorgase la facultad de cobrar del Tesoro, bajo su firma, siempre que tuviera necesidad de dinero. Hablábase también públicamente de una finca que producía treinta mil libras de renta, de un palacio en París y otro en la corte; de cincuenta mil libras mensuales, de quinientas mil en diamantes... Añadíase que la ambiciosa

mujer había estipulado que transcurrido un año sería nombrada duquesa, y que si quedaba embarazada, su embarazo se haría público y su hijo sería legitimado. En el fondo de estas insolentes y enormes ambiciones existían las pequeñas vanidades femeninas. Aquel ansia de encumbramiento, aquella imperiosa solicitud de un título de duquesa no eran otra cosa que la impaciencia por vengarse de Maurepas, de humillar á su mujer y de castigar, aplastándole, al ministro que había intentado constantemente frustrar su fortuna.

El carácter de aquel rey, tan poco acostumbrado á las prodigalidades del amor y á quien el cardenal «ataba tan corto», su timidez, su temor á la opinión pública, su falta de resolución para afrontar las situaciones difíciles, no eran cualidades muy á propósito para infundir á madama de la Tournelle una gran confianza en el éxito de sus pretensiones. Y sin embargo no cedía, ni siquiera vacilaba, contaba con el amor para «cambiar» al rey, para hacerle olvidar sus hábitos de economía y prescindir de todo respeto humano obligándole á vencer sus escrúpulos. Y entre tanto, mientras llegaba el momento de la victoria, madama de la Tournelle afectó primero una indiferencia absoluta, y varió después de juego fingiendo un reverdecimiento de su pasión por el duque de Agenois, declarando que las cartas interceptadas sólo probaban un capricho, una falta que no merecía ser castigada con la infidelidad. Escitaba, desdeñaba, aguijoneaba los deseos del rey con las más hábiles comedias y las más refinadas coqueterías de su sexo, asegurándole que vería con gusto que él dedicase su asiduidad á otras damas, y no cesando, á pesar de todo, de asediarse y de aturdirle con medias palabras y de recordarle, valiéndose de

las indiscreciones de sus amigos, sus ambiciones, sus deseos, sus condiciones para rendirse.

A la caída de la tarde, madama de Mailly había encontrado, al pie de la escalera de Versailles, la carroza que debía conducirla á París, al palacio de Tolosa. Los Noailles tenían la virtud, la excelente cualidad, de ser fieles á sus amigos. Dieron hospitalidad á la favorita abandonada que, sin aquella amistad á que acogerse, no hubiera podido evitar los malos tratamientos de su marido y quizá no hubiera hallado en donde dormir. A la cabecera de su lecho tuvo á la mariscala de Noailles durante aquellas primeras horas de su dolor. Fué al pronto la suya una desesperación horrible, una violenta crisis de sollozos, de angustia; una especie de delirio durante el cual la pobre mujer llamaba á gritos á Luis XV. El cura de San Sulpicio no lograba calmar á la enferma, y todos temblaban por su razón temerosos de que, en un arrebato de su pena, le asaltara la idea de matarse.

A estos accesos siguieron una agitación nerviosa, un ansia febril de proyectos, abandonados apenas concebidos, para caer en un abatimiento profundo; quería partir para Versailles, intentaba levantarse, y cuando estaba preparado el coche, prorrumplía en desgarradores sollozos y su cuerpo volvía á desplomarse sobre el lecho.

¡Noches de insomnio dolorosas aquellas en que la favorita del rey se martirizaba midiendo toda la extensión de su desgracia! ¡Días terribles los empleados en llamar á las personas que creía adictas para consultarlas acerca del partido que debía tomar, implorando su parecer para rechazar luego sus consejos y sumirse de nuevo en su desesperación!

La vida de madama de Mailly se reducía á leer, á re-

Leer las cartas del rey que casi todos días le llevaba de Meuse; cartas en que Luis XV, con el cruel egoísmo del amor, no hablaba más que de su pasión por madama de la Tournelle, de los encantos de la joven, del dominio que había logrado sobre su voluntad. Cada frase, cada palabra de estas cartas, de estas diez y ocho cartas del mes de Noviembre que la de Mailly se enorgullecía en enseñar á sus amigos, era motivo de una anhelante y silenciosa interrogación... La antigua querida del rey buscaba un rayo de esperanza, desolada unas veces ante la idea de un eterno destierro, animada otras con la ilusión de que la prueba había concluido y que el amor del rey renacía.

Estos momentáneos optimismos de madama de Mailly no eran tan infundados como pudiera suponerse. La carta de madama de la Tournelle á Richelieu nos demuestra que el corazón del rey no había sido insensible á la ruptura y que sólo consintió en separarse, no en desprenderse de su querida, incitado por la crueldad de la hermana que de tal modo había logrado imponerse á la débil voluntad del amante. Despechado por los desdenes de madama de la Tournelle, humillado por su larga resistencia, Luis XV pensaba con gratitud en aquella dulce y humilde madama de Mailly. La separación despertaba en el corazón del rey sentimientos que él creía muertos y de aquel pasado tan reciente que parecía imprimir en todo un sello de infinita tristeza, surgían mil recuerdos y, sin darse quizá cuenta de ello, el rey ponía en aquellas cartas, en que hablaba de sus amores nuevos, algo melancólico, consolador y cariñoso para la abandonada.

Las contadas personas que rodeaban á madama de Mailly, para tranquilizarla y apartarla tal vez del suicidio, trataban de mantener sus esperanzas, asegu-

rándola que el rey vacilaba, que nadie había ocupado sus habitaciones de Versalles, y que su alejamiento de la corte obedecía más que á otra cosa á manejos políticos.

Durante estas alternativas de esperanza y desfallecimiento que se sucedían en el ánimo de madama de Mailly sin motivo justificado, unas veces la favorita hacía toda clase de esfuerzos para que la permitiesen vivir en Versalles comprometiéndose á no poner nunca los pies en palacio, otras alardeaba con pueril orgullo de mujer abandonada, de tener un medio infalible, merced al cual podría volver á la corte cuando quisiera.

Sin embargo, en la primera quincena de Diciembre, al regresar el rey de Choisi, después de haber triunfado de madama de la Tournelle, madama de Mailly supo—sus amigos no pudieron ocultarla por más tiempo la noticia—que sus habitaciones de Versalles habían sido desamuebladas, y que su «petit appartement», aquel en que había pasado, después de la muerte de madama de Vintimille, tan dulces y apacibles horas al lado de Luis XV, estaba condenado por un grueso listón de madera clavado sobre la puerta.

Tuvo que resignarse. El duque de Luynes, que visitó por aquellos días á la pobre madama de Mailly, nos hace una pintura conmovedora de la infortunada mujer. La encontró en una habitación inmensa, triste y fría; las lágrimas bañaban constantemente sus hundidas mejillas, y quebrantada, anonadada su voluntad bajo el peso de aquella gran desdicha, no tenía ni fuerzas para desear nada, entregándose, abandonándose al capricho del rey para que dispusiera de su destino... Ignoraba las gestiones hechas para el pago de sus deudas, y se mostraba indiferente y extraña por completo á todo. Decía, en fin, con voz agonizante,

que ya no pensaba volver á Versalles..., y la vida de madama de Mailly era la siguiente: Iba todos los días á comer al palacio de Noailles, y se sentaba á la mesa con la mariscal, á la que acompañaba algunas veces la duquesa de Gramont. Volvía temprano á su casa, donde estaba hasta las nueve, hora en que volvía á salir para pasar la velada con la duquesa de Tolosa. En aquellos días, vencida y complaciéndose en humillarse, escribió una carta á la mujer que la había suplantado, á su hermana, pidiéndole perdón por sus frases de cólera y sus violencias.

Poco después, madama de Mailly se veía privada del único consuelo que se le concedía para soportar el vacío de su vida: de las cartas del rey. La razón que Luis XV daba para suspender su correspondencia no podía ser más *delicada*; decía que no quería contribuir á la ruina de madama de Mailly, que gastaba todo su dinero en el correo para remitirle sus cartas...

---



## XI

La duquesa de Luynes rehusa la invitación del rey para ir á Choisi.—La cena, el cuatrillo y la *cavagnole*.—Madama de la Tournelle propone á madama de Chevreuse un cambio de habitaciones.—El rey llama inútilmente á la puerta de madama de la Tournelle.—Carta de la favorita explicando á Richelieu el por qué de su negativa.—Luis XV enfermo de amor.—Friedad y alusiones de la reina.—Amonestaciones del cardenal.—Carta invocando los sentimientos religiosos del rey.—La musa de Maurepas.—Segundo viaje de madama de la Tournelle á Choisi.—La canción del *Al-luia* entonada por la favorita.—Tercer viaje á Choisi.—Madama de la Tournelle saca de debajo de la almohada de su lecho la tabaquera del rey.—Partida de Richelieu para sus estados del Languedoc.—La favorita en la Opera.—Crónica de los *petits appartements* escrita y enviada por madama de la Tournelle á Richelieu.—Postdata de una carta de Luis XV.

Algunos días después de expulsada su hermana de Versalles, madama de la Tournelle hacía sus preparativos para el viaje á Choisi. Durante aquella estancia en el pequeño castillo, impuesta al rey por madama de la Tournelle, prometíase Luis XV llegar, por fin, *al momento deseado*. Con fría calma, con altanera indiferencia, prepara la que va á ser favorita del rey la *mise en scène* del próximo escándalo. Pretende que figuren en la comitiva de Choisi los nombres más ilustres de Francia; y no bastándole la presencia de una princesa de Borbón, exige que la virtud, representada por la duquesa de Luynes, asista á la consagración de sus amores con el rey prestándoles su asentimiento ó su complicidad. La duquesa eludió la proposición. Cuando el rey hizo presente al duque que su esposa estaba invitada para el viaje á Choisi, mon-

sieur de Luynes, exponiéndose á perder el cordón azul, que solicitaba desde hacía mucho tiempo, no respondió á Luis XV más que con una profunda reverencia, y enseguida rogó á M. de Meuse que hiciese presente á su majestad la pena que le causaba á la duquesa tener que rehusar la invitación. Quizá fué la suya la única protesta de la corte, pues el afán de figurar en la lista de invitados y de probar su adhesión á madama de la Tournelle fué tal, que pronto quedó cubierto el puesto rehusado por madama de Luynes.

El lunes 12 de Noviembre el rey partió para Choisi acompañado de *mademoiselle* de la Roche-sur-Ion, madama de Flavacourt, madama de Chevreuse, el duque de Villeroy y el príncipe de Soubise. Madama de la Tournelle ocupaba un asiento al lado de Luis XV en la góndola real. Madamas de Antin y de Ruffec, que habían reemplazado á madama de Luynes, se adelantaron á la comitiva. Formaban parte del séquito del soberano, además del duque de Villeroy y el príncipe de Soubise, el mariscal de Duras, *monsieur* de Bouillon, el duque de Villars, de Meuse, el príncipe de Tingry, *monsieur* de Auville, *monsieur* de Bordage, los duques de Luynes y de Estissac, y *monsieur* de Guerchy, amigo particular de madama de la Tournelle.

El viaje fué poco divertido. Quizá madama de la Tournelle se encontraba en esa disposición de espíritu en que el recuerdo de las contrariedades pasadas amarga las dichas del presente. Tal vez le inspiraban vivas inquietudes las cartas del rey á madama de Mailly; tal vez le había herido la negativa de madama de Luynes y la desdeñosa frialdad de la reina; y hasta es posible que entrara en sus planes fingir mal humor para llamar la atención del rey.

... Haciendo tiempo para la cena, el rey organizó

una partida de cuatrillo con MM. de Bordage y de Soubise y *mademoiselle* de la Roche-sur-Ion. Madama de la Tournelle rehusó tomar parte en el juego, mortificada por la suspicacia de que se la había invitado con mucha frialdad. Las demás señoras jugaron á la *cavagnole*.

Cuando el rey se sentó á la mesa, llegada la hora de cenar, *mademoiselle* de la Roche-sur-Ion se colocó á su izquierda, en tanto que las otras damas esperaban de pie frente al rey. Luis XV hizo sentar á su derecha á madama de Antin, y á madama de la Tournelle entre *mesieurs* de Bouillon y de Soubise. La cena fué grave, silenciosa; madama de la Tournelle esquivaba la mirada del rey y apenas si pronunció unas cuantas palabras.

Después de cenar se reanudaron las partidas de cuatrillo y de *cavagnole*. Entre tanto, madama de la Tournelle, que había llamado aparte á madama de Chevreuse, sostenía con ella en un ángulo del salón un largo diálogo, de pie y en voz baja.

El tema de la conversacion era este: encima de la habitación del rey, situada en el piso bajo, estaba el cuarto de madama de Mailly, la famosa *Chambre bleue*, que comunicaba con las habitaciones del rey por una escalera interior. A madame de la Tournelle la habían aposentado en la cámara de *Mademoiselle* la más próxima á la *Chambre bleue*, en tanto que madama de Chevreuse estaba aposentada en una de las habitaciones altas. Madama de la Tournelle decía á la de Chevreuse que la habían instalado en una habitación demasiado grande, cosa que la molestaba mucho, y proponía un cambio á su interlocutora.

Madama de Chevreuse la contestó que no se atrevía á cambiar de aposento en la casa del rey sin conocer

su voluntad y obtener su permiso. Entonces madama de la Tournelle hizo seña á de Meuse para que se acercara, y aunque de Meuse aseguró que el rey encontraría bien el cambio, madama de Chevreuse insistió, diciendo: que á pesar del deseo que tenia de complacer á madama de la Tournelle, no se resolvía á nada sin la aquiescencia del soberano.

Madama de la Tournelle se sentó á jugar, y aunque el rey ya se había acostado, prosiguió la partida con una especie de frenesí y como dispuesta á pasar toda la noche junto á la mesa de juego, no dejando la *ca-vagnole* hasta las dos de la mañana, cuando todos se levantaron rendidos de fatiga.

Entonces se decidió madama de la Tournelle á subir á su habitación, donde se encerró, fingiendo dormir, pero en realidad con el oído atento al primer ruido. El rey llamó quedamente á su puerta. No abrió.

Un autógrafo—¿qué no explicarán los autógrafos?—da la clave de aquella visita rehusada, de aquella frustrada tentativa del rey. El autógrafo es una indiscreta confidencia de madama de la Tournelle á Richelieu; una carta íntima en que aquella joven y maquiavélica teorizadora de amor no teme declarar, sin ambages ni circunloquios, que «se ha hecho la sorda» con el rey *solamente para aumentar sus deseos*.

*«En Versalles, martes, á las tres de la mañana.*

*No me sorprende, mi querido tío, vuestra cólera, porque la esperaba; sin embargo, no la encuentro muy justa, porque no creo haber cometido una tontería rehusando honestamente la visita... Lo peor que puede suceder es que con esto aumenten sus deseos; es lo único que temo. La*

*carta que me habéis enviado es muy bonita, tal vez demasiado bonita; no la escribiré... además parecería que tengo demasiada prisa, lo cual, realmente, no es verdad. Procurad venir á verme; es absolutamente necesario. Buenas noches; no puedo deciros ni una palabra más, porque la pluma se me cae de las manos; tantas ganas tengo de dormir, aunque esto no me impide comprender que estáis loco rematado; lo gracioso es que encontréis raro que los demás no lo estén tanto como vos. En cuanto á mí os confieso que me doy las gracias y me lo agradezco; no tengo tanta prisa en este negocio y me va perfectamente así. Tranquilizaos, pues, querido tío, que todo saldrá bien; pero como vos queréis es imposible: lo siento. Adiós, querido tío; merezco que me concedáis un poco de afecto en pago de la idea que tengo de vos.*

*Sobre todo, haced como que no sabéis nada, porque me recomiendan un secreto inviolable.»*

---

Madama de la Tournelle sabía perfectamente lo que se hacía atormentando de aquel modo á un enamorado que, viéndola á todas horas, le escribía, sin embargo, dos ó tres cartas diarias. Excitaba y exasperaba los sentidos de aquel rey que empezaba á enflaquecer y á enfermar de pasión de ánimo; le tenía ligado, encadenado con aquel «mañana» que no llegaba nunca y convertía á aquel Luis XV, inflamado por el deseo, en el amante dócil y humilde que le convenía.

---

El rey volvió á Versalles el viernes 16 de Noviembre mal humorado y agresivo contra todos: contra su adorada, á la que dejó de visitar dos días enteros; con-

tra sus íntimos, cuya adhesión ponía en duda demostrándoles una exagerada frialdad; contra su primer ministro, al cual le llevaba en todo la contraria; contra su pueblo, que se había permitido fijar en los muros de Choisi un pasquín irreverente; contra su mujer, la dulce Maria Leczinska, en la que no encontraba todavía una sumisión bastante resignada.

La reina, acostumbrada á los servicios de madama de Mailly, aquellos servicios cariñosos y humildes de los últimos tiempos, con los cuales parecía solicitar su perdón, no había podido disimular su despego hacia la orgullosa y altanera dama que le habían impuesto. A pesar de los reproches de madama de Montauban y de haber prometido «*portarse bien* con motivo de los nuevos amores del rey», la reina no lograba resistir á veces á la tentación de hacer alguna embozada alusión, en la que se adivinaba el encono vengativo de la mujer legítima. Un día que se hablaba del mal estado de nuestros asuntos en Alemania, la reina exclamó «que todavía podría empeorarlo la justa cólera del cielo». Madama de la Tournelle, mirando frente á frente á la reina con imperturbable insolencia, se atrevió á preguntarle qué quería decir. Desde aquella ocasión la presencia de la favorita era, valiéndonos de las mismas palabras de madama de la Tournelle, una dosis de opio para la reina, que fingía dormir en cuanto llegaba su dama, y no volvió á permitirle que velara, haciendo que se retirase á las doce. La reina no volvió á hostilizar á madama de la Tournelle, pero hacía en voz alta el elogio de madama de Mailly, diciendo, á todos los que veía, que se interesaba mucho por su suerte, y de este modo estableció en Versalles una gran corriente de simpatía por la favorita abandonada, lo cual llegó á enfurecer á Luis XV hasta el punto de re-

chazar un día una carta de madama de Mailly, ordenando que no le volvieran á entregar ninguna y rogando á la duquesa de Tolosa, que le describía el estado de la pobre mujer, que no le hablase más de aquel asunto. La duquesa insistió, y el rey le contestó groseramente: «¡Señora, hace más de un año que me fastidio con todo eso! ¡Creo que ya es bastante!»

Disgustos de más monta y de mayor trascendencia eran los que le daba al rey el cardenal. En cuanto supo que madama de Mailly había partido de Versalles, se apresuró á amonestar á Luis XV; pero apenas abrió la boca, el rey, alentado por su propia pasión, interrumpió la homilía, diciendo á su eminencia «que si le había entregado el cuidado del Estado, nunca se le había ocurrido otorgarle derechos sobre su persona». Luis XV se creía libre de una nueva amonestación, cuando el cardenal, apelando á un recurso empleado durante todo el reinado por los ministros y las favoritas, entregó al rey una carta, verdadera ó falsa, pero que procedía del correo y que decía: «El rey no es tan querido, como antes, de los parisienses. Nadie se recata para desaprobare el abandono de madama de Mailly y la elección de una tercera hermana para querida. Si el rey persiste en esa vida escandalosa, se le despreciará. La tercera no es mucho más estimable que la segunda.»

—Pues bien, yo me c..., dijo el rey después de haber leído la carta, dejando anonadado al cardenal y en seguida comenzó á tronar contra el público que de tal modo se entrometía en sus asuntos privados, mostrándose de paso colérico contra los que propalaban sus secretos.

Ni aun así consiguió el rey librarse de Fleury. Algunos días después recibió una carta del cardenal en

la que el sacerdote, dirigiéndose á su antiguo discípulo con gran entereza, exhortaba á Luis XV á que no fuese *más adelante* con madama de la Tournelle haciéndole presente el descrédito que aquel comercio monstruoso procuraría á su nombre en Francia y en la Europa entera. Fleury apelaba á los sentimientos religiosos del rey, trataba de quebrantar su pasión con la amenaza del castigo del cielo, intentaba inquietar su conciencia... y tal fué la perplejidad del rey, tales los encontrados sentimientos que le combatían, su turbación, sus incertidumbres, que los cortesanos creyeron por un momento que Luis XV iba á llamar á madama de Mailly y á reconciliarse con Dios...

El amor pudo más que la moral. Entonces fué cuando el cardenal desesperando de la salvación del rey, pero sin presentar nunca su dimisión, apeló primero al confesor del monarca y luego á la musa de Maurepas, que lanzó á los cuatro vientos sus irónicas canciones haciéndolas resonar en los oídos de madama de la Tournelle.

Herederó de la vena de los Ménippêes y de los Mazarinades, fecundo, inspirado, auxiliado por la mordacidad de una camarilla de amigos cuyo carácter se asemejaba al suyo, Maurepas lanzaba todos los días una nueva sátira contra la familia de los Nesle, entregándola á las burlas de la opinión con canciones picantes y retozonas, cuyos estribillos provocaban la risa y daban motivo á infinitos juegos de palabras á los cuales prestaba la prensa su publicidad y su libertad de lenguaje. ¡Extraños tiempos aquellos en que empezaba en nuestro alegre país la guerra contra la realza y en que las primeras ráfagas del viento de la revolución esparce los versos de un ministro, versos insignificantes que llamará un hombre del 93 *les bleut-*



*tes de la liberté et les avant coureurs des grandes mecontentements*». Animado por sus rencores, halagado por el éxito que siempre encuentra la canción en Francia, Maurepas *arañaba* á la favorita advirtiéndole al rey por medio de aquellas ironías ligeras, voladoras, indiscretas, que desde Versalles se esparcían por todos los ámbitos de París, que sus nuevos amores eran acogidos en todas partes con una formidable *cencerada*. Era una sátira diaria que ocultaba su veneno bajo la inocente apariencia del chiste imposible de castigar, pero que iba minando poco á poco el respeto á la majestad, mostrando á los ociosos, á los descontentos, á la curiosidad de los enemigos, al hombre en el rey y al enamorado en el hombre. Pero Maurepas no medía la trascendencia de su obra; gozaba con las amarguras de madama de la Tournelle y no se daba punto de reposo improvisando epigramas y más epigramas, inquietándose poco de ser descubierto, haciéndose cada vez más indispensable al rey por su amenidad, su ligereza, su superficialidad, que no exigían al discípulo ni sacrificios de tiempo ni esfuerzos de reflexión.

El 21 de Noviembre el rey hizo otro viaje á Choisi. Acompañaron al soberano las mismas personas que en la jornada anterior, menos la duquesa de Ruffec, porque madama de la Tournelle consiguió que no fuera invitada con el pretexto de que tenía tales atenciones con el rey «que parecía que solicitaba su corazón».

La favorita adoptó, durante esta nueva estancia en Choisi, un juego diferente: no estuvo contrariada y silenciosa como la primera vez, sino que aparentaba una alegría despreocupada y provocativa, y, con la sonrisa en los labios, aunque quizá con el corazón

destrozado, se la oía cantar á media voz, por fanfaronería, en el círculo de sus íntimos:

*Grand Roi que vous avez d'esprit,  
D'avoir renvoyé la Mailly!  
Quelle haridelle aviez vous ld!*

*Aléluia.*

*Vous serez cent fois mieux monté.  
Surla Tournelle que vous prenez.  
Tout le monde vous le dira.*

*Aléluia.*

*Si la canaille ose crier  
De voir trois sœurs se relayer,  
Au grand Tencin envoyez-la*

*Aléluia.*

*Le Saint-Père lui á fait don  
D'indulgences á discrétion  
Pour effacer ce péché-la*

*Aléluia.*

*Dites tous les jours á Choisy  
Avant que de vous mettre au lit  
A Vintimille un liberá*

*Aléluia (1).*

En aquella jornada, madama de la Tournelle se había aposentado en la «chambre bleue». Pero, á pesar de la influencia de Richelieu, que había llegado de Flandes el 16 de noviembre y que no se separaba de madama de la Tournelle, á pesar del aire de satisfacción y de confianza del rey y en contra del *se dice* murmurado en voz baja por los cortesanos refiriéndose á la capitulación de la favorita, parece que el asunto no

(1) Estos versos, como casi todos los de índole análoga, son casi intraductibles ó pierden toda su gracia al hacer la versión. Además, forzosamente hay que destruir el *calembourg*. Traducida por ejemplo la segunda estrofa, ó resulta una grosería desembozada, ó se le quita toda intención. En cuanto á las alusiones como la de Tencin, hay que conocer la historia del hermano y la hermana, etc. La cultura de los lectores hace inútil, por otra parte, la traducción.—(N. DEL T.)

quedó resuelto en aquel viaje. Un vulgar dolor de muelas que padeció Luis XV todo el tiempo que estuvo en Choisi y las molestias que siguieron á la extracción incompleta de la muela enferma, fueron quizá la causa de aquella dilación.

A fin de noviembre no hubo viaje á Choisi. Madama de la Tournelle estaba de semana en el cuarto de la reina.

Un tercer viaje se verificó el 9 de diciembre. Fué el más brillante por la calidad de las personas que acompañaron á Luis XV, entre las cuales figuraba la Duquesa que, olvidando sus setenta años, había cedido á las instancias del rey y entonaba con su cascada voz canciones del tiempo del rey difunto y de la regencia, poniendo en movimiento y sacando de sus casillas á todo el mundo.

Al día siguiente, por la mañana, madama de la Tournelle enseñaba á de Meuse, sacándola de debajo de las almohadas de su lecho, una tabaquera que el día anterior se le había caído al rey del bolsillo después de haber subido al carruaje y que había recogido y guardado enseguida.

La obra de Richelieu estaba consumada. El duque, elevado de pronto á favorito, el hombre de moda en el círculo íntimo del rey, montaba á las nueve de la noche del día siguiente en la silla de postas que había de conducirle á su gobierno de los Estados del Languedoc. Todos los cortesanos de Choisi rodeaban la *dormeuse* (1) y el duque después de ordenar que se calentara el lecho subió al carruaje donde tenía una verdadera alcoba y una pequeña cocina, y, en presen-

---

(1) Llamábase así al carruaje por estar construido en forma de lecho. Unos versos satíricos de la época hablan de esta original silla de postas y de este viaje.—(N. DEL T.)

cia de todos incluso de madama de la Tournelle, que parecía muy apenada de su partida, se acostó diciéndole que le llamasen en Lyon.

El 19 de Diciembre madama de la Tournelle se presentó descaradamente en la ópera, impaciente por exhibir su triunfo y deseosa de que el público, admirando su hermosura, ratificase el buen gusto del rey. Su presencia, aunque de antemano anunciada, sorprendió á todo el mundo.

Con estos amores empezó para el rey una existencia nueva. Libre de la tutela del cardenal, dejándose arrastrar por sus apetitos, entregándose á los placeres sin reserva alguna, sólo conservaba de la antigua influencia que su preceptor había ejercido sobre su espíritu, cierta tendencia á la economía. Luis XV se precipitó en todos los goces del amor satisfecho, en todas las licencias, en todos los abandonos de las pasiones violentas y sensuales. Era su conducta algo así como la escapatoria de un muchacho, de un joven educado por un clérigo, que rompe en la época de la madurez, de los apetitos y de la plenitud de los sentidos, las trabas de la juventud. Indiferente á los éxitos y á los reveses de Francia, abreviando la duración de los consejos, llegó á olvidarse de todo y á entregarse al vino y á los placeres de la mesa. No se acordaba ni de Praga, ni de Baviera, ni del ejército. Abotagado por los excesos, apenas si despertaba su interés la trucha de los lagos de Génova enviada por Richelieu ó el relato de una anécdota nueva y picante...

---

A fines de Diciembre, madama de la Tournelle se instaló en Versalles en sus habitaciones de favorita. Y allí se divertía en escribir, en presencia de Luis XV,

la crónica de los *petits appartements*, merced á la cual conocía Richelieu, cuando estaba ausente, las noticias y murmuraciones de la corte y la broma del día, garantizándole, además, aquellas confidencias la buena amistad de la queridad de su rey.

«Versalles 28 de Diciembre.

Buenos días, querido tío: estoy muy contenta de que vuestra salud sea buena; para que mi alegría fuese completa sería preciso que estuviéseis aquí, porque, realmente, me fastidia mucho no veros. Me parece que sois algo curioso, porque me hacéis muchas preguntas. Lo mejor que puedo hacer para complaceros es responder á ellas. Me hallo muy á gusto en mis nuevas habitaciones, y paso en ellas días muy agradables. No me corresponde á mí contestaros acerca de cómo «se me encuentra»; solo preguntaré, de vuestra parte, y veremos lo que dice. He probado vuestra trucha; á todos nos ha parecido exquisita, y hemos bebido á vuestra salud. No sé todavía cuándo vendrá mi futuro cuñado; pero me alegraría que todo estuviese resuelto. «El suegro ha dado á la Moncavrel (1) su Espíritu Santo de diamantes, y su suegra le ha hecho también un hermoso regalo. Saben hacer las cosas, y yo no sé cómo agradecerles sus atenciones para con mi hermana y conmigo.

Ignoro lo que queréis decir respecto á M. de Broglie. Lo seguro es que quieren retirarse á sus cuarteles de invierno. He leído vuestra carta á la persona cuya dicha deseáis, y que os está muy agradecida; debéis haber re-

---

(1) Su hermana, que acaba de casarse con el duque de Lauragnais.

*cibido noticias suyas. Algo puede que os haya disgustado cierto artículo, por el cariño que me tenéis; pero no es nada; cuando vengáis se os explicará mejor el asunto; por lo demás, todo sigue como cuando os fuisteis. Siempre se me olvida felicitaros por vuestro casamiento con mademoiselle de Chauvelin. Habéis hecho muy mal en no decirme nada. Todos quisieran indisponeros conmigo; pero tengo que hacerles la justicia de que todavía no lo han intentado. Yo creo que comprenden que sus esfuerzos serían inútiles, y piensan bien, porque suceda lo que suceda, siempre podréis contar, querido tío, con mi cariñosa y sincera amistad. Quisiera poder daros alguna prueba; os la daría de todo corazón.*

*Madama de Chevreuse sigue muy mala y Fargy ha muerto. El rey sufre un constipado, pero está mejor. La reina adelgaza constantemente; yo creo que acabará en ética. Y estas son todas las grandes noticias de la corte porque sin duda ya sabréis que madama de Nivernois ha parido una niña.»*

Algunas veces era el amo el que cogía la pluma y contaba á su favorito lo que hacía el rey, lo que hacía la *princesa* (1) mezclando á las noticias, irónicas reflexiones respecto á los generales de su ejército: «Me disgusta—escribía—que vuestro general esté malo de cuerpo y de espíritu; todo se deteriora aunque parece que esto no debía rezar con vos, que tenéis una naturaleza privilegiada, pero no por eso deja de ser menos cierto.» Después entregaba su carta á madama de la Tournelle, que escribía en la misma hoja:

*«No tengo tiempo para escribiros más largo, querido tío, porque el correo se marcha. Vuestras noticias son*

---

(1) Así llamaba Luis XV á su querida.

*diabólicas y me han tenido de mal humor todo el día; no sé cómo pasará la noche. No contestaré á todos los extremos de vuestra carta porque no soy yo la que debe hacerlo; si el rey quisiera lo haría mejor que yo y os causaría mayor satisfacción y á mí también. Buenas noches.»*

En el poco espacio que quedaba, el rey escribía en broma estos dos renglones que parecían el final de un capítulo de *Sopha*.

«Puesto que así lo desea la princesa, os diré que os deseo buenas noches y que... adiós.»

## XII

Muerte del cardenal Fleury.—La favorita no siente impaciencias.—Carta del duque de Richelieu á madama de la Tournelle.—Desgracia momentánea del duque.—Indiferencia afectada de madama de la Tournelle por los asuntos de Estado.—La favorita abandona á Belle-Isle y á Chauvelin.—El círculo íntimo de la favorita.—*La Princesa, la Poule y la Rue des mauvaises paroles*.—Retrato de *la Poule*.—Madama de Lauraguais.—Las caras de los ministros.—Influencia de madama de Lauraguais.—Emulación amorosa entre las dos hermanas.—La belleza de madama de la Tournelle.—La alegoría de Nathier.—El baño de la favorita.—Viaje de la corte á Fontainebleau en Setiembre.—La Tournelle empieza á organizar su casa.—Se restringen las invitaciones á las cenas.—Envidia de madama de Maurepas.—Carta de madama de la Tournelle acerca de su ducado.—Su nombramiento y su presentación (22 de Octubre de 1743).—Carta real en favor de madama de la Tournelle.

El año 1743 empezaba, y en el primer mes del año murió el cardenal, desapareciendo con él las únicas contrariedades que sufría el rey en sus amores.

Sin embargo, aquella muerte no cambió en nada, en los primeros momentos, la posición de la favorita; y la orgullosa predicción de Richelieu «anunciando que muy pronto el que lograrse penetrar en la antecámara de madama de la Tournelle, gozaría de más consideración que, en su tiempo, los íntimos de madama de Mailly» no se realizó todavía.

Es preciso declarar que madama de la Tournelle no se precipitaba para el logro de sus ambiciones. Deseaba ser duquesa, pero no se apresuraba; había en su vo-



luntad algo de la perezosa laxitud de sus miembros poco ágiles y de la indolencia de su cuerpo siempre reclinado en una *chaise-longue* que á duras penas abandonaba para tomar un poco el aire libre á las ocho ó las nueve de la noche. Pero también había en sus proyectos esa persistencia, esa tenacidad de las naturalezas flemáticas y una fe absoluta en la complicidad de las cosas y de los medios. No es ambiciosa por vocación como madama de Vintimille, y á pesar de la obstinación que pone en sus planes y la violencia de sus resoluciones, la favorita, en la primera época de su favor, aparece más bien como una mujer que se ha dejado seducir por la excepcional posición que se le brinda. Diríase también, que aquella joven en cuyo corazón no ha muerto por completo su antiguo amor y que no siente simpatía por Luis XV, encuentra que paga muy caras sus ambiciones—y como ella misma dice—no considera que *su felicidad* es absoluta por el mero hecho de ser amada por el rey.

---

El soberano amaba; pero el amante de madama de Mailly estaba tan poco acostumbrado á retribuir el amor, que en el momento de cumplir sus promesas le asustaba la enormidad de lo exigido y necesitaba algún tiempo para irse acostumbrando á la regia liberalidad. Sucedió también que en aquel tiempo Luis XV desconfiaba de las personas que rodeaban á la favorita. Maurepas *se tambaleaba* desde la muerte del cardenal; el duque de Richelieu trataba de derribarle y el mismo rey parecía anunciar su caída, cantando y bailando en la Muette, durante la agonía de Su Eminencia, el famoso y burlesco rondó contra

su ministro (1). Pero Maurepas había tenido la fortuna de interceptar una carta de aquella correspondencia diaria que Richelieu dirigía á la favorita, marcándole su conducta hora por hora. En aquella carta Richelieu imponía, como una de las condiciones para apoyar á madama de la Tournelle, la sustitución de la mayor parte de las personas al servicio de su majestad. Maurepas alcanzó de nuevo, con este motivo, el favor del rey, que manifestó claramente su desagrado á Richelieu, no siendo éste llamado á la corte tan pronto como esperaba. Además, en cuanto fué conocido este contratiempo del duque, la corte, que no estimaba mucho á Richelieu, empezó á trabajar en favor del duque de Ajen tratando de que éste suplantase al favorito. Hubo un momento en que el despego de Luis XV hacia el amigo de madama de la Tournelle, no fué un misterio para nadie. Se sabía que Richelieu se había encolerizado mucho al ver que entre los últimos ascensos no figuraba el suyo á teniente general. Cuando en el mes de Abril Richelieu llegó del Languedoc, esperó en vano que el rey le diera el gobierno de Montpellier, que solicitaba con empeño desde larga fecha.

Súpose también algunos días después que Richelieu había propuesto al rey ceder una lugartenencia en el Languedoc, que producía una renta de 18.000 libras, á cambio del gobierno Montpellier que producía 22.000,

(1) He aquí el rondó, que consta de seis couplets:

¡Le M urepas est chancelant,  
voilà ce que c'est que d'être impuissant!  
Il á beau faire l'important  
Bredouiller et rire,  
Lorgner et métré  
Richelieu dit en le chassant:  
voilà ce que c'est que d'être impuissant!

un aumento de 4.000 libras de renta, gracia harto insignificante. Luis XV no contestó á Richelieu y el gobierno de Montpellier no le fué concedido. Madama de la Tournelle se encontraba envuelta en el complot tramado por Maurepas contra su consejero, comprendía que el rey desconfiaba de ella, y con la fría percepción que se adquiere en la vida cortesana, adivinaba que todos se le acercaban con cierto embarazo. Sin embargo, la orgullosa joven no dió un solo paso, no hizo la menor tentativa por atraer al rey... ¡esperaba con su altiva y provocadora impasibilidad!

---

La favorita no se incomodaba ni se alteraba, ni siquiera se manifestaba quejosa ante aquella resistencia del rey á concederle lo que ella pedía; se limitaba á sostener con apacible terquedad, con gran finura, pero con tesón inquebrantable, su negativa á figurar entre los comensales de los gabinetes y á no permitir que el rey cenara en sus habitaciones, poniendo dificultades casi insuperables á que su majestad subiese á tomar en su compañía su colación, una taza de leche, los días en que de Meuse sufría ataques de gota.

Era aquella una manera de advertir á Luis XV que no le recibiría hasta que no la colocara en situación de recibirle como correspondía á la querida de un rey; con este proceder conseguía, al mismo tiempo, de un modo discreto é ingenioso, avergonzar al nieto de Luis XIV por la vulgaridad de sus costumbres, el apocamiento de su carácter y la falta de esplendidez en sus amores, cualidades todas debidas á las lecciones del viejo cardenal. La corte presenció durante algunos meses un curioso espectáculo: el espectáculo dado en Versalles por madama de la Tournelle que, en

pleno favor, enviaba á buscar su cena á la fonda y mandaba hacer la sopa á su camarero.

Con independencia de esta hábil y prudente expectativa, madama de la Tournelle ajustaba su conducta al profundo conocimiento que tenía del carácter del rey.

Desde los primeros instantes adivinó su manía *de que nadie penetrase en sus pensamientos*, y no ignoraba madama de la Tournelle el grave daño que causaron á madama de Mailly sus torpezas en tal sentido, su impremeditado afán de interrogar al rey acerca de los negocios de Estado, su obstinación en sorprender ó arrancar á un rey receloso y reservado el secreto de sus íntimos pensamientos. Madama de la Tournelle adoptó un mutismo afectado, exagerando de tal modo su discreta abstención y alejamiento de la política, que el rey quedó al principio asombrado y como encantado de aquella inapreciable cualidad, tan rara en una favorita.

De esta suerte, madama de la Tournelle obligaba al rey á ser el primero en hablar de los negocios públicos, aparentando una gran contrariedad al ser consultada, y haciéndose rogar para escuchar y dar su opinión. La favorita parecía interesarse únicamente en la grave cuestión de si el rey le regalaría un carruaje y si podría ó no enganchar seis caballos, arduo asunto, á cuya discusión se entregaba el rey sin desconfianzas, tratando de convencer á su querida de que seis caballos constitúan un gasto excesivo y que debía contentarse con cuatro.

Madama de la Tournelle poseía también el difícil arte de adivinar las simpatías ó antipatías del rey, y la habilidad de ajustar su «política» á los sentimientos personales del soberano, tan dominantes, tan violentos, tan tenaces en Luis XV. Ella sostenía á Orry, el

intendente general, el ministro *del Dinero*; ella protegía á De Argenson, que estaba muy relacionado y frecuentaba los salones, pudiendo, por lo tanto, hacer que redundara su protección en provecho propio; ella contrarrestaba á Maurepas en el terreno mismo de su influencia y su poder; ella, por último, favorecía á los Noailles, á pesar de su estrecha amistad con su hermana, madama de Mailly, y del trato con la familia de Maurepas, sólo porque sabía que el rey tenía desde su infancia predilección por ellos.

La personalidad del mariscal de Noailles no inspiraba, por otra parte, alarma alguna á sus ambiciones. Anulado por el cardenal, sus servicios no habían sido utilizados por Luis XV en aquellos últimos tiempos; sólo le encargó el rey un insignificante trabajo, en Saint-Leger, referente á la sucesión de madama de Vintimille; pero muerto el cardenal, y retirado—digámoslo así—M. de Belle-Isle á sus tierras de Bissy, y, sobre todo, después de haber leído Luis XV una carta de Luis XIV, escrita pocos días antes de su muerte y confiada á madama de Maintenon, para que se la entregara á su nieto cuando empuñara por sí mismo las riendas del Estado, el mariscal de Noailles llegó á ser, no sólo ministro de Negocios Extranjeros, sino el personaje más importante de Francia, el amo de la situación.

En cambio los hombres que madamas de Mailly y de Vintimille habían protegido á despecho de las secretas prevenciones del rey, tratando de amparar sus amores á la sombra de su gloria, de su genio, de sus grandes proyectos y de sus afortunadas iniciativas, fueron abandonados por madama de la Tournelle y sustituidos por otros menos brillantes pero más agradables al rey. Madama de la Tournelle no prestó el menor auxilio

á Belle-Isle, el gran hombre de los proyectos atrevidos, el soldado ansioso de gloria cuya vehemencia inquietaba al rey; y del mismo modo abandonó á Chauvelin, cuyo único pecado consistía en buscar el apoyo de las personas sensatas de la corte. Y esto era precisamente lo que asustaba al rey.

En el mes de Abril se formó en los gabinetes del rey y en torno de madama de la Tournelle, un círculo íntimo del cual aparecían, naturalmente, excluidas las personas que habían sido adictas á madama de Mailly. Los amigos particulares de la antigua favorita fueron alejados. M. de Luxemburgo figuraba entre los «caídos» y hasta encontró ciertas dificultades para ser colocado en el ejército; el matrimonio Bonfiers sobre el cual proyectaba su sombra la desgracia de Belle-Isle fué invitado una vez, por casualidad, á las cenas y partió para sus tierras; De Meuse, el comensal diario del rey, que adivinaba la escasa simpatía de la favorita, el duque de Villeroy, el duque de Ayen, el conde de Noailles, Coigny, amigos todos del rey tanto como de madama de Mailly fueron tolerados, pero sin gozar ninguno como antes del favor de Luis XV. La nueva corte de los gabinetes, como la llamaba el duque de Luynes, la formaban el duque de Richelieu, MM. de Guerchy y de Fitz-James, dos antiguos amigos de madama de la Tournelle, el marqués de Gontaut, el duque de Aumont, todos ellos muy adictos á las dos hermanas. Del antiguo círculo femenino de los gabinetes, madama de Antin fué la única que tuvo la suerte de ser invitada á las cenas y á los viajes, á pesar de haber mantenido con madama de Mailly una íntima amistad.

Las mujeres que en aquella época rodeaban al rey á todas horas eran: *la Princesa, la Poule, la Rue des Mauvaises paroles*, amistosos sobrenombres con que eran conocidas en la intimidad real madamas de la Tournelle, de Flavacourt y de Lauraguais. Consistía el mayor encanto de madama de Flavacourt en cierto aire asustadizo, en cierto gracioso *terror* ante la admiración demasiado indiscreta y los cumplidos demasiado vehementes. Toda su persona, en algunos momentos se erizaba como el plumaje de la gallina. Madama de Flavacourt representaba su papel de mujer bonita, de niña pudorosa; un papel tan insignificante que, aunque muy unida á sus hermanas, no se la admitía nunca á la hora de las confidencias.

En aquella época de diplomacia femenina en que la favorita, confiando muy poco en las victorias de su ingenio, guardaba un silencio prudente, aunque se sentía inclinada á la mordacidad como todos los de su familia, debía corresponder un papel muy importante á madama de Lauraguais. Y, en efecto, era la Lauraguais, aquella comadre gordiflona, pequeñita y fea que reventaba de grasa, alegre como una lugareña, siempre de buen humor y pronta á reírse de todo el mundo, la iniciadora de todas las diversiones, la que desterraba el fastidio cortesano, la que desarrugaba la frente del rey... Aquella mujer que aparecía en medio de Versalles como una duquesa «cortada por el patrón» de madama Dutour, la vendedora de telas de la novela de Marivaux, admiraba por su sana robustez, por su regocijo comunicativo, por aquella alegría contagiosa que se manifestaba en ironías, nunca muy mortificantes, en burlas, en sarcasmos, en atrevimientos, en frases tan graciosamente agresivas que, pasando un día el rey en coche con las dos hermanas

por la calle de *Mauvaises paroles*, exclamó: «En esta calle no le gustaría vivir á *la Princesa*; pero es muy á propósito para madama de Lauraguais.» Cuidábase ésta muy poco de las gentes con quienes no tenía amistad, importándole todavía menos las cosas y los sucesos. Y así, indolente como su hermana, se pasaba el día encerrada en su cuarto en una perezosa inmovilidad, con una especie de horror al movimiento; pero incapaz de reprimir aquel humor burlón, cuyas explosiones eran como el desahogo de otro género peculiar de actividad incansable, empleaba el día y parte de la noche en burlarse de la humanidad entera.

«Mucha pereza, un buen sillón y divertirse á costa de sus semejantes.» Este es el retrato que traza el duque de Luynes en una frase, mal construida, pero que pinta de cuerpo entero á madama de Lauraguais.

Bajo la influencia de la incorregible burlona, las cenas tomaban un carácter que no habían tenido nunca durante el reinado de amor de madama de Mailly. Una conversación mordaz las animaba, las alegraba, dándoles tal sello de originalidad que parecían cenas de literatos y de artistas. En el mes de Abril se habló mucho de una cena en la que las fisonomías de los cortesanos y de los ministros habían sido objeto de irrespetuosas comparaciones. Madama de Lauraguais llevó la voz cantante sobrepujando á todos en inventiva. La gordinflona duquesa, con el instinto de la caricatura que existe en el fondo de todo satírico, había descubierto que Argenson se parecía á *un ternero mamando*; M. de Saint-Florentin, á *un lechoncito*; el intendente general, á *un erizo*; M. de Maurepas, á *un gato que huye*; el cardenal de Tencin, á *un avestruz*; M. de Amelot á *un perro de aguas*; el



cardenal de Rohan, á una gallina empollando, el duque de Gesvres, á una cabra.

Muy pronto corrió el rumor de que madama de Lauraguais gozaba de igual favor que su hermana. Llegó á decirse que el crédito de la primera disminuía mientras que el de la segunda aumentaba, y que formaba parte de un consejo secreto del que estaba excluido el duque de Richelieu.

Todavía iba más lejos la murmuración. Se aseguraba que madama de la Tournelle había tenido conocimiento del amor del rey hacia madama de Lauraguais, por particularidades que no dejaban duda acerca de la índole de sus relaciones, y se añadía que la favorita había tomado el partido de no hacer á su hermana ningún reproche puesto que ella conservaba su puesto y madama de Lauragnais hacía lo posible porque no se notaran las preferencias con que su majestad la honraba en todas ocasiones.

¿Aconteció en esta ocasión lo que frecuentemente ocurre cuando dos mujeres se disputan el amor de un hombre? ¿Esta rivalidad, esta emulación entre las dos hermanas, despertó el amor en la que aún no lo sentía? Lo cierto es que, en el mes de Junio, los cortesanos advirtieron que madama de la Tournelle daba claras muestras de interesarse por Luis XV, y algún tiempo después, oyeron de sus propios labios «que ya amaba al rey».

Entonces fué cuando madama de la Tournelle entró verdaderamente «en posesión» de la voluntad del rey: fué tiránica, fué coqueta sin corazón y caprichosa sin piedad. No evitó á su amante ningún tormento; aguijoneaba su pasión con la destreza del amor venal que teme el abandono. Demostraba unas veces un despego tan grande, que el rey casi se daba por despedi-

do; otras imponía imperiosamente sus caprichos con rabetas de chiquilla mal criada, ó apelaba á los celos, á la indiferencia ó al escándalo. Llegó á negar á su amante hasta la posesión dejándole que llamara inútilmente á su puerta. Excitaba, en suma, por todos los medios imaginables el amor del rey cuidando siempre de no saciar sus sentidos, y cada día dominaba más á aquel soberano ocioso despejando ó cubriendo de sombras á cada instante el cielo de sus pensamientos, encadenándole por el temor de su inconstancia, por el doloroso encanto de su veleidad.

Madama de la Tournelle se complacía en hacer resaltar con arte exquisito su seductora belleza, que aún brillaba más, por contraste, junto á la hermosura «pesada» y vulgar de madama de Lauraguais. Como madama de Mailly, conocía todos los secretos de tocador, y adornaba y ennoblecía su gentil figura con espléndidas joyas y vaporosas telas que le prestaban la olímpica majestad de una diosa sentada entre nubes.

Con una piel de tigre caída sobre la espalda, ajustado el cuerpo esbeltísimo por una coraza que deja al descubierto sus hombros, su garganta delicada y mármorea, el pincel de Nathier divinizó la hermosura de la joven bajo la artística alegoría de *la Fuerza*.

Era el rostro de madama de la Tournelle de una sin par blancura, su paso majestuoso, sus ademanes elegantes, encantadora la mirada de sus grandes ojos azules, su sonrisa de niño, su fisonomía graciosa, apasionada y sentimental, sus labios húmedos y su seno palpitante, siempre agitado por la ola poderosa de la vida.

Completaba y avaloraba la belleza de madama de la Tournelle una dulce y reposada alegría, un arte exquisito de agradar, en el que no se notaba ningún

esfuerzo y el incentivo de una ironía sutil y apenas marcada, que contrastaba singularmente con aquel aire «de bondad que parecía salirle de lo más íntimo del corazón cuando alguien hablaba de cosas tiernas y conmovedoras».

---

Madama de la Tournelle se bañó durante todo el mes de Agosto. El rey la acompañaba durante el baño, saliendo de vez en cuando á la habitación inmediata para hablar con los íntimos allí reunidos. Por la puerta entreabierta llegaban hasta los cortesanos las palabras, las risas de la bañista, á la que no se veía, pero se la sentía jugar con el agua. Después madama de la Tournelle se acostaba, y como la reina de un *Conte de fée galant*, comía en el lecho. El rey se sentaba á la cabecera, y la pequeña corte rodeaba en pie á la querida de Luis XV.

---

A mediados de Setiembre la corte se trasladó á Fontainebleau. Mientras que madamas de Lauraguais y Flavacourt se repartían las habitaciones del cardenal, madama de la Tournelle se instalaba en el cuarto de M. de la Rochefoucauld. Las ventanas daban al jardín de Diana, y una puerta de comunicación facilitaba el acceso á las habitaciones del rey.

Durante aquella jornada, consiguió la favorita empezar á montar su casa: es decir, que tuvo un cocinero, el mejor que se pudo encontrar; un caballero, seis caballos de tiro y una berlina... en construcción. A partir de aquel mes de Setiembre, los deseos de madama de la Tournelle comienzan á ser obedecidos como órdenes. En los primeros días de la estancia de

la corte en Fontainebleau, durante la *belle semaine*, así llamada porque correspondía prestar sus servicios á la reina á madamas de la Tournelle, de Flavacourt, de Montaubán y de Antin, la favorita se quejó de las pocas comodidades que había en la tribuna de la capilla; los bancos y los antepechos eran de tabla sin forrar y las banquetas para arrodillarse estaban revestidas de mal cuero; en veinticuatro horas se arregló todo; los bancos y los antepechos fueron forrados de *peluche* carmesí, y guarnecidas de cojines las banquetas.

A las cenas de Fontainebleau sólo asistían *monsieurs* de Anville, de Estissac, de Villeroy y de Meuse. Este último comprendía que se le toleraba únicamente porque el rey se había acostumbrado á su presencia y por el apoyo que le prestaba Richelieu, á pesar de que el duque nunca pudo vencer la antipatía que inspiraba á la favorita el fiel amigo de madama de Mailly. Conociendo el viejo cortesano su verdadera situación, se disponía filosóficamente á retirarse á sus tierras de Sorcy, en Lorena, donde tiempos atrás había pasado tranquilamente algunos años. De Meuse recordaba una inscripción grabada en los muros de su casa; «*Tout va si mal que tout ira bien.*»

A las cenas no asistían señoras, á excepción de madama de Antin, y eso no siempre. Madama de Bonflers, que alguna vez había sido invitada en Versalles, fué eliminada á consecuencia de un altercado que tuvo con madama de Lauraguais. *Mademoiselle* de la Rochesur-Ion, sólo se sentó á la mesa una noche, y en cuanto á *mademoiselle* de Charolais, á pesar de haber comprado, hacía un año, una finca en Athis para estar cerca de Choisi y de dar los balcones de sus habitaciones de Fontainebleau al jardín de Diana, á dos pa-

sos de los gabinetes del rey, ni era invitada nunca, ni recibió siquiera una sola visita del monarca.

Durante aquella larga jornada, Luis XV y la favorita se veían diariamente; puede decirse que pasaron dos meses juntos á todas horas. Aquel Fontainebleau que siempre había sido un asilo propicio á las mujeres amadas de nuestros reyes, en aquel palacio donde años después arranca la Pompadour al rey nombramientos, gracias y donaciones, empiezan á realizarse los ambiciosos deseos de madama de la Tournelle.

La anhelada concesión de aquel ducado, del que madama de la Tournelle no hablaba á Luis XV ni permitía que nadie le hablase claramente, dejando, sin embargo, que sus amigos hicieran todo lo posible por obtenerlo, había tropezado con serias dificultades y los consiguientes aplazamientos. El 31 de Febrero, día de la presentación á la corte de madama de Lauraguais, los cortesanos esperaban que el rey dijera: «Señora duquesa de Chateauroux, sentaos.» Pero no había sucedido así; y las comadres de la corte diéronse el gusto de cantar durante muchos meses;

Viens à Choisi, mon roitelet,

.....  
Fais moi gagner le tabouret,  
Disait la bien-aimée.

.....

En Mayo seguía aplazada la concesión del ducado y hasta corrió el rumor de que madama de la Tournelle estaba embarazada, y se suponía que la favorita no sería nombrada duquesa hasta que diese hijos al rey. Realmente el verdadero obstáculo para la concesión del título lo constituían los celos de madama de Maurepas que no se resignaba á ver hecha duquesa á la

favorita, no pudiendo *digerir* que aquella parienta, á la cual se había acostumbrado á mirar desde lo alto de su grandeza en casa de la duquesa de Mazarino, tuviese derecho á sentarse ante la corte mientras ellas permanecerían de pie. Y Maurepas, obedeciendo á sus resentimientos particulares al mismo tiempo que halagaba las malas pasiones de su mujer, se oponía habitualmente á la concesión del ducado, no recatándose para decir, en el mes de Agosto, que si él hubiese querido, «ya estaría arreglado el asunto desde hace mucho tiempo».

La futura duquesa se veía obligada á gestionar su asunto por sí misma auxiliada por Richelieu, y un mes antes, escribía á su confidente tratándolo del ducado como si lo buscase con los ojos fijos en el mapa de Francia:

«Versalles 17 de Julio de 1743.

*Cuando cojo la pluma para escribiros, querido tío, me olvido de la mitad de las cosas que tengo que decir; pero es necesario que os repita que me parece que estabais de un humor endemoniado al escribirme vuestra última carta y además completamente equivocado respecto á mi asunto, que no ha adelantado un paso desde que os escribí. El rey ha dicho al intendente general que busque una propiedad cuya renta sea de 20.000 libras; según parece, no la ha encontrado todavía; lo único que sé es que le dijo hace algún tiempo que la Ferté-Imbauld se vendía; pero si esto es así, no quiero llevar el nombre á menos de dividirlo y titularme con su segunda parte por deferencia á la anciana condesa de la Ferté. Respecto á lo que me decís de to-*

*mor mi apellido, no lo creo posible; ante todo necesitaría permiso de mi padre y del conde de Mailly, y además sería una mala acción para con la familia de mi marido. En cambio es muy natural tomar el nombre de las tierras. Me dicen que el rey podría llamarlas como quisiera si el nombre no me conviniese; en este caso aconsejadme cuál debo elegir. Me molesta mucho que no estéis aquí porque no nos podemos entender bien por escrito. Respecto á Vendome y Angulema no hay ni siquiera que pensar; me aseguran que hasta después de transcurridos diez años de incorporarse á la corona un dominio ó tierras, el rey no puede disponer de ellos ó, por lo menos, es dado á grandes discusiones y esto no es lo que necesitamos; es preciso algo que vaya de prisa. Decidme lo que pensáis, porque cuando el mal humor no se apodera de vos, vuestros consejos me inspiran confianza.»*

A fin de Octubre, á las seis semanas de estar la corte en Fontainebleau, se encontró por fin el ducado quedando pendiente la gracia de la redacción del título real, pues madama de la Tournelle deseaba que se tuvieran en cuenta los precedentes de madamas de La Vallière y de Fontanges.

El ducado que se otorgaba á madama de la Tournelle era el de Chateauroux fundado por Raoul ó Rodulfo de Deols, el cual había construido el palacio y la villa en la ribera del Indre en el siglo x. Estas tierras pasaron después á los Condé, y habiendo correspondido en la partición de bienes al conde de Clermont, éste las vendió al rey para pagar sus deudas. Las tierras producían 85.000 libras anuales, y en la renovación de arriendos que acababa de verificarse, los nuevos arrendatarios se habían obligado á pagar-

las hasta la terminación del contrato. El ducado de Chateauroux seguía perteneciendo al rey, y madama de la Tournelle lo usaría por decreto vitaliciamente.

La presentación se verificó el martes 22 de Octubre de 1743.

Asistieron á la ceremonia ocho damas, de las cuales cinco estaban sentadas y eran madamas de Lauragnais, de Chateauroux, la mariscalca de Duras y las duquesas de Aiguillon y de Agenois. Las tres que estaban de pie eran madamas de Flavacourt, de Rubempré y de Maurepas: la última apenas disimulaba su furia. Al salir del gabinete del rey, la nueva duquesa tomó el taburete en la cámara de la reina, que le dijo: «Señora, os doy la enhorabuena por la gracia que el rey os ha concedido.» Después, María Lezinska se sentó, haciendo sentar á su izquierda á madamas de la Tournelle y Lauragnais, y á la derecha á madama de Luynes.

Cuatro meses después, Maurepas se veía obligado á refrendar por sí mismo el título del ducado de Chateauroux, y á legalizar aquellos documentos, en cuya redacción parece como que se venga de la favorita con una ironía refinada y burlona...

«LUIS POR LA GRACIA DE DIOS, REY *de Francia y de Navarra*, á todos los presentes y venideros salud. Siendo el derecho de conferir títulos honoríficos y dignidades uno de los más sublimes atributos del poder supremo, los reyes, nuestros predecesores, nos han dejado diversos monumentos del uso que han hecho de esta prerrogativa en favor de las personas que han querido engrandecer por sus virtudes y su mérito con dones dignos de su poder, con tierras y señoríos titulados, que puedan reunir al mismo tiempo los honores y los bienes en beneficio de aquellos á quienes se ha



tratado de honrar. *Por esta causa*, considerando que nuestra muy querida y bien amada prima *María Ana de Mailly, viuda del señor marqués de la Tournelle*, es descendiente de una de las más grandes é ilustres casas de nuestro reino, aliada á la nuestra y á las más antiguas de Europa; que sus antepasados han prestado, desde hace muchos siglos, grandes é importantes servicios á nuestra corona, que hoy figura en la servidumbre de la reina, nuestra muy querida compañera, como dama de palacio y que une á estas cualidades todas las virtudes y las más excelentes dotes de entendimiento y de corazón que le han conquistado una estimación y una consideración universal, hemos juzgado justo otorgarle por nuestro decreto del 21 de Octubre último, *el ducado y pairía de Chateauroux, sito en Berry, con sus pertenencias y dependencias*, que hemos adquirido de nuestro muy querido y muy amado primo Luis de Borbón, conde de Clermont, príncipe de nuestra sangre, que lo poseía patrimonialmente de la sucesión del duque de Borbón, su padre, y de sus causantes, para disponer en toda propiedad para nosotros y nuestros sucesores, y hemos mandado por el susodicho decreto que se expidan á nuestra susodicha prima todos los despachos y títulos pertinentes; y como consecuencia de dicho decreto: Ha tomado el título de duquesa de Chateauroux y goza en nuestra corte de los derechos adherentes á este título. Y deseando que el don hecho por nosotros á nuestra susodicha prima, duquesa de Chateauroux, tenga la forma más honorífica, firmamos la presente de nuestra mano por propia voluntad, gracia especial, sabiduría, poder y autoridad real.»

### XIII

Luis XV se niega á decir á Maurepas el nombre del sucesor del duque de Rochechouart.—Richelieu es nombrado primer gentilhombre de cámara.—Los parisienses le llaman *el presidente de la Tournelle*.—Retrato moral del duque.—El amante se asimila y apropia las cualidades superiores de sus queridas.—Madama de Tencin.—Su curioso tipo de intrigante.—Sus axiomas.—Su actividad febril.—La religión del ingenio.—Madama de Tencin organiza la alianza entre los Noailles y los Rohan.—Le declara la guerra á Maurepas.—Sus juicios acerca del intendente general, el mariscal de Belle-Isle, los Noailles y De Argeson.—Madama de Tencin vigila á la favorita.—Su desprecio por Luis XV.—Madama de Tencin sugiere á la duquesa de Chateauroux la idea de influir en el ánimo del rey para que éste tome el mando de su ejército.

Coronada por el éxito la intriga, y en brazos de Luis XV madama de la Tournelle, Richelieu recibió muy pronto el premio de sus complacencias y de sus servicios. El cargo de primer gentilhombre de cámara otorgado al hijo del duque de Rochechouart (muerto en la batalla de Dittingen) quedó vacante cinco meses después al fallecer aquel niño á los cuatro años de edad, víctima de una convulsión. La plaza correspondía á M. de Saint-Aignan por haberla ocupado sucesivamente su padre y su hermano. Además, M. de Saint-Aignan había sido herido en campaña, y, aparte de sus méritos y de sus derechos, deseaba la vacante para poder atender á sus asuntos particulares, muy descuidados durante los catorce años que había estado ausente de Francia en las embajadas de Italia y de España. Era también solicitado el cargo por M. de Luxembourg,

que alegaba en su abono una promesa escrita del rey, promesa obtenida en los tiempos de la Mailly por M. de Châtillon, que pronto iba á encontrarse sin cargo, por estar casi terminada la educación del Delfín; y, finalmente, por M. de la Trémoille, candidato del duque de Orleans. Cuando cada uno de los aspirantes se disputaban con más ardor el cargo, Maurepas pretendió conocer, sin conseguirlo, la voluntad del rey. Resentido el ministro preguntó á Luis XV qué era lo que debía responder á los que le preguntasen el nombre del agraciado. El rey le dijo secamente: «Responded que no sabéis nada.» Maurepas y los cortesanos comprendieron que la plaza de primer gentilhombre estaba dada á Richelieu. Entre tanto, Luis XV y madama de Chateauroux esperaban la vuelta del correo expedido á Montpellier, que debía participarles la aceptación del duque.

De este modo se colocó en primera línea y logró uno de los cargos más importantes de la monarquía francesa, el hombre á quien los parisienses llamaban con ironía desdeñosa *«el Presidente de la Tournelle»*.

---

Estaban muy lejanos los días en que Richelieu, mezclado y confundido con los Marmouzêts, se pintaba de colorete las mejillas y se abanicaba en el lecho, como aquellos jóvenes que reproducían en miniatura la corte de los Valois. El modelo de Richelieu no era ya el duque de Gesvres. Ni bastaba al duque, como en otro tiempo, exhibir por vanidad sus conquistas y sus amoríos. *La ostentación de la voluptuosidad*, como dice Argenson, no le parecía ya el colmo de la gloria. A los cincuenta años se despertó en él una concupiscencia avasalladora, pero cautelosa, y no vaciló en los

medios, elegidos ya de antemano, para satisfacer su codicia. Richelieu unía á su ambición una sequedad de corazón absoluta, un profundo desprecio por las mujeres, pero un desprecio *práctico*, un cinismo refinado que le permite alardear de su oficio de *abastecedor real*, y decir sin avergonzarse, que si nadie se ruboriza por ofrecer al soberano un artístico jarrón, un cuadro hermoso ó una alhaja espléndida, no hay motivo para ruborizarse por ofrecerle lo mejor que existe en el mundo: una mujer. A este cinismo mantenido con una ironía escéptica y altaneramente ostentado, añadid una bravura esencialmente francesa, una indiscutible habilidad para sortear los malos pasos y una palabra que subyugaba, que atraía, como la de su tío el gran cardenal. Poseía además la insolente confianza del jugador con suerte, la seguridad del éxito, la fe ciega en su buena estrella.

Pero es preciso reconocer que, más que á todos estos dones, debió Richelieu su buena fortuna á su poderoso instinto de asimilación (fuerza muy humilde, intelectualmente considerada), que era la cualidad predominante de aquel espíritu estrecho, de aquella inteligencia vulgar. En sus numerosos amoríos, en sus relaciones con la sociedad más selecta, más refinada de la corte y de París, en el trato íntimo de tantas mujeres de entendimiento superior, como *mademoiselle* de Valois, la princesa de Charolais, madama de Averno, la princesa de Rohan y las duquesas de Villeroy y de Villars, tenía la rara habilidad de apropiarse las ideas, las adivinaciones de aquellas inteligencias tan vivas, los sentimientos complejos de aquellos corazones delicados, la vibración de aquellos nervios sensibles, el golpe de vista de aquellos ojos penetrantes. Eran ellas, las mujeres, las que pensaban y sentían y

veían por él; y Richelieu se aprovechaba de todo, y al lado de aquellas almas femeninas, curiosas, escudriñadoras, llegó á ser maestro en la ciencia de las pequeñeces, en el arte de deducir un hecho de una vaga apariencia; consiguió esa doble vista que sabe descubrir lo trascendental en lo nimio, en lo insignificante; adquirió un profundo sentido de observación, el conocimiento de los hombres y de las cosas; en suma, todos los raros dones que Dios ha concedido al sexo débil y que constituyen sus verdaderas armas. Pero Richelieu aprendió, además, de las mujeres, su política, su diplomacia, sus intrigas, sus audacias, los medios de alcanzar fortuna y el modo de representar su papel. Los más hábiles proyectos del duque, sus resoluciones más arraigadas, el plan de *campana* que, estudiado sobre el mapa de la corte, le dió la victoria, todos, absolutamente todos sus actos fueron sugeridos por espionajes, por conversaciones, por consejos, por confidencias femeninas. Para probar que Richelieu carecía de iniciativas propias que dieran sello á su personalidad, basta presentarle y estudiarle en la conjura de madama de Chateauroux; se agita, pero es una mujer quien le guía, y al verle ir y venir, avanzar y retroceder, girar en todas direcciones, parece un maniquí en manos de aquella mujer, que es verdaderamente quien dirige la intriga.

---

Richelieu y madama de Tencin se habían encontrado en casa del abate Dubois, verdadero foco de la intriga. La ex religiosa fugada del convento de Grenoble gobernaba la casa y dirigía el salón del abate y ganaba el favor del regente introduciendo en sus place-

res la inmensa variedad de las depravaciones antiguas, los refinamientos paganos de las lupercales.

En aquella graciosa é inteligente cabecita bullían ya mil proyectos audaces, y la Tencin buscaba el medio de poder influir con su hermano en los negocios de Estado. Asediaba á los ministros, visitaba á los embajadores y á los hacendistas, cultivaba la amistad de los magistrados, daba audiencia á los literatos, á los que ilustraba con las primicias de las historias é intrigas de la corte y de la villa, presidía en su casa asambleas clandestinas de prelados, celebradas á espaldas del cardenal de Bissy ó del Nuncio del Papa; y habiendo convertido su casa en una verdadera academia, fué la primera, entre las mujeres políticas, que, comprendiendo el poder de los que tienen una pluma en la mano, se atrajo á los escritores, halagando hábilmente al nuevo partido: el partido de los hombres de letras.

Madama de Tencin—dice Duclós—tenía una cualidad que ninguna mujer de su tiempo logró alcanzar, al menos en el mismo grado de perfección: la cualidad de amoldar su talento á la inteligencia de las personas á quienes trataba. Era una maravilla aquel aire de sencillez y de honradez con que disfrazaba su truhanería. Marmontel debió reirse muchas veces al recordar que al salir de casa de la Tencin, después de visitarla, solía exclamar con aire de profunda convicción: «¡Qué buena mujer!»

A madama de Tencin—un tipo verdaderamente notable del siglo—había que oirla en su casita de Pasy, en aquel retiro donde su pensamiento se recogía para urdir sus tramas; había que oirla cuando, poniendo cátedra de experiencia, explicaba á sus íntimos un curso práctico de *mundología*, dando muestras de «aquel

buen sentido», del cual se siente tan orgullosa. Preferid siempre—decía á un literato, cuya educación había emprendido—las amigas á los amigos; pues, por medio de las mujeres se hace de los hombres todo lo que se quiere; además, los unos son olvidadizos, los otros están muy preocupados con sus intereses personales y descuidarán los vuestros. Por el contrario, las mujeres os prestarán su concurso, aunque sólo sea por distraer su ociosidad. Hablad esta noche de algún asunto á una amiga vuestra: mañana la encontraréis haciendo labor y pensando, indagando, buscando en su cabeza el medio de complaceros ó de sacaros del apuro. Pero cuando estéis seguro de que una mujer puede seros útil, guardaos de pasar con ella los límites de la amistad, porque entre amantes, cuando sobrevienen querellas, disgustos y rupturas, todo está perdido. Sed, pues, con ella asiduo, complaciente, hasta galante si queréis, pero nada más... ¿me habéis entendido?

Madama de Tencin no admitía los términos medios: quería pasar en sus relaciones, ó por amiga entrañable ó por enemiga declarada.

Entre Richelieu, que se había visto precisado á matar en duelo al príncipe de Lixen para que no volviera á zumbar en sus oídos el nombre de Vignerot y que era admitido á regañadientes por la aristocracia á pesar de la notoriedad que le habían dado sus amorfíos, y entre aquella mujer, que, no obstante la *manga ancha* de la época, no pudo librarse del desprestigio, entre aquellas dos ambiciones que presentían tan grandes obstáculos, la unión, la complicidad, tenían que ser muy estrechas; los dos formaron una liga en que la Tencin puso su espíritu emprendedor y Richelieu su reputación de hombre á la moda.

Madama de Tencin pensó que Richelieu era el único hombre que podía elevar á su hermano al ministerio y aun procurar que recogiese la herencia de Fleury cuando éste muriera. Convencido de que Richelieu podía servirle de instrumento, se consagró completamente á él y vigilaba los estudios de su hijo, revisaba as cuentas de su intendente, le servía en sus aventuras amorosas, le aconsejaba en sus planes, facilitándoselos por medio de hábiles exploraciones, *le guardaba la espalda* cuando estaba ausente en el ejército ó en provincias, inquiría, expiaba en la corte, en París, en el gran mundo, prestaba atención á las murmuraciones de la clase media, interrogaba á los lacayos y pegaba su oído á todas las puertas. Ella era la que informaba al duque de la vida íntima de la reina y de los disgustos del cardenal, ella la que le avisaba de la influencia naciente de Mirepoix sobre el rey, la que le daba á conocer las personas, con quien tenía que luchar ó las influencias que debía contrarrestar, ella la que medía exactamente las dificultades y los obstáculos, la que preparaba sus entrevistas evitándole las molestias preliminares, la que le ponía en guardia contra sus propios rencores y los ímpetus del primer momento; y era también madama de Tencin la que le hacía ver los peligros de que entrase en la Academia un ateo como Voltaire, la que le aconsejaba que no perdiese el tiempo con MUJERCILLAS, pero que no desaprovechase sus confidencias; ella la que le anunciaba la apoplejía de Breteuil, caliente aún el cadáver, la que le denunciaba la conjura tramada para derribarle durante la jornada de Fontainebleau en otoño próximo, ella, en fin, la que le señalaba los enemigos, los peligros, el golpe que había que temer, el favor que convenía minar ó el crédito que economi-



zar. Y todo esto, con un laconismo excéptico, con un lenguaje preciso, frío, claro y terminante como la propia palabra de la experiencia.

Madama de Tencin es toda movimiento, agitación y fiebre: es un tipo curioso de aquellos tiempos apacibles, tranquilos en la apariencia pero en el fondo agitados por todas las ambiciones, por todas las concupiscencias, por una actividad tan delirante que se acusa por boca de un hombre del siglo «de conceder demasiadas horas al sueño».

La Tencin pasa el día entero dedicada á sus visitas, á sus audiencias, á sus conciliábulos con los ministros, á recoger las noticias que le traen sus amigos ó sus espías, y la noche redactando su *memorandum*, escribiendo sus informaciones, sus cartas de diez carillas, sus anónimos, su correspondencia secreta, para la cual utiliza una clave.

Parece que sólo es mujer por sus nervios y que sólo pertenece á la humanidad por aquella enfermedad del hígado que irrita al mismo tiempo su actividad y su bilis. El amor no era para ella más que una necesidad puramente física, sentida de tarde en tarde; ni la pasión ni el sentimiento hablaban á su corazón entregado por completo á la nueva religión del siglo que Maurepas llamaba «la religión del entendimiento».

---

Sin embargo, esta mujer sin sexo, superior á las ternuras femeniles, á las delicadezas del corazón, á las ilusiones, comparte su existencia con otra existencia, todo su ser con otro ser, que es la mitad de ella misma y al cual está ligada por una estrecha comunidad; vive entregada á una de esas abnegaciones en

que frecuentemente se concentra y refugia el corazón de los escépticos.

Su astucia, sus maquinaciones constantes, su arte maravilloso de adular, su talento, su ingenio, su golpe de vista, todo lo había puesto madama de Tencin al servicio de las ambiciones de su hermano, aquel hermano con el cual vivía—según público rumor—en una intimidad semejante á la intimidad famosa de la duquesa de Gramont y el duque de Choiseul. ¡Ejemplos de uniones extrañas, monstruosas, en las que la ambición violaba la naturaleza para evitar hasta la tentación de las expansiones fuera del hogar, para que los secretos oídos únicamente por la almohada, quedasen en la familia garantizados por la discreción de una misma sangre!

Triunfante la intriga de Richelieu, asegurada la influencia de madama de la Tournelle, la de Tencin expuso al duque la necesidad de unir sus esfuerzos para sostener á la favorita y combatir á Maurepas, á los Rohan y á los Noailles, demostrándole que esto no sólo era esencial para sus planes é indispensable para su defensa, sino que en ello estribaba el buen éxito de sus propósitos: era preciso que Richelieu se atrajera de nuevo á madama de Rohan, aquella antigua amante que no quiso Richelieu ofrecer al rey, por haber preferido arrojar en los brazos del soberano á la querida de su primo. Para desarmar aquel despecho amoroso de nuevo género, para atenuar *el desaire*, la misma madama de Tencin irá á buscar á madama de Rohan, y se dará tal arte, que del vivo rencor de la preterida no quedará ya más que la amarga queja «de no haber tenido ocasión de hacerse un amigo y de no haber parecido digna á Richelieu de inspirar más que ciertos sentimientos».

Después de haber reconciliado á los Rohan con su aliado, madama de Tencin dedica toda su atención y vuelve su estrategia contra Maurepas, «el hombre de corazón pérfido», el adversario temible, el ministro cuya caída hay que procurar á todo trance. Madama de Tencin le acecha, le persigue, viola el secreto de los diversos informes que Maurepas redacta diariamente, y que son entregados al rey todas las mañanas, escucha las conversaciones que Luis XV y su ministro sostienen en el hueco de cualquier ventana, pone al corriente á Richelieu de la sumisión de Amelot, «que sin orden de Maurepas no escribe una letra», le previene contra la inteligencia del ministro y el intendente, le avisa que Maurepas ha pasado tres cuartos de hora con el cardenal, le advierte que el ministro tenía el semblante risueño al salir de la entrevista, sigue sus pasos, penetra sus planes, estudia los menores cambios de su fisonomía y aprovecha las indiscreciones de Pont de Veyle acerca de su jefe. Después, abarcando y analizando el conjunto de las acciones de Maurepas, formaba, prescindiendo de la propia hostilidad, un juicio exacto acerca de su influencia verdadera en el ánimo del rey, pesaba las consecuencias posibles de su poder absoluto sobre el secreto del correo, calculaba la eficacia de los servicios que á Maurepas prestaban sus espías, y una vez aleccionado Richelieu del verdadero sentido de las cosas, deja á su elección uno de estos dos caminos: ó una reconciliación simulada ó un ataque brusco. Y para el ataque ella es también la que le traza el plan y le marca el terreno. «Se han recaudado este año catorce millones para las atenciones de marina, y no se ha botado al mar ni un solo buque. Hay que atacar á Maurepas en este sentido.»

No hay nada que la turbe ni que la asuste; no hay nada que la deslumbre ni que la engañe.

El aire de honradez del Intendente no impide que ella, desde hace mucho tiempo, haya comprendido sus manejos para derribar á Amelot y sustituirlo por su amigo íntimo, por M. de Rennes. Madama de Tencin teme por su hermano y por Richelieu, y demuestra al duque que el éxito de esta intriga que hacía poderosos á los ministros, llevaría aparejada la ruina de todas sus esperanzas.

El mariscal de Belle-Isle, al que las tres cuartas partes de los parisienses tienen por un hombre de genio, aquel Belle-Isle que preocupa á toda Europa, es considerado por madama de Tencin como un simple comparsa utilizable para sus planes, y no viendo en él más que una maza para descargarla sobre los ministros cuando convenga, un medio de aniquilar á Maurepas, compromete á Richelieu para que procure aumentar el número de sus partidarios, para que lo coloque en primera línea como un ser excepcional, y lograr por este medio anular y humillar al ministerio.

Del mismo modo protege también al mariscal de Noailles, sabiendo que es un héroe poco temible, una figura decorativa que puede desaparecer cuando se quiera ó cuando convenga á Richelieu.

Madama de Tencin creyó oportuno asegurar la alianza con los Noailles, buscando al mismo tiempo inteligencias con los Paris-Duverney. Veía grandes ventajas en atraerse á aquellos fieles amigos de Belle-Isle y en aprovechar su entusiasmo en beneficio del mariscal de Noailles. Los Paris-Duverney tenían muchos amigos, mucho dinero y pocas exigencias—«todas las condiciones apetecibles»—y sólo se les podría conquistar por los halagos de la amistad.

En aquella revista de los elementos influyentes de la corte, de las individualidades y de los grupos que podían interesar á los dos aliados para sus planes, le tocaba ahora el turno á de Argenson. Madama de Tencin lo consideraba sordamente hostil á Richelieu, y espiándole como á los demás, tenía siempre al corriente al duque de las noches de amor de Argenson en la casa de Neuilly, que le hacían dormirse en el consejo á la mañana siguiente de sus cenas opíparas, de sus copiosas libaciones, que le impedían dedicarse al trabajo y hasta presentarse en público, y de sus relaciones con la intrigante Mauconseil que le dominaba por completo, y de la cual decía madama de Tencin «que Richelieu podría disponer en cualquier momento de la persona, pero nunca del corazón».

Por madama de Tencin sabía Richelieu que la confianza depositada en tal ó cual mujer no era conveniente, y que había que adoptar precauciones; por ella conocía las indiscreciones del ayuda de cámara de la favorita «el mayor hablador de la tierra», por ella penetraba en los secretos de alcoba de madama de Chateauroux. Por madama de Tencin Richelieu estaba al corriente, día por día, de la actitud de la querida del rey; madama de Tencin le denunciaba las maniobras empleadas para alejarle de la favorita y entibiar aquella amistad, advirtiéndole al duque que los *conspiradores* no cesaban de repetir á madama de Chateauroux que era muy peligroso un hombre que ya había logrado que el rey se cansase de su hermana, y que lo mismo haría con ella si el rey seguía dispensándole su privanza.

Aunque madama de Tencin se sentía mortificada por la frialdad de madama de Chateauroux, que rehusaba los servicios del hermano y apenas si podía disimular

la repulsión que le inspiraba la hermana, sus juicios sobre la favorita nunca fueron apasionados, antes bien prescindía en ellos de sus antipatías y de sus rencores. Su inteligencia le hacía esquivar los celos y las pequeñeces de su sexo, de tal modo, que trabajaba por sostener y afirmar el crédito de la favorita, haciendo de ella una gran influencia política, retirando á Voltaire la negociación secreta que Amelot y Maurepas le habían encargado, y tratando de hacer que el rey de Prusia declarara «que madama de la Tournelle era la persona que le inspiraba más confianza». Finalmente, madama de Tencin hizo que la favorita desempeñase uno de los principales papeles en un proyecto viril fraguado en su cabeza de mujer.

---

Las quejas de Francia repercutían en aquel cerebro femenino, al cual no se puede negar la clarividencia, la lucidez, el aplomo, al mismo tiempo que el instinto de una política general, más amplia, más grande, prescindiendo de los detalles, que la política del ministerio. Madama de Tencin echaba de menos esa firmeza de voluntad que da vida á las monarquías y presta popularidad á los reyes. Se lamentaba de la inercia del rey, de su carácter apático, que le hacía siempre resolver lo peor, con tal de que le costase menos trabajo. Deploraba, con la opinión pública, la invencible somnolencia de aquel soberano que permanecía indiferente ante Broglie, cuando éste regresó de Alemania, sin conmoverse, sin indignarse; de aquel rey que esquivaba las malas noticias para evitarse los disgustos; que abandonaba la resolución de las cuestiones más arduas para librarse de un esfuerzo; que veía el mal, y no lo atajaba por pereza; que creía, bajo su

palabra, á todos los ministros por no verse obligado á indagar la verdad, y que parecía que jugaba á cara ó cruz en su consejo los asuntos de mayor interés para el Estado. Tratar de convencerle, de razonar—decía madama de Tencin con mal disimulado desprecio—«era lo mismo que hablar á una roca». Para sacarle de aquella indolencia no encontraba otro medio que un cambio brusco en sus costumbres y en su vida, ni otra voz que la voz de su amante. Sí; era madama de Chateauroux la que debía decidir á Luis XV á ponerse á la cabeza de su ejército.

Tal era el proyecto que madama de Tencin sugirió á la favorita por medio de Richelieu, y de este modo, en el instante en que los espíritus, indignados por las insolencias de madama de Chateauroux empezaban á rebelarse contra el rey, madama de Tencin preparaba, entre bastidores, una *Agnès Sorel* de nuevo género, que debía, no sólo reconquistar el crédito de la querida del rey y las simpatías de la nación para el monarca, sino hacer que se olvidara á Richelieu en su desairado papel de Figaro de los *petits appartements*. Además, todo aquello era la probabilidad de una gran fortuna buscada á cara descubierta.

## XIV

**Transformación de la duquesa de Chateauroux.**—Sus esfuerzos por *resucitar* al rey. Nombramiento del duque de Noailles para el mando del ejército de Flandes.—La anciana mariscal de Noailles.—Sermón del P. Taintúrier sobre «la molición».—Gran influencia de la duquesa de Chateauroux.—Su nombramiento de superintendente del cuarto de la Delina.—Provisión de los demás cargos.

El proyecto de madama de Tencin fué acogido con entusiasmo por madama de Chateauroux: era una semilla arrojada en un alma pronta á recogerla y dispuesta á hacerla fructificar. La favorita se posesionó en el acto de su papel apenas Richelieu se lo ofreció. A la fogosidad, á la altanería, al orgullo de una Montespan, unía, bajo la apariencia indolente de su cuerpo, las ambiciones y las energías viriles de una Longueville. Aquella corte sin iniciativas, aquella época de nimiedades, aquel reinado sin aparato, sin grandeza, sin ostentación de la majestad, le parecía á madama de Chateauroux un escenario muy pequeño para su amor; en su orgullo, en sus impaciencias, en la fiebre de su voluntad y de sus pasiones existía el fuego de una Fronde, el alma de un gran reinado.

Embriagada con el plan de madama de Tencin se reveló de pronto en la querida de Luis XV otra mujer; se consagró á despertar la voluntad del rey haciéndole comprender los altos deberes que tenía que cumplir, obligándole, casi por fuerza, á que resolviese los asuntos más graves y apremiantes de gobierno, agui-  
oneándole, abrumándole, con la idea de su responsa-



bilidad, hablándole sin cesar del Parlamento, de los ministros, de la paz, de la guerra, de sus pueblos, del Estado. Era madama de Chateauroux como la conciencia de aquel monarca incapaz de un impulso; de aquel rey que, aturdido por las grandes ideas y los grandes planes con que le acosaba su querida, le decía fatigado: «¡Me matáis!» *Tanto mejor, señor*—respondía madama de Chateauroux;—*es necesario que resucite un rey.*

«Resucitar al rey», dar al Estado un rey arrebatado á una reina, hacerle empuñar las armas por el honor y la salvación de sus pueblos, marchar erguida á su lado como el símbolo de la victoria, ser la inspiración de su valor, la voz de su gloria, y hacer, por último, que cesaran las canciones epigramáticas de Francia, apagadas por el eco solemne del *Te Deum* entonado en *Notre Dame*... tal era la soberbia ambición que se apoderó de la favorita deslumbrada por aquel brillante porvenir.

Y ved á madama de Chateauroux esforzándose por inculcar á Luis XV la actividad, el ansia que la devora, tratando de inspirarle bélicos entusiasmos, mostrándole su puesto de honor al frente del ejército y prometiéndole en cambio el agradecimiento y el amor de sus súbditos. Incansable en el cumplimiento de su misión, advierte al rey de las insolencias del enemigo, le muestra nuestras fronteras amenazadas, la inepticia de nuestros generales, la desmoralización de nuestras tropas y el brusco eclipse de nuestra estrella; y sacando de la tumba la sombra de Luis XIV, recuerda al nieto los deberes que la herencia le impone. En suma: incita constantemente al rey para que se ciña la gloriosa espada de Francia.

---

Hasta las intrigas de la corte favorecieron y secundaron los proyectos belicosos de madama de Chateauroux. Maurepas, dando en esta ocasión tregua á sus rencores, fué un auxiliar de los planes de la favorita; esperaba que durante la guerra y en el ejército podía consolidar su favor y aumentarlo, satisfacer sus ambiciones, utilizar todas las ventajas de su posición, ganarse voluntades y atribuir hábilmente todos los éxitos de la campaña al acierto de sus consejos y á la celeridad de sus órdenes.

El mariscal de Noailles acogía también con entusiasmo los planes de madama de Chateauroux, pres-tándoles el apoyo de sus manifestaciones enérgicas y la autoridad de su posición en la corte. Querido por el rey, temido de los ministros, á quienes inquietaba la superioridad de su inteligencia, el respeto que inspiraban sus años y la fuerza que le daban sus vínculos con las más poderosas familias de Francia, el mariscal de Noailles fué designado por unanimidad, en el consejo, para el mando del ejército de Flandes. Y el rey había sancionado el nombramiento.

«Es preciso que viajéis»—dijo un día Luis XV al mariscal.—El duque de Noailles respondió, en el mismo tono de broma, «que estaba muy viejo para emprender viajes»; pero advirtiéndole que el rey hablaba en serio y que estaban en la galería, le hizo observar que no era aquel sitio conveniente para tomar sus órdenes. El rey señaló hora al mariscal... Cuando Luis XV le dijo que le había nombrado para el mando del ejército de Flandes, el mariscal exclamó: «¿Sois vos, señor, quien lo quiere?» El rey le contestó que sí, y entonces el mariscal expuso al soberano con detenimiento las difíciles circunstancias que el país atravesaba y la notoria inferioridad del ejército de Flan-

des ante las tropas reunidas de Inglaterra, Austria y Hannover.

Este nombramiento fué una hábil maniobra de los ministros, que conseguían separar al mariscal del rey. Hubo un instante en que el duque vaciló; temía perder su reputación en aquel mando lleno de responsabilidades.

Pero había en la familia de los Noailles una persona cuyos consejos eran de inestimable valor, una mujer de entendimiento que, á pesar de sus noventa años, pasaba todavía á los ojos de los buenos observadores por el más hábil político de su tiempo. La mariscalca de Noailles, de la ilustre familia de Bournonville era una anciana venerable y temible dedicada exclusivamente durante su larga vida al engrandecimiento de su casa. Había tenido once hijas y diez hijos, y sus nietos y bisnietos, entre muertos y vivos, llegaron á ciento. A todos los supo colocar en los primeros puestos del Estado, valiéndose de los medios más diversos para disfrutar el favor de los príncipes. Y, sin embargo, no estaba todavía satisfecha de las prosperidades, cargos, herencias, gajes y privilegios que había logrado acumular en su familia, y cuando sus admiradores la comparaban á la madre de las doce tribus de Israel, profetizándole que su raza sería tan numerosa como las estrellas en el firmamento y las arenas en el mar, la vieja mariscalca, insaciable, prorrumpía en esta queja: «¡Qué diríais si supieis las proporciones que he perdido!»

El mariscal celebró una conferencia con su madre, y Maurepas se asombró al oír de labios del viejo soldado que aceptaba el puesto y que estaba absolutamente conforme con todos sus planes. La anciana había explicado á su hijo claramente la situación: era

preciso que el rey se pusiese al frente del ejército, pero él solo, sin acompañamiento de camarillas, jugando á los ministros la mala pasada de tenerlos alejados de Luis XV, en tanto que el mariscal interveniría en todos sus actos y despacharía con su majestad, conociendo, por consiguiente, toda la correspondencia que viniera de París.

Las insinuaciones de Maurepas, los consejos del mariscal, la insistencia de Richelieu, la actitud de los cortesanos adictos á la favorita, todo favorecía los planes de madama de Chateauroux. El mismo Luis XV se había sentido impresionado por los vehementes apóstrofes del jesuita Tainturier, que en un sermón contra la molicie se atrevió á echarle en cara desde el púlpito su indolencia. La voz audaz y severa del predicador le resonaba constantemente en los oídos, induciéndole á todas las iniciativas de la realeza, mostrándole sus altos deberes, la obligación en que estaba de ilustrar á sus ministros en el consejo y de dirigir sus ejércitos, haciendo de ellos el brazo de Dios.

La duquesa de Chateauroux triunfaba, y si varios obstáculos se opusieron al viaje del rey en el otoño de 1743, la favorita tenía la certidumbre de que en la primavera próxima Luis XV se pondría á la cabeza de sus soldados.

En el año de 1744 llegó á ser incontestable la influencia de madama de Chateauroux y comenzó también su desgracia.

Se la ve en el teatro de la Opera adonde la lleva el rey en el mismo carruaje que ocupan sus hijas.

Se la encuentra en la audiencia de despedida del embajador de Suecia á la derecha de la reina y ocupando puesto preferente entre las damas tituladas.

Un día se presentó adornada con un collar de per-

las, regalo del rey, que se lo había comprado á la princesa de Conti en cien mil libras. Por uno de esos caprichos pueriles que asaltan á los poderosos, se le antojó á la duquesa tener una llave de cada una de las cuatro tribunas del salón de Marly: en el acto se apresuró á complacerla el Intendente de palacio...

A fin de Abril, cuando el rey partió para el ejército, madama de Chateauroux fué nombrada superintendente de la casa de la Delfina, de la infanta que Richelieu iba á pedir para el Delfin al rey de España. Desde los tiempos de la Montespan no se recordada una gracia semejante.

Pero la plaza no representaba nada en comparación de la influencia que la duquesa tuvo en todos los nombramientos del cuarto de la Delfin<sup>a</sup>. Formóse madama de Chateauroux una verdadera camarilla con sus parientes y amigos y los del duque de Richelieu. En París causó gran asombro aquel modo imprevisto de proveer las plazas. Se indicaba á la mariscala de Berwick ó á la de Duras para el cargo de dama de honor, y á madamas de Magtinson y de Antin para el de azafata, y para damas de la Delfina á madamas de Egmont, la nuera, á la duquesa de Rochechuart y á madamas de Lesparre y de Forcalquier.

Contra todos los cálculos fué nombrada azafata madama de Lauraguais, y entre los nombramientos de damas de la Delfina se citaban ya los de madama de Pons, hija de Lallemand de Metz, en cuya adhesión tenía gran confianza madama de Chateauroux, madama de Champagne, hija de madama de Doyes y sobrina de M. de Estissac, madama de Faudoas, cuyo suegro había prestado grandes servicios en el Languedoc á Richelieu... Madama de Chateauroux le anunciaba, en una carta su nombramiento: *Estad tranquila;*

*el rey os ha nombrado dama de la Delfina. Os doy la enñorabuena.*

Citábanse además los nombres de otras dos señoras que más tarde encontraremos en el mismo carruaje en que huye de Metz la duquesa de Chateauroux: una era madama de Bellefond, sobrina de Richelieu; otra madama de Roure, á quien la duquesa no conocía, pero que era hermana de su amigo íntimo el marqués de Gontaut. La favorita había insistido mucho con el marqués para que aceptase un puesto en el cuarto de la Delfina: el marqués lo rehusó diciendo que prefería su libertad. Entonces madama de Chateauroux le preguntó si tenía algún pariente á quien quisiera favorecer. El marqués se acordó de su hermana, que poseía escasos bienes de fortuna y la plaza fué dada á la hermana de M. de Gontaut.

En todos estos nombramientos sólo se tuvo en cuenta la voluntad de la favorita, de tal modo que M. de Chalais, que anhelaba una plaza en el cuarto de la Delfina para su hija madama de Perigord, no la consiguió á pesar de las recomendaciones y esfuerzos del mismo Maurepas.

---

## XV

M. de Rottenbourg, marido de la hija de madama de Parabere.—Su entrevista secreta con Richelieu en la Plaza Real.—Proyecto de tratado con Prusia.—Consejillo en Choisy entre el rey, madama de Chateauroux y Richelieu.—Es aceptada la alianza del rey de Prusia y se encarga al cardenal de Tencin la redacción del tratado.—Entrevistas de madama de Chateauroux y de Rottenbourg.—Se firma el tratado en Junio de 1741.—Caída de Amelot.—Carta de Federico de Prusia á madama de Chateauroux dándole gracias por la parte activa que ha tomado en las negociaciones.—Carta de la duquesa de Chateauroux al mariscal de Noailles tratando de ganarse su voluntad para que no se oponga á que ella se reuna al rey.—Respuesta.—Contestación irónica.—Maurepas y Luis XV.—El rey parte para la guerra sin su querida —Madama *Enroux* en Flandes.

La influencia creciente de madama de Chateauroux, y el haber acudido á ella un soberano extranjero para que favoreciese la alianza de su nación con la monarquía francesa, dieron tal importancia y encumbraron de tal modo á la favorita, que pudo desde entonces figurar entre las pocas queridas de reyes que habían compartido no sólo el amor, sino el poder de sus amantes.

La negociación que Amelot y Maurepas encargaron á Voltaire y que madama de Tencin con su profundo sentido político, quería poner en manos de la mujer por cuyo engrandecimiento trabajaba, fué confiada, por un conjunto de circunstancias felices, á la favorita.

M. de Rottenbourg, sobrino del diplomático silesio, antiguo embajador en España, se había casado con la hija de madama de Parabere, y después de derrochar en el juego la fortuna de su tío y de su mujer, tomó el

partido de encerrar á ésta en un convento de Francia y de marcharse él á la corte de Prusia. Berlín se maravilló de la manera con que el rey recibió á Rottenbourg, que carecía de talentos militares, y cuyo solo mérito se fundaba en haber tenido ocasión de frecuentar la alta sociedad de París.

Hacia años que M. de Rottenbourg vivía en Prusia, y la sociedad de París le había olvidado por completo, cuando el duque de Richelieu en el invierno de 1743 recibió una carta en la que M. de Rottenbourg le anunciaba su venida á París.

En aquella carta solicitaba de Richelieu una entrevista, pero advirtiéndole que el asunto era de suma trascendencia y que le rogaba la mayor reserva posible. Richelieu adoptó todas las precauciones imaginables para que Rottenbourg no fuese visto por nadie al entrar en su casa de la Plaza Real. Las primeras palabras de Rottenbourg fueron estas: «Aquí tenéis mis credenciales», y entregó al duque una carta de puño y letra del rey de Prusia. Acto continuo Rottenbourg dijo á Richelieu que Federico tenía noticias de que, durante la campaña proyectada para el año siguiente, mientras Luis XV estuviera ocupado en la conquista de Flandes, el príncipe Carlos debía pasar el Rhin y entrar en Alsacia. El único medio de parar el golpe, á juicio del rey de Prusia, consistía en que, tan pronto como el príncipe Carlos hubiese pasado el Rhin, él, Federico, entrase en Bohemia. Rottenbourg ofrecía esta cooperación armada en nombre de su soberano, pero con la condición expresa de que «ninguno de los ministros actuales de su majestad tuviese conocimiento de aquel tratado, deseando el soberano de Prusia que sólo intervinieran en el pacto los dos monarcas y M. de Richelieu.»



M. de Richelieu se apresuró á pedir el coche y se dirigió inmediatamente á Choisy, donde estaba á la sazón el rey.

En cuanto llegó preguntó dónde se encontraba el monarca. Le respondieron que en las habitaciones de madama de Chateauroux.

A Luis XV no le gustaban las visitas en ciertos momentos. Richelieu, sin embargo, siguió su camino, dejando asombrado al ayuda de cámara. Cuando llegó á la puerta de la habitación de madama de Chateauroux, después de haber tenido la precaución de hacer mucho ruido con la llave, Richelieu se decidió á entrar. Luis XV le preguntó secamente qué quería: «Vengo á dar cuenta á vuestra majestad de un acontecimiento que le sorprenderá tanto como á mí», exclamó Richelieu. Y en seguida relató al rey su entrevista con Rottenbourg. Se celebró consejo entre el rey, madama de Chateauroux y Richelieu, y se resolvió aceptar las proposiciones del rey de Prusia. Luis XV dijo á Richelieu «que procurase arreglarlo todo». Sin embargo, no confiando el duque en sus aptitudes diplomáticas y no admitiendo el rey de Prusia el concurso de ninguno de los secretarios de Estado, Richelieu aconsejó á Luis XV que encargase de la redacción del tratado al mariscal de Noailles y al cardenal de Tencin. «Perfectamente, dijo el rey; habladles de mi parte, y ved si está conforme con su cooperación el rey de Prusia.»

Desde el día en que el cardenal de Tencin se consagró al estudio del tratado, Rottenbourg se puso en contacto con la mujer que había apoyado con su palabra en el consejo de Choisy la alianza con el rey de Prusia y que quizá estuviera ya ganada por Federico. El enviado secreto del rey de Prusia, y la favorita,

celebraron numerosas entrevistas en las cuales el diplomático prusiano escuchó de labios de la querida de Luis XV recomendaciones, advertencias, instrucciones para el buen éxito de la negociación, poniéndole en el secreto de las antipatías del rey, evitándole pasos inútiles, aleccionándole, en fin, para que prescindiese de ciertos medios y aprovechara otros. Así es, que el 24 de Abril, después de un consejo íntimo en el cual se trató del pacto con el rey de Prusia, el cardenal de Tencin escribe que Rottenbourg había hablado por la mañana con madama de Chateauroux y que ésta le había advertido que el tratado tropezaba «con dos dificultades que se trataban de allanar».

Cuando, por último, el proyecto del tratado se aprobó en una reunión verificada en casa del cardenal de Tencin, y Rottenbourg esperaba órdenes para trasladarse á Metz y someterlo á la firma del rey, madama de Chateauroux recibió una carta del soberano de Prusia, en la que éste le prevenía que su enviado secreto iría á verla con objeto de consultarla y pedirle consejo para el mejor éxito de su gestión cerca del monarca francés.

La entrevista se verificó en Plaisance, donde se había instalado la duquesa desde que el rey estaba al frente del ejército. La favorita, sin dejar de reconocer que Belle-Isle era el primero de nuestros generales, aconsejó con empeño á Rottenbourg que no hablase á Luis XV de la parte que aquel hombre en desgracia había tenido en la negociación, y que ni siquiera le nombrase, evitando así prevenir al rey en contra del tratado. Como Rottenbourg reclamaba siempre el mayor secreto y no se le ocultaba á la duquesa la dificultad de sancionar el pacto en medio del ejército sin

que algo trascendiese, opinó que debía firmarse en París. Sin embargo Tencin no se atrevía á proponérselo al rey y al mariscal de Noailles, temeroso de que pudiesen creer uno y otro que había inspirado esta idea á Rottenbourg, para que todo el honor de la negociación recayese en él. Pero el rey por propia inspiración y por consejo de madama de Chateauroux, decidió que el tratado se firmase en París, y después de algunos retrasos ocasionados por el mariscal de Noailles, el tratado de alianza entre Francia y Prusia por cuyo éxito la favorita había trabajado tanto, se cerró definitivamente en el mes de Junio.

Pero madama de Chateauroux hizo algo más que inducir al rey á una alianza con Prusia; sirviendo de instrumento á los rencores de Federico contra nuestro ministro de Negocios Extranjeros, prestó su complicidad á los manejos que tenían por objeto derribar del ministerio á su enemigo personal, á un hombre á quien no perdonaba madama de Chateauroux su adhesión á Maurepas y su diligencia para servirle hasta en sus odios.

Amelot era un hombrecillo de fisonomía asustadiza, que conservaba en sus altos cargos aquella especie de timidez humilde con que había prestado sus servicios al cardenal en un empleo secundario. Parecía que imploraba, para el ejercicio de sus funciones de ministro, luces superiores á las suyas; y las imploraba en efecto á Maurepas con cuyo despacho comunicaba el suyo por una puerta secreta abierta en la medianería del muro.

Amelot era tartamudo:

*En plein conseil, Amelot,  
Comme en compagnie,*

*N'eut-il à dire qu'un mot  
Il le balbutie... (1).*

El rey, que desde hacía mucho tiempo le tenía mala voluntad y se violentaba mucho al escucharle, no puso el menor reparo á desprenderse de él. A principios de Abril alguien oyó decir al rey, que muy pronto iba á cambiar de ministro y que nombraría uno cuyo nombre nadie sospechaba. El 24 de Abril, el rey, á quien el mariscal de Noailles rogaba que escribiese una carta de su puño y letra para que no se demorasen las negociaciones con Prusia, rehusó diciéndole que no podía demostrar desconfianza en quien, al menos oficialmente, la tenía depositada, «por no convenir semejante actitud ni á mi persona ni á mis asuntos...»

El rey se refería á Amelot. El domingo 26 de Abril, Maurepas, que estaba cenando y que tenía muchos invitados sentados á su mesa, recibió á los postres un recado que le obligó á presentarse inmediatamente en la cámara del rey. Luis XV le ordenó que exigiese á Amelot la dimisión de su cargo. Y Maurepas entró en casa de Amelot diciendo: *Hodie tibi cras mihi.*

La ejecución de Amelot verificada el 27 de Abril y la aceptación condicional del tratado á principios de Mayo, valieron á la duquesa de Chateauroux en recompensa de sus buenos oficios esta carta de Federico:

«Postdam 12 de Mayo de 1744.

Señora: Me felicito de ser vuestro deudor y de tener

---

(1) Amelot en pleno consejo—como en sociedad—aunque no tenga que decir más que una palabra—la balbucea...

que agradeceremos, en gran parte, las buenas disposiciones del rey de Francia para estrechar entre nosotros los lazos de una sólida alianza. A la alta estima en que siempre os he tenido únese ahora la gratitud. En una palabra, señora; estoy persuadido de que el rey de Francia no se arrepentirá nunca del paso que acaba de dar y que ambas partes contratantes encontrarán iguales ventajas. Triste es que Prusia se vea obligada á ignorar el favor que os debe; os aseguro en cambio mi profundo reconocimiento. Os ruego que aceptéis el testimonio de estos sentimientos, siendo siempre,

Señora,

Vuestro amigo afectísimo

FEDERICO.»

Cinco días antes de ponerse en camino para reunirse con el rey contestó la favorita á esta carta con otra en la que daba las gracias al rey de Prusia, disimulando apenas su orgullo satisfecho:

«*Plaisance 3 de Junio de 1744.*

*Señor:*

*Me considero muy dichosa de haber podido contribuir en algo á la alianza, que va á firmarse, entre el rey y vuestra majestad. Agradezco, como debo, las bondades de vuestra majestad para conmigo, deseando encontrar con frecuencia ocasiones de demostrarle mi reconoci-*

*miento y el profundo respeto con que tengo el honor de ser*

*Señor*

*de vuestra majestad*

*la más humilde y obediente servidora*

*Milly, duquesa de Chateauroux.*

Una vez aceptado el pensamiento de la favorita por Luis XV y resuelto el rey á ponerse al frente del ejército, madama de Chateauroux pensó en no separarse de su amante y se dispuso á seguirle. Desde que en otoño de 1743 se acentuaron las probabilidades de que Luis XV marchara á las provincias amenazadas, madama de Chateauroux se dedicó con ahinco á ganarse por completo para realizar su aspiración, la voluntad del mariscal de Noailles, de aquel general puesto por ella al frente de las fuerzas de la Alsacia, de aquel padrino al cual debía la favorita el gracioso sobrenombre de *la Ritournelle*.

El 3 de Setiembre le escribió una larga carta donde le anunciaba tímidamente su deseo con muchos circunloquios y perífrasis, dando á entender al viejo cortesano que el rey apoyaba aquella solicitud.

*«Choisy 3 de Setiembre de 1743.*

*Comprendo, señor mariscal, que tendréis ocupaciones más importantes que la de leer mis cartas; sin embargo me hago la ilusión de que no os molestará demasiado dedicarme unos instantes, tanto para leerla como para contestarla. Será una señal de amistad que agradeceré mucho.*

*El rey ha tenido la bondad de confiarme la proposición que le habéis hecho de ponerse al frente del ejército*

*enseguida. No tengáis miedo; aunque mujer sé guardar un secreto; soy de vuestro parecer y creo que esto redundará en gloria suya, solamente él es capaz de levantar el espíritu de las tropas y el de los jefes, que me parece muy decaído, como si á todos ó á casi todos nos contagiara un exagerado temor: verdad es que estamos en un momento crítico. El rey lo comprende mejor que nadie y lo que es el deseo de ir, os aseguro que no le falta; pero lo que yo anhelo es que su resolución sea unánimemente aplaudida y que al menos recoja el fruto que tal acción merece. Pero siendo esta la primera vez que se presenta al frente de un ejército, hay que hacer algo y no estar solo á la defensiva, lo cual sería vergonzoso, y si además diese la casualidad de que por otro lado hubiese algo con el principe Carlos, no faltaría quien dijese que ha escogido el sitio donde había menos probabilidad de peligro. Quizá os haga razonamientos que no tienen sentido común; espero al menos que me declaréis francamente que no sé lo que me digo.*

*No vayáis á creer que yo deseo que se vaya; al contrario; pero busco todo lo que pueda contribuir á su gloria y á elevarlo sobre los demás reyes. Creo, señor mariscal, que tengo derecho á pedir os un consejo y á haceros una consulta; admito que el rey vaya al ejército; no debe perder un solo momento, es necesario que parta sin demora; pero, ¿qué va á ser de mí? ¿Será imposible que mi hermana y yo le sigamos, ó, al menos, si no podemos ir con él, que estemos en sitio donde sea fácil recibir noticias suyas todos los días? Tened la bondad de decirme lo que pensáis, y aconsejarme, porque no quiero hacer nada que pueda perjudicarle ó ponerle en ridiculo. Ya veis que os hablo como á un amigo, y como á persona con la cual creo poder contar, y esto no es tener demasiada presunción porque lo fundo, se*

*ñor mariscal, en los sentimientos de amistad y estimación especial que os ha consagrado toda su vida vuestra Ritournelle. Me parece oportuno deciros que he pedido permiso al rey para escribiros sobre estos asuntos, y que lo hago con su aprobación.*

La respuesta era delicada. El mariscal de Noailles tuvo en esta ocasión el valor de hacer caso omiso de la posibilidad de disgustar al rey, y respondió en estos términos á la favorita:

*«... Voy, señora, á lo que os interesa, y podéis estar segura que cuando me hagáis el honor de pedirme consejo, no os daré nunca ninguno que no sea para la gloria del rey, y, por consecuencia, estarán conformes con vuestros verdaderos intereses. No creo, señora, que podáis seguir al rey al ejército con vuestra hermana. Vos misma comprendéis los inconvenientes al limitaros á preguntar si podríais estar en alguna población donde pudieseis recibir noticias diarias de su majestad. Casi los mismos inconvenientes existen para que podáis estar en alguna población cerca de la frontera.*

*Ateniéndome á los precedentes, os diré lo que se ha hecho en casos semejantes en tiempo del rey difunto. La reina viajaba y se quedaba con su séquito en una plaza cerca del ejército, pero no tengo ningún ejemplo que citaros que pueda favorecer vuestro designio, y no puedo menos de deciros que se necesitaba para el rey, y para vos misma, alguna razón plausible que justificase á los ojos de la opinión el paso que pretendéis dar. Ya veis, señora, por mi franqueza, que hablo más como verdadero amigo que como cortesano que tratase de agradaros, y creo que esto es lo que habéis exigido y esperado de mí...»*



El desgraciado mariscal, tratando de halagar á aquella mujer acostumbrada á que nada se la rehusase, firmaba: *El padrino de la amable Ritournelle*.

A esta carta *la Ritournelle* respondió cinco días después con una ironía verdaderamente picaresca, diciendo al mariscal que sus cólicos la obligaban aquel año ó la obligarían el próximo á tomar las aguas de una población que estaba muy cerca del Rhin y por consecuencia cerca del ejército.

«*Fontainebleau 16 de Setiembre 1743.*»

*No puedo dejar salir el correo, señor mariscal, sin daros las gracias por vuestra carta. La encuentro tal cual es, quiero decir, inmejorable y muy sensata en cuanto dice hasta en lo último; pero, señor mariscal, padezco unos cólicos que me obligan á buscarles remedio y creo que las aguas de Plombières son maravillosas y que es lo único que podría curarme. Si no es este año, será el que viene, no quiero esperar más. Adiós, señor mariscal; os deseo salud, felicidades y prosperidad de todo corazón. Si el duque de Ajen vive todavía, os ruego tengáis la bondad de decirle mil cosas de mi parte.*

El mismo día, el rey á quien quizá esta oposición al proyecto amoroso de su querida, y el disgusto de separarse le impulsaron á tomar una resolución, decidió no reunirse al ejército hasta el año próximo, y escribió esta carta defendiendo á su querida y disculpando por adelantado la calaverada que quizá llegue á hacer.

«... Madama de la Tournelle me comunicó, como supondréis, la carta que os ha escrito. Dudo que pue-

dan detenerla si yo llevo á marchar; pero es bastante sensata para quedarse donde yo la ordene. Los ejemplos que la citáis no la detendrían, según creo, y tiene sobradas razones para obrar así; yo no puedo decirlo, pero podéis suponerlas.»

Maurepas había entrado en la conjura de madama de Chateauroux para decidir á Luis XV á que se pusiese al frente de su ejército; pero no entraba en sus cálculos que la favorita acompañase al rey. Realmente el ministro, lo que perseguía era el alejamiento de Luis XV de madama de Chateauroux, porque con el alejamiento contaba que sobreviniese la indiferencia y tras ésta el olvido y la desgracia de la duquesa. Así es que desde el instante en que Maurepas conoció el proyecto de la favorita, fué el enemigo más acérrimo de sus planes. Durante todo el otoño de 1743, el invierno y la primavera de 1745, no cesó de indicarle á Luis XV, primero con indirectas y luego con entera claridad, que si quería mostrarse como rey, gozar del cariño de todos sus súbditos y hasta de la estimación de sus enemigos, era necesario llevar el sacrificio hasta lo último; separarse, en una palabra, de madama de Chateauroux mientras durase la campaña. Y no dejó el ministro de recordar al rey el ejemplo de Luis XIV abandonando en circunstancias semejantes á madama de Montespan por consejo de Colbert.

Madama de Chateauroux, defendida por su partido y aliada con Argenson, tuvo que luchar defendiendo palmo á palmo el terreno para contrarrestar los consejos de Maurepas y quizá también los efectos de aquella popularidad que el rey empezaba á saborear, el aplauso de la opinión pública que hacía palpitar su corazón, despertando en él la realeza, el instinto del pudor, dándole por un momento fuerza para tomar

algunas resoluciones y renunciar á ciertos caprichos. Madama de Chateauroux recibió orden de quedarse en París. Pero como si el rey hubiera querido dar algún consuelo al despecho de su querida, igualándola á ella con la madre del Delfin, Luis XV, al partir, prohibió á la reina que le siguiese, y ni las instancias, ni los humildes ruegos, ni las tímidas y suplicantes cartas de María Leczinska obtuvieron más contestación de su marido que cuatro líneas secas escritas por Luis XV en el momento de subir al carruaje, diciendo á la reina que «su viaje á la frontera constituiría un gasto enorme».

El rey había tomado una resolución; pero, sin embargo, le costaba trabajo separarse de madama Chateauroux, y en una carta en que prevenía al mariscal de Noailles que le esperase á cenar el 30 de Abril, le decía: «Comprenderéis que alguna *princesa* se alegraría mucho de que retardase algunos días mi marcha; pero también temo que esto pueda perjudicarme á mí ó á mis negocios.» El 27 de Abril, en una segunda carta, el rey anuncia su llegada definitiva á Valencienes para el lunes 4 de Mayo.

Esta vez Luis XV fué exacto. El 2 de Mayo, después de la cena fué á visitar á la reina, en cuya habitación estuvo un cuarto de hora; después anunció que se acostaría á la una y media. A la hora designada entró en su habitación, no haciendo más que cambiar de traje, y acompañado del obispo de Soissons fué á orar á la capilla. Volvió á su habitación; hizo que viniese el Delfin, al cual habló en presencia de M. de Châtillon con mucho cariño, escribió á Madama, á quien no quiso ver para evitarse una escena de lágrimas, y redactó estas líneas para madama de Ventadour: «Rogad á Dios por la prosperidad de mis armas y por mi

gloria personal.» Su carroza esperaba en el patio al pie de la escalera de mármol.

El rey llega al ejército. Francia entera sólo tiene alabanzas para él. La nación comenta su alegría, su actividad, sus visitas á las plazas próximas á Valenciennes, á los cuarteles, á los almacenes, á los hospitales. Prueba el rey el caldo de los enfermos y el pan de los soldados, y la opinión pública se felicita de que terminen las especulaciones de los contratistas. Se muestra atento, laborioso, diligente, quiere conocer á todos los oficiales, habla á los soldados... todos confían en su interés, en su celo. Y cuando el soberano, hablando con el embajador de Holanda, le dice: «Os contestaré en Flandes», Francia aplaude entusiasmada la respuesta.

El espíritu de las tropas se levanta, y entre tanto la burguesía y el pueblo exclaman á coro: «*Ahora no se trata de mujeres.*» Todos alaban la bizarría del rey y corre de boca en boca el relato de su hazaña cuando en el sitio de Menin se presentó á la cabeza de los zapadores, á seis toesas del camino de ronda, á dos de la empalizada. En fin, la ilusión es tan grande, que hasta los que conocen á fondo á Luis XV se preguntan con esperanza: ¿Tendremos rey?

De pronto cesa el entusiasmo, los devotos flamencos se escandalizan, el soldado se burla...

Un grito de despecho y de indignación resuena en toda Francia defraudada. Madama de Chateauroux se ha unido al rey en Lille.

---

## XVI

Madama de Chateauroux en Champs y en Plaisance, después de la partida del rey.—Carta de la duquesa contra Maurepas.—La duquesa celosa de su hermana madama de Flavacourt.—Viaje de las dos hermanas á la frontera.—Mal recibimiento obtenido en Lille.—Carta de la duquesa sobre la capitulación de Iprés.—Viaje del rey y de su querida de Dunkerque á Metz.—El rey cae enfermo el 8 de Agosto.—Madama de Chateauroux cierra la puerta de la cámara real á los príncipes de la sangre y á los altos dignatarios de la corona.—El conde de Clermont fuerza la consigna.—Conferencia de la favorita con el confesor Perusseau.—El miércoles, 12.—El rey advierte á la favorita que quizá sea preciso separarse.—El duque de Bouillon al saber por Richelieu que el rey se niega á dar la orden, anuncia su retirada de palacio.—El jueves, 13.—Luis XV durante la misa pide el confesor.—Expulsión de las dos hermanas.—No se da el viático al rey hasta que la concubina está fuera de los muros de la ciudad.—Luis XV, por conducto del obispo de Soissons, pide perdón por el escándalo de sus amores.

Madama de Chateauroux y su camarilla se habían visto obligados, por el pronto, á ceder ante la hábil maniobra de Maurepas; y Richelieu, no sabiendo cómo vengarse del ministro, consiguió que le encomendaran una misión de inspección en los puertos, misión que le alejaba al mismo tiempo del teatro de la guerra y del rey.

El mentor de madama de Chateauroux conocía á fondo al rey; así es que al despedirse de la duquesa la había tranquilizado diciéndole que no tendría necesidad de aguardar mucho tiempo, y que «la formalidad» de Luis XV, muy engreído en su nuevo papel, no sería tan duradera que justificase sus alarmas.

Con estas seguridades, la víspera de la partida del rey la duquesa de Chateauroux fué á París á despedir al ministro de la Guerra, que partía para Flandes, y después se trasladó con madama de Lauraguais á Champs, á casa de M. de la Vallière.

Desde allí se dirigió á Plaisance, á la hermosa finca de Paris-Duverney, donde engañando su impaciencia con las cartas del rey, que le enviaba frecuentes correos, esperaba la realización de las promesas de Richelieu. Dos días después de la partida de Luis XV, ya sabían los cortesanos mejor informados que M. de Bonflers andaba ocupado en procurar á la favorita un alojamiento próximo al cuartel general de su majestad.

Sin embargo, pasó todo el mes de Mayo sin que Luis XV llamase á su lado á madama de Chateauroux, y el 3 de Junio la duquesa, muy inquieta, escribía á Richelieu esta carta, en la que se desborda su cólera contra Maurepas, que es «*el tormento de su existencia*», y en la que demuestra vivas alarmas y gran impaciencia por reunirse con su amante:

«*Plaisance 3 de Junio 1744.*

*Quemad esta carta en cuanto la leais.*

*Puedo aseguraros, querido tío, que M. de Argenson se ha burlado del mariscal de Noailles haciéndole creer que sería ministro de Negocios Extranjeros, porque el rey no parece inclinado á darle este cargo, á no ser que haya variado de opinión desde hace cuatro días, cosa que no me parece verosímil. En cuanto á Fauquinet (Maurepas), pienso como vos y estoy persuadida de que no conseguiré nada sino con hechos; pero ¿dónde bus-*

carlos? Que me los proporcionen, y yo prometo hacer uso de ellos, porque me es odioso y... (no lo confesaré más que á vos, por no darles esa alegría), pero ese hombre es el tormento de mi existencia.

Se habla más que nunca de madama de Flavacourt, y se dice que escribe al rey. La reina la distingue mucho, y me consta que la ha incitado á confiarse á ella, y que la Poule le ha contestado que no sentía la menor afición el rey, pero que sería capaz de cualquier disparate antes que ser echada de la corte y tener que volver al lado de su marido.

No he dicho de esto una palabra al rey, porque no son cosas para escritas, y porque quiero, cuando le vea, enterarle de todo lo que sé para hacerle confesar si hay algún fundamento. Convenid en que con lo que sabemos hay para estar inquieta; pero habladme francamente: el rey ¿se ocupa de mí? ¿Habla de mí á menudo? ¿Se aburre de no verme? Vos podéis muy bien tenerme al corriente de todo esto. En cuanto á mí, estoy muy contenta; no puede ser más exacto en escribirme, ni sería justo que me quejara de falta de confianza y cariño; pero de esto no se puede sacar ninguna consecuencia; el momento en que os engañan es á veces en el que más cariño os demuestran para ocultar mejor el juego. Faugnet, aunque ausente, remueve cielo y tierra; es necesario desembarazarnos de él, y yo no desespero de conseguirlo, porque esa es mi idea fija, y más tarde ó más temprano se vence.

Que se me proporcionen los medios, y sabré utilizarlos; pero es necesario que yo esté junto al rey, porque separada de él todo es más difícil. Dicen que el mariscal de Noailles no quiere que vaya; sin embargo, el duque de Agen parece que lo desea. No lo comprendo; en verdad, querido tío, que yo no soy á propósito para es-

*tas cosas, y algunas veces se apodera de mí un desaliento terrible. Si no amase al rey como le amo, no me preocuparía tanto. Os hablo con entera sinceridad; amo al rey todo lo que se puede amar, pero el tener que afrontar tantos obstáculos es para mí ya un tormento continuado; realmente sufro más de lo que vos creéis.*

*Se necesita ser una gran loca como yo para haber comprometido así mi corazón y mi tranquilidad. Pero, en fin, ya está hecho y hay que tener paciencia; estoy persuadida que todo se arreglará según mis deseos. Pase lo que pase, querido tío, puedo aseguraros que no tendréis nunca una amiga que os ame más tiernamente que yo.*

*Arreglad todo lo concerniente á mi viaje, porque considero necesaria mi presencia. La otra carta que os escribo es para que se la enseñéis al rey. Vigildad de cerca á madama de Conti y dadme cuenta del recibimiento que el rey le haya hecho.»*

Independientemente del odio que madama de Chateauroux confiesa tener á Maurepas, esta carta es curiosa como testimonio autógrafo de los celos que siente la duquesa de Chateauroux demadama de Flavacourt, celos que ya se habían manifestado durante la primavera de aquel año, siendo causa de que su hermana no asistiese á las cenas de los gabinetes del rey ni acompañase á la corte en sus jornadas. Madama de Chateauroux consiente en compartir el amor del rey con madama de Lauraguais; esta es su hermana predilecta y le es indispensable como lo era madama de Vintimille á madama de Mailly; la Lauraguais tiene los mismos amigos que la favorita, y patrocina todos sus planes políticos con entusiasmo. Además es fea, y esta fealdad tranquiliza á la duquesa, que no cree ca-



paz á su hermana de encender una gran pasión en el corazón del rey. Madama de Flavacourt ya era otra cosa; su carácter y su espíritu no han estado nunca de acuerdo con el carácter y el espíritu de madama de Chateauroux: madama de Flavacourt, á pesar de sus relaciones con las dos hermanas, pertenece secretamente al campo enemigo, es amiga de la reina, tiene amistad con Maurepas «á cuya oreja está siempre, según expresión de madama de Tencin, colgada»; es quizá la elegida por el partido de Larochefoucauld para remplazar á la favorita; es, en fin, bella, de una belleza superior á la de su hermana, y á la sazón en toda su plenitud; de tal modo, que se la cita como la mayor hermosura de la corte.

Lo cierto es, que en el mes de Mayo de 1744 se entabló una correspondencia entre madama de Flavacourt y el rey por medio de Lebel. Madama de Chateauroux no tenía gran confianza en la duración eterna de la virtud de su hermana y atribuía con la opinión pública, las primeras alarmas de *la Poule* ante los deseos de Luis XV, á un miedo algo pueril á las amenazas de su marido. Y verdaderamente no había motivo para creer en la solidez de esta virtud después de la confesión poco tranquilizadora de su hermana, confesión que no se encuentra solamente en la carta de la duquesa, si no que está expresada en términos casi idénticos por madama de Tencin, quien dice saberlo por el cardenal de Polignac, al cual la reina había hecho la confidencia.

Y á este anuncio anticipado de la posibilidad de su caída, había precedido un incidente ocurrido aquel invierno y en el que se reveló el amor del rey por la hermana de la favorita. En un baile de máscaras que se dió en el mes de Enero en las habitaciones de Mes-

dames, se presentó una mascarada de cuatro ciegos, entre los cuales iba el duque de Agenois que hacía su reaparición en la corte, y á quien madama de Flavacourt servía de lazarillo.

Madama de Flavacourt no se quitó la careta para no ser reconocida por el rey, al cual había dicho que no asistiría al baile; pero Luis XV, informado de su presencia, mostró cierto despecho y dijo en voz alta y con una brutalidad que no estaba en sus costumbres, que hacía muy bien en no quitarse la careta, porque le había prometido que si la reconocía la arrojaría del baile y añadió que hubiera cumplido su palabra.

Es preciso hacer constar, además, que, en aquella época, Agenois, el antiguo amante de madama de Chateauxoux, demostraba una gran pasión por madama de Flavacourt, que, sin rendirse, se dejaba adorar ostensiblemente. Esta comedia de amor, ¿era acaso para Agenois un medio de reavivar el sentimiento mal extinguido en el corazón de su antigua querida? ¿Era para madama de Flavacourt, aparte de la satisfacción de hacer rabiar á su hermana, un medio de excitar y de aguijonear la pasión naciente del rey?

---

Para que madama de Chateauxoux se reuniese al rey había que salvar las apariencias ó atenuar al menos el escándalo, logrando que hicieran antes el viaje algunas damas de la corte. Lo primero que se necesitaba era una persona complaciente, y fué una princesa de la sangre, la duquesa de Chartres, la que impulsada por su suegra, la princesa de Conti y pretesando que el duque de Chartres se había caído del caballo, rompió la marcha poniéndose en camino para la frontera. El primer paso estaba dado. Una verda-

dera corte femenina llegó al cuartel real. Al mismo tiempo Richelieu inquieto por el ascendiente que el mariscal de Noailles y el duque de Agen iban adquiriendo en el ánimo del rey, precipitó las cosas y dió el golpe decisivo, avisando á madama de Chateauroux sin contar con el rey, para que hiciese sin más demora el viaje. Simultáneamente dió cuenta á Luis XV de la próxima llegada de su querida, y para vencer mejor los temores de madama de Chateauroux y los escrúpulos del amante, declara con un tono decidido que no admite réplica, que él asume la responsabilidad de todo lo que pueda sobrevenir.

El 6 de Junio madamas de Chateauroux y de Lauraguais fueron á ofrecer sus respetos á la reina, pero sin atreverse á hablar de su viaje á Flandes. La reina las invitó á cenar y las honró con su conversación. Ante esta magnanimidad de la mujer legítima, la querida del rey sintióse turbada. Y se advirtió su turbación durante la cena y en el juego. En cuanto á madama de Lauraguais, «esa no se turba tan fácilmente», dice Luynes.

La mujer de Luis XV se veía obligada á sufrir los homenajes irrisorios de las favoritas y de su corte. ¡Vil comedia, que al fin fatigó á la reina, empujando á sus labios esta frase en que se adivinaba su cansancio: ¡Que se marche cuando quiera, me tiene sin cuidado ese estúpido viaje!»

Dos días después, el 8 de Junio, en el secreto de la noche, una berlina de cuatro asientos, seguida de una góndola, ocupada por la servidumbre, llevaba á la frontera á las dos hermanas acompañadas por madamas de Roure y de Bellefonds.

Mucha fué la habilidad de Richelieu para reunir á los amantes, atenuando el escándalo todo lo posible y

rodeando á la favorita de una verdadera corte de honor, en la que figuraban tres princesas de la sangre, pero ni aun así logró cortar las murmuraciones, que iban en aumento, hasta el punto de que el mismo rey tuvo ocasión de escuchar varias veces las canciones irrespetuosas de los suizos. Las quejas eran generales. El rey comía y cenaba en las habitaciones de su querida, y causó verdadera indignación ver instalada á madama de Chateauroux en el *Petit-Gouvernement*, al lado del alojamiento del rey.

Dos horas después de la llegada de la duquesa de Chateauroux se declaró un incendio en el pabellón de un cuartel, y los habitantes del pueblo, religiosos y timoratos provincianos, vieron en el siniestro un efecto de la cólera celeste.

Todas las noches multitud de jóvenes, parafraseando la canción de madama *Eurouxe*, iban á cantar bajo las ventanas de la favorita:

*Belle Chateauroux*  
*Je deviendrez fou*  
*Si je ne vous baise*

.....

El rey, la favorita, su hermana, el mismo duque de Richelieu, juzgaron conveniente fingir que se doblegaban ante la opinión unánime de París, de provincias y del ejército, desencadenado contra la duquesa. El rey se separó de madama de Chateauroux y emprendió el sitio de Iprés.

Iprés fué tomada el 25 de Junio. El mismo día la duquesa escribía á Richelieu esta carta que empieza con una fanfarronada española:

«Lille, 25 de Junio de 1744, á las dos y media de la mañana.

Seguramente, querido tío, la noticia que me dais es muy agradable y me llena de satisfacción; estoy loca de contento. ¡Tomar en nueve días á Iprés! Nada más halagüeño y glorioso para el rey. No hizo otro tanto su bisabuelo siendo un rey tan grande. Lo que ahora hace falta es que la campaña siga con la misma fortuna. Yo confío en que así sucederá, porque ya sabéis que yo casi siempre lo veo todo de color de rosa y creo que mi estrella, que no es mala y en la cual tengo gran confianza, influye en todo; merced á ella tendremos buenos generales, ministros, etc. Nunca ha hecho el rey cosa mejor que ponerse bajo su amparo. Dadme noticias del estado de Meuse; estoy realmente disgustada y su enfermedad me ha preocupado todo el día; no me gusta ver desaparecer las personas con quienes vivo; preguntad, de mi parte, cómo sigue, y si le veis, decidle cuánto deploro su enfermedad. Madama de Módena está empeñada en presenciar la entrada del rey en Iprés y me asedia para que yo pida permiso al rey. No lo he hecho porque no sé si será de su agrado. No teniendo la seguridad de ser bien recibida mejor es que me quede aquí; ya recordaréis que así lo convinimos antes de partir vos. Decidme lo antes posible qué pensáis de esto, porque no hay que perder un instante. Celebraré mucho que Vernay me dé la respuesta de Monmartel respecto á los Salles (1). Es muy tarde para extenderme sobre estos capítulos; lo más que puedo deciros es que los sostendré todo lo que pueda. Buenas noches, querido tío, os quiero con todo mi corazón.»

(1) Dos hermanos, hombres de negocios, protegidos por la duquesa de Chateauroux.

Después de la toma de Iprés, madama de Chateauroux se reunió con el rey en Dunkerque. De allí salió Luis XV para visitar las principales poblaciones de Flandes. Apenas el rey volvió á reunirse con su querida, cuando el paso del Rhin por el príncipe Carlos y la amenaza de una invasión, le obligaron á ir en socorro de la Alsacia.

Madama de Chateauroux se niega á separarse del rey, y obtiene permiso para seguirle, y en este itinerario en que pasan por Saint-Omer, Béthume, Arras, Péronne, La Fère, Laon, Reims, Chalons, Verdun, en todas las poblaciones en que se detenían, el conde de la Suse, aposentador del rey, cuidaba de preparar alojamiento á la favorita y de que tuviera fácil comunicación con el del rey.

En este largo viaje, que parece un paseo militar, le ocurren al rey aventuras semejantes á las de Laon. Come de incógnito con su querida en cualquier rincón escondido. El pueblo lo sabe y lo espía, y cuando el monarca sale de *tapadillo* con la duquesa, lo ensordecen con sus gritos de ¡viva el rey!; Luis XV trata de ocultarse en un jardín. Le ven y vuelven á gritar de nuevo, ¡viva el rey!, y se repite dos ó tres veces la misma escena... El irrespetuoso Argenson compara estos incidentes á la fuga de Pourceaugnac perseguido por los lavativazos...

En Reims una enfermedad repentina y extraña obligó á la duquesa á guardar cama, y mientras los médicos aseguraban que se trataba simplemente de «un hervor de sangre»; los cortesanos creyeron ver un remordimiento, uno de esos remordimientos de amor tan frecuentes en las mujeres... El duque de Agenois había sido herido en la toma de Châteaux-Dauphin, y se atribuía la dolencia de madama de Chateauroux, á

la impresión experimentada al recibir la noticia del accidente ocurrido á su antiguo amante. El rey, agorero y fúnebre como siempre, hablaba ya del sitio donde se enterraría á la duquesa y de la forma que había de tener su tumba.

Luis XV retardó un día su partida de Reims, durmió en Chalons y llegó á Metz, donde le alcanzó madama de Chateauroux, repuesta de su enfermedad, ó dominando ya por completo los impulsos de su corazón y más serena ante los recuerdos del pasado.

Y fué en Metz donde los amantes, perdido el último resto de pudor, acostumbrados ya á las murmuraciones durante aquel largo viaje, hicieron la más cínica exhibición de sus amorios. Entre el alojamiento del rey y el de la favorita que estaba en la abadía de Saint-Arnauld, se levantó una empalizada. Cuatro calles atajadas para el pueblo, prohibidas para el tránsito, pregonaban el escándalo y aseguraban al rey un camino que no podían obstruir sus fieles súbditos. Luis XV no se vería precisado á esconderse.

De repente, cuando mayor era la indignación de la ciudad, se extendió la noticia de que el rey estaba gravemente enfermo.

El sábado 8 de Agosto, después de un día pasado al sol para visitar las fortificaciones, después de una gran cena en que Luis XV había brindado á la salud del rey de Prusia, su nuevo aliado, después de una noche de amor, el rey se despertó con fiebre y violento dolor de cabeza.

Tenia que asistir á un *Te Deum* que se cantaba en acción de gracias por el éxito militar que suponía el paso de los Alpes por el príncipe de Conti, *su primo el gran Conti*, como había dicho el rey la víspera con la copa en la mano. No se sintió en estado de poder asistir.

A pesar de las sangrías, del emético y de las purgas, la fiebre y el dolor de cabeza aumentaban, los síntomas morbosos se agravaban, y el 12 Castère, un médico de Metz llamado á consulta, declaró que no podía responder de la vida de Luis XV.

Desde el día en que el rey cayó malo, hasta el jueves 13, después de la misa, las dos hermanas y Richelieu estuvieron solos en la habitación del enfermo, no dejando entrar más que á los criados de su confianza los cuatro ayudas de cámara y los ocho ayudantes de campo que pertenecían al partido de la favorita. Los príncipes de la sangre, los altos dignatarios de la corona no entraban más que á la hora de la misa, y dicha ésta se veían obligados á retirarse. La Peyronie, que era muy adicto á la Chateauroux, sólo admitía el concurso de Chincogneau, primer médico de cámara y persona de su confianza. A Marcot, médico de cabecera, apenas si le permitía tomar el pulso al enfermo y permanecer un minuto junto á su lecho. De este modo La Peyronie logró ocultar durante muchos días la gravedad del rey, llegando hasta el extremo de negar á los príncipes la consulta pública que solicitaban, declarando que la enfermedad del rey no tenía por qué alarmar á los médicos. Y dijo aún más: añadió que los alarmistas incurrían en una responsabilidad grande, y que si el rey llegaba á apercibirse podría cambiar bruscamente la índole de sus recargos febriles y ponerle en verdadero peligro. De todo lo cual no podían aceptar la responsabilidad los médicos. Y sólo Richelieu continuó asistiendo á las consultas, á pesar de los derechos que tenía el gran chambelán de asistir á ellas y de tomar parte en todo lo que se relacionara con la salud del soberano.

Alejados de la persona del rey los príncipes de la



sangre y los altos dignatarios de la corona, entre los cuales se encontraban Bouillon, la Rochefoucauld y Villeroy; privados del derecho al ejercicio de sus cargos, murmuraban en voz alta en una habitación contigua á la del rey en donde los dos partidos se reunían...

Madama de Chateauroux escuchaba indiferente sus quejas y las acres censuras que le dirigían por romper con todos los usos y tradiciones de la corte. Un día contestó con desdén casi insultante «que si ella se plegase á la etiqueta no tendría derecho de estar en la habitación del rey».

Ante semejante respuesta, el conde de Clermont, con el prestigio de su nombre y los derechos que le concedían su amistad con el rey, se decidió á forzar la puerta, y acercándose al lecho del regio enfermo le dijo respetuosamente, pero con entereza militar, «que no podía creer que la intención de su majestad fuera que los príncipes de su sangre que estaban en Metz se vieran privados de la satisfacción de conocer por ellos mismos su estado; que no querían importunarle con su presencia, pero sí tener la libertad de entrar un momento, y que para probar que él no perseguía otro objeto, se retiraba en seguida».

El rey dijo á Clermont que no se marchara; pero esto no fué para el partido de los príncipes y de los altos dignatarios de la corona más que una insignificante victoria; la puerta de la habitación del rey sólo quedó *entreabierta*.

Lo importante para los adversarios de la querida y de Richelieu, era hacer llegar al confesor al lecho del rey, y todos los días había conferencias y cabildeos entre el duque de Chartres, el conde de Clermont, Bouillon, Villeroy, Fitz-James, nieto de Berwic, obis-

po de Soissons, prelado de una gran austeridad y el confesor Perusseau.

La duquesa de Chateauroux no ignoraba estos manejos, y ante la debilidad creciente de Luis XV, ante los primeros síntomas de sus terrores religiosos que le hacían ver en el humo de un papel que se quemaba, las llamas del infierno, temiendo que de un momento á otro el enfermo llamara á su confesor y éste, después de absolverle, proclamara públicamente la orden del rey, arrojándola de su lado, celebró consejo con Richelieu y el ayuda de cámara de servicio, y en este conciliábulo se convino ganarse la voluntad del confesor, atraerlo y ponerlo de parte de la favorita.

Detrás de la habitación ocupada por el enfermo había un gabinete. Richelieu guardaba la puerta. En aquel gabinete se verificó una verdadera escena de comedia entre la querida y el jesuita.

La duquesa abordó resueltamente el asunto preguntando al padre jesuita si se vería obligada á partir en el caso de que el rey pidiese la confesión y los sacramentos; y como el sacerdote vacilase en contestar, ella exigió una respuesta clara, no sin hacerle presente el escándalo que se daría si la echaban, escándalo que comprometería la reputación del rey. Trató luego de convencer al confesor de las ventajas que tendría para su honor personal y para el del monarca, una partida secreta y voluntaria. Pérusseau, que además del celo por la salvación del rey tenía sutileza y habilidad, y gran apego á su orden al mismo tiempo que á su cargo, hablaba sin contestar, balbuceaba, acudía á las hipótesis y acababa por decir: «¡Pero, señora, quizá el rey no se confiese!» «Se confesará», le decía la duquesa, la cual, hablando de las creencias del rey, de las suyas propias, declaraba que ella sería

la primera en exhortar á Luis XV á que se confesase, tanto por el buen ejemplo como porque no quería tener la responsabilidad de que no lo hiciera... y volviendo, sin ambajes ni circunloquios, al objeto de la conferencia, preguntó de nuevo al padre jesuita: «¿Seré despedida? decídmelo.»

Perusseau, turbado por esta interpelación, trataba de esquivar la respuesta, manifestándole que no era lícito hablar de las consecuencias de la confesión del rey por adelantado, que la conducta del confesor dependía de las declaraciones del penitente, que él no tenía personalmente mala opinión de la amistad del rey con la duquesa, que todo, en una palabra, dependía de las declaraciones del soberano.

«Si no es más que eso...», interrumpió madama de Chateauroux., y en pocas palabras y con tono altivo y desenvuelto hizo la confesión de su amante, y terca en su demanda, volvió á preguntar al jesuita: «¿Juzgáis ahora que es caso de echarme...? ¿No hay alguna excepción para un rey?»

Más apurado que nunca, sin salida posible, comprometido en secreto con el partido que esperaba de la confesión la caída de madama de Chateauroux, pensando también los resentimientos de la duquesa si el rey se curaba sin confesarse, Pérusseau, agotado el repertorio de palabras ámbiguas, se retiró despacio hacia el fondo del gabinete y quiso salir, pero Richelieu, que vió la maniobra, le cerró el paso, pidiéndole encarecidamente que fuese explícito, que no apelara al «... pero... quizá... veremos...», y suplicándole que concediera por adelantado á madama de Chateauroux una retirada sin escándalo.

Como el padre Pérusseau se obstinara en su silencio, Richelieu le obligó á volver el rostro, mostrán-

dole á madama de Chateauroux, que con lágrimas en los ojos, humilde y acariciadora, con un gesto de Magdalena arrepentida, le jura que si él quiere evitar el escándalo, ella se retiraría de la habitación del rey durante su enfermedad, y no volverá á la corte más que como amiga suya; en suma: que se convertirá y que el padre Pérusseau será su confesor.

Ni promesas ni ruegos pudieron arrancarle al padre jesuita el secreto del sacrificio que pensaba exigir al rey para reconciliarle con Dios.

Entre tanto, la enfermedad, el agotamiento, la muerte, se hacían cómplices de los enemigos de la favorita, separando cada vez más el pensamiento del rey de su querida. Luis XV se le escapaba de entre las manos.

El miércoles 12, á pesar de la oposición de la Peyronie, momentos antes de la misa, M. de Soissons acercándose al lecho del rey, le habló largo rato de la gravedad de su estado y de los deberes que tenía que cumplir.

Richelieu, inquieto por esta conferencia, y sin atreverse á interrumpirla, preguntó á M. de Bouillon lo que podía decir al rey el obispo de Soissons. *Monsieur* de Bouillon le contestó que él no sabía nada, pero que si el obispo hablaba al rey de cosas serias en aquel momento era muy natural.

Luis XV se resistía á las piadosas solicitudes de *monsieur* de Soissons, pretextando que estaba muy débil, que sufría un gran dolor de cabeza, que tendría que decir muchas cosas. Y en vano *monsieur* de Soissons le invitaba á empezar su confesión, aunque no la terminase aquel mismo día.

Después de la misa todo el mundo salió. El rey quedó muy preocupado de su conversación con Sois-

sons, mientras que Richelieu, que desde el principio de la enfermedad la echaba de médico y le tomaba el pulso á cada minuto, juraba por su vida, inútilmente por cierto, que el rey no tenía más que una ligera irritación gástrica.

Madama de Chateauroux que, á fuerza de caricias, consiguió que el rey le besara la mano, le oyó decir en seguida: «¡Ah! *princesa*, yo creo que hacemos mal.» Ella quiso cerrarle la boca con un beso. Luis XV esquivó sus labios pronunciando estas frías palabras, que contuvieron la tierna efusión de su querida: «Quizá sea necesario que nos separemos.»

La tarde de aquel día la pasó el rey en gran turbación y terrible inquietud de espíritu.

A las once de la noche, hora en que los príncipes y altos dignatarios de palacio se reunían en la antecámara para tomar la orden del rey, Richelieu, juzgando de gran importancia impedir toda nueva tentativa del partido religioso cerca del monarca, entreabrió la puerta de la cámara real, llamó á *monsieur* de Bouillon, y le dijo que su majestad les autorizaba para retirarse.

Aquella despedida era lo mismo que cerrar de nuevo la puerta de la habitación del rey á los enemigos de madama de Chateauroux. Así es que *monsieur* de Bouillon, furioso, declaró que los que quisieran tomar la orden de un Vignerot que lo hicieran, pero que él se retiraba y no volvería más.

La noche del miércoles 12, al jueves 13, fué muy mala, tan mala, que la Peyronie se vió obligado á confesar á *monsieur* de Bouillon que no creía que al rey le quedaran ni dos días de vida, y que avisara á *monsieur* de Soissons.

*Monsieur* de Bouillon le recriminó violentamente re-

prochándole su conducta con los demás médicos y acusándole de haberle excluido de las consultas, contra todos los usos palatinos.

En seguida mandó llamar á Champcenetz, padre, y le encargó que advirtiera á Luis XV que él, *monsieur* de Bouillon, entraría aquel día en su cámara, á menos de una orden expresa de su majestad. Y antes de la misa entró en la cámara del enfermo con MM. de la Rochefoucauld, de Henry y los dos príncipes de la sangre. Bouillon hizo presente al rey con enérgicas frases el dolor que sentía de no poder demostrarle su adhesión y su celo en el cumplimiento de los deberes de su cargo, y lo mismo los demás dignatarios de su casa.

El rey estaba muy postrado; pero en su espíritu suspicaz habían hecho mella las hábiles y constantes insinuaciones de Richelieu, en contra de aquellos cortesanos impacientes que reclamaban el ejercicio de sus cargos como si sólo les preocupase el verse privados de sus prerrogativas. Así es que el rey se limitó á contestar... «Yo bien quisiera, pero...» Había empezado la misa, cuando de repente se oyó gritar al rey... «Bouillon, Bouillon... me muero... el padre Pérusseau... pronto... pronto...»

Richelieu y madama de Lauraguais conducen á madama de Chateauroux al gabinetito, donde unos días antes había celebrado su conferencia con el confesor de su majestad.

Inquieta, palpitante, aturdida todavía por lo inesperado de su caída, madama de Chateauroux escucha y espera; espera, sabiendo que su desgracia es inevitable, devorando su vergüenza, con la ansiedad reflejada en el rostro... Al fin la puerta se abre y una voz lanza sobre las dos hermanas esta sentencia de destierro:

«Señoras, el rey os ordena que os retiréis inmediatamente de su casa.»

La persona que así las arrojaba, aumentaba la humillación de madama de Chateauroux: era el obispo de Soissons.

La orden de expulsión de las dos hermanas fué confirmada por el rey después de haberse confesado.

Luis XV dijo á *monsieur* de Bouillon y á los altos dignatarios de la corona: «Ahora podéis demostrarme vuestra adhesión como deseabais; ya no hay obstáculos.»

Poco después hubo en la antecámara una escena violenta y tumultuosa. Los altos funcionarios recriminaban á los ayudados de cámara, á la Peyronie, á de Meuse, á todos los que por ser adictos á madama de Chateauroux, les habían cerrado antes el paso cumpliendo las órdenes de la favorita. El anciano de Meuse se puso malo y hubo que llevarle un vaso de agua.

Los cortesanos amenazaban destempladamente á los caídos, diciéndoles á gritos que responderían con su cabeza de la muerte del rey; el mismo Riechelieu no se libraba de su furia; pero el cínico personaje, con el tono burlón habitual en él, anunciaba que pasada la tormenta, volverían las dos hermanas á la corte más poderosas que nunca. Y no cesaron sus jactancias hasta que recibió la orden de reunirse al ejército del Rhin, con todos los ayudantes de campo, de los cuales quedaban en Metz, de Meuse y el duque de Luxemburgo que estaba enfermo.

La tarde en que el rey debía recibir el viático, el obispo de Soissons supo que la favorita no había salido todavía de la ciudad. En seguida avisó á la parroquia que no saliera el viático hasta nueva orden, y volviendo al lado de Luis XV, le declaró que las le-

yes de la Iglesia y los cánones prohíben llevar el cuerpo de Nuestro Señor mientras la concubina esté dentro de los muros de la ciudad, y de este modo arrancó al moribundo una orden definitiva para que la duquesa fuera expulsada.

No se le dió al rey la comunión hasta que las dos hermanas salieron de Metz con las cortinillas del carruaje corridas, en medio de la cólera de aquel pueblo, que en poco estuvo que apedreara á las fugitivas. Así traspusieron las puertas de la ciudad.

El viernes 14 el estado del rey se agravó, y se acordó darle la Extremaunción. Pero *monsieur* de Soissons, sabiendo que la duquesa de Chateauroux no se había alejado y que esperaba los acontecimientos á algunas leguas de Metz, obtuvo una orden del rey que la obligaba á continuar su viaje.

Después de recibir el rey la Extremaunción, *monsieur* de Soissons hizo que entraran en la estancia del enfermo los príncipes y los altos funcionarios de la corona, y les dijo: «Que el rey pedía perdón por el escándalo y el mal ejemplo que había dado, y declaró, en nombre de su majestad, que su intención era que madama de Chateauroux no siguiese al lado de la Delfina.» A lo cual el rey añadió con voz casi firme: «Ni su hermana.»

---



## XVII

Las dos hermanas huyen de Metz.—La duquesa de Chateauroux piensa un momento quedarse en Sainte-Menehould.—Sus cartas á Richelieu.—Peligros y humillaciones durante el viaje.—Llegada á París.—Nuevas cartas.—Alternativas de esperanza y desaliento.—Richelieu trabaja en favor de la duquesa.—El rey enamorado.—Probabilidades de éxito acentuadas en el mes de Octubre.—Entrevista del rey y la duquesa la noche del 14 de Octubre.—Las cabezas que pide la favorita.—Destierro de Châtillon, de Balleroy, de Fitz-James, de la Rochefocauld y de Bouillon.—Misión humillante encargada á Maurepas.—Repentina enfermedad de madame de Chateauroux.—Delirio furioso.—La enferma es sangrada once veces.—Su muerte (8 de Diciembre de 1741).—Disertación del abate Galiani sobre *l'aqua tofana*.—El médico Vernage.—Maurepas es más incapaz de crímenes que de virtudes.

¡Qué viaje de regreso, qué terrible fuga para la orgullosa duquesa! Refugiada en el fondo de su berlina, perseguida por los gritos de los aldeanos, por sus soeces injurias, se estremecía á la vez de miedo y de cólera, mientras los caballos del coche galopaban á toda brida.

Pero de repente, en Bar-le-Duc, siente que renace su esperanza, y con la sangre fría que le caracteriza, escribe á Richelieu comunicándole su resolución de quedarse en Sainte-Menehould y esperar allí los acontecimientos. En su carta se adivina el anhelo de una sangrienta venganza:

«*En Bar-le-Duc, á las diez.*

*No sé por qué, querido tío, me negáis toda esperanza,*

siendo mucha la mejoria y declarándolo asi el mismo Dumoulin.

Os aseguro que no me puedo convencer de que se muere y que son los monstruos los que triunfan; pero lo que me participáis de monsieur de la Rochefoucauld me molesta mucho, sobre todo si es para obligar á Faquinet á que diga ciertas cosas. Yo creo que mientras la cabeza del rey esté débil le durará la devoción, pero en cuanto esté un poco repuesta, me atrevo á apostar que mi recuerdo no le dejará en paz y que al fin no podrá resistir y preguntará á Lebel ó á Bachelier qué ha sido de mí, y como ellos me son fieles, el negocio irá bien. El porvenir tampoco lo veo negro si el rey vive, como yo creo. Ya no voy á Paris; después de maduras reflexiones me quedo en Saint-Menehould con mi hermana, y estas señoras seguirán su viaje. Es inútil decirlo, porque antes que se sepa habrán pasado lo menos dos ó tres días, y puedo haber caido mala en el camino, cosa que realmente es muy probable, y como podéis comprender, en ese tiempo se habrá resuelto todo en bien ó en mal; si es en bien, no se atreverán á decir nada, y como el rey no me ha designado el sitio, sino que ha dicho «en Paris ó donde ella quiera, con tal de que sea lejos», será agradable para él, si vive, pensar que yo he creído que veinte leguas son el fin del mundo y que me he retirado á un sitio en el que no puedo tener noticias suyas ni consuelos de ningún género y donde esté completamente entregada á mi dolor. Después, cuando el rey entre en la convalecencia bueno será estar lo más cerca posible de él, no para que él venga á buscarme, que por ahora no lo espero, sino para que me escriba ó me dé noticias suyas. Si muere marcharé á Paris, y allí os esperaré para poder hablarlos. En cuanto á mi cargo, si lo pierdo os confieso que me es igual,

pero no quiero tener nada que reprocharme; por lo demás, ¿qué puede ocurrirme? me quedaré en París con mis amigos, pero os aseguro que lloraré al rey toda mi vida, porque le amaba con locura y mucho más de lo que demostraba. En cuanto á prevenir á Mirepoix y á Broglie, no pienso en eso; mientras el rey viva no me conviene buscar ningún apoyo, sea de quien sea. Hay que sufrir con paciencia todos los tormentos que quieran imponerme. Si vive me compadecerá más, y se verá más obligado á darme una reparación pública, y aunque muera no estoy por hacer bajezas, aunque esperase de ellas la corona de Francia. Hasta el presente me he conducido con dignidad y me sostendré siempre lo mismo, porque es el único medio de hacerme respetar, de volver á la estimación pública y de conservar la consideración que creo merecer. Se me olvidaba decirlos sobre lo que Soissons afirma de no haber hablado al rey de madama de Lauraguais, que lo creo, y que desde el primer momento he pensado que era cosa del rey, por bondad para conmigo para no separarnos y para que mi hermana fuera mi consuelo, pero no hay que decirlo porque eso justificaría á Soissons, y no conviene. Estaré, pues, esta noche en Sainte-Menehould, y os ruego que mañana por la mañana me enviéis un correo y todos los días, porque no podéis imaginar cuál es mi estado de ánimo al encontrarme lejos del rey en estos momentos. No dejéis nunca á monsieur de la Rochefoucauld solo con el rey, pues eso me inquieta. Si vive, ¡cuánto sentirá todo lo que ha dicho y hecho! ¡Estoy persuadida de que recibirá muy bien á la reina y estará cariñoso con ella porque cree haberla ofendido y tratará de reparar esas ofensas; me diréis quiénes son las damas que ha llevado su majestad y diréis á monsieur de Soubise la resolución que he tomado de quedarme en Sainte-Menehould; y so-

*bre todo enviadme correos. Pero si vive, querido tío, ¡qué alegría! ya veréis; estoy persuadida de que todo esto es un aviso del cielo para hacerle abrir los ojos. Los malos pecerán. Si salimos del paso convendréis en que nuestra estrella lo puede todo, y que nada será imposible para nosotros. Yo espero que así sea. Hacéis muy bien en guardar la carta de Vernage; no la perdáis, porque puede sernos útil; mi hermana os da las gracias y yo os quiero tiernamente. Quemad mis cartas.»*

La duquesa llegó á Sainte Menehould el 18, el mismo día que se recibió en París la noticia de la mejoría del rey; noticia que aún ignoraba madama de Chateauxroux. La siguiente carta refleja su estado de ánimo. Han desaparecido sus esperanzas. A la fatiga física, tan grande que su pluma no acierta á terminar las palabras y escribe *davante* por *davantage*, ha seguido el abatimiento moral. Y en esta hora de desaliento, en esta dolorosa confesión de lo irremediable de su caída, ofrece á Richelieu renunciar para siempre á la corte.

*«En Sainte-Menehould el 18 á las once.*

*Estoy persuadida que el rey se curará, y esta idea me llena de contento. Su devoción me parece muy grande, y no me sorprende. No os asuste mi proyecto de quedarme aquí. Apenas había salido mi carta, cuando reflexioné que sería ridículo, y mañana sin falta seguiremos nuestro viaje, pero es natural que mi cabeza esté trastornada; estad tranquilo; os prometo que partiré en seguida para París. Si hablan del retraso, podéis*

*decir que los caballos han tenido la culpa; os doy mi palabra de honor de no detenerme más en el camino. Espero que no os reconvendrán por mi causa; eso sería demasiado; pero, por desgracia, hay que compadeceros más que á los otros, porque sois más sospechoso y no tenéis igual valimiento. Todo esto es horrible; la corte me repugna; he vivido en ella harto á mi pesar, y lejos de echarla de menos, como vos creéis, estoy decidida á no volver jamás aunque alguien lo pretendiera. Lo único que anhelo es que, más adelante, se me otorgue justa reparación á la afrenta que me han hecho, y no quedar deshonrada: esa es toda mi ambición; buenas noches, no puedo seguir; estoy muriéndome. Si me escribís por el correo, enviadme solamente noticias del rey sin ningún comentario; pero quisiera saber cómo ha sido recibido Fauginet. Cuento con vuestras cartas. ¿Qué dice madama de Bonfflers de nuestra triste aventura? Saludadla en mi nombre. Me encontré con la Poule; merecería que monsieur de Soissons le diera alguna pequeña muestra de sus bondades; acaso lo haga el mismo rey; sería gracioso... ¡Cuánta miseria, Dios mío! Os aseguro que esto se acabó para mí. Se necesitaría que yo fuera una gran loca para tener deseo de volver á embarcarme, y vos sabéis lo poco que me halagan y me deslumbran las grandezas, y que si yo hubiese seguido mis impulsos no me encontraría en este trance. Pero, en fin, ya no tiene remedio, y es necesario decidirse á no pensar más en estas cosas.*

*Procurad tranquilizaros y no os pongáis enfermo.»*

De nuevo emprendieron el viaje. El camino fué un calvario interminable y penoso. Aquella odiada carroza parecía llevar la impopularidad del rey de Francia

recogiendo á su paso las afrentas y las maldiciones de toda la nación. Madama de Chateauroux no se atrevía á entrar en los pueblos ó ciudades donde se hacía el relevo del tiro. La carroza era desenganchada en cualquier sitio extraviado de las cercanías y allí eran conducidos los caballos, pero no con tanto sigilo y pre-nura que la favorita no escuchara el lejano murmullo del pueblo pidiendo su cabeza.

Por fin logró entrar en París sin que se advirtiera su llegada. La ciudad entera pendiente de los correos de Metz, otorgaba liberalmente á Luis *le bien aimé* el tributo de su ansiedad, de sus ruegos, de sus lágrimas, consagrándole uno de esos afectos, propios del corazón francés, que tanto se parecen al amor, quizá porque hay en ellos pasión, arrebató, sinceridad, veleidades y falta de lógica. Oculta á las miradas de París huyendo del pueblo, encerrada en su casa, temerosa del escarnio de las turbas y las injurias soeces del arroyo, luchaba con mil contrapuestos sentimientos. La indignación sucedía á las lágrimas, el abatimiento al orgullo, se rebelaba contra la desgracia para caer en seguida en el abatimiento. En aquel débil cuerpo de mujer las crisis nerviosas llegaban hasta la convulsión y las crisis del alma variaban hasta lo infinito.

Al saber que el rey se había reconciliado con la reina la desesperación de madama de Chateauroux llegó al último límite; después, sobreponiéndose á su dolor reanudó su correspondencia con Richelieu; aquella correspondencia en que la desdichada hacía gala de una alegría ficticia, la máscara de los dolores más amargos y de las heridas más profundas del orgullo. Recobraba su energía, se ocupaba de las intrigas de Richelieu, seguía con atención los pasos de la princesa de Conti; prescindiendo de sus penas, parecía olvi-

darse de su presente para soñar con el porvenir y como si sus amores con el rey se hubiesen reanudado, hablaba á Richelieu de sus planes y de sus esperanzas.

«...Yo creo que si él (el rey) fuera solo (1) sería mejor para desembarazarle de la reina y para que á su regreso volviera á su vida ordinaria. Estoy persuadida de que así piensa también él y de que en la actualidad discurre acerca de todo esto buscando un medio para realizar el plan. Creo que la primera vez que vea á sus ayudantes de campo pasará un mal rato; es necesario hacer todo lo posible para que sea menor la violencia.

Vos ignoráis, quizá, la causa de que monsieur de Soissons me haya tratado con tanta dulzura. Pues todo consiste en que es el hombre más ambicioso del mundo, pidió al rey la plaza del cardenal de Rohan, y supo que yo me había opuesto y que había recomendado con interés al coadjutor; confesaréis que monsieur de Soissons es un santo varón y que está demostrado que solamente la religión lo guía. Adiós, querido tío, me aburro mucho de no veros; ya sabéis cuánto os quiero. Enviad todas esas cartas á su destino.

Después de terminada mi carta, veo por la vuestra la que os ha escrito monsieur D'Argenson. No acierto á decir os el efecto que me ha causado; estoy desesperada; por la fecha de la carta de monsieur D'Argenson veo que se lo exigieron el día de su comunión (2) y prefiero que él

(1) Trátase del viaje del rey á Strasburgo.

(2) Se refiere al rey.

El lector habrá comprendido que estas cartas de madama de Chateauroux están llenas de incorrecciones gramaticales, de incoherencia en las ideas y desde luego están escritas sin la menor ortografía. Jamás pone un punto ni coma, hace dos palabras de una muchas veces, y pasa bruscamente de un asun-

*cediera entonces y no ahora que está en su cabal juicio. Como nada se ha divulgado, ni ha nombrado á otra, no lo doy todo por perdido. Habéis hecho muy bien en escribirle; yo tengo preparada mi carta y sólo espero el momento oportuno de remitírsela; por ella sabrá todo lo que ha pasado durante su enfermedad desde el principio hasta el fin, pero hay que esperar para no dar un golpe en falso. No me cabe en la cabeza que todo esto nos salga mal y estoy segura que realizaréis con éxito vuestra embajada. Debéis guardar el secreto de la carta de Argenson y me muero de miedo sólo de pensar si habréis hablado á alguien de ella. Todo lo que os he dicho respecto á la excitación que había en Paris, es verdad; y no podéis figuraros hasta qué extremo. Si hubieseis aparecido en ese momento os hubieran hecho pedazos. Hacéis muy bien en tener en gran estima á madama de Aiguillon y en escribirle á menudo, porque hace buen uso de vuestras cartas y os ha demostrado gran interés y afecto.*

*El rey sigue aburriéndose y temo que esto haga más larga su convalecencia, pero en su mano tiene el remedio, por lo cual no hay que compadecerle tanto. Me decíais, en una de vuestras cartas que me diríais el expediente que habíais encontrado para que Lebel y Bachelier os diesen cuenta de todo lo que ocurriera, pero no habéis hecho nada y me parecíais bastante mal informado.*

*Celebro mucho que monsieur D'Argenson se haya por-*

---

to á otro con simples alusiones á otras cartas que no conocemos. En esta correspondencia se advierte la terrible turbación de su espíritu. Procuro traducirla literalmente; pero temo que en algunos momentos se achaque á la traducción la oscuridad de los conceptos. Algunas veces los aclaro, prescindiendo siempre de las faltas de ortografía, pero sin permitirme limar el estilo y desvirtuarlo, porque entonces perderían las cartas su verdadero valor documental.—(N. DEL T.)



*¿ado con vos como lo ha hecho y yo estoy tanto más contenta, cuanto que en estos momentos nos es muy necesario contar con alguien como él. Os digo que saldremos adelante, estoy completamente segura. Será un gran momento, ya quisiera haber llegado á él y no creo que os costará trabajo creerlo. Adiós, querido tío, os quiero, y os quiero con todo mi corazón y me apena el haberos arrastrado en mi desgracia, os juro que esta idea la aumenta bastante. Quemad todas mis cartas, sobre todo las que os escribo á vos. Se me olvidaba deciros que me parece muy bien vuestra resolución de no hacer dimisión de vuestro cargo; obrar de otro modo sería estar loco, no lo debéis perder más que con vuestra cabeza, y estoy persuadida de que haga lo que haga y diga lo que diga monsieur de Soissons, seguirá sobre vuestros hombros y tendremos el placer de verla mucho tiempo. Sería muy gracioso que os cortaran la cabeza por vuestra conducta durante la enfermedad del rey... ¡Tales cosas han podido decir de vos!*

En otra carta del 13 de Setiembre, madama de Chateauroux habla de cambiar la índole de sus relaciones con el rey; la querida será simplemente su amiga y, ¿quién se atreverá á combatirla en su nuevo papel? No habrá quien la ataque. Madama de Chateauroux expresa estas ideas con un lenguaje viril digno de la alegoría en que Nathier representa á la nerviosa duquesa:

*« 13 de Setiembre, en París.*

*Tranquilizaos, querido tío, se preparan para nosotros prósperos acontecimientos. Los momentos terribles han pasado.*

*No conozco al rey devoto pero sí al hombre honrado y capaz de sentir la amistad. Sin hacerme ilusiones creo que si reflexiona acabará por ponerse de mi parte. Está muy seguro de mí y convencido de que le amo por él; y puede estarlo, porque siento que le amo con locura y espero que su enfermedad no le habrá hecho perder la memoria. Hasta hoy nadie ha conocido su corazón más que yo, y os respondo que lo tiene bueno, buenísimo. No os negaré que hay algo raro en todo esto que digo, pero no tanto como parece. Será devoto pero no santurrón, y así lo prefiero. Seré su amiga, y por lo tanto, no habrá manera de atacarme. Todo lo que los faquignets han hecho durante su enfermedad, hará que sea mi suerte mejor y más estable. No tendré que temer ni cambios, ni enfermedades, ni al diablo, y llevaremos una vida deliciosa. Dad más fe de la que acostumbráis á lo que os digo; no son sueños, ya veréis cómo se realizan, porque están fundados en el conocimiento que yo tengo del rey y os aseguro que conozco todos los pliegues y repliegues de su alma, y que hay en ella hermosura y bondad. No debe juzgársele por lo que ha hecho con vos; no estaba todavía en su cabal juicio y además estoy segura de que le han dicho algo horrible, aunque no puedo imaginar lo que pueda ser.*

*No acabo de convencerme de que no vayáis á España; pero, en todo caso, no creo que nombre á otro. Dispondrá que el obispo de Rennes haga la demanda, esta es mi idea ¿qué decís vos? Tenéis razón al decir que es necesario que crean que no tenemos la menor esperanza, porque, además de ser inútil, aumentaría la rabia de esos monstruos que es ya bastante. De mi carta pienso como vos, vale más esperar que errar el golpe. Monmartel es á propósito para la comisión; madama de Tencin quisiera que estuviera ya la carta en poder del rey,*

*pero teme como nosotros las consecuencias si no es bien recibida. Adiós, querido tío, conservaos bueno; en cuanto á mí, pienso cuidarme para tener una salud de mozo de cuerda y hacer rabiarse á nuestros enemigos el mayor tiempo posible, hasta lograr perderlos. Y los perderé, podéis estar seguro.*

*Ya sabéis cuánto os quiero; mi cariño es, os lo juro, de los más tiernos. Dad mis afectos á messieurs de Souville y D'Ayen. Cuando volváis á ver á Du Mesnil decidle mil cosas de mi parte y que no le he contestado porque no he sabido dónde se encontraba. Adjunta una carta para monsieur Dumont, al cual daréis mis recuerdos.*

Un momento de mal humor bastaba para desvanecer todas sus esperanzas y un desaliento absoluto embargaba todas sus facultades. Le faltaba hasta la fuerza para desear algo; su pensamiento se adormecía, se inmovilizaba; su voluntad muerta la hacía caer en uno de esos abatimientos que ella pinta tan bien cuando dice: «no reconozco en mí ni á madama de la Tournelle ni á la duquesa de Chateauroux; me encuentro extraña á mí misma.» La reacción era brusca y la motivaba cualquier insignificancia, una puerilidad de amor propio, una idea vengativa contra Maurepas, contra Pérusseau, la impaciencia de un desquite ruidoso, implacable. Entonces se inflamaba de cólera; la postración se convertía en fiebre.

El rey, ya completamente repuesto en el mes de Setiembre, cayó en tal melancolía, que Richelieu volvió á tener confianza y á recobrar su aplomo; el amor no había muerto en aquel corazón. El rey se sentía muy solo al hallarse lejos de madama de Chateauroux. El cortesano, desde su retiro de Bâle, reanudaba sus intrigas, concertaba sus planes y traba-

jaba por la favorita con el ardor de quien trabaja por su propia fortuna. El regreso de madama de Chateauroux á la corte significa para Richelieu el término de la lucha, la hora del premio. El duque pensaba ya en ver restablecido el alto cargo de condestable de Francia, y no dudaba que tan alta dignidad recaería en él con todos sus honores y privilegios. Después de haberse orientado, después de haber *tanteado* al rey por medio del cardenal de Tencin y el mariscal de Noailles, envió Richelieu al rey una memoria detallada acerca de su enfermedad en Metz; memoria hábil en en la cual supo deslizar la sospecha, esclareciendo los verdaderos motivos, poco espirituales por cierto, de la conducta de sus adversarios, atribuyendo á todos los enemigos de madama de Chateauroux, que habían abusado de los remordimientos y de la debilidad del rey, móviles egoístas, miras ambiciosas y en el fondo la impaciencia y el deseo de que el rey muriese.

Madama de Chateauroux, á quien Tencin leyó la memoria, la acogió con gran frialdad; la experiencia y el conocimiento del mundo de que hace gala Richelieu, le inspiran, como siempre, poca confianza.

«*En París, 18 de Octubre.*»

*He visto, querido tío, al cardenal de Tencin, del cual estoy verdaderamente encantada.*

*Me ha enseñado la carta que habéis escrito al rey, y la encuentro muy cómica y oportuna; seguramente le habrá gustado, pero habéis hecho muy mal en contestar verbalmente á sus preguntas. Debiais haberle escrito; es sorprendente que no le conozcáis todavía, y que os dejéis engañar como un recién llegado á la corte. He visto*

*y sigo viendo á madama de Bofflers todos los días, lo cual me tiene muy contenta; pero mi hermana no lo está tanto según creo. Quedáis encargado de saludar á monsieur de Belle-Isle y de decirle que si no le he escrito sobre su lugartenencia ha sido... no sé por qué; confío en vos para sacarme del apuro; ya comprenderéis que es que me olvidé de escribirle, y que quiero que enmendéis mi tontería. Adiós, querido tío; os quiero, os lo aseguro, como no se puede querer más, y estoy contrariada de estar tanto tiempo sin veros. A propósito: el santito (Saint-Florentín) os pondrá muchas dificultades para el cambio que habéis solicitado, pero procurad obtener una solución favorable, porque sería ridículo que no vinierais pronto á París; entonces dirían todos que estáis en desgracia. Enviad la adjunta carta al caballero de Grille.»*

La memoria de Richelieu había producido sus efectos y poco á poco iban volviendo al lado del rey alguno de los favoritos alejados por las iras de Fitz-James, poco antes de recibir Luis XV los Sacramentos y por las órdenes dadas por Argenson mientras el rey agonizaba. Las cartas de Richelieu y la compañía de sus íntimos hicieron que de nuevo se enfriasen las relaciones del rey con la reina. En los pocos días que Luis XV pasó con su suegro en la corte de Lorena llamó la atención de todos por sus distracciones y su aire taciturno. Parecía un enamorado absorto en sus recuerdos y en su dolor.

La gloria ya no le ilusionaba; la guerra le producía hastío, y el 8 de Noviembre, en cuanto se firmó la capitulación de Fribourg partió á toda prisa para París. Y partió buscando no los aplausos y el triunfo, sino el perdón de su querida.

Al corriente por Richelieu de todo lo que pasaba, madama de Chateauroux seguía desde su retiro las alternativas del corazón del rey, y envanecida de su triunfo, más osada y más insolente que nunca, por la certidumbre que tenía de obtener todo lo que solicitase, había tomado la resolución de no volver á Versailles sin que se aceptaran y se garantizaran sus condiciones. Para olvidar, para perdonar las escenas de Metz, la ignominia de su caída, necesitaba una expiación proporcionada á la humillación, una venganza aparatosa, terrible. Y la duquesa esperaba al rey sin llamarlo, sabiendo que él iría.

No esperó mucho. En la noche del 14 al 15, al día siguiente de su llegada, Luis XV, acompañado de Richelieu, salió de las Tullerías, atravesó el puente real y se presentó en casa de la duquesa de Chateauroux.

Ante esta visita, que madama de Chateauroux esperaba, pero no en aquel momento, al ver al soberano de Francia en su casa presentándole humildemente sus excusas y preguntándole las condiciones en que le otorgaría su perdón, la duquesa, á pesar de su energía moral, se sintió desfallecer, y sólo acertaba á repetir estas palabras: «¡Cómo nos han tratado!» Entonces el rey le suplicó que volviera á Versailles. Madama de Chateauroux accedió á ir de incógnito; á su regreso oficial debía preceder el destierro de sus enemigos, y á la mañana siguiente partió para Versailles en uno de esos coches de alquiler llamados *pot-de-chambre*. Antes de marchar dijo á sus amigos, que le advertían que Maurepas la espiaba: «Pronto no me importará más.»

En Versailles la duquesa se transformó por completo; no era ya la mujer que el rey había visitado la noche anterior. Volvió á ser altanera y exigente, y aco-

giendo con gran indiferencia y despego las solicitudes del rey, respondió con frialdad: «que satisfecha de no ir á pudrirse en una prisión por orden suya, contenta de verse libre y con derecho á gozar de la tranquilidad de la vida privada, le costaría á Francia demasiadas cabezas su vuelta á la corte.» Y la frase no tiene nada de inverosímil en boca de una mujer que anuncia en sus cartas «que los malos perecerán» y que se bromea y habla con tanta naturalidad de cabezas cortadas.

El rey procuraba calmarla y le decía: «que era necesario olvidarlo todo, volver aquella misma noche á Versalles y tomar posesión de sus habitaciones y empleos en la corte...» Pero las palabras del rey no aplacaban el ansia de venganza de la favorita.

Las escenas de Metz—la duquesa no lo ignoraba—habían herido el amor propio del rey, Luis XV vió en ellas una merma de su autoridad real, una imposición, una usurpación peligrosa de la Iglesia y una victoria del clero aumentada por la insolente actitud de los predicadores de París.

La memoria, primero, y después las palabras de Richelieu habían dado mayor consistencia á estas secretas alarmas del rey, y el cuadro desconsolador de tantas ambiciones rodeando su lecho de muerte, bajo la máscara de la abnegación le causaron una impresión profunda. Todo lo que le recordaba Metz le era desagradable y sospechoso, y los que le habían precipitado á una confesión pública de sus debilidades le eran casi tan odiosos como á madama de Chateauroux. Tenía siempre en la boca *la conspiración de Metz*, y en cuanto á *monssieurs* de la Rochefoucauld, Bouillon, Fleury, Balleroy, el rey no les llamaba más que «esos señores, ¿dónde están esos señores?, ¿qué hacen esos señores?»

Sentía un sordo rencor contra Châtillon que, violentando su propia y soberana voluntad, había llevado á Metz al Delfín y no perdonaba á madama de Châtillon que hubiera escarnecido sus amores en sus cartas á la reina de España, en las cuales insultaba á madama de Chateauroux. Durante el tiempo que estuvo en campaña, después de su enfermedad, tampoco había tratado Luis XV de ocultar su resentimiento al obispo de Soissons Fitz-James y al confesor Pérusseau. No era, pues, más que el horror á la sangre lo que separaba al rey de madama de Chateauroux. Era *la forma* de las venganzas solicitadas por su querida lo que le repugnaba al rey, y en cuanto madama de Chateauroux prescindió de sus ideas sanguinarias y cesó de pedir cabezas contentándose con satisfacer su vanidad, el rey y la favorita se entendieron fácilmente. El rey entregó á la venganza de la duquesa á Châtillon ayo del Delfín, que educaba al hijo de Luis XV en el desprecio de los amoríos de su padre, á Balleroy, á Fitz-James, á Pérusseau á la Rochefoucauld, al duque de Bouillon... Todos fueron desterrados ó heridos por la severidad del rey.

La duquesa no se daba por satisfecha; quería entrar triunfante en una corte vencida y diezmada; pretendía que se desterrara también á los príncipes de la sangre, para que la expiación de Metz fuera memorable y completa. El rey tuvo que hacer grandes esfuerzos para sostener su negativa.

Pero con quien madama de Chateauroux se encarna es con Maurepas; era necesario, imprescindible, que el rey le desterrara. Y el rey se obstinaba en conservar aquel ministro, el único que le hacía tolerable el fastidio de los consejos, y fácil la tarea de gobernar. En fin, después de larga lucha, el rey y la favo-



rita transigieron. Madama de Chateauroux accedió á que el rey no se deshiciera de Maurepas; pero con la condición de que le sería permitido humillarle y que el modo, la medida y los medios se dejarían á su elección.

Dulcificado y todo, este feroz tratado de reconciliación entre los amantes tardó doce días en ser ratificado: desde el 14 al 25 de Noviembre duraron las negociaciones.

El miércoles 25, por la noche, supo el duque de Luynes que las dos hermanas habían sido llamadas á la corte. Madamas de Módena y de Bofflers, estaban jugando en casa del duque cuando un lacayo de madama de Chateauroux llevó una carta para madama de Módena, que la leyó precipitadamente, y cediendo su puesto en el juego, pasó á un gabinete inmediato donde escribió unas cuantas líneas. Después habló con el lacayo en la antecámara y le gratificó con ocho luises. El lacayo de madama de Chateauroux enseñó el dinero á los criados del duque de Luynes diciéndoles que debían haber llevado una buena noticia cuando tan bien se la pagaban. La duquesa de Bofflers recibió otra carta que leyó, más tarde, á varias de las personas que estaban en el salón. Los términos en que escribía madama de Chateauroux eran estos:

*«Segura de vuestra amistad, me apresuro á comunicaros noticias interesantes.*

*El rey acaba de mandarme á Maurepas para expresarme su gran disgusto por lo ocurrido en Metz y por la manera indecente con que he sido tratada. Me ruega que lo olvide todo y que, en prueba de que no le guardo rencor, volvamos mi hermana y yo á nuestras habitaciones de Versalles. Añade que nos dará en toda oca-*

*sión testimonio de su estima y de su amistad y que nos devolverá nuestros cargos.»*

---

En efecto; el miércoles 25 de Noviembre, el rey al salir del consejo tuvo una entrevista con Maurepas y le impuso la humillación de ir en persona á llamar á madama de Chateauroux. Y cuando Maurepas se disponía á escribir las palabras del rey para desempeñar fielmente su embajada, Luis XV le dijo: «Aquí están escritas», y le entregó una carta.

Maurepas salió inmediatamente para París y á las seis llegaba al hotel de la calle de Bâc, donde habitaban las dos hermanas.

El ministro preguntó al suizo si estaba en casa madama de Chateauroux: le dijeron que no; dió su nombre; le repitieron que no había nadie. Declaró, al fin, que venía en nombre del rey y sólo entonces le abrieron la puerta.

Madama de Chateauroux estaba en cama y la acompañaba en aquellos instantes el duque de Ayen, que se despidió al saber que Maurepas llevaba una comisión del rey.

Hubo un largo silencio.

Madama de Chateauroux observaba á Maurepas sin saludarle ni dirigirle la palabra, satisfaciendo su rencor y su vanidad de mujer, con el espectáculo de la turbación del ministro. Maurepas, algo desconcertado, la entregó la carta del rey, diciendo al mismo tiempo que su majestad le rogaba que volviese á ocupar su puesto en la corte. En seguida añadió que el soberano le encargaba de manifestarle que no había tenido parte alguna en nada de lo ocurrido durante su enfermedad en Metz.

Madama de Chateauroux respondió:

«Siempre he creído, *Monsieur*, que el rey es irresponsable de lo que se hizo conmigo. Mi respeto y mi adhesión á su persona son siempre los mismos. Deplo-ro no encontrarme en estado de ir mañana mismo á dar las gracias al rey, pero iré el sábado próximo, que estaré ya buena.»

Pero la satisfacción suprema de aquella orgullosa mujer fué cuando Maurepas, después de cumplida su humillante misión, trató de justificarse á los ojos de la favorita y de disipar los recelos y prevenciones que madama de Chateauroux pudiera tener en contra suya... Balbuceaba, confesaba su turbación, y al confesarlo la favorita no pudo reprimir esta exclamación. *¡No me cuesta trabajo creerlo!* Y después, al despedirse Maurepas y solicitar el favor de besarla la mano ¡con qué desprecio se la tendió diciendo... *¡Eso no cuesta caro!*

---

La duquesa estaba, pues, en la cama con un poco de fiebre, el miércoles por la tarde, cuando Maurepas la visitó. La fiebre aumentó durante la noche, se hizo más alarmante la noche del jueves al viernes, y el viernes por la tarde se complicó con un violentísimo dolor de cabeza. Fué llamado Vernage, que en cuanto la vió, declaró grave la enfermedad y comunicó sus inquietudes al duque de Luynes y al arzobispo de Rouen. La fiebre era maligna y á Vernage no le tranquilizaban las mejorías momentáneas. Al tercer día de fiebre llamó en consulta á Dumoulin, el cual dijo á la

enferma, para no alamarla, que era el rey quien lo enviaba para tener noticias de su salud.

La duquesa, sin embargo, tenía conciencia de la gravedad de su estado. Otorgó testamento nombrando á madama de Lauraguais su heredera universal, y dejando mandas en dinero y pensiones á todos sus criados. Luego hizo que se avisase al padre Segaud con el cual se confesó. En una entrevista muy tierna se reconcilió con su hermana madama de Flavacourt. Y recibió el viático de manos del cura de Saint-Sulpice.

Después de varias sangrías se notó algún alivio en la enferma: duró el sábado 28, el domingo y el lunes, pero el martes 1.º de Diciembre las noticias eran muy malas, y los cortesanos observaron que el rey estaba preocupado, silencioso, sombrío.

---

A partir de ese día sufrió la duquesa dolores terribles, convulsiones, una agitación que nada calmaba, punzadas insoportables en la cabeza, delirios furiosos en los cuales á las acusaciones y á las amenazas se mezclaba la palabra veneno y el nombre de Maurepas.

En la noche del viernes 4 sangraron tres veces á la enferma, que desde dos días antes estaba sin conocimiento. Creíase que moriría el sábado.

El rey no salía más que para ir á misa ó asistir al consejo; después se encerraba en sus habitaciones. Los señores de Ayen, de Gontaud y de Luxembourg se relevaban para llevarle noticias dos veces al día, y Montmartel dirigía cuatro correos á Lebel, que á su vez tenía en París personas de su confianza que le informaran del curso de la enfermedad.

Por las impresiones que reflejaba el rostro del rey conocía la corte las alternativas de la dolencia. En la mañana del sábado comprendieron los palaciegos que madama de Chateauroux había mejorado. Durante todo el día se habló de los momentos de lucidez de la enferma y sus amigos recobraron alguna esperanza precisamente el día que esperaban su muerte.

Alrededor del lecho de madama de Chateauroux había muchos y cariñosos amigos. *Monsieur* de Goutans, cuya amistad con la querida del rey era ya muy afectuosa en los tiempos en que la favorita no era más que madama de la Tournelle, pasaba á su lado muchas horas, y era relevado por el duque de Ayen, al cual madama de Chateauroux profesaba verdadero cariño olvidando por completo la frialdad de sus relaciones en otra época de su vida. A de Ayen sustituía Luxembourg, el leal amigo de madama de Mailly, antes en desgracia, pero completamente reconciliado con la duquesa por madama de Bofflers su querida. Esta no se separaba del lecho de la enferma, y se dijo que el día antes de la muerte de la favorita, la duquesa, en un momento de lucidez tuvo con ella una larga conversación y le encargó varias cosas para que se las dijese en secreto al rey.

Pero la verdadera enfermera fué madama de Módena, que cuidó y asistió á la duquesa de Chateauroux hasta el último momento, sirviéndola noche y día y ocupando á la cabecera de la enferma el sitio de madama de Lauraguais, aquella hermana tan querida por madama de Chateauroux, que no podía asistirle.

Mientras la duquesa agonizaba, madama de Lauraguais, que había dado á luz días antes una niña, estaba en cama y ocupaba una habitación encima de la de su hermana, ignorando que ésta se hallase tan pró-

xima á la muerte. Creía que se trataba de una ligera indisposición; y cuando los gritos de la moribunda, torturada por crueles dolores, llegaban hasta la estancia de madama de Lauraguais, hacían ruido en la habitación para que no los advirtiera, y si al fin los oía, la engañaban diciendo que era una mujer que estaba en la calle con dolores de parto.

El lunes 7, el duque de Ayen notificaba al rey que la duquesa aún no había muerto; pero que estaba en la agonía y que debía prepararse su majestad á recibir la triste nueva de un momento á otro. El rey pidió el coche y escoltado por dos palafreneros se dirigió á la Muette dando orden á Argenson, antes de partir, que sólo fuera á darle cuenta de los asuntos muy urgentes.

---

La duquesa de Chateauroux murió á la edad de veintisiete años, el martes 8 de Diciembre de 1744, á las siete de la mañana, después de haberla sangrado una vez en la garganta, otra en el brazo y nueve en el pie, sin que se consiguiera, con la pérdida de sangre, dominar aquella horrible agonía, calmar los sufrimientos de aquel pobre cuerpo aniquilado.

El jueves 10 de Diciembre la duquesa de Chateauroux fué enterrada en la capilla de San Miguel, en San Sulpicio, á las seis de la mañana, una hora antes de lo acostumbrado para los sepelios. Hubo que adoptar grandes precauciones para salvar el féretro de los furiosos del populacho.

Muerte extraña y fatal. Madama de Chateauroux desapareció bruscamente de la escena de Versailles. Otras figuras desaparecieron en años sucesivos como la suya; y ante aquellas catástrofes inesperadas, re-

pentinas, que truncaban súbitamente las vidas y los sueños más hermosos, con una violencia tal, que la mano de Dios parece guiada por las pasiones y la furia de los hombres, ¡tan rencorosa se muestra la muerte!, los espíritus se sentían sobrecogidos con las sospechas y los terrores de la Italia del siglo XVI en medio de la brillante comedia cortesana, de la locura frívola de aquel siglo, que es un alegre carnaval del placer, de la galantería y del ingenio. Principes, princesas, favoritas del rey, van desapareciendo tan de prisa, que se las creería arrebatadas por la sombra de Locusto. ¡El veneno! ¡Un veneno desconocido y *ad tempus*...! ¡Tal era el horrible legado de la corte de Luis XIV á la de Luis XV! ¡El veneno es la pesadilla de las postrimerías del siglo XVIII que verá más tarde al sucesor de Luis XV, entre un hombre acusado del envenenamiento del Delfín y de la Delfina, y otro señalado por la voz pública como envenenador de madama de Chateauroux: entre Choiseul y Maurepas...!

Y á mediados del siglo veremos pronto á Luis XV ante la convicción general de que el envenenamiento de favoritas, de princesas, de príncipes, de altas damas y de cortesanas, y ante las sospechas acusadoras de médicos como Trouchin y la Breuil, insinuadas con motivo de la muerte de la Delfina, encarga al ministro Bertin que indague si existen venenos que puedan causar la muerte á plazo fijo y sin dejar rastro.

... Y Bertin nombrará un comisionado para hacer hablar al abate Galiani de los venenos de su país: y Galiani, sin sospechar que se le interroga en nombre del rey, dirá: «... Por ejemplo, en Nápoles la mezcla del opio y las cantáridas administrada en cierta dosis es un veneno lento y el más seguro de todos. Se administra primero en pequeñas dosis para que los efectos

sean imperceptibles; en Italia le llamamos *agua de Tufania*.

»Nadie puede evitar su acción ni sospechar de él, porque el licor que se obtiene con esta composición es trasparente como el agua y sin sabor alguno.

»Los efectos son lentos y casi imperceptibles; se ponen unas gotas en el te, en el chocolate, en el caldo, etc. No hay señora en Nápoles que no tenga este licor en uno de los frascos de su tocador, entre sus perfumes; ella sola lo conoce y lo distingue de los demás; á veces ni la doncella de confianza está en el secreto, y cree que el contenido del frasquito es agua destilada.

»Los efectos de este veneno son muy sencillos. Se siente primero un malestar general. El médico os examina, y no encontrando ningún síntoma de enfermedad interno ni externo, ni obstrucción, ni inflamación... aconseja cocimientos, dietas y purgantes. Entonces se dobla la dosis, y vuelve el mismo malestar sin síntomas que le caractericen. El médico, que no ve nada extraordinario, atribuye el estado del paciente á materias viciadas, á malos humores que no han sido suficientemente arrastrados por el primer purgante. Ordena otro. Tercera dosis, tercer purgante. Cuarta dosis... Entonces el médico ve que se ha equivocado, que el mal tiene una causa que él desconoce, y para tratar de descubrirla, varía el régimen. Ordena el cambio de aguas, etc., etc. En suma, empieza á resentirse todo el organismo, y el pulmón sobre todo.

»Con este método se hace durar á las personas todo lo que se quiere: meses, años; las constituciones robustas resisten más tiempo...»

Y el comisionado de Bertin, al escuchar esta explicación, no podía menos de pensar que era imposible



pintar mejor «los síntomas de la enfermedad del Delfín y de la Delfina».

La opinión pública, exaltada aún con la muerte de madama de Vintimille, formulaba terribles acusaciones con motivo de la de madama de Chateauroux. Y alegaba las palabras de la moribunda, sus indicaciones precisas, su convicción de haber tomado el veneno por primera vez en una medicina que le dieron en Reims. También comentaba, en apoyo de su acusación, las horas que había pasado Maurepas en París, y cuyo empleo era desconocido. Se hablaba de un veneno sutil como los del Renacimiento: se suponía que la carta del rey á su querida estaba envenenada.

Pero estas acusaciones de los contemporáneos no eran más que hipótesis apasionadas. Las luces que hoy psee la historia dan al historiador el derecho y le imponen el deber de hacer justicia. Para ello bastará con la información y el testimonio de Vernage, médico de madama de Chateauroux. Al oír las insinuaciones de envenenamiento, Vernage se encogió de hombros y contó que cuando madama de Chateauroux volvió de Metz le prescribió un régimen refrescante, distracción y ejercicio; pero la duquesa no había querido seguir sus recomendaciones. Sin ocuparse más que de sus rencores, del recuerdo de su desgracia, de su venganza, se abandonó á la fiebre de sus proyectos y de sus pasiones. Quince días antes de su muerte, á ruego de los amigos de madama de Chateauroux, Vernage había tenido con ella una larga y seria conversación sobre su salud. El médico le había dicho: «Tenéis, señora, una gran agitación, os falta el apetito, el sueño, y cuando descansáis algunos momentos os despertáis sobresaltada; este estado no puede durar. O la agitación de vuestro espíritu acabará en lo-

cura, ó sufriréis un ataque al cerebro, ó los malos humores os ocasionarán una fiebre pútrida.» Y Vernage insistía haciéndole comprender la necesidad absoluta de cuidarse y hacerse sangrar. La duquesa prometió hacerlo así á su médico, á Richelieu, á sus amigos, á todos los que la rodeaban. Pero su vuelta á la corte, la reconciliación con el rey, el desbordamiento de alegría y de orgullo, las imprudencias amorosas en un momento peligroso, trajeron la realización de los temores y las previsiones de la medicina. Una fiebre pútrida, con gran delirio y trastorno cerebral, fué la enfermedad que arrebató á madama de Chateauroux. La autopsia vino á confirmar lo dicho por Vernage. No reveló otros desórdenes interiores que la inflamación de los vasos capilares del cerebro.

Además de estas pruebas materiales hay probabilidades de orden moral que refutan mejor la acusación lanzada en contra de Maurepas. El carácter del ministro lo pone á cubierto de semejante sospecha, y su defensa, una defensa que al mismo tiempo pinta á Maurepas, está en esta frase de Caylus: «Os respondo de que aún es más incapaz de crímenes que de virtudes.» Para creer culpable al ministro, para persistir en una acusación á la cual se oponen todas las deducciones que la justicia histórica puede sacar del conocimiento del alma de un hombre, sería necesario admitir que en el siglo XVIII hubiera seres bastante superiores para ocultar bajo la indiferencia y la ironía, bajo la más encantadora frivolidad, una naturaleza tenebrosa y profunda en que las pasiones sin remordimiento hubieran ejecutado crímenes sin ruido. Evidentemente sería esta una suposición, cuyo honor no merece el siglo XVIII; los monstruos no son en ese siglo tan perfectos, los criminales no son más que malvados.

## XVIII

Conversión de madama de Mailly oyendo un sermón del Padre Renaud.—Renuncia al colorete y á los lunares.—El lavatorio del Jueves Santo de 1743.—Las limosnas de la antigua favorita.—Su vida de penitencia.—Su testamento y su muerte.

De aquellas hermanas amadas por el rey, dos habían muerto atormentadas por la idea del veneno, desesperadas, delirantes... La que sobrevivía, la que primero había mezclado la sangre de los Nesle á la sangre real, madama de Mailly, condenada á vivir y reducida á envidiar el eterno reposo de madamas de Vintimille y de Chateauroux, arrastraba en el abandono, en el arrepentimiento, en la austeridad religiosa, los restos de una existencia que no era más que una expiación.

Muerta su esperanza, desengañada por las crueles cartas del rey, «un curioso monumento de la ceguedad humana», como las llama el príncipe de Tingry, madama de Mailly se apartó del mundo para consagrarse á Dios.

Conmovidá por un sermón del Padre Renaud, aquel discípulo del Padre Massillon, que, como su maestro, venía de Provenza y prestaba á la religión las ternuras y los entusiasmos amorosos del Mediodía, madama de Mailly se sintió de pronto atraída por aquella palabra dulce y penetrante que hablaba de la dicha de vivir con Dios. Un día en que debía comer en casa de monsieur de la Boissière, donde la esperaban los convidados, avisó que no podía asistir, y aquel mismo día se supo la determinación de madama de Mailly; renunciaba para siempre al colorete y los lunares.

Se operó en ella una transformación parecida á esas revelaciones de que nos hablan los historiadores de los primeros siglos de la Iglesia, presentándolas como milagrosas.

Desde aquel día se consagró á una penitencia ejemplar, y el Jueves Santo del año 1743 la corte y el pueblo se apiñaba en la capilla de las hermanas grises de Saint-Roch para ver á madama de Mailly, acompañada de la joven viuda del duque de la Trémouille, lavando humildemente los pies á los pobres.

Todo el dinero de la antigua favorita, todo su tiempo, toda su alma estaban ocupados en buenas obras. Su vida se reducía á visitar las prisiones, los pobres, arruinándose de tal modo que á veces apenas reservaba dos ó tres escudos para sus necesidades personales.

Esta vida de inmolación, de sacrificio, llevada con tanto valor, casi con alegría, duró hasta 1751, año en que murió madama de Mailly con un cilicio sobre la carne.

Su legatario universal era su sobrino, hijo del rey y de madama de Vintimille y su ejecutor testamentario, el príncipe de Tingry, al cual dejó un diamante y además la suma de 30.000 libras «para lo que él sabía». Esta suma estaba destinada á los acreedores mal pagados por el rey y perjudicados en sus intereses.

La pecadora fué enterrada, según su voluntad, en el cementerio de los Inocentes, entre los pobres, y una cruz de madera fué el único ornamento de la tumba de aquella mujer que entrando un día en Saint-Roch, y tratando de abrirse paso entre los fieles, al sentirse abofeteada con esta frase: «Cuánta molestia para una p...», había contestado:

*«¡Puesto que la conocéis, rogad á Dios por ella!»*

FIN

## INDICE

Pags.

- I. Luis XV llega á la pubertad en el mes de Febrero de 1721.—Afección á la caza y hábitos montaraces del joven rey.—Su alejamiento de la mujer.—El duque de Borbón forma el proyecto de casar á Luis XV.—Estado informativo de las cien princesas de Europa en disposición de contraer matrimonio.—Las diez y siete princesas cuyos títulos examina el Consejo.—*Mademoiselle* de Vermandois y causas que impidieron que fuera reina de Francia.—María, hija de Leczinski, rey de Polonia.—Certificado de los médicos acerca de las aptitudes de la princesa para dar hijos al rey de Francia.—Declaración de su matrimonio hecha por el rey en su recepción particular de la mañana.—Contrato de matrimonio de Luis XV y de María Leczinska.—Esponsales por poderes de la princesa polaca en Strasburgo.—Llegada de la reina á Moret.—Celebración del matrimonio del rey en la capilla de Fontainebleau el 5 de Setiembre de 1725.—El rey enamorado de su mujer.—Despacho redactado por el duque de Borbón acerca de la noche de bodas de Luis XV..... 1
- II. Casa de la reina.—Título de azafata otorgado á la suegra de madama de Mailly.—Retrato físico de María Leczinska.—La mujer; su carácter.—La juventud de Luis XV.—El rey y el duque de Borbón celebran una entrevista por mediación de la reina.—El duque en desgracia.—Real despacho remitido por M. de Frejus á la reina.—Rencores del primer ministro contra la reina.—La reina obligada á solicitar su permiso para cenar con sus damas.—Enfermedad de María Leczinska y desvío del rey.—No encuentra la reina en sus salones ni un cortesano para su partida de *lansquenet*.—Luis XV, alejado de su mujer, frecuenta la sociedad de las damas jóvenes de palacio.—*Mademoiselle* de Charolais.—*Mademoiselle* enamorada del rey.—La condesa de Toulouse.—La pequeña corte de Rambouillet.—Friedad de relaciones entre el rey y la reina.—Las manías de la reina.—La reina cansada de sus deberes de esposa y de madre..... 28
- III. La corte acecha con impaciencia la primera infidelidad del rey.—*L'Œil-de-Bœuf* y la antecámara.—Teme Fleury que la reina recobre su influencia.—Supo-

- siciones de los cortesanos.—El rey brinda á la salud *de la desconocida*.—La reina niega al rey el débito conyugal.—Bachelier descubre el rostro de madama de Mailly.—Retrato fisico de madama de Mail y.—Rancia nobleza de la familia de los Nesle-Mailly.—Contrato de matrimonio de Luisa Julia de-Mailly-Nesle, con su primo hermano.—Sus relaciones con el marqués de Puissieux.—Sus amores secretos con el rey desde 1733.—El rey cena con madama de Mailly en Compiègne, el 14 de Julio de 1738.—Madama de Mailly es una querida muy barata y sin ambiciones.—Las cenas en los *petits-appartements*.—Temperamento atrabiliario de Luis XV. .... 45
- IV. Bachelier, ayuda de cámara del rey.—Sus servicios.—Bachelier desea una querida real, desinteresada y sin grandes ambiciones.—El rey se siente mortificado por la belleza insignificante de su querida.—Las tribulaciones de madama de Mailly.—Su padre y su marido.—La vejez del rey.—Enfermedad de Luis XV en el invierno de 1738.—Madama Amelot; la linda burguesa del Marais.—Privilegios de la favorita.—Los cuarenta luises de la primera cita.—Las camisas de madama de Mailly y su penuria después de la caída de Chauvelin.—*Mademoiselle* de Charolais y madama de Estrés tratan de gobernar al rey, valiéndose de madama de Mailly.—Mal humor de la favorita.—¿Cuándo os deshaicéis de vuestro viejo preceptor?..... 64
- V. *Mademoiselle* de Nesle, pensionista de Port-Royal.—Proyecta en el convento gobernar al rey y á Francia.—Madama de Mailly siente la necesidad de tener á su lado en Versalles un confidente de su familia.—Mlle. de Nesle se instala en la corte en Mayo de 1739.—Su fealdad.—Su caracter bullicioso y audaz.—Luis XV confiesa á madama de Mailly que ama á su hermana tanto como á ella.—Matrimonio de Mlle. de Nesle con M. de Vintimille, sobrino del arzobispo.—Celebración del matrimonio en Setiembre.—El rey presenta la camisa al recién casado.—Las complacencias de madama de Mailly.—Madama de Vintimille aleja á su hermana de Mlle. de Charolais y le impone la amistad de la condesa de Tolosa. .... 75
- VI. El conde de Gramont obtiene el mando del regimiento de Guardias por recomendación de Mme. de Vintimille.—Muerte del duque de la Trémouille.—El duque de Luxemburgo protegido por las dos hermanas.—El cardenal amenaza con retirarse á la vida privada.—Carta dictada á madama de Mailly por Mme. de Vintimille.—Fleury, sobrino del cardenal, es nombrado primer gentilhomme de cámara.—Los protegidos de las dos hermanas.—El mariscal de Belleisle.—El duque y su hermano.—Su fraternidad.—Proyectos de desmembración del imperio de María Teresa.—Luis XV es arrastrado al partido de la guerra

	Págs.
por las favoritas.—Belle-Isle es nombrado embajador extraordinario y ministro plenipotenciario en la Dieta de Francfort.—El cardenal se ve obligado á enviar á Bohemia á M. de Maillebois.—Chauvelin.—Su pasado mundano y galante.—Su carácter.—Chauvelin desterrado á Bourges.—Su influencia secreta en los sucesos políticos.—Chauvelin, jefe del partido de <i>las personas honradas</i> .....	84
VII. El castillo de Choisi.—Vida interior.—Luis XV sólo pasa en Versalles un día á la semana.—Tentativas de madama de Vintimille para acostumar al rey á gobernar su casa y su reino.—Sus chanzas á propósito de las consultas de Luis XV á su ayuda de cámara.—Laborioso embarazo de la favorita.—Madama de Vintimille es atacada de fiebres persistentes.—Cólera del rey ante el obstinado silencio de la enferma.—Regreso á Versalles.—Madama de Vintimille da á luz un hijo.—Muerte de la favorita (9 de Septiembre de 1741).—El populacho de Versalles escarnece su cadáver.—Madama de Vintimille difunde de sus hermanas por su inteligencia y cultivado espíritu.—Estilo elegante de sus cartas.....	99
VIII. Las puertas de L'Œil-de-Bœuf permanecen cerradas durante todo el día de la muerte de madama de Vintimille.—Tristeza del rey.—Viaje á Saint-Leger.—Luis XV repasando las cartas de la muerta.—El rey se alegra de sufrir dolores de reuma en expiación de sus pecados.—Las habitaciones de M. de Meuse.—Cenas lúgubres en los <i>petits appartements</i> .— <i>Mademoiselle</i> de Charolais no consigue entrar de nuevo en la intimidad de madama de Mailly.—Influencia de la condesa de Tolosa y los Noailles sobre el rey.—Los rencores de madama de Mailly contra Maurepas.—Aversión del cardenal de Fleury por el mariscal de Belle-Isle.—El mariscal es nombrado duque hereditario por mediación de madama de Mailly.—Su carta de recomendación en favor de M. de Meuse.—Su delicadeza en cuestiones de dinero.—Anécdota de las pieles de la zarina.....	112
IX. El rey hastiado de madama de Mailly.—Entra Richelieu en la intimidad del rey.—Richelieu trabajando en contra de la favorita.—El rey admira en Petit-Bourg la hermosura de madama de la Tournelle.—Matrimonio de María-Ana de Mailly Nesle con el marqués de la Tournelle.—Devoción del marido.—Aparición de madama de la Tournelle en la corte en 1740.—Inquietudes de Fleury.—Conversación entre el cardenal y la duquesa de Brancas.—Maurepas enemigo de las queridas.—El ministro trata de evitar que el rey se enamore de madama de la Tournelle y hace á ésta el amor.....	130
X Muerte de madama de Mazarino.—Anécdota de la silla de manos.—Madamas de la Tournelle y de Flavacourt, aposentadas en Versalles.—Madama de la	

- Tournelle solicita la plaza vacante de dama de la reina.—Oposición del cardenal, y sus esfuerzos secundados por Maurepas, para evitar el nombramiento.—Generosidad y dimisión imprudente de madama de Mailly en favor de su hermana madama de Lauraguais.—Madama de la Tournelle y sus cartas al duque de Agénois.—El rey es un enamorado muy tímido.—Su conversación con el duque de Richelieu.—Sufrimientos de madama de Mailly.—Sus esfuerzos para no ser despedida por el rey.—*Mi sacrificio se ha consumado*.—El rey se declara á madama de la Tournelle.—Madama de Mailly se aleja desesperada de Versalles.—Carta de madama de la Tournelle á Richelieu.—Condiciones exorbitantes impuestas por la nueva favorita.—Madama de Mailly en el palacio de Noailles.—Sus tristezas.—Visita del duque de Luynes á madama de Mailly. 139
- XI La duquesa de Luynes rehusa la invitación del rey para ir á Choisi.—La cena, el cuatrillo y la *cavagnole*.—Madama de la Tournelle propone á madama de Chevreuse un cambio de habitaciones.—El rey llama inútilmente á la puerta de madama de la Tournelle.—Carta de la favorita explicando á Richelieu el por qué de su negativa.—Luis XV enfermo de amor.—Friedad y alusiones de la reina.—Amonestaciones del cardenal.—Carta invocando los sentimientos religiosos del rey.—La musa de Maurepas.—Segundo viaje de madama de la Tournelle á Choisi.—La canción del *Aleluia* entonada por la favorita.—Tercer viaje á Choisi.—Madama de la Tournelle saca de debajo de la almohada de su lecho la tabaquera del rey.—Partida de Richelieu para sus estados del Languedoc.—La favorita en la Opera.—Crónica de los *petits appartements* escrita y enviada por madama de la Tournelle á Richelieu.—Postdata de una carta de Luis XV..... 163
- XII Muerte del cardenal Fleury.—La favorita no siente impacencias.—Carta del duque de Richelieu á madama de la Tournelle.—Desgracia momentánea del duque.—Indiferencia afectada de madama de la Tournelle por los asuntos de Estado.—La favorita abandona á Belleisle y á Chauvelin.—El círculo íntimo de la favorita.—*La Princesa, la Poule y la Rue des mauvaises paroles*.—Retrato de *la Poule*.—Madama de Lauraguais.—Las caras de los ministros.—Influencia de madama de Lauraguais.—Emulación amorosa entre las dos hermanas.—La belleza de madama de la Tournelle.—La alegoría de Nathier.—El baño de la favorita.—Viaje de la corte á Fontainebleau en Setiembre.—La Tournelle empieza á organizar su casa.—Se restringen las invitaciones á las cenas.—Envidia de madama de Maurepas.—Carta de madama de la Tournelle acerca de su ducado.—Su nombramiento y su presentación (22 de Octubre de 1743).—Carta real en favor de madama de la Tournelle..... 178



- XIII. Luis XV se niega á decir á Maurepas el nombre del sucesor del duque de Rochechouart.—Richelieu es nombrado primer gentilhombre de cámara.—Los parisienses le llaman *el presidente de la Tournelle*.—Retrato moral del duque.—El amante se asimila y apropia las cualidades superiores de sus queridas.—Madama de Tencin.—Su curioso tipo de intrigante.—Sus axiomas.—Su actividad febril.—La religión del ingenio.—Madama de Tencin organiza la alianza entre los Noailles y los Rohan.—Le declara la guerra á Maurepas.—Sus juicios acerca del intendente general, el mariscal de Belle Isle, los Noailles y De Argeson.—Madama de Tencin vigila á la favorita.—Su desprecio por Luis XV.—Madama de Tencin sugiere á la duquesa de Chateauroux la idea de influir en el ánimo del rey para que éste tome el mando de su ejército..... 196
- XIV. Transformación de la duquesa de Chateauroux.—Sus esfuerzos por *resucitar* al rey.—Nombramiento del duque de Noailles para el mando del ejército de Flandes.—La anciana mariscal de Noailles.—Sermón del P. Taintúrier sobre «la molición».—Gran influencia de la duquesa de Chateauroux.—Su nombramiento de superintendente del cuarto de la Delfina.—Provisión de los demás cargos..... 210
- XV. M. de Rottenbourg, marido de la hija de madama de Parabere.—Su entrevista secreta con Richelieu en la Plaza Real.—Proyecto de tratado con Prusia.—Consejo en Choisy entre el rey, madama de Chateauroux y Richelieu.—Es aceptada la alianza del rey de Prusia y se encarga al cardenal de Tencin la redacción del tratado.—Entrevistas de madama de Chateauroux y de Rottenbourg.—Se firma el tratado en Junio de 1741.—Caída de Amelot.—Carta de Federico de Prusia á madama de Chateauroux dándole gracias por la parte activa que ha tomado en las negociaciones.—Carta de la duquesa de Chateauroux al mariscal de Noailles tratando de ganarse su voluntad para que no se oponga á que ella se reuna al rey.—Respuesta.—Contestación irónica.—Maurepas y Luis XV.—El rey parte para la guerra sin su querida.—Madama *Enroux* en Flandes..... 217
- XVI. Madama de Chateauroux en Champs y en Plaisance, después de la partida del rey.—Carta de la duquesa contra Maurepas.—La duquesa celosa de su hermana madama de Flavacourt.—Viaje de las dos hermanas á la frontera.—Mal recibimiento obtenido en Lille.—Carta de la duquesa sobre la capitulación de Iprés.—Viaje del rey y de su querida de Dunkerque á Metz.—El rey cae enfermo el 8 de Agosto.—Madama de Chateauroux cierra la puerta de la cámara real á los príncipes de la sangre y á los altos dignatarios de la corona.—El conde de Clermont fuerza la consigna.—Conferencia de la favorita con el confesor Perus-

- seau.—El miércoles, 12.—El rey advierte á la favorita que quizá sea preciso separarse.—El duque de Bouillon, al saber por Richelieu que el rey se niega á dar la orden, anuncia su retirada de palacio.—El jueves, 13.—Luis XV durante la misa pide el confesor.—Expulsión de las dos hermanas.—No se da el viático al rey hasta que la concubina está fuera de los muros de la ciudad.—Luis XV, por conducto del obispo de Soissons, pide perdón por el escándalo de sus amores. . . . 231
- XVII. Las dos hermanas huyen de Metz.—La duquesa de Chateauroux piensa un momento quedarse en Sainte-Menehould.—Sus cartas á Richelieu.—Peligros y humillaciones durante el viaje.—Llegada á París.—Nuevas cartas.—Alternativas de esperanza y desaliento.—Richelieu trabaja en favor de la duquesa.—El rey enamorado.—Probabilidades de éxito acentuadas en el mes de Octubre.—Entrevista del rey y la duquesa la noche del 14 de Octubre.—Las cabezas que pide la favorita.—Destierro de Châtillon, de Balleroy, de Fitz-James, de la Rochefocauld y de Bouillon.—Misión humillante encargada á Maurepas.—Repentina enfermedad de madama de Chateauroux.—Delirio furioso.—La enferma es sangrada once veces.—Su muerte (8 de Diciembre de 1741).—Disertación del abate Galiani sobre *l'aqua tofana*.—El médico Vernage.—Maurepas es más incapaz de crímenes que de virtudes. . . . . 251
- XVIII. Conversión de madama de Mailly oyendo un sermón del P. Renaud.—Renuncia al colorete y á los lunares.—El lavatorio del Jueves Santo de 1743.—Las limosnas de la antigua favorita.—Su vida de penitencia.—Su testamento y su muerte. . . . . 277

# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel,** Diario íntimo, 9 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito Colectivo, 1,50 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pesetas.
- Buisson.** La Educación popular de los adultos en Inglaterra.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.** La Revolución francesa, 8 pesetas
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicisimos, 3 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Estudio de Derecho penal), 3 ptas.
- Downen.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fouillé.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
- Gabba,** Derecho Civil Moderno, dos tomos, 15 pesetas.
- Garnett.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pesetas.
- Giddins.**—Principios de Sociología, 10 ptas.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 pesetas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
- Huxley,** La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.**—Escuela Criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 pesetas.
- Mandau.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, tres tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización Administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ptas.
- Murray.**—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así habló Zaratustra, 7 ptas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 ptas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—Las instituciones eclesásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 pesetas.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—Los contemporáneos, 7 ptas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Carnevale, Dorado, Fio-

B.P. de Soria



61163441  
DR 431

humana, 12 pesetas.  
Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vol, 15 ptas.

## OBRAS RECIEN PUBLICADAS

POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 pesetas.—**Castro.**—El Libro de los galicismos, 3 pesetas.—**Macaulay.**—La educación, 7 pesetas.—**Spencer.**—Los datos de la Sociología, dos vols., 12 pesetas.—**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.—**Murray.**—Historia de la literatura griega, 10 pesetas.—**Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.—**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.—**Mommsen.**—Derecho Romano, 12 pesetas.—**Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos), 15 pesetas.—**Spencer.**—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—**Buisson.**—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.—**Gabba.**—Cuestiones prácticas de Derecho Civil moderno. dos tomos, 15 ptas.—**Dowden.** Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.—**Macaulay.**—Vida, memorias y cartas (dos tomos), 14 pesetas.—**Turguenoff.**—Tierras vírgenes, 5 pesetas.—**Garnett.**—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.—**Nietzsche.** Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.—**Taine.**—Notas sobre París, 6 pesetas.—**Boissier.**—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.—**Nansen.** Hacia el Polo, 6 pesetas.—**Taine.** Historia de la Literatura inglesa. El Renacimiento, 7 pesetas.—**Heine.** Alemania, 6 pesetas.—**Amiel.** Diario íntimo, 9 pesetas.—**Huxley.** La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.—**Carlyle.** La Revolución francesa, 8 pesetas.—**Goncourt.** Las favoritas de Luis XV.

## OBRAS DE PROXIMA PUBLICACION

**Nietzsche:** Por encima del bien y del mal.—**Fitzmaurice Kelly,** Historia de la literatura Española.—**Gosse,** Historia de la literatura inglesa.—**Ashton,** Historia de la literatura japonesa.—**Walliszewsky,** Historia de la literatura rusa.—**Carlyle,** La revolución francesa.—**Emerson,** Hombres simbólicos.—La Ley de la vida —Estudios.—Sociedad y Soledad.—El carácter inglés.—Ensayo sobre la naturaleza.—Discursos y lecturas.—**Menger,** El Derecho al producto íntegro del trabajo.—**Kropotkin,** Campos, talleres y fábricas.—**Taine,** Los filósofos clásicos del siglo XIX Francia de 1792 á 1795.—Ensayo sobre Tito Livio.—Los orígenes de la Francia contemporánea.—**Sohm,** Derecho privado romano.—**Mommsen,** Derecho penal romano.—**Sabatier,** Vida de San Francisco de Asís.—**Arnó,** Las servidumbres rústicas y urbanas.—**Formiggini,** La estimación en la celebración de los contratos.—**Schopenhauer,** El mundo como voluntad y como representación (segunda parte).—**Balfour,** Tratado de física.—**Lemcke,** Estética.—**Lombroso,** Medicina legal.—**Goncourt,** La Du Barry.—**Antoine,** Curso de economía social.—**Gilón,** La lucha por el bienestar.—**Leroy-Beaulieu,** Compendio de economía política. El Estado moderno y sus funciones. El colectivismo.—**Jitta,** Método de Derecho Internacional privado.—**Gumplowicz,** Compendio de Sociología.—**Guyau,** La moral inglesa contemporánea.—**Bernard Pérez,** La educación moral desde la cuna. Los tres primeros años del niño. La educación intelectual desde la cuna.—**Liesse,** El trabajo.—**Courcelle Senneil,** Las operaciones de banca. Tratado teórico y práctico de los negocios industriales, comerciales y agrícolas.—**Poinsard,** Libre cambio y protección.—**Fairbanks,** Introducción á la sociología.—**Bryce:** La nación americana.—**Spencer,** Las instituciones profesionales é industriales.—**George:** Protección ó libre cambio.—**Ellis Stevens,** Las fuentes de la constitución de los Estados Unidos.—**Fournier,** El ingenio en la historia.—**Bentzon,** Las norteamericanas en su país.—**Woodt,** Compendio de psicología.—**Baldwin,** Elementos de psicología.—**Starcke,** La familia en las diferentes sociedades.—**Funk,** Historia de la Iglesia.—**Ricci,** Curso teórico-práctico de Derecho civil.—**Eltzbacher,** El Anarquismo.

---

GONCOURT

---

LAS  
FAVORITAS DE LUIS XV

---

LA DUQUESA

DE

CHATBAUROUX  
Y SUS HERMANAS

---



PRECIO.

6 pesetas

---

LA

DR  
431